







LA ELOCUENCIA A LOS PIES DE SANTA TERESA

BY BLOOMINGTON & THE CITY OF MARYLAND

LA ELOCUENCIA A LOS PIES DE SANTA TERESA

—••••—
Colección de panegíricos inéditos de la
Santa recogidos y ordenados

POR EL
P. FR. GABRIEL DE JESÚS, C. D.



MADRID

HIJOS DE GREGORIO DEL AMO,

Calle de la Paz, 6.

1922



LICENCIAS

IMPRIMI POTEST

Fr. Bernardinus a Jesu Maria

Vic. Generalis O. C. D.

Eugenius a S. Joseph.

Srius.

NIHIL OBSTAT

Dr. Gregorius S. Pradilla, *Can.-Lectoral,*

Censor.



IMPRIMATUR

† **Prudentius, *Epic. Matriten.-Complut.***



AL QUE LEYERE



Nos hallamos en pleno Centenario de Santa Teresa, de esa gloriosa taumaturga, honra de España, florón de Castilla y honor de su sexo, a la que llamaron sus más entusiastas biógrafos *imán del mundo* por el atractivo poderoso que esta bendita Santa ejerce en el ánimo de sus devotos, para que no dejen cosa por hacer ni por inventar cuando se trata de honrarla y enaltecerla.

Deseando yo no quedarme atrás en tan laudable propósito, comuniqué este mi pensamiento a algunos de los muchos hijos que la gran Santa tiene en España y América, y les animé a que me enviasen alguno o algunos de sus sermones panegíricos ya predicados e inéditos, para con ellos publicar un libro, el cual libro le ofrendaríamos a nuestra insigne Matriarca como homenaje respetuoso en este gran Centenario de su solemnisísima canonización.

Dicho y hecho. Mis hermanos de hábito, en cuyo corazón bulle y retoza la fuentecica siempre lozana del cariño y amor a la Santa Madre, no tardaron en enviarme luego sus sermones, acompañados, eso sí, de mil excusas humildes y modestas en demasia, que a no conocerlos, cualquiera creería, leyéndolos, que se trataba de gente principiante y no avezada a los trabajos de púlpito, no siendo así la verdad.

Juntamente con estos sermones vino uno precioso de Monseñor Ruiz y Rodríguez, Obispo dignísimo de Pinar del Río y entusiasta y fervoroso Terciario Carmelita, que mucho se lo agradecemos.

Dado este paso, faltaba el más doloroso, o sea el allegar recursos con que publicar el libro. Pero quiso la suerte que una tarde, allá por las cercanías de la Puerta del Sol topase el que esto escribe con unos simpáticos y honrados Mecenas (léase editores), y así que les propuse el asunto y en él sonó el nombre mil veces bendito de la Santa inmortal, al punto se vinieron a razones, y no hay que decir lo mucho que el título de la obra llenó y agradó a los libreros católicos, Señores Hijos del Amo.

Doy a este libro el nombre de *La elocuencia a los pies de Santa Teresa*, porque, por muy alto que suba el humano decir, jamás pasará del encumbrado pedestal donde posa sus pies descalzos esa hija de la luz y de la hermosura, a quien el genio de la pintura y de la escultura nos la presenta con la pluma en la mano y los ángeles postrados a sus pies, ofreciéndole el tintero.

Y es que, como escribe mi sabio y literato amigo P. Graciano Martínez, es punto menos que imposible loar y enaltecer a Santa Teresa «sin que resulten desvaídas las loanzas y pálidos los elogios, ya que no se sabe hacer panegírico alguno de la Santa que, ni por vislumbres, pueda compararse al que, inconscientemente, nos dejó trazado ella misma en la serie de libros que brotaron, como por ensalmo, de su pluma.»

Además, conviene no perder de vista que, en el presente libro no ofrecemos sus autores una colección ordenada y completa de panegíricos de Santa Teresa. Tan sólo nos contentamos con ofrecer, y no es poco, escogidos materiales a los encargados de loar y enaltecer a la Santa inmortal durante las fiestas del Centenario, y en aquellas otras que de ordinario a la Santa se le hacen,

más las que con ocasión de haber sido elegida Santa Teresa *Patrina de la Intendencia* y de la *Acción Católica de la Mujer* se han de celebrar en lo sucesivo.

Discursos hay en la presente colección que cada uno de ellos da pié para varios sermones. En especial, el que trata de la devoción de Santa Teresa a la Virgen del Carmen, es un verdadero y profundo tratado, tan magistral y tan completo, que presta asunto, muy del gusto de los oyentes, para un escogido y solemne novenario teresiano.

Estos materiales de que hablamos, van enriquecidos y avalorados con un muy selecto y escogido fondo de novedad histórica, debido al reciente arsenal teresiano que el R. P. Fr. Silverio de Santa Teresa nos ha proporcionado, con su elegante, costosa y bien trabajada Edición Crítica, de la que van publicados hasta seis tomos, en los que no se sabe qué admirar más, si la presentación y parte tipográfica de la obra, si la riqueza de apéndices con documentos teresianos, en gran parte inéditos, o los magistrales prólogos que preceden a los tratados de la Santa, en los que su ilustre autor ha agotado la materia en punto a crítica teresiana histórica y literaria, de que tanto habíamos menester los dados a estudiar y elogiar a la gran Santa. Con razón el Emmo. Cardenal Benloch, refiriéndose a esta tan meritoria labor, ha podido afirmar en documento recientemente publicado, «que el R. P. Silverio nos ha proporcionado a todos con su Edición Crítica una riqueza informativa de Santa Teresa completamente ignorada, que le da una indiscutible autoridad en este género de trabajos».

Que todo lo que en este libro queda apuntado sea para gloria eterna de Aquél que tuvo a gala llamarse Jesús de Teresa, quien en ocasión solemne dijo a Teresa de Jesús: «Mi honra es tu honra y la tuya mía.» Que sir-

va también para dar a conocer cada día más esos inspirados escritos de la Seráfica Doctora, que saben a gloria y que tanto bien hacen a las almas que los leen o los oyen exponer y ampliar en la Cátedra Sagrada, y que Dios Todopoderoso se digne echar su santa bendición a estos panegíricos, escritos para honrar la memoria de la gran mujer y gran literata y gran Santa, que tanto y tan bien supo celar la gloria divina.

Tal es el deseo laudabilísimo de sus autores.

FR. GABRIEL DE JESÚS,

C. D.



SANTA TERESA

CANTORA DE LAS MISERICORDIAS DIVINAS



**Panegirico pronunciado por Mons. Manuel Ruiz y Rodriguez,
Obispo de Pinar del Rio, en la Iglesia de los Reverendos
Padres Carmelitas de la Habana, el dia de la
festividad de la Santa, en el año 1917.**

La palabra castellana imitación de la angélica.—La Europa no es bárbara mereced al brazo del español Pelayo.—La América está civilizada gracias al corazón de una mujer española.—Huesos en que reposa el genio de la guerra, del heroísmo y el ángel de la victoria.—El Cid, encarnación viviente del carácter castellano. Dios y los cantos de Castilla.—La cantora eterna en Castilla de las misericordias del Señor.

Misericordias Domini in aeternum cantabo. Ps. LXXXVIII-1.

PUSO Dios a Castilla en el corazón de Iberia, porque no halló región más hermosa donde colocarla, y la levantó de sobre el nivel del suelo ibero, para que al mismo tiempo que el sol la encendía en su luz y la fecundizaba con sus calores, los vientos invernales purificasen su atmósfera de modo que, limpia ésta, se regalasen los ojos castellanos, contemplando el azul del firmamento. Se extiende plana como la superficie de un

lago dormido, y cuando en los tiempos de la cosecha, amarillea el trigo sobre los campos, y al fresco beso del viento se mecen los trigales, parecen, vistos desde lejos, un mar de oro derretido, cuyas olas van y vienen en acompasado movimiento; y al combinarse los colores de topacio con los vivísimos de la amapola, se juntan en admirable consorcio el rojo y gualda del lábaro español sobre los fecundos campos de la inagotable Castilla.

¡Castilla es España! Las corrientes de aquellos ríos, algunos de los cuales se introducen en las entrañas de la tierra para refrescarla mejor, mientras lleva el Tajo en sus arenas pepitas incontables del codiciado metal; las corrientes de aquellos ríos, cuyos cristales han oído los más sentidos desahogos de enamorados corazones, y han visto los rostros de las más bellas pastoras, y han escuchado las trovas amorosas de los más tiernos poetas; las corrientes de aquellos ríos, cuyas riberas guardan, como arca santificada, recuerdos de alegrías y tristezas, de triunfos patrios o de nacionales desastres; cantan gloria o gimen pesares, pero siempre dicen un himno de admiración al suelo por donde corren y al cielo que en ellas se mira. Entre los árboles se esconden pájaros de harpadas lenguas, cuyas gargantas canoras vibran en inimitables gorjeos, cuando nace el día o cuando el sol se oculta en el ocaso; pájaros de potentes alas; aves de variadas plumas, que al recibir la luz del sol en los espacios elevados, parecen ramilletes de flores castellanas, que suben al cielo para adornar los altares de la gloria.

Y mientras por una parte se extiende llana, como la superficie de un espejo, allá en la lejanía se empinan adustas las montañas, para que le sirvan de insuperable valladar contra las marinas ondas y de infranqueables límites contra invasores atrevidos. Interrumpen la mirada en las castellanas llanuras espesos bosques de en-

cinos y de robles, al teñor de los cuales se ha formado el corazón castellano. El corazón castellano, que vive seguro, como la encina, seguro de que tiene vitalidad y fortaleza bastante para resistir el empuje de los huracanes, y duro como el roble, que negado a la carcoma, subsiste años, siglos, seguro de que el mejor argumento de su vida lo tiene en su propia resistencia. Aquellos bosques suenan a gloria al romper el día, y huelen a jardín. Y en esos bosques, y en el llano, y en los picachos de la sierra de Guadarrama resuena siempre la palabra castellana, imitación adelantada de la palabra angélica, si la tuviesen los Angeles, y puesta por Dios en los labios del hijo de Castilla, para que exprese no más que los sentimientos de un generoso corazón y las ideas nobilísimas de un alma grande. Que en tales alturas, sobre el nivel de los humanos, junto al cielo, puso el Señor al hombre de Castilla, y dió a sus labios la palabra más hermosa que sale de humanos labios, y dió a su corazón la más acendrada hidalguía que puede caber en pecho de hombre, y marcó su frente con el sello de la nobleza, y grabó en su alma el sello de la verdad.

A la manera que el sol, por las leyes de la atracción. mueve, inmóvil, él, los innumerables astros de su sistema, inmóvil también Castilla, en el corazón de la ibérica península colocada, movió en torno suyo y atrajo hacia sí los varios pueblos de la antigua Hispania, constituyéndose aquella como en el centro y corazón de tan hermoso cuerpo nacional. Desde aquella gloriosa jornada que vieron las abruptas montañas de Covadonga, unas veces con la espada en la mano, otras veces con la fuerza aplastante de su palabra, y siempre con la fe en Dios y con el corazón en el prójimo, hasta la otra, no menos titánica jornada, que cierra el nombre de una mujer en la vega floreada de Granada, Castilla fué paulatinamente, pero con toda seguridad, juntando en torno

suyo las diversas gentes de la España, hasta hacerse tan gigantesca que, no cabiendo en sus propios límites, surcó las aguas, y halló, otro mundo en el confín de las aguas occidentales. Y hoy, hermanos míos, debieran existir escritos con letras de oro dos nombres, por igual interesantes a la humanidad: en los riscos y en los Pirineos, el de Pelayo, y en el frontispicio de la América, en la isla de Guanahani, el de Isabel; y uniendo ambos nombres una cinta inmensa que llegase desde San Salvador hasta los Pirineos, y en la cinta este mote «España», para que sepa el mundo y lo confiese que la Europa no es bárbara merced al brazo del español Pelayo, y que la América está civilizada, gracias al corazón de una mujer española, Isabel.

Castilla es la cuna de la historia española. La historia es gozo y es dolor; la historia es todo pensamiento que ha pasado por un pueblo; todo sentimiento que se ha albergado en un corazón; toda obra ejecutada. La historia es el dolor vencido o el dolor triunfante; es el amor coronado de laureles, o coronado de espinas; la historia es la vida que pasa como un ave por el cielo, como un bajel por las aguas; es la vida de ayer en todas sus manifestaciones de gloria o de oprobio, de dolor o de placer, de felicidad o de desgracia; es la muerte que pasa segando vidas en el jardín de la humanidad como el huracán las tronza en los verjeles; es la vida eternizada por la muerte. Y Castilla es, hermanos míos, la historia viviente de España. ¿Qué pensamiento español no ha pasado por Castilla? ¿Qué pensamiento español no ha tocado en el corazón castellano? ¿Qué obra española no ha sido concebida por la inteligencia castellana, o en ella pesada y estudiada, y animada y vivificada en el horno encendido del corazón castellano? Si miráis al suelo, vereis incontables sepulcros llenos de huesos; pero son sepulcros gloriosos, y son huesos que hablan: que

hablan del castellano solar, de su fe, de su heroísmo, de sus dolores, de sus amarguras; porque son los huesos de los Alfonsos y de los Fernandos, y de Gonzalo, y de Alba, y de los Garci-Fernández y de los Fernán-González; son sepulcros gloriosos, porque allí se encierra la vida intelectual, política y religiosa de un pueblo heroico; porque en ellos reposan el genio de la guerra, el genio del heroísmo y el ángel de la victoria: *Et erunt sepulchra eorum gloriosa.*

Bajo las bóvedas sagradas de la Catedral de León, de Burgos, de Toledo, ¡qué cosas no siente el alma! Allí, en aquellas piedras está escrita... aquellas piedras son las letras con que escribió San Fernando la historia de sus conquistas. ¿No teméis que se os reviente de gozo el corazón contemplando la Mezquita de Córdoba, la Alhambra de Granada, el Alcázar de Sevilla? Ante el cofre que lleno de piedras dejó el Cid en rehenes de préstamos, para emprender sus conquistas, en poder de un israelita, no os sentís orgullosos de ser castellanos? Aquel Cid de brazo de hierro y de corazón de bronce, que con la tizona en su diestra, y caballero en su «Babieca», veía dilatarse los límites del reino castellano, a cada paso de su «bridón», aquel valiente, de quien decía el VI de los Alfonsos: «Cosas veredes, el Cid—, que farán fablar las piedras», aquel hombre que no se atemoriza ante su rey irritado, y a las reconvenções de éste responde con arrogancia y comediamento:

“Téngo vos de replicar,
Y de contrallarvos tengo:
Que no han pavor los valientes,
Ni los non culpados miedo,,;

aquel hombre, que en el servicio de su rey gastó sus haberes todos e invirtió toda su «facienda» y como pre-

mio, se ve en la necesidad de desterrarse voluntariamente de entre los suyos, mientras el peso de sus laureles le doblegaba la cabeza:

“Y pues gasté mis haberes
 En prez del servicio vuestro,
 Non me los confiscaredes
 Vos, ni vuestros compañeros;
 Que mal podredes tollerme
 La hacienda que no tengo.
 De hoy más seré facendoso,
 Pues hoy de vos me destierro,
 Y de hoy para mí me gano,
 Pues hoy para vos me pierdo.

aquel hombre, digo, es el modelo en el cual se han vaciado los castellanos.

¿Y qué es el Cid? Es la claridad de los llanos de Castilla; es la rusticidad de los castellanos bosques, la armonía de la palabra castellana, la dureza del roble castellano; es la esplendidez del cielo de Castilla, en cuyas dimensiones infinitas se pierde la mirada, se entusiasma la inteligencia y se ensancha el corazón; es, si real, la encarnación viviente del carácter castellano; si personaje fingido, el tipo creado por la imaginación popular castellana, para poner fuera de sí lo que es un castellano dentro de sí. Porque si la imaginación no fuera más grande que el personaje por ella concebido, no podría crearlo.

En Castilla, cada ciudad es un museo; en cada uno de esos museos se guardan los más sagrados recuerdos de los heroísmos de un pueblo; en Castilla, cada apellido llena un volumen de la Historia, porque recuerda sacrificios sin cuento, heroísmos sin medida realizados en los campos de batalla por Dios, por la patria y por la dama; en Castilla, cada templo es un monumento funerario, donde se guardan con veneración las cenizas de aquellos

hombres que devoraron todas las amarguras y supieron morir, como el sol, bañados en su propia luz, y que dejaron en pos de sí, como el sol un rayo de luz en el cielo para alumbrar el crepúsculo, ellos un rayo de gloria en la Historia para alumbrar la noche de la vida; en Castilla, cada palabra tiene un origen doloroso, y una evolución dolorosa y una historia de tristezas, porque tomada de los labios de los romanos, de los godos, de los árabes, ha sido devastada y pulida hasta dejarla en su actual sonoridad, y este pulimento se ha hecho entre el estrépito de las armas, con agonias del corazón, como la estalactita formada por gotas de agua, trabajosamente filtradas a través de las rocas; y esa palabra pulida, hermosa, eufónica, es testimonio de que un día plantas extranjeras pisaron tierra ibérica, y es testimonio de que el castellano se quedó con la idea extranjera expresada en el vocablo, en justa recompensa de las riquezas castellanas que se llevó el extranjero simbolizadas en el oro.

El hijo de Castilla es noble como el iedón; tiene en sí, como el roble y como la encina, dureza para quebrantar el empuje de los vientos; es franco, de carácter abierto, y, como los campos castellanos, se abren a los besos de todas las brisas; el castellano abre su alma a las lícitas comunicaciones del amor; pero si confundiendo la hidalguía con la meticulosidad, o el comedimiento con el miedo, se le ofende, no así ruge el león como ruge el castellano; no así se lanza sobre su víctima el rey de los bosques como se lanza sobre su ofensor el castellano y lo despedaza y aventa sus cenizas, para que en las alas del viento se aparten del solar de la hidalguía, de la caballería y del valor. El castellano es fuerte y robusto, porque en la elevación en que lo puso Dios, el sol lo abrasa y el cierzo invernal lo fortifica; es celoso de su patria, como el ruiseñor de su nido, porque sabe que allí se esconden infinitas armonías; es hidalgo, porque se lo

da el corazón y porque la historia le obliga; es valiente y generoso, como el bosque, deshace los huracanes, y da a la brisa el aroma de sus flores.

Levanta, castellano la cabeza, y contempla ese cielo que ha cubierto tantas generaciones de héroes y de santos y de sabios; levanta la cabeza y da gracias a Dios, que te dió tan bellissimo dosel; levanta la cabeza y mira: detrás de ese azul hay infinidad de santos que nacieron en Castilla y de Castilla se fueron al cielo; mira el suelo que pisas y respétalo, bésalo; doquiera que pongas tus plantas ha caído una gota de sangre; doquiera que pongas tus plantas, las sientas sobre los huesos de tus antepasados gloriosos; mira el suelo, y al contemplar los trigales amarillos moviéndose al beso del céfiro, como si fueran un mar de topacio derretido, al ver la hermosa combinación del amarillo grano con la roja amapola, habla y canta; habla, que tu palabra supera las armonías de las selvas, los rumores de las cristalinan corrientes y los trinos de los ruiseñores y de las calandrias; habla las glorias de la patria y canta, agradecido y humillado, las maravillas del Creador. Para eso te puso tan en alto el Hacedor, para eso te dió la palabra castellana: para que cantes sus misericordias. Celoso Dios de los cánticos de Castilla, ya pondrá en Castilla a quien sepa cantar eternamente las misericordias del Señor.

En esa tierra de bendición, hermanos míos, nació en el año 1515 una mujer fuerte como el roble, invencible como la encina, bella como su azulado firmamento, sencilla como sus llanuras, oliente a cielo y que, elevada y puesta en las cúspides de las divinas larguezas por beneficio de la gracia, con la cual fué prevenida, se presentó en el mundo coronada su cabeza con diadema de preciosas perlas. Mujer por nacimiento castellana, y castellana por su afición y por su ascendencia, hallaréis

en su alma todas las dotes del temple castellano. Llevaba en sus venas sangre tan noble, que la reclama para sí lo más linajudo de la aristocracia española: Catorce duques, veintiún marqueses, doce condes y un vizconde y sesenta y cuatro títulos de apellidos más o menos ilustres. La vió nacer una ciudad, en la cual vivía lo más granado y escogido de entre la nobleza, y de la cual era hijo aquel valeroso varón llamado «Rayo de la guerra», D. Sancho Dávila, la que, para completar su nobleza, se gloria de haber tenido numerosos santos: «En Avila, santos y cantos», dice el adagio.

Nacida en un tiempo en que Castilla florecía en varones ilustres, por todos los títulos ilustres, llenas sus venas de tan noble sangre, habiendo visto tantos ejemplos dignos de eterna memoria, no es mucho que su corazón se saliese del común troquel y vaciada en divinos troqueles, se presentase como era, «la más hermosa de las hijas de los hombres». *Pulcherrima mulierum*.

El espíritu de empresa tan desarrollado en aquellos tiempos, halló acogida en su corazón y con las solas fuerzas de una mujer débil, hizo obras dignas de admiración: reformó una orden religiosa, edificó muchísimos conventos, y escribió libros tan llenos de celestial sabiduría, que la Iglesia pide a Dios «que seamos nutridos con el alimento de su doctrina celestial».

Hallamos en su corazón la constancia del corazón castellano: con ella venció grandes dificultades; quebrantó a fuerza de caridad la envidia de los que la perseguían, y permaneció en vida de penitencia durante sus días todos. Y si una mujer española de corazón de héroes y de alma santa amplió los límites del mundo, para establecer nuevas relaciones y amistades entre los mortales, una mujer española, heroína en el corazón y santísima en el alma ensanchó, digámoslo así, los límites de la gracia, para establecer nuevas relacio-

nes entre los hombres y Dios: *Deinceps ut vera sponsa menm zelabis ohnore.* Heroica, digo, porque solamente un alma, en grado sumo heroica, grita como esta mujer: *Domine, aut pati, aut mori.* Santa, porque solamente un alma santísima dice como esta criatura, recordando con su frase las palabras de San Pablo en el camino de Damasco:

“Vuestra soy, para vos nací.
¿Qué mandáis hacer de mí?”

Esta mujer albergó en sí todo el genio de Castilla. En su siglo ¿qué hubo en Castilla? ¿Conquistadores? Ella conquistó muchas almas para Dios. ¿Teólogos? Entre los teólogos místicos de todos los tiempos ocupa lugar preeminente. ¿Qué hubo en Castilla? ¿Guerreros? Nadie como ella peleó contra las potestades inferiores. ¿Qué hubo en Castilla? ¿Santos? Espejo es ella de santos. ¿Qué hubo en Castilla? ¿Alabanzas y cantos a Dios en palabras por los poetas, en hechos por los guerreros, en virtudes por los santos? Nadie como ella. *Llamábase Teresa de Jesús, y en palabras y obras, cantó admirablemente las glorias del Señor, dejándonos ejemplos que podemos imitar.*

Es el pensamiento que voy a desarrollar. Decid conmigo un AVE MARÍA a la Santísima Virgen del Carmen para que me ayude:

AVE MARIA

“*Misericordias Domini
in aeternum cantabo.*”
Ps. LXXXVIII-1.

I

Buena es la ciencia, pero sin virtud es dañina, porque lleva a la soberbia: *Scientia inflat* (1). Buena es la virtud, pero con el auxilio de la ciencia se hace más útil para la gloria de Dios, para nuestro provecho espiritual y para el auxilio y ayuda del prójimo. En la hija de Avila, con tanta gracia y donaire reinó la ciencia, que en nada disminuyó la humildad, y fué tan perfecta la virtud, que la enriqueció y adornó el Señor con la más cumplida sabiduría. Como la tenía escogida el Señor para ser Maestra y guía de muchas almas, la dió virtud, en la cual, ella se ejercitó, y la hizo, por el continuo ejercicio, arraigar en su pecho; la dió altísimo conocimiento de las cosas del cielo, y la hizo extraordinariamente hábil para platicar sobre entrambas; de modo que al mismo tiempo que ella se daba de todas veras a la virtud, la enseñase a otros: *Facere et docere* (2), y gracia inimitable en el decir, para que al hablar en sus escritos de las maravillas y portentos que en su alma obró el Señor, los dijese con tal donosura, que, con la suavidad en el decir, nos llevase como por la mano al cotidiano ejercicio de más sólidas virtudes.

Maravilla, y grande, es ver a una mujer, sin gran instrucción, de esa que se adquiere con el trabajo, escribir con la llaneza, propiedad y claridad con que es-

(1) I Cor., VIII, 1.

(2) Act. I, 1.

cribe la Virgen Castellana. Con el mismo desenfado y soltura escribe los comienzos de su vida y habla de las virtudes de sus padres, de los deseos de martirio en que se abrasaba su corazón inocente, «y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle (a Dios), sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo»; que sube y entra muy dentro en los campos de la Teología Dogmática y de la Mística, ya en la exposición del «Padre Nuestro», ya en el libro de «Las Moradas», ya en su propia vida. Obra es ésta en la que la galanura en el decir corre parejas con la profundidad de la doctrina, de modo que es al mismo tiempo modelo en el estilo y libro maravilloso, en el cual pueda el alma aprender a tratar con Dios en la oración. El estilo de Santa Teresa de Jesús es flúido, gracioso, alegre como la Santa. Solaza la lectura de sus obras; cuando se empieza con una, no se la deja hasta el fin, porque de tal modo el lector se compenetra con la escritora, que llega aquél a imaginarse que es él quien está diciendo maravillas, y diciéndolas maravillosamente, y se halla tal deleite en la lectura, porque sabe decir las cosas de tan primoroso modo, que prende el corazón en las redes de sus donaires. Su estilo es sencillo: nada de frases rebuscadas, ni de campanudas elevaciones; en las más vulgares palabras del idioma expresa pensamientos altísimos, que hacen comprensibles la claridad y la naturalidad con que escribe la bendita autora. Y es que si Dios quiso poner extraordinarias virtudes en el corazón de la Virgen de Avila para demostrar que caben en el pecho humano, quiso poner también en su inteligencia altísimas nociones de sobrenaturales verdades, para que la Santa las dijera en la rotunda y sonora lengua de Castilla, probando así que en el idioma de Teresa se pueden expresar las maravillas del cielo.

Y si entramos en el verso, que hasta aquí sólo he ha-

blado de la prosista, si entramos en el verso (no os maravilléis, no os asustéis: vosotros no adivináis todavía adónde yo quiero ir a parar; yo sé de dónde salí, en dónde estoy, adónde me dirijo), ¿si entramos en el verso...? Líbreme Dios de alabar a Santa Teresa a expensas de la justicia y con sacrificio de la verdad; mas sin faltar a la primera y sin sacrificio de la segunda, digo que tiene versos «que vivirán mientras viva la lengua» y que los mejores poetas del Parnaso español con gusto y honra los firmarían. Oid lo que decía Julián de Avila...: «Y era tan agradable y de tanta caridad, que, como nos vió a todos con alguna necesidad de alguna recreación santa que nos deleitase, compuso unas coplas muy graciosas al tiempo que habíamos de pasar el Guadalquivir, en una barca; por que en eso de componer a lo divino, tenía también notable gracia y así nos iba entreteniendo y olvidando en parte el trabajo del camino con las coplas.» Cuánta fuese la facilidad de Santa Teresa para componer versos, lo cual es extremadamente difícil, lo declara ella con tanta humildad, como convenía a persona de su virtud: «Yo sé persona (aquí alude Santa Teresa a sí misma) que con no ser poeta, le acaecía hacer de presto coplas muy sentidas, declarando bien su pena, no hechas de su entendimiento, sino que, para gozar más de la gloria, que tan sabrosa pena le daba, se quejaba de ella a Dios.» Es decir, que escribía de corrido: hablaba en verso cuando ella quería, lo cual es un acaecimiento propio de las grandes dotes intelectuales de Santa Teresa; porque nosotros, hermanos míos, no sabemos decir nuestras penas ni nuestras alegrías ni siquiera en prosa. Oid:

«Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.»

Estas dulcísimas coplas recuerdan aquellas sentencias de San Pablo a cuyo espíritu impetuoso y divinamente arrebatado, tanto se parece el de Santa Teresa: *Vivo ego tam non ego: vivit vero in me Christus* (1), y la otra: *Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo* (2), y una tercera: *Cupio dissolvi et esse cum Christo* (3).

Claro que las almas bastas, los espíritus rastreros no comprenden ese lenguaje «a lo divino», y se deleitan en los versos de grueso sensualismo que hoy se escriben. Pero eso no quiere decir nada: las abejas en los barrizales, se posan en el cáliz de la flor y liban su miel, y las avispas en los jardines, van a las aguas detenidas y se llevan el fango. El alma que sabe de cosas de Dios aprecia la belleza de la copla; porque ha experimentado que cuando se vive en el servicio de Dios, se vive fuera de sí, y que el deseo de ir a gozar de aquel Señor, a quien servimos, tan vivamente nos espolea, que nos hiere y mata, y entonces morimos de deseos, porque en realidad no morimos. Si no atended. Ella lo dice:

“Sólo en la confianza
Vivo de que he de morir,
Porque muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza:
Muerte do el vivir no alcanza,
No te tardes que te espero,
Que muero porque no muero.”

¡Quién ha invitado jamás a la muerte con tanta fineza como la Virgen castellana!

“Ven muerte tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer de morir
No me vuelva a dar la vida.”

(1) Galat. II, 20.

(2) Colos III, 3.

(3) Philp. I, 23.

Canta Virgen castellana, canta, Dios puso en tus labios la palabra de Castilla, y llenó tu corazón de amores, para que con las palabras de tus labios cantases amores de Dios a la criatura, amores de la criatura a Dios. Por los mudos que nunca mueven sus labios para bendecir al Señor, dueño de las almas, canta, Virgen abulense, canta. Por los infelices que manchan con impía blasfemia, el idioma de la patria; por los deshonestos, que lo ensuncian con las impurezas de la lujuria; por los que maldicen a sus hermanos; canta y ora, Virgen castellana. Por los tibios que decimos fríamente las divinas alabanzas, *velut aes sonans aut cymbalum tinniens* (1) por los tibios, que muerden las palabras, y en vez de canciones de nacimiento de gracias, ofrecen a Dios rudos sonidos; canta, Virgen Carmelitana, canta. Por Castilla, que debe a Dios un canto de amores eternos de infinita acción de gracias, de alabanza imponderable; canta, Teresa, canta. Tú, que sabes los arrullos de la paloma divina, del Cantar de los Cantares; tú que sabes los idilios del alma y su Dios en la cima del Carmelo; tú, que buscas por las plazas y las calles al amado de tu alma; tú, que dices con el reformador del Carmelo:

Pastores, los que fuéredes
 Allá por las majadas del otero,
 Si por ventura vieredes
 A aquel que yo más quiero,
 Decidle que adolezco, peno y muero.

Canta por nosotros, los que, bajo las bóvedas de este templo, nos congregamos para honrar a Dios, enalteciéndote a ti: *Mirabilis Deus in sanctis suis* (2). Canta por tus hijos, los Carmelitas de Cuba. Canta por tus hijas,

(1) I Cor. XIII, 1.

(2) Ps. LXVII, 36.

que en el huerto místico del Carmelo reunidas, ofrecen a Dios las más preciosas ofrendas de las virtudes. Canta, porque son tus delicias cantar cantos de amores: *Misericordias Domini in aeternum cantabo*.

Castilla sobresalió en la Sagrada Teología en aquellos tiempos en que esta divina ciencia era el objeto del estudio de todos los pueblos, y Santa Teresa no podía dejar de ser Teóloga, para ser castellana en todo. Yo no sé cuándo estudió, mas es lo cierto que aventajó tanto en el conocimiento científico de Dios, que comúnmente se le da el título de «Doctora». Fray Luis de León expresábase en estos términos: «...que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en que Dios vivía y que se presume la movía a escribirlas, fué atrevimiento grandísimo y error muy feo querer enmendar las palabras; porque si entendieran bien el castellano, verían que el de la Madre es la misma elegancia». Fué su especialidad la Mística, tratado de profundísima ciencia, fundado en la gracia, que es a su vez, si no el más difícil, uno de los más difíciles de la ciencia teológica, en el cual es sumamente fácil errar, o por exceso o por defecto. Precisamente, por aquellos tiempos se pusieron los fundamentos del Quietismo por los llamados «alumbrados». Estos «alumbrados», no sé si obcecados por la magia o si engañados por la ignorancia, sentaban doctrinas que, deducidas de falso principio de misticismo, llegaban hasta la anulación del pecado, o mejor dicho, hasta sentar la incapacidad de pecar en el «alumbrado», a quien, por lo tanto, le era todo lícito y bueno y meritorio. Porque decían: «El amor de Dios en el hombre es Dios», y dejándose el alma o puesta el alma en éxtasis, «alcanzaba tal perfección, que no podía pecar mortalmente; y siendo lo único verdadero la absorción del alma por Dios, todo lo demás, la oración, los sacramentos, la penitencia, los preceptos del Decálogo, todo so-

braba, puesto que, identificada la voluntad de la criatura con la voluntad del Creador, alcanzaba tal engrandecimiento, que no podía pecar, porque sus actos eran divinos.*

Tan extendida estaba en España esta secta de los «iluminados», que las más santas almas de aquellos tiempos se vieron envueltas en largos y molestos procesamientos. ¡Tan cuidadosa era la vigilancia de la Iglesia para evitar que se corrompiese la doctrina, y que en pos de la corrupción de ésta viniese la corrupción de costumbres. El Beato Maestro Juan de Avila, Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, San Ignacio y otros autores, se vieron más o menos acusados, y defendieron sus doctrinas contra toda nota de herejía. Y si bien es verdad que, según el parecer autorizado de Menéndez Pelayo, Santa Teresa de Jesús no fué perseguida, cierto es que hubo denuncias y «exámenes y calificaciones» acerca de su doctrina.

Nada más lejos de las doctrinas místicas de la Virgen abulense que los sueños asquerosos del quietismo, paciente cercano del nirvana indio, y las aberraciones y abusos carnales de los «alumbrados». Santa Teresa conocía perfectamente la ciencia teológica, porque Dios se la infundió, y segura raciocinaba acerca de ella, llegando a conclusiones tan maravillosas como santas.

El libro que tituló «Camino de perfección», es de práctica segura. Es un tratado sobre la vida espiritual, en el que la Santa desarrolla como por grados todo el camino que debe andar el alma para llegar a la cima del monte de la virtud. Empieza por desasirnos de nosotros mismos, persuadiéndonos de cómo se han de descuidar las necesidades corporales, del bien que hay en la pobreza y concluye con la explicación del Padre Nuestro, clásica en doctrina y en estilo.

En su áurea obra titulada: «El Castillo Interior», más

conocida con el nombre de «Las Moradas», sube y se espacia en las alturas de la mística. El origen de esta obra lo tenemos en aquella visión que tuvo la Santa, en la cual Dios, para satisfacer los deseos (no os extrañéis: Dios hace la voluntad de los que le temen (1): *Voluntatem timentium se faciet Deus et deprecationem eorum exaudiet*. Para satisfacer, digo, los deseos de la humilde Teresa de ver un alma en gracia, mostróle Dios un globo hermosísimo de cristal a manera de castillo, con siete moradas, y en la séptima, que estaba en el centro, al Rey de la gloria, con grandísimo resplandor que ilustraba y hermozeaba aquellas moradas hasta la cerca, y tanta luz participaban cuanto más se acercaban al centro. No pasaba esta luz de la cerca, y fuera de ella todo era tinieblas, inmundicia, sanos y víboras y otros animales ponzoñosos. Estando ella admirada de esta hermosura, que con la gracia de Dios mora en las almas, súbitamente desapareció la luz, y sin ausentarse el Rey de la gloria de aquella morada, el cristal se puso y cubrió de obscuridad, y quedó feo como carbón y con un hedor insufrible, y las cosas ponzoñosas que estaban fuera de la cerca, con licencia de entrar en el castillo.» Así lo refiere el P. Yepes. En verdad, nosotros, leídos o ignorantes, nada hubiéramos deducido de la visión, fuera de que Dios es luz y el pecado tinieblas; pero Santa Teresa, conocedora de la Teología, dedujo cuatro cosas: Que Dios está en todas las cosas por esencia, presencia y potencia. En segundo término, cuanta es la malicia del pecado por el que el alma se ennegrece y obscurece a pesar de estar Dios en ella. En tercer lugar dedujo actos de humildad, porque toda la belleza del alma en gracia es de Dios. Y por fin tomó motivo para escribir el libro de «Las Moradas».

(1) Ps. CXLIV, 19.

Santa Teresa distinguió siete moradas para las almas en gracia: «Cómo desenvuelve la Santa la materia, no es posible declararlo ni con muchas palabras.» Hay que leer el libro, y leyéndolo, pedir que luz del cielo venga a iluminar el alma para entender cosas tan divinas como allí se tratan. Es la mejor obra de Santa Teresa. El misticismo de Santa Teresa en esta obra es en extremo admirable. Al desenvolver su pensamiento, va desarrollando multitud de divinas enseñanzas, hasta llegar a lo que llamaba la Santa «prisión de Dios o cautiverio de Dios»:

Aquesta divina unión
Del amor con que yo vivo,
Hace a Dios ser mi cautivo
Y libre mi corazón.
Mas causa en mí tal pasión
Ver a mi Dios prisionero,
Que muero porque no muero.

Y desde este cautiverio de Dios hasta la transformación del alma, comparada por la Santa con la metamorfosis a que está sometido el gusano de seda, «grande y feo que se encierra en un capullo, hasta que sale de allí hecho una mariposa blanca, muy graciosa», recorre los campos todos de la cristiana mística. Sigue la Santa exponiendo este pensamiento con encendida elocuencia, hasta llegar al punto que desea: «Cómo ayuda el Señor y transforma un alma que no parece ella ni su figura.» Esta unión del alma con Dios la explica ella como si dos velas de cera se juntasen; como el agua del cielo, que al caer en las fuentes y en los ríos no se puede apartar ni dividir, cual es el agua del río y la que cayó del cielo; como si un arroyo pequeño entra en el mar, no habrá remedio de apartarse, o como si en una pieza estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz: aunque entra dividida, se hace toda una luz.»

Misticismos, misticismos agridulces, sueños de un alma neurótica, visiones y antojos de una mujer neurasténica. Eso decía un desgraciado que ya habrá dado cuenta de sus blasfemias a Dios; eso dicen los filósofos y los sabios según la carne. Teología hondísima, ciencia inasequible a los entendimientos vulgares y vedada a los corazones llenos de pecado, digo yo, siguiendo las huellas de personas sabias e ilustradas. ¡Oh, si estuviese el mundo lleno de esta clase de neurasténicos!

Eso lo puede sentir quien como Teresa, tenga el alma llagada de amor divino; quien sea, como la Virgen castellana, «víctima de la caridad»: *O charitatis victima*, como dice la Iglesia; lo puede sentir quien, oyendo la voz del Esposo, corra a la cima del Carmelo, que es monte de perfección, de amor transformado y se desposa con nupcias eternas con el Divino Cordero:

“Sponsique voces audit:
Veni, soror, de vertice
Carmeli, a agni nuptias.”

Eso lo puede decir quien ha saboreado y experimentado las delicias de aquel amor, que:

Si mata, ¿cómo da vida?
Y si vida, ¿cómo muere?
¿Cómo sana cuando hiere
Y se ve con El unida?

Habla, mujer grande y fuerte; habla de esos divinos misterios que nosotros no podemos conocer; habla de esas divinas verdades «que Dios escondió de los grandes y soberbios y las reveló a los pequeñuelos»; habla de los ascensos del alma a Dios y de los descensos de Dios al alma; habla de esa unión maravillosa en la cual se junta lo divino con lo humano, sin que lo humano se con-

fundada con lo divino. Habla y di aquellas coplas tan sentidas

Quien a Dios tiene,
Nada le falta:
Sólo Dios basta.

Habla, que tu palabra tiene acentos de gorjeos, sonoridades de selvas, dulzura de mieles; habla, que tu palabra es un canto de melodía suavísima. Habla y canta, paloma del Carmelo:

“¡Ay! qué larga es esta vida
Qué duros estos destierros
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida.
Sólo esperar la salida
Me causa dolor tan fiero
Que muero porque no muero.”

Habla así, de amores castísimos, de amores divinos, para que el amador de las almas te apuntale con manzanos y con flores, a fin de que no mueras de amor, limpiísima Virgen de Castilla.

II

No es para un sermón el estudio profundo de la vida de un santo; porque si a mí me cuesta hacerlo quince o veinte días de trabajo, sería necedad insigne el pretender que vosotros quedáseis enterados escuchándolo una vez. Ahora bien, la vida de la Santa, sus virtudes, me pueden llevar a donde yo quiero, o sea al terreno de la práctica, para que sus palabras den mejor fruto.

La vida cristiana sólo tiene dos caminos: el de la inocencia y el de la penitencia. Y si bien es verdad que Santa Teresa no necesitó de la segunda, porque

conservó siempre la primera, se entregó con toda el alma a la penitencia, temerosa de perderse. Es verdad que para llevar vida en buen grado penitente basta la práctica de la regla carmelitana; porque la perpetua abstinencia de carnes a que se somete quien la profesa, los ayunos continuados durante siete meses, y frecuentados a razón de uno o dos por semana en los otros cinco, los cilicios y disciplinas con que, dos a tres veces semanalmente y durante todo el año, macera su cuerpo, es bastante mortificación para que un alma sea penitente. La bendita Teresa no se dispensaba nunca de sus obligaciones, y porque la dañaba el pescado «comíalo más ordinario unas hiervas o poleadas»; tomaba recias disciplinas. Del rigor de sus muchas penitencias, dice el P. Ribera, estuvo falta de salud. Mortificada en la comida, en la cama, que era un jergón de paja y nada más, traía llagas en el cuerpo por el cilicio, y no por eso lo dejaba. Las enfermedades la purificaron y daba gracias a Dios por ellas. Siendo para las hijas afable y suave, sólo era para sí extrañamente austera y rigurosa. Esta vida de penitencia la preparó para la vida de oración, en la cual fué maestra perfecta, y por la oración recibió de Dios insondables gracias, pues la oración es la canal única, por la cual descienden hasta nosotros las divinas mercedes. La oración es la comunicación con Dios; el alma habla y Dios responde, no de un modo perceptible al oído carnal, pero sí perceptible al corazón. ¿Y qué dificultad hay, para que si Dios habla al corazón hable también al oído para que esa comunicación se haga sensible? Ninguna. De aquí las apariciones con que favoreció a la Santa, y aquel hablar de Dios con Teresa y de Teresa con Dios, como se tratan los amigos, como eran en realidad dos amados: Jesús amado de Teresa, Teresa amada de Jesús, razón por la cual tomaron mutuamente sus nombres. De esta íntima y

amorosa comunicación se originó el matrimonio espiritual entre Jesús y Teresa; por eso le traspasó el corazón con un dardo encendido el Serafín.

La vida de penitencia lleva a la vida de oración, la vida de oración lleva a la vida del amor; la vida de amor lleva a la vida de unión y esta es la vida que se vive en Dios: *Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo*. Esa es la vida que vivió Santa Teresa. Pero allá en esas alturas, cuando el alma va cayendo de un abismo en otro abismo: del abismo de la penitencia en el abismo de la oración, del abismo de la oración en el abismo del amor, del abismo del amor en el abismo de Dios, allá en esas alturas, en el abismo de Dios, no puede el alma descuidarse *Qui stat videat ne cadat* (1): allá debe vigilar: *Vigilate et orate*; allá debe escuchar la voz de Dios: *Audi filia et vide et inclina aurem tuam: et obliviscere populum tuum et domum Patris tui. Et concupiscece rex decorem tuum: quoniam ipse est Dominus Deus tuus, et adorabunt eum* (2): allá debe escuchar la voz de Dios, que le pide amor: la voz del amor, que le pide oración: la voz de la oración, que le pide penitencia: la voz de la penitencia, que le pide ayunos, disciplinas y cilicios. Así es como por grados se llega a Dios, y de Dios, volviendo atrás, se viene al punto de partida para nuevamente volver a Dios y permanecer en Él. Así es como perseveró en la justicia Santa Teresa.

Su pobreza... no su pobreza, su amor a la pobreza, fué tal que llegó a dar gracias a Dios, inflamando en estos mismos sentimientos a las demás religiosas de su comunidad, cuando no tuvo otra cosa para alimentarse todas sino un pedazo de pan. Su humildad fué tan honda,

(1) I Cor. X, 12.

(2) Ps. XLIV, 11 y 12.

como fueron altos los dones con que el Señor la enriqueció.

Afable y grave, su carácter dulcísimo, la hacía dueña del corazón de sus interlocutores; pero sin menoscabo del reposo y gravedad, que tanto dicen en favor de las personas consagradas a Dios. Tierna de corazón y de voluntad tenacísima, en Teresa encontraban cariño de madre cuantos acudían a ella en busca de consuelo, pero nunca a expensas del deber. Modesta y circunspecta, cubierta con el velo virginal, la belleza de su rostro, que lo era en extremo, jamás se vió en ella movimiento, ni palabra, ni mirada que desdijese de su dignidad de esposa de Cristo. Mujer, muy mujer, en todo mujer, era la mujer fuerte y hacendosa de elevado precio, *procul et de ultimis finibus, pretim ejus* (1), húboselas con Dios, así a lo mujer, y Dios confió a ella los intereses de su honra: *Deinceps ut vera sponsa meum zelabis honorem*. Alma templada para las grandes luchas, aplastó el poder de Satanás; corazón forjado para obras gigantescas, a despecho de todas las dificultades, llevó a cabo la reforma del Carmelo y edificó casi cuarenta monasterios, sin más ayuda que el poder de Dios y su devoción acendrada a la Virgen del Carmen y a San José. Y perseguida por Satanás y llagada por los cilicios, y debilitada por ayunos y abstinencias, y demacrada por múltiples enfermedades, y adolorido su cuerpo y ocupada su alma sólo en el amor de Dios, y lleno su pensamiento con la obra magna de la reforma del Carmelo y de las muchísimas fundaciones que hizo, cada una de las cuales, por los muchos trabajos que traía aparejados, bastaba para gastar su corazón, alegre, siempre alegre se la encontraba, siempre con dulcísima sonrisa en los labios, signo inequívoco de la inalterable paz de su alma.

(1) Prov. XXXI, 10.

Es la Santa de la alegría. Así fué Teresa, como os la he pintado a grandes rasgos.

¡Oh! mujer grande, que supiste robar a Dios el corazón, ¡oh! mujer fuerte, que venciste a tus enemigos interiores y exteriores, ¡oh! mujer de alma bella, sobre toda ponderación, que prendaste al enamerado de las alturas, Jesucristo, canta un cántico nuevo. Canta con tu penitencia admirable y con tu inviolada inocencia; con tu humildad profundísima; con tu encendida caridad. Algo extraño se ha escuchado en nuestra tierra, y fué la voz de la tórtola: *Vox turturis audita est in terra nostra*. Canta en el salterio de diez cuerdas, que son los mandamientos del Decálogo. No hay armonía que iguale al canto de la virtud. Canta aquel canto admirable, el más suave, el más sentido, el más armonioso de todos los cantos, de que habla San Pablo escribiendo a los fieles de Coloso (1): *In gratia cantantes in cordibus vestris Deo*. Canta así, tus obras en gracia, las innumerables mercedes con que plugo al Señor adornar tu alma. Paloma de divinos amores, canta con elegancia y con belleza, pia, suave, reverentemente las delicias espirituales con que Dios ha llenado de júbilo tu corazón. Canta bajo el influjo del divino espíritu las grandezas de Dios y las bajezas y miserias de la criatura; y el beso eterno de la justicia y de la paz, el beso de Dios al alma escogida, con el cual la purifica más que con el carbón encendido los labios de su profeta. Canta por tí, por tus hijas, por la Iglesia. Cantaavecilla del paraíso, rui señor del árbol de la vida, alondra del cielo de la castidad, canta, que Dios quiere oírte para complacerse y regalarse.

Hermanos míos: los panegíricos de los santos no tie-

(1) Col. III, 6.

nen otro fin que manifestarnos las virtudes de ellos, para que nosotros las imitemos. Para eso me he tomado la carga de haceros el elogio de la Virgen Castellana; y lo he hecho con generalidades, sin entrar hondamente en su vida, para ver si logro enamoraros o de su humildad o de su penitencia, o de su oración, y la imitáis. Todo lo que no fuera este fin, sería perder miserablemente el tiempo, y convertir en «cátedra de pestilencia» esta cátedra de verdad, y en «cueva de ladrones» este templo «casa de Dios y casa de oración».

Por desgracia, entre vosotros no hay ninguno que conserve la inocencia bautismal, y esto os lo digo sin temor de errar, a pesar de que me consta que hay entre vosotros muchos virtuosos, sin que me conste que haya ninguno malo. Pero no sois inocentes, no lo creo: tenéis, pues, que andar por la vía de la penitencia. No hay remedio: inocencia, o penitencia, o infierno. Esa es la verdad desnuda, sin ropas de retórica ni ampulósidades de palabras huecas.

Nosotros no tenemos obligación de ser literatos ni maestros en el bien decir, por lo cual no tenemos obligación de cantar la gloria de Dios con palabras escogidas y elegantes como Teresa de Jesús. Tampoco pesa sobre nosotros el deber de cantar científicamente las maravillas del Señor. Pero sí tenemos la obligación de ser santos, y por lo tanto, la de cantar con obras de sólidas virtudes alabanzas y bendiciones al Creador. ¿Y cómo, diréis, yo santo? Sí, tú santo. ¿Cómo? Mira, muy fácilmente: como Teresa de Jesús.

Mas como sois hijos de Castilla y lleváis en los labios la palabra castellana, que de por sí es un canto natural de imponderable armonía, hablad, y con sólo hablar, habréis celebrado las magnificencias de Dios. Como sois hijos de Castilla, y una mujer al calor de la lumbre y al calor sagrado de sus maternos amores os enseñó las doc-

trinas del Catecismo, ya sois teólogos y eminentísimos, y podéis cantar con honda ciencia las divinas hermosuras. ¿Os habéis olvidado del Catecismo? ¿No os acordáis de su doctrina? No lo creo, pero si así fuera, sabed que habéis olvidado toda la filosofía de la historia de Castilla y toda la filosofía del amor de vuestras madres. ¿Os habéis olvidado del Catecismo? Castellano que ignoras el Catecismo: eres un monstruo en Castilla; tú no eres descendiente de los Fernán-González, y si llevas en tus venas la sangre, no llevas en tu corazón la vida que lanzó al Campeador contra los moros y que lanzó a Isabel a las hazañas de obrar la unidad española y de correr el velo de las aguas para hallar un mundo al otro lado de los mares.

Pero me diréis: ¿Tengo obligación de ser santo yo, que estoy hundido en los negocios de la vida? Yo en mi comercio, en mi trabajo manual, en mi gabinete de estudios...? ¿Pero es que realmente no podéis ser santos en vuestro comercio, en vuestro trabajo manual, en vuestro gabinete de estudios...? ¿No podéis salvaros? ¡Ah! Dejadlos. Esos son vuestras manos, vuestros ojos, vuestros pies; os sirven de escándalo, y por el escándalo, os condenaréis eternamente. Y si tu ojo, dice el Divino Maestro, o tu pie, o tu mano, te escandalizan, sácate el ojo, córtate la mano o el pie, porque es mejor que tuerto, cojo o manco entres en el reino de los cielos, que condenarte para siempre por conservar todos tus miembros.

Mas no es verdad; vuestro trabajo es honrado, y sea cual sea, no es obstáculo para la santificación de vuestras almas. San Pantaleón, San Cosme y San Damián eran médicos; San Ibo, abogado; San Isidro, labrador; San Sebastián, militar; San Clemente, periodista... Si vuestro trabajo fuera un obstáculo, equivaldría a decir que la holganza y ociosidad son buenos medios de santificación, y lejos de ser así, la ociosidad es madre de to-

dos los vicios. Es que desfallecemos en los caminos de la virtud; es que, dejándonos poseer por el espíritu del siglo, por los lazos de la carne y por la mentira del mundo, nos olvidamos de Dios y de nosotros mismos.

Podéis ser santos. La virtud es un hábito que resulta de la repetición de actos buenos, exceptuando las virtudes infusas, las cuales, si bien es verdad que no resultan de la posición de actos buenos, sin embargo, se aumentan con el ejercicio. Hábito es «una cualidad difícilmente móvil, que determina al sujeto para que se tenga bien o mal.» *Qualitas difficile mobilis determinans subjectum ad bene aut male se habendum.* La cualidad subsigue a la forma, como la cantidad al cuerpo, y se define: *Accidens dispositivum substantiae vel in se ipsa vel quo ad operationem.* Estos son los fundamentos naturales de la virtud y están en nosotros como estuvieron en Santa Teresa. Haced que la cualidad se disponga bien en sí, y en cuanto a la operación, haced que vuestros hábitos sean buenos y os basta para ser santos. La virtud no es creación, es elevación. Yo amo a las criaturas por las criaturas; amor puramente natural no sirve para el cielo. Yo amo a las criaturas por Dios; amor sobrenatural que se llama caridad, y es la reina de las virtudes. Yo creo al hombre por su autoridad de Dios; fe divina, virtud sobrenatural. Mas esta elevación no está en nuestra potestad. *Non volentis neque currentis sed miserentis est Dei* (1). *Neque qui plantat est aliquid neque qui rigat sed qui incrementum dat Deus.* (2). Así, con la ayuda del cielo, no solamente podemos hacer un acto sobrenatural, sino que lo perfeccionaremos, por mezquino y ruin que sea. Mover un pie, por ejemplo (3):

(1) I Cor. IX, 23.

(2) I Cor. III, 7.

(3) Ps. XCIII, 18.

Si dicebam motus est pes meus, misericordia tua Domine abjurabat me.

Luego no podemos ser santos, porque la gracia no está en nuestras manos. Falso. Pedid y se os dará, se os dará ciertamente, y si no recibís, es porque no pedís. Son palabras de Jesús. ¿No tenéis gracia? Pues es porque no pedís, porque no oráis. Dios no la da a quien no la pide. Tampoco nosotros damos a los mendigos que no nos piden.

Pero si oráis es otra cosa: la gracia de Dios no se funda en nuestros méritos: *Alioquin gratia jam non est gratia*; mas Dios la concede a quien se la pide. Dios no la niega; si nosotros pedimos, Dios nos da gracia, y sino adelantamos en la virtud, es porque no correspondemos, y si no correspondemos hace muy bien Dios en echar la llave a la cerradura de sus tesoros, dejándonos en absoluta indigencia. *Nolite sanctum dare canibus* (1). Nosotros mismos, si viéramos al mendigo a quien favorecemos con nuestras limosnas arrojarlas al estercolero, no le daríamos más. Es un apotegma teológico: Dios no niega su gracia a nadie. Luego... Perdonadme que os hable con tanta claridad: sois castellanos y no llevaréis a mal que os hable la verdad desnuda quien tiene a honra llevar en sus labios vuestra rotunda palabra. Luego la culpa es vuestra. Lo veréis. Lo primero que hizo Santa Teresa fué despegarse del mundo. ¿Habéis despegado del mundo vuestro corazón? No, hermanos míos, no. ¿A qué mentir? ¿A qué fingir? Después, siendo inocentísima y creyéndose por su gran humildad pecadora, se sometió a las duras penitencias a que San Pablo redujo su carne. *Castigo corpus meum et inservitutum redigo ne forte cum aliis predica verim ipse reprobus efficiar* (2). ¿Qué peni-

(1) Matth. VII, 6.

(2) I. Cor. IX, 27.

tencia hacéis, hermanos míos? La penitencia la llevó a la oración. ¿Oráis? ¿Rezáis? ¿Pensáis en la grandeza de Dios y con humildad le adoráis? ¿Pensáis en los beneficios que os hace y le dáis gracias? ¿En qué le habéis ofendido y os confesáis? Porque pedirle perdón solamente, es protestante. ¿En qué necesitáis alimento para el alma y comulgáis? La oración lleva al amor. ¿Cómo andáis de amor de Dios? ¿Es amor fervoroso o es ese amor tibio, por el cual se dice que se ama a Dios, pero el corazón está muy lejos del Señor? Como el amor de aquellos judíos a quienes increpaba Jesús diciéndoles: «Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está muy lejos de mí.» El amor lleva a la unión con Dios. ¿Cómo andáis de vida interior? ¡Qué ocurrencia! se dirá: preguntarle a uno que es hijo del trabajo como anda de unión con Dios! ¡Qué ocurrencia! digo yo: como si la vida de los santos hubiera sido vida de vagos, o como si la vida de vagancia llevase a Dios. ¿Y cómo se ha de poder unir con Dios un trabajador? ¡Maldito sea el trabajo que nos separa de Dios! Pero, ¿cómo andáis de unión con Dios? ¿No os ocupáis en eso? ¿Qué vida vivís? ¿Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios? ¿No? Perdonadme otra vez, hijos de Castilla: no, no me perdonéis, no necesita perdón de los hombres quien habla en nombre de Dios. Si vuestra vida no está escondida con Cristo en Dios, no tenéis unión con Dios: si no tenéis unión con Dios, no tenéis vida de amor: donde no existe la vida de amor, no se halla la vida de oración: donde no se encuentra la vida de oración, falta la vida de penitencia: y donde no hay vida de penitencia... voy a decirlo con toda claridad, donde no hay vida de penitencia, allí está la vida del pecado, pese a la paz de los pecadores (1): *Quia zelavi super iniquos pacem peccatorum videns.*

(1) Ps. LXXII, 3.

Y, ¿cómo sabréis que estáis en esas condiciones que os he dicho? *Ex fructibus eorum cognoscetis eos* (1). Preguntad al corazón cuales son sus obras. Que os diga la conciencia si cumplís los mandamientos de Dios, los de la Iglesia y todos vuestros deberes, según el estado de cada uno. Si os responden afirmativamente, os felicito; si la respuesta es negativa, enmendaos, y pronto. El cumplimiento de los divinos preceptos salva eternamente, y el que se salva para siempre es santo. Ved cuán fácil cosa es llegar a ser santo.

Puso Dios a Castilla en el corazón de España porque no halló lugar más hermoso donde ponerla, y dió rotunda palabra al castellano para que cantase las glorias del Hacedor Sumo. Desde entonces los castellanos han venido cumpliendo según los límites de la perfección humana, el mandamiento divino hasta llegar a la cúspide de lo bello y de lo perfecto en los labios y en el corazón de Teresa de Jesús. Canta, pues, castellano, canta Gloria a Dios por haberte dado patria tan bella, por habértela hecho plana como la superficie de un espejo, y por haberte dado junto al mar montañas que guardan tu rincón paterno. Gloria a Dios por haberte dado bosques poblados de árboles, árboles cuajados de pájaros, pájaros de suaves gargantas y de plumaje vistoso y variado. Gloria a Dios por haberte puesto en tus campos trigales amarillos y amapolas rojas, benditos colores de la bandera de tu patria. Gloria a Dios por haberte dado corazón tan franco y noble, tan generoso y tan valiente, que ha llenado el mundo con la nobleza de sus actos, con la generosidad de sus dádivas, y con la valentía de sus hechos. Gloria a Dios por haberte dado la sonora

(1) Matth. VII, 34.

palabra de Castilla, y gloria a Dios por haberte dado compatriota en mujer tan extraordinaria como Teresa de Jesús.

A la paloma hermosísima del Cantar de los Cantares, cuyas plumas variadas se descomponen bajo los limpios rayos del divino sol, y dan irisaciones de la luz indefectible, que son las virtudes cristianas; al blanco lirio del campo, cuyos aromas se esparcen por el florido seno de la Iglesia; a la elegida de Dios, a la más hermosa entre las mujeres, exceptuada María; a la hija del rey, la belleza de la cual es de adentro, y está adornada con multitud de piedras de inapreciable valor; a la penitente y santa hija del Carmelo; a la virgen inocente de arrullos de tórtola y de olor a lirios y azucenas; a la nobilísima hija de Castilla; a la reformadora de la religión de María; a la cantora inmortal de los divinos amores; a la profundísima teólogo, que entró con pie firme en la selva intrincada de la cristiana mística; a la Santa que, con palabras, obras y amores, cantó las divinas bondades; al serafín humanado, «que de amor moría, porque no moría»; «a la víctima de la caridad», la veneración profunda de nuestros corazones; a Dios que la engrandeció, gloria, honor, alabanzas y hacimientos de gracias. Para nosotros, que por intercesión de Teresa nos conceda Jesús cantar para siempre en el cielo las divinas misericordias. *Misericordias Domini in aeternum cantabo.* Amén.



SANTA TERESA Y EL MUNDO SOBRENATURAL

**Panegirico predicado por el M. R. P. Fr. Marcelo del Niño
Jesús, C. D.**

Cristo sol de la Iglesia.—Santa Teresa estrella refulgente.—Santa Teresa y las mujeres de la Biblia. I. La divina Omnipotencia en el mundo de la naturaleza y en el mundo de la gracia.—La ciencia incrédula y los espíritus frívolos.—La potencia obedencial. II. ¿Menos santos ahora?—Dios el mismo de siempre.—Las grandes formas no se reciben sino después de grandes disposiciones.—Consecuencias prácticas.

*Quia fecisti viriliter et
confortatum est cor tuum
ideo, et manus Domini...*

Pues te portaste con varonil esfuerzo y tuviste un corazón constante, la mano del Señor te ha confortado. (Judit., XV, 11.)

CELEBRAMOS hoy la fiesta de Santa Teresa de Jesús, de la insigne Reformadora del Carmelo y lumbre clarísima de toda la cristiandad, y no es extraño la celebremos con júbilo y entusiasmo singular. Ella es la mujer grande por excelencia, el tipo del españolismo a la antigua, el ideal del escritor asceta, del endiosado cenobita y de la perfecta religiosa, el modelo de todas las clases sociales, un mundo de divinas creaciones, y

espejo purísimo donde se reflejan y reverberan a maravilla los atributos y grandezas de Dios. Teresa de Jesús no es el sol de la Iglesia, que el sol en su cenit es Cristo, pero es el astro que después de cuatrocientos años que brilla en su firmamento no conoce mengua ni ocaso, ni la oscurecen las sombras de los siglos pasados, ni la empuerqueñecen las grandezas de los héroes contemporáneos, ni los rasgos y perfiles de su fisonomía jigantea permiten confundirla con ninguna otra de su sexo.

Débora, juzgando al pueblo de Israel a la sombra de una palmera, no puede compararse con la Virgen castellana que desde el claustro supo juzgar al mundo descubriendo sus farsas y mentiras cuando entre otras cosas le dice: «¡Oh mundo, mundo, y cuánto vas ganando en haber pocos que te conozcan!»

Jaél hincando en las sienes de Sisara el clavo que le dejó cosido a la tierra, Judit en el campamento asirio, cortando la cabeza a Holofernes, son pálidas sombras al lado de ese ángel que apareció en la España del siglo XVI para defender los castillos de la religión con la espada de su bien cortada pluma y confundir las insanas y heréticas enseñanzas con la sabiduría de sus celestiales consejos. Teresa de Jesús no tiene rival en su sexo; es la copia fiel del ejemplar que en visión profética tuvo presente Salomón cuando, prendado de los atavíos y hermosuras de la mujer fuerte, coronó su elogio diciendo: *Multae filiae congregaverunt divitias, tu supergressa es universas* (1); muchas allegaron riquezas, pero las sobrepujaste a todas. Tan grande se nos presenta la insigne Doctora avileña cuando niña pasando al río Adaja, embebida en el pensamiento de dar su sangre por Jesucristo en tierra de moros, tan superior a su sexo en las arduas y difíciles empresas de la Reforma,

(1) Prov. XXXII.

tan rayana a lo divino en sus místicas elevaciones que, a no saber que era nacida de mujer, la tuviéramos por encumbrado serafín, abrasado en divinos amores y transformado en aquel soberano Señor que, prendado de su espiritual hermosura, le dirigió este delicado requiebro: «Teresa: yo ya soy todo tuyo y tú toda mía.» ¿No comprendéis, amados hermanos, tanta dignación? ¿No acertáis a dar con la razón de grandeza tanta? Sería preciso seguirla hasta las altas moradas donde vivía de ordinario su espíritu; sería preciso remontarnos de la tierra al cielo y sorprender a Dios esculpiendo en el corazón de Teresa la imagen de su divino Verbo; sería preciso tener en las manos y contemplar el molde en el cual Dios la formó; pero dicen que el Señor rompió ese molde para que no saliera otra como ella.

Confesemos, pues, nuestra insuficiencia; somos profanos para descubrir con nuestra miope inteligencia tan secretísimas operaciones, y niños balbucientes para hablar de tan deíficos amores. Sin embargo, soy deudor a vuestra benevolencia y he de daros *alguna razón de esas divinas y sublimes manifestaciones donde se revela el espíritu agigantado de la Seráfica Doctora*, para que alabemos y bendigamos a Dios, pues como dice la Santa: «Quien más conoce las grandezas de Dios, más le ama y le alaba» (1).

Para que podamos hacerlo con provecho y acierto recurramos como siempre a Jesús por María, por esa Reina del Carmelo, a quien saludamos reverentes, saludando con las palabras del Angel

AVE MARÍA

(1) Autobiografía, cap. XXXVII.

I

Todas las cosas salieron de las manos de Dios; él crió la materia, los ángeles y los hombres; él sostiene el peso del mundo con su palabra y mueve los astros con el soplo de su boca; su poder no conoce límites ni fronteras, «puede cuanto quiere», dice Santa Teresa. Para Dios no hay leyes que coarten su potencia, ni limiten sus atribuciones; establecidas libérrimamente por él, puede derogarlas cuando le plazca. Esas inmensas moles que se ciernen sobre nuestras cabezas, lo mismo que los átomos indivisibles de los cuerpos o la materia imponderable que llena el universo son en sus manos como el barro en manos del alfarero. Todo obedece a su voz, todo está pendiente de su mirada. Si de él las criaturas se apartan, perecen. Si quiere reducir a polvo la estatua, figura de los grandes ingenios, con dejar caer una piedrecita a sus pies vendrá a tierra el coloso. Si quiere prolongar el día, manda al sol que se detenga en su carrera, y el sol permanece quedo hasta que Josué da alcance al último enemigo de su pueblo. Si quiere castigar a las ciudades nefandas, acumula los elementos y las nubes descargan sobre ellas fuego y azufre. Si desea libertar a Israel, las aguas previenen sus órdenes y forman doble muralla en el mar Rojo y dejan paso franco en el Jordán. En fin, los cielos oyen humildes su voz y en lugar de fecundante lluvia, arrojan fuego asolador, cuando su soberano Señor quiere cumplir los deseos del Profeta Elías.

Estas maravillas del poder de Dios en la naturaleza nos parecen fáciles de comprender. Sabemos que nada puede resistir a su voluntad (1): *Non est qui possit tuae*

(1) Esth. XIII, 9.

resistere voluntati. Y he ahí la razón de esos hechos maravillosos: *ratio facti*, dice San Agustín, en el orden de la naturaleza o lo mismo que en el de la gracia, *est potentia facientis*. La razón del hecho es la potencia siempre soberana del Hacedor.

Pues bien. Además de este mundo visible, lleno de encantos y maravillas, obra del poder, de la sabiduría y del amor, hay otro mundo superior, oculto a las miradas del incrédulo y del positivista, hay un orden sobrenatural donde viven los espíritus elevados, las almas grandes, «las almas reales», como diría Santa Teresa; hay una región donde no llegan las aves del aire, ni el sentido del hombre, y en ese mundo sobrenatural y en esa región inexplorada por la ciencia humana hay luz, calor y vida, vida divina, luz indeficiente, fuego que funde las almas y las une con Dios; hay sacrificios e inmolaciones dolorosas, aunque no se derrame sangre; hay hablas calladas, inteligencias secretas y comunicaciones misteriosas; hay deliquios suavísimos y amorosos requiebros donde no toman parte las aviesas pasiones de la carne, hay un dar y recibir entre el Creador y la criatura que enriquece a las almas y las hace más humildes y las eleva del polvo y las hiere en su más profundo centro y, sin quitarles la vida, las deja muriendo y arranca de su corazón apenado aquel doloroso quejido que tantas veces brotó de los labios de Santa Teresa: «¡Hasta cuándo, Señor, esperaré a ver vuestra presencia! ¡Oh vida larga, oh vida penosa, oh vida que no se vive, oh qué sola soledad, qué sin remedio; pues, cuándo, Señor, cuándo, hasta cuándo será!» (1).

Yo no sé cómo se llaman, ni sé cómo se hacen esas obras del amor, pero es un recibir de largueza tan infinita, que al decir de la Seráfica Doctora, presa un día del

(1) Excl., I.

divino amor, sin poder sufrir su natural tanta bondad, hubo de dirigirse a Dios y decirle: «Señor, o poned tasa a vuestras mercedes o ensanchad mi corazón.» ¿Quién podrá describir lo que entonces sentía la endiosada Teresa? ¿Quién explicará los dones que recibió su alma cuando en la iglesia de Santo Tomás le pareció ver a la Virgen y San José que la cubrían con un manto de tan singular blancura, que los ángeles envidiar podrían para ser más bellos? ¿quién contará las mercedes que recibió cuando Cristo puso su propia honra en manos de Teresa y tomó la de Teresa por suya, diciendo: «mi honra es tuya y la tuya mía»?

Carísimos hermanos: somos profanos en mística Teología, y nuestra inteligencia, acostumbrada a elaborar las especies materiales que le prestan los sentidos, ni a rastrear se atreve tamañas grandezas; pero, ¿podremos negarlas? La ciencia incrédula y los espíritus frívolos se ríen de los fenómenos que trascienden las esferas de la actividad humana, cuando no los niegan rotundamente; pero, amén de que la Santa no miente, ¿cómo había de mentir la que gustaba de andar siempre en verdad, aunque la condenasen, como ella dice?; amén del testimonio de la Santa, la Providencia divina se ha encargado de confundir la sabiduría del siglo y la soberbia racionalista, permitiendo que tres años después de su muerte se abriera aquel pecho, templo de Dios, y se arrancara aquel corazón herido por el Serafín para presentarle hoy, mañana y siempre, a los ojos de la ciencia orgullosa, y decirle: hé ahí un corazón, cuyos fenómenos no acertarás a explicar; hé ahí una vida singular y extraordinaria que no puede ser regulada por las leyes de la biología, que confunde y desconcierta a los sabios; he ahí la prueba de las grandezas que Dios obra en las almas. ¿Cómo pudo vivir esa mujer desde 1562 hasta 1582, siendo tan profunda la herida de la transverbera-

ción que al parecer penetró la sustancia y ambas aurículas del corazón? ¿Cómo pudo aquel alma vivir? La ciencia, con todos sus progresos y conquistas, no lo podrá comprender; pero, ¿podrá negarlo? ¿Podrá alegar alguna razón sólida que pruebe su imposibilidad? Muy al contrario; la verdadera ciencia, la teología católica nos da la razón de esos hechos.

Dios es soberano, Señor de cuanto existe, y en virtud de la potencia obediencial que hay en el hombre, como impide a veces que el fuego quemé y los soles giren, puede hacer que el corazón herido respire, y, transverberado, no muera, puede imprimir en el corazón humano, como en blanda cera, sus altísimas y divinas perfecciones. Si Dios no pudiese hacer del hombre más de lo que hace, Dios no sería Omnipotente y la potencia obediencial del hombre para ser instrumento de las maravillas de Dios no sería infinita; pero ni el inmenso piélago de las perfecciones de Dios se agota, ni puede llenarse la capacidad del hombre sino con el infinito. «¿Por ventura, Señor, exclama Santa Teresa volviéndose a Dios, por ventura tienen término vuestras grandezas y vuestras magníficas obras? Oh, Señor, confieso vuestro gran poder. Y si sois poderoso como lo sois, ¿qué hay imposible al que todo lo puede? Queréd vos, Señor mío, queréd, que aunque soy miserable, firmemente creo que podéis lo que queréis, y mientras mayores maravillas oigo vuestras y considero que podéis hacer más, más se fortalece mi fe, y con mayor determinación creo que lo hacéis Vos. ¿Y qué hay que maravillarse, nos dice a nosotros, de lo que hace el Todopoderoso?» (1). «Pues la grandeza de Dios no tiene término, tampoco le tendrán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus miseri-

(1) Excl., I.

cordias y grandezas? Es imposible» (1). Maravillémonos, alabemos y bendigamos a Dios, porque así quiso enriquecer a su idolatrada esposa.

II

Pero si no consiste tanto nuestro mérito en conmemorar las excelencias de los héroes como en emularlas, preguntemos: ¿Cuál es la causa, no solamente de vernos privados de esas mercedes que recibieron los santos, sino de permanecer estancados y no dar un paso en el camino de la perfección, ni adornar nuestras almas con el hermoso ropaje de la gracia y de las virtudes? ¿Por qué, no siendo Dios aceptador de personas y mostrándose tan largo y generoso con algunas almas, nos hallamos tan pobres y desnudos en el orden sobrenatural? ¿Se ha ábreviado la mano de Dios?

Puestos aquí, no es difícil dar a estas preguntas una respuesta categórica y señalar la razón de las sublimes y divinas manifestaciones de Dios en el alma de Santa Teresa. Para llegar a las alturas, donde se cierne, como águila real y divina, la Seráfica Doctora, no basta ordinariamente el poder infinito de Dios, ni la potencia obediencial de la criatura; se necesita una *causa moral*. Las grandes formas no se reciben sino después de grandes disposiciones; no se introduce el fuego en el leño mientras no despida la humedad, ni la cera recibe el sello ni el molde, que en ella queremos imprimir, si no está blanda; tampoco el corazón del hombre puede recibir la gracia y las virtudes que el Señor quiera comunicarle, no puede hacerse divino ni ser levantado hasta el cielo, si está apegado a la tierra, aprisionado con las

(1) *Memad.* 6.^{as} cap. III.

«cadenas del placer mundano. «¿Con placeres y pasatiempos—dice Santa Teresa—hemos de gozar lo que Jesús nos ganó a costa de tanta sangre? Es imposible (1). ¿Con honras vanas, y vida muelle y regalada, pensamos conquistar el cielo que Él nos ganó a costa de tantos dolores? No lleva camino; errado va el caminante; nunca llegaremos allá. Dé voces vuestra merced en decir estas verdades, ya que a mí me quitó el Señor esta libertad.» Nos quejamos de que Dios no nos oye, murmuramos de su Providencia cuando amorosamente nos castiga. Pero, ¿cuánto hemos trabajado por Dios? ¿Cuán generosos hemos sido con Él? ¿No somos nosotros de aquellos de quien dice la Seráfica Doctora que entregan a Dios el fruto y no el árbol, las rentas y no la raíz y posesión, es decir, le ofrecen un suspiro, una obra buena, pero se reservan para sí o para el mundo y las criaturas el corazón; el corazón, que es lo que Dios pide y más estima? ¿Dónde está aquella grande y determinada determinación de servir a Dios y darse a las cosas del espíritu, «venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, si quiera se hunda el mundo», como escribe la Santa en el *Camino de Perfección*? (2) Y si en cualquier fervorín de espíritu le hemos ofrecido la voluntad, ¿no es verdad—dice la misma Santa—que aunque hemos rogado la tomé, cuando extiende la mano para tomarla, la retiramos y tornamos a guardarla muy bien? Nos pide el Señor un sacrificio, como el oír la santa Misa, retirarnos de lugares y compañías peligrosas, sacudir nuestra culpable pereza, mortificar nuestra vanidad, vestir con modestia, y un qué dirán, y un respeto humano, un creer que perderemos la salud y haremos

(1) Autobiografía, cap. XXVII.

(2) Cap. XXI.

el ridículo ante las gentes, nos detiene y, cobardes, ingratos y medrosos, nos contentamos con una religión de comodín, con una piedad sin abnegación, sin sacrificio, que, más que piedad y religión, son una burla sangrienta a aquel soberano Señor que dió su vida por salvarnos.

Lo que dispuso a la Doctora española a recibir tan grandes mercedes, fué, a mi juicio, aquella grande y determinada determinación de servir a Dios y hacer siempre lo más perfecto, aunque fuese a costa de la vida y de la honra; lo que la preparó fué el gran vacío que hizo en su corazón, fué aquella conformidad tan admirable que, en la salud y enfermedad, en las tristezas y alegrías, en los trabajos y consuelos, ya se viera en el Calvario o gozando en el Tabor, probada como Job, calumniada como José, o regalada como San Juan, no cesaba de repetir:

Vuestra soy; para Vos nací.
 ¿Qué queréis, Señor, de mí?
 Véisme aquí, mi dulce Amor.
 Amor dulce, véisme aquí.
 ¿Qué mandáis hacer de mí?
 Decid, dulce Amor, decid.
 Que a todo diré que sí.
 ¿Qué mandáis hacer de mí?

Esta conformidad fué la que elevó a Santa Teresa de Jesús a tal grado de santidad, que la hizo brillar con incomparables resplandores al lado de los más grandes santos y sobresalir por su espíritu levantado, por su grandeza de corazón, por su magnanimidad generosa entre los genios héroes de su siglo. Dios derramó en su sierva los dones celestiales con tan pródiga y exuberante simultaneidad, que en ella resplandecen como en divino y sobrenatural muestrario, la intrepidez del apóstol, la fortaleza del mártir, la visión del profeta, la sencillez

de la virgen, el ardor del polemista, el celo de los sacerdotes y hasta la finura y el gracejo familiar y atractivas maneras de la piedad destinada a florecer en los palacios de los grandes y en medio del mundo. Fijáos en los escritos de la Virgen abulense, y veréis en ellos fotografiada a la graciosa descalza, robadora de los corazones; leed el libro de su vida y sus cartas, y veréis retratado y personificado el tipo de la virtud alegre, cariñosa, natural, apacible, expansiva, divina, cual debe ser.

He ahí, señoras que me escucháis, el tipo y el ejemplar que debéis recordar con frecuencia y poner delante de vuestras hijas, no esos tipos y modelos que se revelan en novelas y folletines insanos, que hacen de sus lectoras jóvenes, niñas tímidas y mimosas, frívolas, entecas y mal acondicionadas; dispuestas siempre a la diversión, siempre remisas para la virtud y el trabajo, tipos y protagonistas representados en películas y escenas del más repugnante y grosero sensu alismo. Dándoles una educación tan superficial y liviana, como generalmente se da hoy, no fortificando su alma con una virtud sólida, con una piedad sin hipocresía, con una educación cristiana, sin resabios de paganismo, sin mezcla de ese espíritu modernista que a todo se hace y todo lo quiere amalgamar, los bailes, los teatros y las diversiones, la inmodestia y el lujo, con la iglesia, los sacramentos y la oración, nunca llegarán a ser señoras de sí mismas ni de su casa, jamás serán capaces de dar a la religión y a la patria hombres de virtud robusta y de fidelidad inquebrantable, que hoy, más que nunca, se necesitan.

No digáis, señoras, que ya se formarán con el tiempo; porque la infancia, en frase de la Escritora santa, es la imágen del hombre durante toda su vida; *el camino que emprendiese el hombre en su juventud, dice el Sabio, ese seguirá hasta la muerte.* El genio se revela muchas veces a través de infantiles acciones que suelen, gene-

ralmente, pasar desapercibidas, y que, no obstante, son indicios reveladores del futuro carácter, huellas con que la divina Providencia ostenta las hazañas del porvenir. Anibal, jurando odio eterno a los romanos sobre la víctima del sacrificio, indicaba al guerrero que pasando los Alpes llevaría el terror hasta los muros de Roma. Alejandro Magno, formando escuadrones en su niñez, hablando con Aristóteles a orillas del Estrimon sobre las victorias de Aquiles y el incendio de Troya, revelaba el genio militar que brillaba en su frente, y más tarde vería coronarse de gloria en Iso, Aidaspes y el Gránico. David, desquijarrando a los leones cuando joven, dejaba entrever al antagonista del exprobador del pueblo de Dios, el gigante Goliat. San Gregorio VII, formando con virutas en el taller de su padre el versículo del salmo: *Dominabitur a mari usque ad mare*, hizo sin pensarlo el elogio de su futura grandeza, y Teresa, leyendo, de pequeña, la vida de los Mártires, haciendo con piedras celditas en su jardín, saliendo con su hermano Rodrigo camino de Africa, indicaba al mártir del amor, a la fundadora de 32 monasterios, a la Santa émula de los más grandes santos. Desde pequeños, padres de familia, desde su niñez, debéis enderezar los pasos de vuestros hijos. «Si yo hubiera de aconsejar, escribe la Seráfica Doctora, dijera a los padres que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos, porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor que a lo mejor... Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello no lo pudiera creer; en especial, en tiempo de mocedad, debe ser mayor el mal que hace.» (1). Ponedles delante la imagen de Santa Teresa, que se empapen en sus escritos, que sean sus de-

(1) Autobiografía, cap. II.

votos, y serán útiles a la religión y a la patria, gloria de los padres, alegría de la familia y honra de su pueblo.

Ilustre compatriota, Santa bendita. Un día Moisés se presenta delante del Señor que estaba a punto de castigar a su pueblo, el brazo de Dios iba a descargar el golpe. Moisés ora, ruega, suplica, y oye que le dice: *Dimitteme*, déjame; era Moisés que hacía violencia al corazón de Dios y logró calmar su cólera. Pues Tú, que eres más fuerte que el caudillo de los hebreos, ruega, suplica y pide a Jesús por la Iglesia, por el romano Pontífice, por tu pueblo, por el pueblo español, etc.





SANTA TERESA

GRANDE AMADORA DE DIOS



Panegirico de la Santa predicado por el Rdo. P. José Vicente de Santa Teresa en la iglesia de San Felipe Neri de la Habana, con asistencia del Excmo. Sr. Pedro González Estrada, Obispo de la diócesis, y del Excmo. Señor Mariátegui, ministro de España en Cuba.

Idea de la felicidad.—Fundamento de la santidad.—El gran resorte del amor. I. El corazón de la Santa en los primeros años.—Comunicaciones de Dios.—Estudio psicológico.—Hazañas de un Serafín. II. Teresa emprende la obra gigante de su Reforma.—Persecuciones sin número la salen al encuentro.—Sale vencedora de todo y de todos. III. La espada de su celo se convierte en pluma.—Escribe tratados de ciencia altísima nunca vistos en la tierra.—Opiniones de Sabios eminentes acerca de ellos.—La Humanidad de rodillas ante la Santa.

*Ego dilecto meo et dilectus
meus mihi.*

(Cant. VI-2)

LA felicidad del hombre pende de los principios que iluminen su mente y de los afectos que caldeen su corazón. Cuando fulguran en el espléndido cielo de la inteligencia los eternos principios de la razón y de la fe y el corazón palpita al calor y luz de esos principios, una felicidad casi infinita cae y se derrama dulcemente sobre el alma, bañándola en eternas delicias y en consuelos inefables. Pero cuando las pavorosas sombras del

excepticismo y del error envuelven el entendimiento, y el corazón palpita entre esas negruras y sus latidos se pierden en los lodazales del vicio, entonces, ¡ahl... entonces las intranquilidades y el pesar y el remordimiento derraman continuamente amargores de hiel sobre el pobre corazón humano.

La felicidad de la vida está en la santidad, la santidad tiene por fundamento la virtud, y las virtudes todas se condensan y giran en derredor de esta palabra, ¡caridad! ¡amor! Ya lo dijo el Aguila de Hipona al pronunciar aquellas sublimes palabras: *Virtus est ordo amoris*. La virtud es el orden en el amor. El amor ordenado es la fuerza varonil y libre que eleva en todo el hombre sus pensamientos, sus aspiraciones, sus alegrías y sus dolores hacia su centro divino, y haciéndole subir por todos los peldaños de la escala mística, le remonta a las cumbres de la perfección y de la santidad hasta unirle en estrecho y eterno abrazo con el bien infinito, océano inmenso de los divinos amores.

El amor es el gran resorte que moviliza toda la maquinaria humana, el amor es la gran palanca que remueve todo el orden moral, el amor es el movimiento más poderoso del corazón. En el hombre la inteligencia contempla, la voluntad impera, pero el amor es quien todo lo cristaliza y convierte en hermosas realidades.

El trono glorioso desde donde este ángel del amor realiza sus conquistas y ultima sus triunfos es el corazón. Nada hay sobre la tierra tan admirable y tan digno de estudio como ese trono donde los humanos amores delicadamente nacen y tiernamente se manifiestan. Por eso al hacer el panegírico de Santa Teresa, la mujer, después de María Santísima, de corazón más grande que pisara nuestro planeta, pudiéramos decir, parodiando una frase célebre, lo primero es el corazón, lo segundo el corazón y lo tercero el corazón. Es el mismo

tiernísimo grito que lanzara San Agustín: *Magna res est amor, magnum omnino bonum*. Grande cosa es el amor, grande bien es en verdad.

La misma santidad es corazón y amor, es el corazón que ama a Dios con vehemencia, con pasión, hasta con locura, y como a Dios nadie le vence en amores, ese amor del hombre tiene que ser correspondido por Dios, y de esta mutua correspondencia resulta la santidad, aquel dulcísimo estado en que Dios y el alma se hallan íntimamente unidos, apasionados el uno por el otro y caídos ambos, como afirma un gran escritor, en aquella servidumbre inflamadora y divina, adorable, arrebatadora, que se llama la dulce servidumbre del amor.

Vamos, pues, a acercarnos al Santo corazón de la ilustre castellana, *vamos a estudiar el corazón de Santa Teresa en sus amorosas manifestaciones, y en sus enseñanzas*, vamos a ver nosotros reflejado el norte donde dirigir debemos nuestro amor, si queremos que sea puro y santo como los amores de los ángeles.

Imploremos los auxilios de lo alto, poniendo por intercesora a nuestra Madre la Virgen Santísima, saludándola con las palabras del Arcángel

AVE MARIA

I

Para estudiar el corazón humano preciso es que nos dejemos llevar por el ángel del amor y escuchemos de sus labios purísimos las candorosas manifestaciones y las revelaciones admirables que nos hace, de cuál es la vida, cuáles son los objetos y cuáles los sentires del corazón donde él vive.

El ángel de los amores de Santa Teresa, si atenta-

mente escuchamos su lenguaje celestial, seguro es que nos hará esta grande y solemne revelación: «El corazón de Santa Teresa se vió invadido por una poderosísima llama amorosa, que además de abrasarla en amores divinos, divinamente lo fortaleció y soberanamente lo iluminó.»

Desde los primeros años de su edad empezaron el amor de Dios y el amor de Teresa a realizar una estrechísima unión: inspiraciones divinas y gracias amorosas vienen a caldear el corazón de Teresa cuando en los primeros albores de su razón empezaba a gozar y a recrearse con la lectura de las vidas de los mártires y de los santos, y a estos primeros amores con que Dios la favorecía respondió ella tan admirablemente, que, no teniendo todavía más que siete años de edad, no tuvo reparo alguno en dejar la casa paterna; y vedla llena de amor cómo marcha en compañía de su hermanito Rodrigo a tierra de moros, ¿a qué?, para que la decapitaran por Cristo, y así para siempre, para siempre se uniría con él en el cielo.

Pero Jesús, el amado de su alma, la tenía preparado un martirio mucho más dulce, el dulcísimo martirio del amor.

Llena de pesadumbre en el alma y mártir ya con el deseo se volvió Teresa a la casa paterna sin perder de vista al amado. Allí en la soledad del hogar y entre la compañía de la familia tenían Jesús y Teresa dulcísimas comunicaciones, y como el amante quiere a la amada para sí sólo, de ahí que un día Jesús habla muy amorosamente a la hija de los Cepedas, y tierna y confiadamente le dice: *egredere*, «sal fuera», y cuando el llamamiento divino resonó en el corazón de Teresa nacieron en él las santas resoluciones de la vocación religiosa. Ella no podía negarse a su amado, y ya tenemos a los dos amantes trabajando para consumir la obra: a Teresa intrépida ante

el mundo, demonio y carne, a Jesús sosteniéndola con su gracia para que no claudique en presencia de las dificultades.

Ya podemos contemplar a Teresa, que huyendo del mundanal ruido y siguiendo los arrullos del Amado vuela a las soledades del convento de la Encarnación, de Avila, donde su amante Jesús ansiosamente la esperaba para regalarla con muy subidos amores.

Una vez que Teresa de Ahumada se halló en la soledad del claustro, de día y de noche incesantemente repetía con la esposa de los cantares: «Hallado he, al que amaba mi alma», y este canto amoroso resonaba en el Corazón Deífico y le abrasaba más y más en amores para con la solitaria del Carmelo; por eso la recreaba con tantos consuelos y con tantas dulzuras y con tantas ternezas y la regaló con gracias tan maravillosas, y con tan extraordinarios favores místicos, suspendiéndola y arrobándola y elevándola en alas de éxtasis a las regiones celestes en donde analizaba y contemplaba lo profundo y obscuro de los misterios y comprendía en cierta manera los arcanos de la divina Providencia.

De estas comunicaciones y carismas con que Jesús recreaba a su amada Teresa está llena toda su vida, y los claustros de la Encarnación de Avila y los de San José y otros conventos de su Reforma son un vivo y perenne testimonio de esta vida tan sobrenatural en que Jesús hacía vivir a Teresa.

Cuando pasaban estos fenómenos místicos y Teresa de Jesús volvía de aquellas suspensiones y de aquellos raptos, el corazón de Teresa, merced a las altas noticias que le revelaba su esposo y merced a los amorosos incendios que le comunicaba su divino Jesús, se abrasaba más y más en amores y ardía en vivas ansias de abrazarse con El en eterno vínculo, y fué entonces ¡amados de mi alma!, fué entonces cuando estando el corazón de

Teresa lleno de vehementísimos deseos y de purísimas ansias, cautivó de hecho al corazón de Dios, y allá en las soledades del claustro, despidiendo destellos y fulgores celestes y rodeado de un nimbo de gloria, se le apareció el Redentor del mundo y con una voz tan dulce y tan armónica como las dulzuras y las armonías del cielo y tan pura como los pensamientos de Dios, le dijo lleno de amor: «Teresa, yo soy todo tuyo y tú toda mía; como verdadera esposa cела mi honor». Cuando estas deíficas palabras resonaron en el corazón del serafín del Carmelo, creció tanto en él el amor, subieron tan altos los deseos y las ansias de transformarse en su Dios, que no pudiendo resistir las llamaradas y los incendios y los celestiales abrasamientos que este divino amor le causaba, cayó postrada ante el esposo de sus amores diciéndole con dulces deliquios: «Detened, Señor, detened el torrente de tanta consolación, ¡basta, Señor, basta!, poned límite a vuestros favores o si no, ensanchad mi corazón, de lo contrario, yo muero.» Y es ¡amados míos! que Teresa de Jesús, había subido tan alto, respiraba ya una atmósfera, tan saturada de amores divinos, que en realidad no podía vivir más, si no se realizaba en ella una excepcional transformación, exigencia que vemos radicar en la misma naturaleza humana.

Merced a la unión sustancial que existe entre el cuerpo y el alma humana, las operaciones del cuerpo resuenan en el espíritu y las operaciones del alma repercuten en el cuerpo; cuando la lesión es fuerte turba y nubla la parte espiritual y cuando la pasión es vehemente insensibiliza y atrofia las funciones orgánicas. No se da en la mente humana un pensamiento, ni un ensueño, ni en el corazón una emoción, ni una ternura, que no deje una huella en el organismo; el alma humana no tiene un afecto, ni un sentimiento que no halle una repercusión inmediata en el centro del pecho.

En la economía humana, el alma como reina y señora absoluta lo domina todo, y todas las funciones orgánicas y todos los actos humanos participan más o menos de su poderosa influencia.

El cerebro obra bajo la dirección del alma, las funciones del corazón están reguladas por el cerebro, él es quien dirige su marcha y quien las modera acelerándolas o retardándolas, desordenándolas u ordenándolas, con relación al orden que preside nuestra principal alimentación, y el corazón así mismo es quien purifica y quien impele y dirige y divide, por el organismo humano la sangre, que es el alimento necesario del cuerpo y sin el cual no habría vida física. El origen de toda esta serie de movimientos está en el alma. Por eso cuando el alma está oprimida, cuando el alma está turbada, cuando el alma está enferma, el organismo se contrae, se vuelve inerte y una parálisis absoluta se apodera de él. Cuando en el alma se recibe algún favor extraordinario o cuando alguna pasión llega hasta el sumo de la vehemencia, entonces la estrechez del cuerpo es incapaz de resistir efectos tan inefables y la vida se hace imposible, el corazón no puede resistir ímpetus tan extraordinarios.

A este estado, ¡hermanos de mi alma!, había llegado Teresa de Jesús. Dios la había comunicado favores tan soberanamente extraordinarios, habían subido tan altas las llamaradas de los amores divinos, crecieron tanto los incendios y se acentuaron tanto las ansias y los afectos delicados, que en realidad Teresa no podía vivir, su organismo desfallecía y su corazón latía con extraordinaria vehemencia; de aquí que dulcemente repitiera: «Deten ¡Dios mío! la corriente de tus consolaciones o dilata mi corazón, pues de lo contrario yo muero.» Y fué entonces cuando el esposo divino queriendo comunicarla todos los ardores de su infinito amor y abrasarla en el mismísimo deífico fuego en que arden los serafines,

realizó en ella aquel fenómeno sobrenatural, único que registra la historia de los santos, y que los místicos llaman transverberación del corazón; fué entonces cuando aquel cauterio suave, de que nos habla San Juan de la Cruz, y aquella regalada llaga y aquella mano blonda y aquel toque delicado, que a vida eterna sabe, hiriéndola, comunicó torrentes de vida divina al corazón de Santa Teresa, fué entonces cuando las lámparas de fuego con sus eternos resplandores iluminando las profundas cavernas del sentido que estaba obscuro y ciego, con extraños primores calor y luz le dieron junto a su querido; fué entonces cuando un nuncio celeste descendiendo de las alturas con un dardo de fuego en la mano hirió celestialmente, dilató soberanamente y divinizó extraordinariamente el corazón de Teresa para que no muriera de amores... «Veía dice la misma Santa, (1) un ángel cabe mí, hacia el lado izquierdo en forma corporal... Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas; al sacarle, me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios.»

Una inundación amorosa penetró por aquella herida y purificó aquel corazón de toda escoria y ligera mancha y la sumergió en el océano inmenso de los amores como se sumerge la esponja en lo alto de los mares. Aquella flecha, encendidísima como un ascua, que traía el serafín, traspasando el corazón de Teresa que ya ardía y cauterizándole de un modo muy subido apresuró fuertemente las llamaradas del alma y elevó soberanamente sus espirituales vehemencias. Al sentir el contacto divino del encendido dardo experimentó Teresa

(1) Autobiografía, cap. XXIX.

en lo más profundo del alma un inefable y celestial deleite, porque además de removerla toda y después de causarla un extraordinario ardor y derretimiento amoroso, sentía la finura y delicadeza con que vivamente iba templando la saeta, y la sentía como una viva punta en la sustancia del espíritu y como una herida céntrica en el corazón del alma, y en este punto céntrico e íntimo sentía Teresa de Jesús un algo divino, vivísimo y encendidísimo, que enviaba en derredor suyo un vivo y encendido fuego de amor que, naciendo de la sustancia y virtud de aquel punto vivo, se difundía copiosamente por todas las espirituales y sustanciales venas del alma y convalecía y acrecentaba extraordinariamente los ardores y se arraigaban y multiplicaban tanto los amores, que semejaban mares de fuego amoroso que inundaban y abismaban todas las potencias y los órganos y todo el ser de Teresa de Jesús.

Merced al delicado cauterio del serafín, y en virtud de estos deliquios de amor, la majestad de Dios penetró de lleno en el corazón de Teresa; toda la Deidad se reflejaba en su alma, ni alto ni bajo, ni el más íntimo retiro de su alma, quedó exento de Dios; ni hubo tampoco vacío alguno donde pudieran penetrar las criaturas. Por eso decía la misma Santa que su alma parecía un espejo, todo claro, sin espalda, ni alto ni bajo, que no estuviera clara, en el centro de ella estaba Cristo, nuestro bien, y le veía en todas las partes de su alma como en un espejo, y este espejo, yo no sé decir cómo, concluye la Santa, se esculpía en el mismo Señor por una comunicación muy amorosa.

Una vez que contemplado hemos estas penetraciones amorosas de Dios en el alma de Teresa, adoremos esa majestad infinita que le ha convertido en un serafín, y sigamos observando qué es lo que hace la reformadora del Carmelo, y cuál es la acción de Dios en el centro de

su alma. *Deus in medio ejus non commovebitur*. Dios estaba en el centro de su corazón obrando muy intensa y muy divinamente. ¿Me preguntáis cuál es la manifestación de estas operaciones divinas en el centro del alma de Teresa? Pues toda su vida está llena de estas gloriosas manifestaciones; pero de una manera especialísima se manifiesta Jesús en Teresa, fortaleciendo su corazón e iluminando su inteligencia; ya no es solo el amor que une; es el amor que inspira, es el amor que alienta. ¿Pruebas? Seguid prestándome atención.

II

Una unión inefable se había realizado entre Jesucristo y Santa Teresa. El amor había realizado estas maravillas y hecho de entrambos uno solo. Así mismo lo afirma la Santa Doctora. Ahora bien: dice la misma Santa que el amor verdadero no puede estar muy encubierto. El celo es una consecuencia necesaria del amor. *Qui non celat non amat*, decía San Agustín. El verdadero amante trata de que todos honren a su amado, bien mitigando sus penas, bien participando de sus alegrías.

Jesucristo continuamente revelaba sus pesares a Santa Teresa, haciéndola que dirigiera sus miradas por el mundo de las almas. «Mira, hija mía, ¡cuántas almas que me abandonan! ¡Tantas almas como viven fuera de mi redil!... *¿Quae utilitas in sanguine meo?* ¿Dónde está el fruto de mi sangre?... Mira, hija mía, ¡qué ingratitud!... Para salvar esas almas permití ser despreciado, abofeteado, escupido condenado a muerte de cruz, pendiente de tres clavos y suspendido en los aires, derramé mi sangre y exhalé mi postrer suspiro; pero, ¡oh ingratitud de los hombres, desprecian este sacrificio y se apartan de mí!... *¿Cuál es el fruto de mi sangre?...*» Y cuando el

amante Jesús dejaba resonar estas quejas en el alma de su amada Teresa, ella se deshacía en ansias de consolar a su amado Jesús y de que todas las almas se aprovecharan del mérito de su sangre divina, y si buscáis la filosofía de la vida de Santa Teresa, os convenceréis fácilmente de que este deseo, secundado por las fortalezas divinas del Dios que tenía *in medio ejus*, en el centro de su corazón, son los poderosos resortes que la ponían en movimiento y que informaban todas sus acciones, principalmente aquellas en que se reflejaba más intrepidez y mayor heroísmo.

Pasando por alto algunas páginas gloriosas de su vida, fijémonos tan sólo en la gran epopeya de la Reforma carmelitana por ella realizada. Vedla salir de los claustros del convento de la Encarnación, de Avila, para emprender la gran obra; observarla en medio de las grandes dificultades que la circundan; contempladla entre tantos enemigos como le salen al paso; miradla en medio de las oposiciones más grandes, y cuando así la veáis, preguntadla adónde va y qué es lo que pretende; y ella, llena de celo, os dirá: (1) «Vinieron a mi noticia los daños de Francia y los estragos que habían hecho estos luteranos y cuanto iba en crecimiento esta desventurada secta: Díome gran fatiga y, como si yo pudiera algo o fuera algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal, parecióme que mil vidas pondría yo para remedio de una de las muchas almas que allí se perdían, y como me vi mujer y ruin, imposibilitada de aprovechar en lo que yo quisiera en el servicio del Señor, determiné hacer eso poquito que es en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiera, y procurar que estas poquitas que están aquí hicieran lo mismo, y que todas ocupadas en ora-

(1) Cam. de Perf., cap. I.

ción por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden, ayudásemos en lo que pudiésemos a este Señor mío.»

Conquistar almas para su Amado y desagraviarle de los males de la herejía protestante, fueron los ideales que impulsaron a Teresa a empezar su gran Reforma. Poco importa que el Infierno la salga furiosamente al encuentro, logrando alborotar contra ella todo el pueblo, hasta el punto que la traten de innovadora, y sea malquistada, y la quieran llevar a la cárcel y la delaten a la Inquisición; poco importa que, en vista de estos acontecimientos, el P. Provincial de los Calzados, o no le diera la licencia o le levantara la que ya le había dado; poco importa que hasta las mismas personas que la querían, le dijeran que los tiempos andaban muy recios y que sería bien se dejase de aquellos intentos; poco importa todo esto, Teresa ama con todo su corazón a Jesús, y el verdadero amor no se intimida ni desfallece nunca, ni siquiera en presencia de la muerte.

Santa Teresa, después de innumerables persecuciones y privaciones y sacrificios, consiguió la licencia para fundar, y al instante, valiéndose de su hermana doña Juana de Ahumada, que la consiguió la casa, y de doña Guiomar de Ulloa, empezó a levantar su primera fortaleza, su primer castillo, el histórico monasterio de San José de Avila, y a la manera que los planos se van trazando, y las paredes se van levantando, hasta las mismas piedras parece que se rebelan; pero la Santa, alentada como siempre con el habla divina «ya te he dicho que entres como pudieres», logró triunfar y ver realizada su empresa, levantando el primer convento de su reforma, y en él un augusto tabernáculo, y sobre ese tabernáculo se colocó el Rey de la Gloria, Jesús Sacramentado, que, lleno de amores, tomaba posesión de aquellas almas que Teresa le había conquistado.

Pero no creais que el celo de Teresa termina aquí; no. Le producía honda tristeza ver cuantas almas tenía oprimidas la herejía y los errores de Lutero, y viniendo en aquel entonces a visitarla el P. Fr. Alonso Maldonado, que acababa de venir de las Indias y contando a la Santa las muchas almas que en aquella tierra se perdían, su corazón se lastimó tanto con esta nueva, como si la hubieran clavado una saeta en él y no podía contener el celo que la abrasaba, y vedla ya ¡amados de mi alma! gestionando nuevos planes para levantar nuevas fortalezas, edificar nuevos conventos donde conquistar almas para su amado. Una vez que obtuvo las licencias del P. Juan Bautista Rubeo, General de los Carmelitas, sigue adelante en sus ideales salvadores. Cargada de patentes, como ella misma dice, y sin una blanca para llevar a cabo sus propósitos, se lanzó a tan ardua labor. A la edad de cincuenta años y a pesar de tantas dificultades como se le presentaban y no obstante tantas enfermedades como la atormentaban, pues tenía vómitos diarios, calenturas frecuentes y malestar continuo, asombrosos como esta mujer, una pobre anciana, achacosa, débil y enferma, sale de Avila para Medina del Campo y allí, venciendo dificultades, logra levantar, con la ayuda de Dios, un convento, y de allí fué a fundar a Malagón, de Malagón a Valladolid, de Valladolid a la imperial ciudad de Toledo, de Toledo a Pastrana y a Salamanca y a Alba de Tormes y a Segovia y a Veas y otras ciudades, y últimamente a Sevilla, y después de pasar en todas partes innumerables trabajos, y en Sevilla tribulaciones sin cuento, se fué a Burgos, donde levantó la última de sus fundaciones, la última de sus fortalezas y el último de sus castillos.

Aquí tenéis realizada por Teresa la epopeya de la reforma carmelitana. ¡Qué! ¿Os asombran tantos triunfos conseguidos por una pobre monja? Pues es, amados

hermanos míos, que Santa Teresa era un genio prócer y un corazón héroe y, como dice el filósofo de Vich, a los genios grandes y a los corazones héroes, una vez que se persuaden de la honestidad del fin, nada les arredra en su carrera; por eso la reformadora del Carmelo intrépidamente exclamaba: «yo sola, yo sola me atrevo contra todos los protestantes». Pero en Teresa había más que grandeza de corazón y más que heroísmo. La Santa tenía una muy subida oración y como ella misma dejó escrito, un alma en esta subida oración, no es solo deseos lo que tiene por Dios, su majestad le da fuerzas para ponerlos por obra, no se le pone cosa delante en que le sirva a que no se lance. Por eso decía Santa Teresa que estaba dispuesta a pasar mil muertes de muy buena gana por salvar a una alma y sufrir las penas del Purgatorio hasta el día del Juicio con tal de conquistar o ganar un alma para su amado Jesús; y si nosotros pudiéramos contemplar de un solo golpe de vista las muchas almas ganadas para Jesucristo y las innumerables conquistas espirituales conseguidas desde los treinta y dos alcázares levantados por Teresa de Jesús y por los muchísimos levantados más tarde por sus hijos e hijas, nos asombraría el formidable ejército de espíritus traídos al redil de la Iglesia por la Santa de Avila y por su inmortal obra de la reforma carmelitana.

Alguien afirmó que Teresa de Jesús hizo más estragos al protestantismo que San Ignacio con su Compañía de Jesús y que el gran Felipe II con su escuadra y sus ejércitos. Por eso no tiene nada de extraño que un orador francés del siglo pasado hablando a inmensa multitud desde el púlpito de Nuestra Señora de París dijera: «Prefiero para protejernos y realmente salvarnos un humilde convento de Carmelitas descalzas elevando al cielo sus plegarias y sus sufrimientos cotidianos a un ejército y batallones con cañones y bayonetas, a un

millón de soldados llenos de valor y de arrojo. Porque llega un día en que las bayonetas y los soldados son vencidos por otras bayonetas, los cañones por otros cañones y los soldados por otros soldados, y hay en cambio una cosa de la que nunca se triunfa, una cosa que en sus aparentes derrotas permanece más fuerte aún que todos, y es el sacrificio voluntario ofrecido a Dios para salvarnos.» Esta fué la gran obra llevada a cabo por Teresa de Jesús. El amor divino ardientemente la caldeó, y ella cooperando de una manera admirable y lanzándose intrépidamente y llena de amores, pudo vencer todas las dificultades y ver realizada la Reforma de la Orden primitiva de Nuestra Señora del Carmen, con lo cual robó innumerables almas al infierno y las ganó para su amado Cristo Jesús.

III

Pero el amor divino en su afán de sublimar a Teresa no se satisface con estas manifestaciones, sino que a la par de alentar tan divinamente su corazón, fulguró sublimemente sobre su inteligencia. El amor ya no es para Teresa una visión que la recrea, un éxtasis que la eleva, un serafín que la hiere con su dardo de fuego, sino una paloma que posándose junto a su oído inspirándola celestialmente, le dice lo que en otro tiempo dijera al desterrado de Pastmos: «Escribe», y hace que de la pluma de Teresa, por el Espíritu Santo guiada, broten destellos de luz y de ciencia que son la admiración de los sabios todos.

Santa Teresa no había seguido carrera científica, ni se había dedicado a estudios elevados, ni adquirido la educación clásica y teológica de una Tulia de Aragón, ni escribió comedias en griego como Luisa Labé, ni

arengas y diálogos en latín como la famosa Olimpia Márata, y, sin embargo, ella con sus escritos iluminó a la humanidad, de tal suerte, que ellos son la admiración de los próceres del filosofismo y de la teología cristiana.

El mismo Dios hablando un día con la Santa le dijo que él mismo sería su libro vivo, y desde entonces ella dice que no tuvo ya necesidad de otros libros, pues iba a la oración y allí en el divino libro conocía y contemplaba las verdades más divinas y llegaba a la posesión de esa trascendental y profunda ciencia, pues hablaba de las verdades más profundas de la filosofía y de los más elevados dogmas teológicos con más claridad que quien pasó toda su vida cursando estas ciencias en las universidades, por lo que justamente debe dársele el nombre de profunda filósofa y teóloga, pues ella enseñaba perfectamente a conocernos a nosotros mismos, distinguía perfectamente las potencias del alma, y definía y explicaba los actos de cada una, conocía admirablemente lo que es el amor y la diferencia que existe entre el amor y la voluntad, enseñó que sin especie no se puede entender. Si no tienen imagen, decía, si no los entienden las potencias ¿cómo los pueden recordar? Ella explica con una claridad admirable los gustos y los placeres y los contentamientos del espíritu y las enfermedades y pasiones del alma y señala su medicina y remedio.

Distinguía y analizaba con extraordinaria profundidad los puntos más difíciles de teología, señalaba la órbita de lo natural y sobrenatural, y enseñaba a conocer a Dios y a nosotros mismos por medio del conocimiento de Dios. El serafín del Carmelo en el gran libro de la naturaleza leyó y estudió a Dios y a través de lo visible se elevaba al conocimiento de las perfecciones invisibles del Criador y cantaba himnos al Hacedor Supremo; otras veces sentía que Dios estaba dentro de

ella y comprendía que estaba en ella como en las demás criaturas por esencia, presencia y potencia; a veces se remontaba a las regiones eternas y embelesada, encantada y trasportada hablaba de los misterios como quien logra levantar su velo a la Divinidad y consigue verla cara a cara.

La Santa de Avila, iluminada con divinos resplandores, distinguía, clasificaba y explicaba los grados de vida divina, los grados de oración, los estados del alma; conocía perfectamente las vías místicas, por eso hablaba con tanta claridad de las visiones y de las revelaciones y de los fenómenos místicos más misteriosos y más delicados, por eso distinguía con tanta claridad los éxtasis y las suspensiones y los raptos, y los explicaba tan profundamente y señalaba las propiedades que distinguen unos de otros, y se elevaba, como ha dicho uno de sus más célebres panegiristas, a unas regiones de observación psicológica no pisadas hasta entonces por ningún filósofo por elevado y atrevido que fuera.

Santa Teresa, merced a sus virtudes y a su elevada santidad, había llegado, como afirma un profundo escritor, a un estado psicológico en el cual sentía una efervescencia extraordinaria de la voluntad y del pensamiento y contemplación ahincada y honda de las cosas divinas, conocía las más profundas verdades de la metafísica y de toda la filosofía. En este estado místico era tan poderosa y fecunda la virtud de su inteligencia que de él nació esa teología mística y esa antología mística en que el espíritu de Santa Teresa iluminado por las llamas del amor columbró perfecciones y atributos del ser a que el seco razonamiento no puede llegar nunca, y una psicología mística que descubre y persigue hasta las últimas raíces del amor propio y de los efectos humanos.

Santa Teresa de Jesús, amadísimos míos, abrazada en el Crucificado y no teniendo otro libro que Dios, fué

más sabia que todos los filósofos y que todos los teólogos; su inteligencia poseía una soberana ciencia y descansaba en Dios, que es la suprema verdad.

Ahora bien; así como el sol que no contento de encerrar en sí torrentes de luz, rompiendo su esfera se convierte en cascada de oro y deja caer y precipitarse por el mundo rayos de fuego que, difundiéndose por toda la creación, todo lo iluminan y vivifican; del mismo modo que la fuente, no contenta con aprisionar en su seno infinidad de gotas de agua, rompe la corteza terrestre y deja saltar el chorro que se desliza por los valles y convertido en arroyo caudaloso riega toda la vega y da vida a las plantas, así sucede con la inteligencia de Santa Teresa, sol luciente con luces divinas y fuente inagotable de tesoros celestes.

Santa Teresa de Jesús, amadísimo de mi alma, conocía la verdad y se agitaba en medio de su soberana ciencia; pero la verdad conocida, como decía el célebre Ozanan, no puede contenerse dentro del corazón, al cual llena de un amor que tiene que comunicarse. La ciencia de Santa Teresa también anhelaba comunicarse; mas el Serafín del Carmelo contenía estos anhelos por medio de una valla divina, la humildad; pero llegó un día en que los confesores y los superiores, admirados de la profunda inteligencia y de los altos conocimientos de aquella pobre monja, se acercaron a su espíritu y tocaron en él con la vara de la obediencia, y al instante, retirándose aquella valla de su humildad que aprisionaba su ciencia, saltaron llamaradas de fuego que iluminaron toda la tierra. La ciencia de Teresa de Jesús, como torrente impetuoso, se desbordó por todo el mundo y le inundó de luces y de esplendores. Desde aquel momento la mística cristiana, que en la esencia es siempre la misma, recibió una originalidad y novedad extraordinaria. La Santa de Avila, tomando la verdad es-

cuenta y seca como circulaba por las escuelas, la presentó bajo la forma arrebatadora del misticismo. Como dijo el cultísimo Valera, Teresa de Jesús, por esa ciencia de observación, analizó y comprendió, descubrió e inventó y estudió en el seno más hondo de su espíritu su ser interior, sus facultades y potencias con tan aguda perspicacia, que no hay teólogo escocés que la venza y supere. En ese momento, como afirma un célebre literato, vemos a Santa Teresa por medio del conocimiento propio remontarse a las cumbres de la metafísica y tener la visión intelectual y pura de lo absoluto, y la vemos dominar con una penetrante intuición la esencia fundamental y trascendente.

Tomando en sus manos la pluma a la que movía el Espíritu Santo, escribió aquellos áureos y celestiales libros que parecen una obra divina, y ante los cuales cae de rodillas todo el mundo científico tributándoles el homenaje de admiración y de encomio.

Cuando el P. Ripalda y el P. Gracián y el Doctor Velázquez y otros letrados y confesores ordenaron a la Santa de Avila que descubriera las cosas que habían acaecido en su espíritu, brotaron de su inspirada pluma torrentes de luz, y escribió aquellos admirables libros llenos de fuego divino que se llaman Libro de las Misericordias del Señor, Fundaciones, Camino de Perfección, Castillo Interior, etc., etc., libros, amadísimos hermanos míos, en los que domina un sicologismo propio y exclusivo de Santa Teresa, libros en los que se siente el verdadero sobrenaturalismo y aparecen rodeados de una atmósfera de luz, de claridad y de verdad altísima y divina; en esos libros se sienten emanaciones divinas y un algo que, pasando de vuelo todo lo humano, transporta a regiones superiores, trasciende los sentidos y aventaja a todas las ideas y sentimientos y deseos de cosas creadas. En los libros de Santa Teresa se ven cla-

ramente explicadas las verdades más altas y más interesantes para nuestra salud espiritual. Estudiad sino el libro de su Vida, y allí veréis cómo levanta su vuelo y se remonta del conocimiento de las criaturas al Creador y cómo conduce al hombre a este conocimiento por el unánime testimonio de la creación, y cómo examina su corazón y penetra en sus más escondidos fondos y analiza sus movimientos y reconoce la mano divina que lo formó.

Leed el libro de las Moradas, esa obra donde, como dice la misma Santa, el oro es de más subidos quilates y los esmaltes y colores más delicados, leed ese libro que es la obra más profunda, la de mayor alteza de pensamiento y de más excelente estilo que escribió Santa Teresa de Jesús; leed ese libro y allí veréis cosas divinas, allí veréis que, como dice uno de sus más grandes apologistas, escribe de la divinidad de Jesucristo como otro San Atanasio, de la Encarnación del Verbo como San Juan, y que parece un San Agustín cuando habla de la gracia y de sus efectos y de su eficacia; y de las virtudes y de la perfección evangélica como si fuera un San Gregorio Magno. El libro de las Moradas, escrito por la Santa, es, sin duda alguna, la prueba más patente de la sabiduría de Santa Teresa de Jesús. Pero si el libro de las Moradas y el libro de su Vida no os convencen, leed las demás obras que escribió; leed el libro de sus Fundaciones; leed sus cartas, y os veréis sorprendidos por la altísima ciencia que reveló en todas ellas; pues, si se dirige a personas espirituales, parece que arranca su ciencia de los Santos; si habla con seglares, se muestra perfecta conocedora de sus negocios, deseos, ambiciones y artificios; si trata con doctores, se manifiesta también docta; y si escribe a los nobles y cortesanos, sabe muy bien guardar la galanura y la cortesía y la finura propia de los palacios y de los tronos. Siempre, y en todos sus escritos, aparece la Santa como una gra

sabia. ¡Con qué sencillez nos pinta lo más elevado! ¡Con qué propiedad la unión estática, ya valiéndose de la comparación de las dos velas que juntan su luz, ya del agua del cielo que viene a henchir el cauce de un arroyo! ¡Con qué originalidad se representaba a la esencia divina, ya como en un claro diamante muy mayor que todo el mundo, o como en un espejo en que por subida manera y con espantosa claridad, se ven juntas todas las cosas, sin que haya ninguna que salga fuera de su grandeza. Ni Malebranche, ni Leibnitz, imaginaron nunca más soberana antología, decía Menéndez y Pelayo. ¡Qué admirables son los libros de la Santa, qué lenguaje el suyo, qué conceptos, qué comparaciones tan arrebatadoras, qué rasgos tan delicados, qué toques al entendimiento y al corazón! ¡Con qué encantadora naturalidad escribió la Santa! ¡Qué expresiones tan atildadas y qué acabados periodos se registran en sus libros! ¡Qué bellezas, qué frases, qué energía, qué viveza, qué dulzura, qué espontaneidad! ¡Qué fuego, qué luz despiden esos libros de oro! Leyéndolos, ha dicho un sabio, se anda un camino desconocido, pero no se hace largo, se pasa repentinamente de la tierra al cielo, de la esperanza a la posesión, del frío del pecado al fuego del divino amor, de la criatura al Creador, y de la duda, por un camino de flores, se sube a las regiones de la fe.

En presencia de tanta luz y de tanta ciencia, nada tiene de extraño que la humanidad toda y los genios más elevados hayan caído de rodillas ante las imágenes de Teresa, para saludar a la verdad y a la ciencia personificadas en ella. Un profundo filósofo afirmó ante la Europa entera que en los libros de Teresa encontró luz para establecer el fundamento de la más alta filosofía. Una eminencia teológica dijo que había que recurrir a las obras de Santa Teresa cuando se suscitan dificultades acerca de la mística teológica.

En presencia de tanta luz y de tanta ciencia, nada tiene de extraño que un sabio la llamara cítara del Espíritu Santo, y otro no tuviera reparo en apellidarla doctora admirable, doctora angélica, doctora espiritual, doctora dulcísima, doctora portentosa, doctora ardiente. Nada tiene de extraño que, alguien, extasiado a presencia de tanta luz, no tuviera reparo en decir que Santa Teresa era maestra hasta de los mismos serafines. ¿Por qué? Porque, como no ha mucho, decía un escritor americano: «Santa Teresa no habla español, sino que su lenguaje es la lengua de los cielos. *O 'tis not spanish but 'tis Heaven she speaks.*»

Ahora bien, amados hermanos míos en Jesucristo, ¿de qué medios se valió Santa Teresa para llegar a la adquisición de tanta ciencia? ¿Dónde aprendió esa psicología divinamente experimental, ese maravilloso don de introspección, ese espíritu analítico tan subido y tan profundo, que en vasta síntesis consiguió y redujo a sistema práctico cuanto puede ocurrirse en un alma que se decide a romper la monotonía de la vida espiritual? Sin duda que la misma Santa cooperó grandemente; no pueden pasarse por alto los esfuerzos titánicos de aquel corazón generoso y grande, y nos vemos obligados a admirar aquella complexión siempre débil y enfermiza, luchando con dudas, temores, sobresaltos, y con el desaliento y las contrariedades, y devorando en la oración durante meses y años amarguras y sequedades, y consultando y enseñando a los más encumbrados genios de la Teología. Pero, sobre todo esto, hay que decir que el Espíritu Santo batió sobre ella sus alas amorosas, y la lluvia celestial de luces cayó como un torrente sobre ella y la inundó de tan soberana claridad, que la ciencia que vemos en sus obras no son más que ligeras transparencias de la inmensa luz que invadía su alma de serafín.

Grandes triunfos consiguió Santa Teresa con la refor-

ma carmelitana y robó innumerables almas al infierno; pero no fueron menores los alcanzados por sus escritos. Levantó un monumento en el mundo de la literatura, de la teología y de la mística, ante cuyas maravillas se inclinan hasta los mismos protestantes, desde Jeremías Taylor en un discurso sermón predicado en el Parlamento de Irlanda, hasta el historiador inglés Frando, que compara a Santa Teresa con el inmortal y castísimo autor del Quijote de la Mancha. Para poder apreciar e fruto que las obras de Santa Teresa han producido y producen en las almas, basta recordar las célebres frases de Fr. Luis de León: «El ardor grande que en aquel santo pecho vivía, salió como pegado a sus palabras de manera que levantan llama por donde quiera que pasan.» Es innegable que estas llamas han abrasado innumerables almas en el amor de Jesucristo, que era la finalidad y el ideal que movía y sustentaba la pluma en las purísimas manos de la Virgen de Avila, que se llamó Santa Teresa de Jesús.

El amor de Dios llenó el alma de la reformadora del Carmelo, y además de fortalecer su corazón, iluminó extraordinariamente sus potencias, y una cooperación constante, sacrificada, decidida y absoluta por parte de la Santa, mantenía la corriente de amores por parte de Dios. Jesucristo estaba de verdad enamorado de Teresa de Jesús, con la que llegó a realizar los desposorios místicos y el matrimonio espiritual. Apareciéndosele repetidas veces, la llamaba ¡hija mía, amada mía, esposa mía!, y admirablemente la recreaba con la visión del Cielo, y en el convento de Veas, el mismo Jesucristo le puso un anillo en su dedo como señal de sus desposorios, y en Ávila le regaló un clavo de su Pasión. Y cuando la venía a visitar por medio de la comunión, hizo que gustara las delicias de sus merecimientos, convirtiéndose la Hostia en sangre al contacto con su lengua purísima.

Y un día, cautivado Dios por Teresa, le hizo decir: «Mira, hija mía, si no hubiera creado el Cielo, por ti sola lo creara.»

Cuando consideramos carismas tantos, a granel derramados sobre el alma de Teresa, no debe extrañarnos el ansia que tenía de sólo vivir en esta vida para su amado y su deseo grande de unirse eternamente con Él en el Cielo.

Ricardo Crashaw, convertido al Catolicismo, compuso los siguientes preciosos versos que inserta Fitz Maurice, y que, traducidos del inglés, dicen así:

Amor hirió su pecho que palpita
en un afán insólito y sin nombre,
en una sed extraña e infinita,
la de morir por Dios y por el hombre.
Tanto anhela la muerte, que apurara
el cáliz que mil muertes encerrara.

Su macerado cuerpo no tendría
sangre bastante a enrojecer un dardo,
pero en amor su pecho se encendía,
y nos demuestra su ánimo gallardo
que el amor es más fuerte, sí, más fuerte
que la adversa fortuna o que la muerte.

La vida de Teresa de Jesús tenía de humana sólo aquello que es imprescindible para mantener la unión sustancial del hombre. Todo su ser vivía divinamente suspirando por la vida verdadera y por eso clamaba dulcemente:

Vivo sin vivir en mí
y tan alto vida espero,
que muero, porque no muero.

Y porque el cuerpo la estorbaba y las cadenas de la carne la aprisionaban aquí abajo, y la impedían subir

de lleno a la verdadera y completa vida de amor, tíer-
namente llamaba a la muerte, diciendo:

Venga ya la dulce muerte,
venga el morir muy ligero,
que muero, porque no muero.

No dejes de consolarme
muerte que así te requiero,
que muero, porque no muero.

Y llega la hora en que estas ansias de Teresa hieren el corazón de su amado, y Jesucristo la escucha y la atiende y permite que la muerte se acerque a ella; y a impulso, no de la enfermedad que deshace el organismo y le tortura produciéndole dolores horribles, sino por fuertísimos impulsos de ese amor, en que se abrasó siempre, se separó su alma angelical de aquel cuerpecillo suyo, y en figura de blanca y candidísima paloma, rodeada de esplendores eternos y de un nimbo de gloria, voló desde Alba de Tormes a las regiones celestiales a recibir la aureola que corona las sienes de los que son mártires del amor.

Terminado he jamados de mi alma! un ligero bosquejo de la vida de Santa Teresa de Jesús. En él hemos visto cual es el centro de nuestros amores. Dios solo es quien tiene derecho a ellos. El es quien siempre nos corresponde como padre y como amigo que inmensamente nos ama. Amemos a Dios con todo nuestro corazón e imitemos a la gran Santa de Avila. Que nuestro amor se traduzca en obras, en obras de celo, en obras de sacrificio en el ejercicio y práctica de las virtudes, para que después de pasar aquí unos cuantos años amando a Jesús y viviendo para él, logremos al fin ir a acompañar a Santa Teresa de Jesús y a gozar de Dios, y a cantar un canto de amor eterno a la Majestad infinita de Dios, allá en la Gloria que a todos os deseo. Amén.



SANTA TERESA

LA GRAN EMPRENDEDORA

Panegirico predicado en Santiago de Chile por el
R. P. Fr. Samuel de Santa Teresa, Carmelita Descalzo.

Digno homenaje a los héroes.—Roma y Grecia.—Conducta de la Iglesia.—I. Alto concepto que de Santa Teresa han formado los sabios de todos los tiempos.—Colón y Santa Teresa.—La Santa en la aurora de su vida.—II. Intimidaciones de Jesús de Teresa con Teresa de Jesús.—Estas quedaron perpetuadas en el libro de oro del Castillo Interior.—*Magistra dixit, ergo ita est.*—Muerte sin aguijón.

Dedit ei sapientiam et prudentiam... et latitudinem cordis quasi arenam, quae est in littore maris.

Le dió sabiduría y prudencia y anchura de corazón como los arenales de las playas marinas. (III Reg., cap IV, v. 29.)

EN todos los tiempos tributaron los pueblos dignos homenajes a sus héroes, gravando en láminas de bronce sus proezas, ya guerreras, ya científicas, o conservando en el duro mármol, bajo simpáticas formas, las ideas dignas de aquellos que, al pasar por el fragoso camino de la vida, dieron a entender que su peregrinación por la tierra no fué inútil a sus semejantes.

En la patria de los Césares aún se conservan las huellas de sus antiguos hombres ilustres, y los bustos de genios nada comunes acreditan que la verdadera grandeza nunca muere. La sabia Grecia conserva orgullosa las vetustas imágenes de sus legisladores, filósofos y militares, y si la destructora mano del tiempo ha llegado a arruinar su proverbial grandeza, nunca será bastante poderosa para destruir el homenaje que la gratitud consagró al saber, al heroísmo y a la virtud.

Pasarán siglos, nuevas generaciones poblarán la tierra, pero el mérito no se habrá envejecido, pues edades más ilustres irán a extasiarse ante los genios que ensayaron una civilización, que la masa común de los hombres no podía prever, y proclamarán virtudes morales y cívicas que ni sus mismas divinidades soñaron.

El cristianismo, o sea el pueblo de Dios, no podía, señores y hermanos míos, carecer de este esplendor, siendo el mérito de sus héroes muy superiores a la efímera gloria de los que solo vivieron para la tierra, sin esperar más recompensa que los aplausos de la multitud. Por eso la Iglesia, fiel depositaria de las virtudes de sus hijos, no se da por satisfecha con levantar una estatua a su memoria o constrirles imponentes sarcófagos, mudos recuerdos de difícil interpretación al viajero que acaso se sienta indolente ante su pedestal sin tomarse la molestia de inquirir qué nombre ilustre recuerda aquel mausoleo.

La Iglesia no obra así; la Iglesia convoca a propios y a extraños, y así como abre de par en par las puertas del templo de la tierra y del templo del cielo, así abre también las puertas de su templo al honor debido a sus santos, que son los héroes del cristianismo; nos recuerda sus vidas que en páginas de oro conserva la historia, nos pinta con tintas las más vivas, los días de lucha, de

temor y de desaliento, como también el término de una existencia laureada con el triunfo.

En cumplimiento de esta tradición práctica nos manda esta Iglesia, nuestra cariñosa madre, reunirnos hoy a contemplar de cerca la grandeza inmensa de uno de sus campeones, de una de sus hijas, quizás la más brillante estrella en su sexo, después de la Madre de Dios.

Si, señores, hablamos de Teresa de Jesús, y tenemos que contemplar la altura a que suben las llamas de ese horno de Babilonia, medir los grados de esa fragua de amores divinos y poner los incendios de los amores de Teresa de Jesús ante los ojos de un mundo que muere de frío. Una vez más quiero poner ante vuestros ojos los heroísmos sin límites y amores sin ejemplo de la sin par Teresa, para que todos, sin excepción, podamos cantar, en tono el más vibrante, un himno de gloria a la gran Santa y a su Dios, *al admirar los prodigios que, de consuno y con el auxilio de la gracia divina, realizaron su preclara inteligencia y su portentoso corazón.*

Que la Santísima Madre de mi Dios y Reina del Carmelo me conceda la gracia para decir lo que quiero. Para esto, imploramos los auxilios de esta misma Reina a quien saludamos reverentes, diciendo:

AVE MARIA

I

De Santa Teresa se ha dicho en plena asamblea de de una célebre Universidad, que ella ha sido una de las almas más grandes que han pasado por este mundo; y uno de los sabios modernos de más nota ha podido afirmar que fué un alma tan llena del amor de Dios, que no se puede concebir más en el mundo.

Tan elevado fué el concepto que de ella habían formado sus contemporáneos, que aquel genio de la guerra, el Duque de Alba, y aquel genio de la poesía, Fray Luis de León, deseaban caminar muchas leguas por tener el gusto de ver y tratar a Santa Teresa.

A los Santos por lo general no se les ha hecho justicia en la vida; al contrario, en la vida se les ha despreciado, y su apoteosis se ha hecho después de la muerte. En la vida se les ha mirado como a seres raros, el mundo de su tiempo no los ha podido comprender, porque ellos hablaban un lenguaje demasiado elevado para ser entendidos de aquellos que, demasiado pegados al lodo de la tierra, no tenían alas bastante limpias para elevarse a las regiones donde brillan los soles de la santidad.

Con Santa Teresa no ha sucedido así; ella ha sido comprendida, amada y venerada de sus contemporáneos y de los que viven trescientos años después de ella; la han elogiado los paisanos y los extranjeros, sus amigos y sus enemigos, los católicos y los protestantes, los hombres y las mujeres. ¿Qué más? Su nombre ha llegado a todas las partes del mundo, y allí lo mismo que aquí, en Europa lo mismo que en América, en la católica España lo mismo que en la protestante Inglaterra, al nombrar a Santa Teresa se escucha un eco simpático que es un eco especial que sólo corresponde a nuestra Santa.

Santa Teresa vino a la tierra cuando España conquistaba el mundo. «España tendía entonces la mano como un puente sobre los mares e hincaba su planta sobre las cumbres de la cordillera más alta del mundo, y haciendo lanza del corvo arado, la ancha tierra de Castilla dilataba los horizontes bajo el duro callo de sus corceles, y las tierras conquistadas mandaban sus riquezas a la tierra de Pelayo y de Isabel la católica.»

Pero ya lo ha dicho el Espíritu Santo: «El espíritu de

Dios por las naciones pasa a los Santos» (1). *Et per nationes in animas sanctas se transfert*. Por eso Santa Teresa como un compendio de toda la España de su siglo fué preparada y hecha también para la conquista, pero conquista grande, celestial, divina.

Por más que España conquistara la tierra obligando al sol a no salir de su patria, era necesario conquistar otras regiones, regiones más ricas, más altas, a donde no llega el sol, era necesario conquistar el cielo. No bastaba recibir las riquezas de las regiones conquistadas, el oro de sus minas, las pepitas de sus ríos, los productos de sus campos y las plumas de sus aves. Era necesario penetrar en el cielo, descubrir sus secretos y poner a disposición de España aquellas riquezas mil veces más preciosas que los oros de los mundos de Colón, y si digno de eterna memoria fué el inmortal soñador de la patria de Dante por haber descubierto y entregado a España un mundo de riquezas, digna de eterna memoria es Teresa de Jesús por haber descubierto los secretos del cielo y haberlos entregado a España y en ella al mundo.

He aquí la razón porque Santa Teresa, no sólo es una Santa española, sino una Santa mundial, una Santa de todas las naciones del mundo, la gran emprendedora de orbe.

¿De qué tallo brotó esta flor? ¿Cuál es el primer rayo de luz divina que la abre para el cielo? Santa Teresa viene de vieja e ilustre prosapia. Viene de ilustres ascendientes; la sangre de sus antepasados se había filtrado durante muchos siglos por armaduras, adargas y broqueles, adquiriendo aquella pureza y temperatura espiritual que la hacía capaz de encerrar dentro de los límites de una alma los límites de todos los heroísmos.

De aquí que no extrañe a nadie el fenómeno, único en

(1) Sap. VII, 27.

el mundo, de que se hubiesen realizado en Teresa de Jesús hechos, que apenas son comprensibles en una edad que no tenía proporción con los hechos. Sólo contaba siete años, y aquella alma ya penetraba en los cielos, comprendía aquellas grandezas inmortales, cuán grande era el cielo, cuán anchas sus regiones, qué inmensos sus bienes. Se asocia Teresa a su hermano, y ambos se absorben en la contemplación de las grandezas del cielo, y extáticos los dos niños ante el problema de las glorias y de los tormentos, repiten muchas veces (1): «gloria y pena para siempre, siempre, siempre».

¡Oh problema que debiera hacer temblar a todos los espíritus!, ¡qué problemas tan espantosos, gloria y pena para siempre, siempre, siempre!, ¡y qué poco meditados son entre los mortales! ¡Oh falta de cordura y de valor para resolverlos debidamente!

¿Cómo los resolvieron nuestros niños? He aquí la medida del carácter moral de Teresa de Jesús. Es necesario ganar el Cielo, porque en él se consigue la gloria para siempre, y en la gloria todos los bienes juntos. Pero ¿cómo la conseguiremos? Con el martirio, porque los mártires compran muy barato la gloria; vamos a donde nos martiricen, allá a tierra de moros, a Africa, sí, a Africa, porque Africa debe ser un pueblo algo más grande que Avila, y se encuentra allá detrás de aquella montaña; si hay que pasar la mar, no importa, porque la mar es un sitio con mucha agua; se pone una piedra en el medio y se salta a la otra parte, y ¡oh hazaña jamás imaginada por el poeta más soñador!, salen los dos niños de su casa muy de mañana, y se dirigen a tierra de moros. ¡Cuáles serían los pensamientos y conversaciones de aquellos dos angelitos, cuando en aquella edad sólo se piensa y se habla de dulces y de los besos de su madre!

(1) Autobiografía de la Santa, cap. I.

Pero frustrado este intento, Teresa desea ser monja, y se retira a su jardín y allí construye conventos y levanta enramadas para retirarse a orar, y allí reza, para dar ejemplo, desde la aurora de su vida, a aquellos que jamás rezan y se envejecen y se mueren sin haber levantado su corazón a Dios.

Después de esta primera época de la vida de Teresa de Jesús corre un corto período en que los ardientes amores de nuestra heroína pagaron un pequeño tributo al mundo, pero amores que no llegaron a manchar la blancura de su hermosa alma. Los atractivos del mundo tienen un poder espantoso para arrastrar hacia sí al alma de mejor temple, pero si durante un momento pudieron llamar la atención de Teresa, ella tuvo valor para romper de un golpe sus cadenas y quedarse libre como una ave para volar, sí, para volar como una paloma a los claustros del Carmelo; allá la encontramos a los veintiún años.

He aquí, señores, los designios de Dios. En aquella misma época empezaba la defeción de la vida monástica por la llamada corrompida reforma de Lutero, y entonces cuando las mismas religiosas empezaban a abandonar sus conventos y retiros, entra en ellos la que va a ser insigne Reformadora de los asilos religiosos; la que va a llenar los conventos de almas seráficas, atraerá a ellos las bendiciones del cielo y convertirá la tierra en la más viva imagen del Paraíso.

Trasladémonos por un momento a una de las celdas del convento de la Encarnación de Avila; allí está la joven Teresa contemplando las inmensidades de Dios; está absorta como un ángel en las sublimes visiones del Altísimo; la tierra desaparece ante sus ojos, la eternidad de Dios se le presenta como ella es, sin principio ni fin, y engolfada en esos abismos sin fondo van deslizándose los días de la insigne Carmelita.

II

Iban pasando los días y los años y ya Teresa se sentía con su espíritu santamente enardecido y hecho pavesa; torrentes de luz divina inundaban su alma, y transportes misteriosos la arrebataban hacia regiones desconocidas, dejándola hecha un serafín en forma de mujer. Sus mismas cualidades naturales cooperaban admirablemente a los designios de Dios. Estaba dotada de una inteligencia privilegiada y de un corazón ardiente y emprendedor a quien jamás intimidaban empresas ni peligros con tal que pudieran ceder en gloria de su Amado. Visiones, revelaciones y profundos conocimientos del humano corazón, todo lo acumuló el Creador en aquella alma admirable.

Heroísmos de mártir a los siete años, un corazón palpitante de amor dentro de su pecho, y según su propia frase, con ánimo animoso; todo, en fin, se reunía en aquella joven carmelita, que en nada se distinguía, al parecer, de las demás religiosas.

Hacia, sin embargo, algún tiempo, que entre Jesús y Teresa existían misteriosas intimidades. Teresa acababa de hacer el arduo voto de hacer siempre lo mejor, aquello que fuera más perfecto y más agradable a Dios; en cambio Jesús la había dado un clavo de su mano en prueba de su predilección, y le había dicho: desde hoy como verdadera esposa celarás mi honor. Se podía vislumbrar, por lo tanto, que algo de serio iba a verificarse entre Jesucristo y su fiel sierva.

La vida mística, como quiera que sea una participación de la vida eterna, anticipa las felices nupcias de la criatura con su Criador. Entre Dios y el alma se establece cierta competencia: Dios que la llena de carismas y de cariños, y el alma que coopera a aquellas gracias

con una obediencia digna de una alma santa; Dios que no guarda silencio, y el alma que no deja de oír aquellas voces ni por un solo instante. He aquí el estado en cuyas cumbres se han colocado los santos.

Pues bien; en él se encontraba Santa Teresa, a él se había sublimado el corazón seráfico de Teresa, cuando Dios quiso obrar uno de sus grandes prodigios. El corazón de Teresa, aunque de capacidad prodigiosa como las playas de la mar, no podía soportar los incendios de amor que se acumulaban en su seno; ellos la obligaban a exclamar: O ensanchad los ámbitos de mi alma, o poned tasa a vuestros favores. Vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero.

En estos suspiros se deslizaban pesadas las horas de la vida de Teresa, cuando el ardiente serafín baja del cielo. Sí, «deja celeste festín, ven a abrirla el corazón, mensajero de Sión, encendido serafín». Un relámpago que con luz brillante iluminara la estancia de Teresa, hubiera parecido obscuridad, comparado con la presencia del serafín que, dardo en mano, de que brotaban ardientes chispas de fuego, apuntaba al corazón de Teresa, dejándola consumida y abrasada en amor divino el mismo serafín que la hería.

¡Oh misterios de amor, cuán profundos y desmedidos sois! ¿Qué hará ahora Teresa? *Deriventur aquae tuae foras*. Extiéndanse tus amores fuera, pues ya está roto el horno de tu corazón. Espárzanse pedazos de ese corazón por todos los ámbitos del mundo. Centros de ciencia y de virtud de las cultas ciudades europeas, vírgenes soledades americanas y populosas ciudades de los mundos de Colón, abrid vuestras almas a las expansiones del cielo, pues las enseñanzas divinas de Teresa de Jesús, inflamadas en amores también divinos, son regalos que Dios os hace por medio de su amante sierva...

En este estado de alma, la primera empresa que proyecta Teresa de Jesús es la reforma de su Orden; quiere elevar al estado de serafines a los miembros de una Orden, no decaída, pero que Teresa desea que se encuentre muy elevada; es la elevación de una Orden más bien que su reforma. Se presentarán dificultades, pero no importa; la Iglesia misma conserva su esplendor en medio de las persecuciones, aun mejor que en medio de la prosperidad y de la paz. En medio de las más numerosas y duras oposiciones, Teresa llevará adelante su obra sin experimentar pérdidas de ninguna clase, llenará la tierra de antesalas del cielo y las ocupará con almas que serán verdaderos serafines en forma de mujer.

Allí, en aquellos monasterios se encierra Teresa con sus compañeras, y ya desde ese momento la vida de Teresa no es vida terrestre sino vida del todo celestial; su oración es un continuo arrobamiento, un continuo éxtasis; sus conversaciones no eran otra cosa que exhalaciones de aquel purísimo amor que se reconcentraba en sus íntimas entrañas y comunicaba, como un contagio divino, a todos aquellos con quienes trataba: a las religiosas, a los mismos confesores y directores de su alma, a reyes y príncipes y princesas, a los carreteros mismos que la conducían por los caminos, y a innumerables personas por medio de sus cartas.

Sin embargo, no bastaba esto: tenía que perpetuar su espíritu, sus luces y sus admirables enseñanzas en sus hijos y en cuantos deseaban seguir sus pisadas. Para esto no bastaba sólo enseñar de palabra, porque la palabra humana, por sublime que sea, tarde o temprano tiene que faltar, pues cuando la muerte viene a sellar los labios, el silencio viene a sustituir a la palabra. Era, pues, necesario perpetuar la palabra, y aparecieron los admirables escritos en que encontramos pintada a la misma santa.

Tomó, pues, Santa Teresa la pluma, y de ella nos han brotado las sublimes enseñanzas que hoy conserva la Iglesia. No parece otra cosa sino que el Espíritu Santo quiso descubrir los secretos del cielo por medio de Santa Teresa, y lo admirable del caso es que la Santa no corregía sus escritos, y nunca ha habido necesidad de corregirlos. El mismo San Agustín corrigió los suyos; el mismo Santo Tomás, el Ángel de las escuelas, se ha encontrado con quienes no han querido admitir algunas ideas de sus admirables obras; pero dígasenos de Santa Teresa quién se ha negado a admitir una sola de sus enseñanzas en materia de teología mística. De Santa Teresa ha dicho todo el mundo: Elia lo dijo, luego así es.—*Magistra dixit, ergo ita est.*

Haciendo caso omiso de sus numerosos escritos, podemos afirmar que sus *Moradas* son un cuerpo de doctrina perfecto. ¿Qué riqueza de pensamiento no se descubre en el modo de explicar los fenómenos místicos y en la manera como comprende, enseña y aclara los secretos de Dios? Para Santa Teresa todo es ciencia de observación propia; no tiene que estudiar nada de nadie; lee dentro de su misma alma, en lo más hondo de su espíritu, adonde llega atravesando regiones oscuras, pero de donde sale con divina antorcha en la mano para iluminar con ella otras obscuridades que no son las suyas, pero que son abundantes entre las almas a quienes Dios conduce por los caminos sobrenaturales.

Las *Moradas* de Santa Teresa vienen a ser la más penetrante intuición de la ciencia fundamental y transcendente de la teología mística, y la Santa ha manifestado en ellas que posee por luz sobrenatural lo que tantos ingenios, después de prolijos estudios, no han podido no sólo alcanzar, pero ni aún siquiera vislumbrar.

Ahora bien, Santa Teresa, lo mismo que todos los mortales, tenía que pagar su tributo a la muerte; pero la

muerte de Santa Teresa, fué una obra de arte divino, obra maestra, sobrenatural, resplandeciente.

Santa Teresa se encontraba en aquel estado sublime en que podía cantar:

¡Ay, qué larga es esta vida,
qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma se ve metida!

Teresa de Jesús veía acercarse la muerte, porque conocía el término de sus días y tenía que acostarse para no levantarse más; las fuerzas le iban faltando y las grandes energías de su alma tocaban a su término. Alma, vida y corazón había empleado en el servicio de su Dios, con ánimo de heroína emprendía cuanto fuera del servicio de su celestial Esposo; la cobardía jamás se hospedó en su pecho, las energías que a los siete años la empujaban hacia regiones feroces, fueron siempre en aumento. Pero todo concluye en este mundo, y la vida de Teresa de Jesús tenía que concluir también.

El día 29 de Septiembre se acostó Santa Teresa para no levantarse más. El rayo de la muerte, que no perdonó al Redentor del mundo, derribó en cama a la seráfica mujer, a la inclita Fundadora, a la insigne escritora, a la amantísima madre de tierno corazón.

Por más que la madre Ana de San Bartolomé y una sobrina de la santa multiplicaban sus cuidados, la enfermedad seguía su curso, pero la enferma, con tranquila serenidad, veía acercarse aquella hora tan temible para los demás.

Tenía que dar los últimos consejos de madre. Reunió a la comunidad en la celda de la moribunda, las habló de este modo: «Hijas y señoras mías: Por amor de Dios les pido que tengan cuidado de cumplir con la Regla y constituciones, que si las guardan con la puntualidad

que deben no necesitan más para que las canonicen. No miren al mal ejemplo que les ha dado esta mala monja, que está para morir, y perdónenme.»

En esto entró el Santísimo Sacramento, que iba a recibir por última vez; pero aquella moribunda, al verse delante del Esposo celestial, se levantó en la cama, como en su edad juvenil, y recibe a Jesús sacramentado en medio de las más inefables efusiones del alma. y con el rostro lleno de resplandor entregó su alma al Redentor, muriendo el 4 de Octubre, dándose la coincidencia de que el día mismo en que muere el serafín de Asís, San Francisco, muere la serafina de Avila, Santa Teresa de Jesús.

En el mismo momento se llenó la celda de un resplandor sobrenatural, se dejaron sentir perfumes celestiales, y un árbol seco que se hallaba frente a la celda, se llenó de flores.

Santa gloriosa, emprendedora, insigne, bendice a tus hijos y devotos, y en ellos a toda la nación chilena, tan devota y admiradora tuya, en especial a los hoy aquí congregados para honrarte y mil veces bendecir tu nombre glorioso. Ruega por el Papa y por toda la cristiandad, y también por nuestras autoridades, eclesiásticas, civiles y militares, para que fieles y constantes con la gran devoción que te profesamos, y siendo fieles guardadores de la ley de Dios, merezcamos verte en la gloria que a todos os deseo. Así sea.



SANTA TERESA

VIRGEN SINGULAR

Sermón predicado por el R. P. Fr. Gracián de la Madre de Dios en nueva Córdoba (República Argentina).

Qué sea la virginidad.—La Virgen y el ángel.—I: La Reina de las Vírgenes.—Perífrasis del Cantar de los Cantares.—Liras de San Juan de la Cruz.—II: Virginidad fecunda de Santa Teresa.—Encargo de Jesús a su Teresa.—La Santa, debido a su gran virginidad, es escoltada por los Ángeles.—Frutos dulcísimos de la virginidad teresiana.

*Venerunt mihi omnia bona
pariter cum illa.*

Viniéronme con ella todos
los bienes.

(Sap. VII, 11.)

Es la castidad cual lozano y hermoso rosal, de donde brota la más primorosa flor, la virginidad, flor que exhala la delicada fragancia de la pureza; fragancia que, llegando a los cielos, embriaga a los ángeles y al mismo Dios.

La virginidad es la total abstención de placeres sensuales, aún lícitos.

En la tierra, la virginidad hace al corazón que la alberga, semejante a los espíritus angélicos, que jamás abaten sus puras y limpias alas al cieno de la tierra.

Mas no sólo compite la pureza de una virgen con la de un ángel, sino que aún, en cierto modo, la aventaja y

excede, pues el ángel no tiene en sí principio alguno de corrupción que le impida ser puro, al paso que las vírgenes de la tierra lo tienen.

Esta ventaja de la virgen sobre el ángel resalta más y más, si se considera que éste vive en una región purísima, adonde no llegan los impuros miasmas que la tierra exhala. Y si no, decidme: ¿dónde tienen los ángeles enemigos que los tientan, pasiones que los inciten, carne que contra ellos se rebele, sentidos que los provoquen, malos ejemplos que los arrastren? Las vírgenes, por el contrario, viven en una tierra erizada de espinas, rodeadas de enemigos que las combaten y de demonios que las tientan, de pasiones que las incitan, de carne en incesante rebelión contra el espíritu, de sentidos que las provocan, de malos ejemplos que pretenden arrastrarlas al pecado. ¿Cuál, pues, será la pureza más acrisolada y meritoria?

La pureza del ángel es un don natural y necesario, que cuanto más tiene de necesario es menos libre y, por ende, menos meritorio; mientras que en las vírgenes es un don contingente, y cuanto más contingente, más libre... más voluntario... más meritorio.

Una virgen es un portento que asombra y roba la admiración de todos. ¿Qué dirían las gentes, si vieran volar por los aires a una doncella con alas de serafín? Atónitos a la vista de tal prodigio, unos dirían que era una mujer con propiedades de ángel. ¡No!, exclamarían otros; es un ángel con cuerpo humano. Aun a los mismos ángeles admirara este portento y les haría exclamar: *¿Quae est ista...?* ¿Quién es esta que se levanta risueña, como aurora (1) que despierta en deliciosa mañana de primavera? ¿Quién es esta que sube del desierto de la tierra como fantástica nubecilla de humos de aro-

(1) Cant. c. VI, 9.

máticos inciensos? (1) Si es ángel ¿cómo habita entre los moradores de la tierra? Y si mujer ¿cómo osa levantarse a la altura y santuario de los ángeles?

Pues bien, señores y hermanos míos, esa doncella que tanta admiración despierta, es el alma, que consagra su virginidad a Dios; virginidad en alas de la cual, volando, se emancipa de la influencia de las pasiones y se eleva hasta quedar unida a Dios, llegando así a ser la admiración de los ángeles, que, si fueran capaces de envidia, envidiosos se sintieran.

Es el cielo—para poder entendernos—a manera de amenísimo jardín, cuyas flores, o sea los bienaventurados, son fecundadas por los torrentes de la gracia y por el sol de la visión beatífica: en ese jardín se apacienta el Cordero Inmaculado, que, al llegar a las flores que tejen la «aureola de los confesores», ante ellas se detiene, complacido las contempla, se recrea con su aroma..., pero pasa sin apacentarse entre ellas; va hacia las que tejen la «aureola de los mártires», y ante estas igualmente se detiene y con la misma complacencia las contempla, sin dejar de aspirar su fragancia, pero también igualmente pasa sin alimentarse entre ellas: no sucede así con las místicas azucenas, que forman la «aureola de las vírgenes»; atraído por lo delicado de su fragancia, se acerca a ellas, se detiene, las contempla... y ¡admiráos! ¡Entre ellas se apacienta! *Qui pascitur inter lilia* (2). Las vírgenes son las privilegiadas; ellas son las que, en expresión del Ángel de Patmos (3), siguen al Cordero a todas partes donde El vaya; ellas, a quienes está reservado entonar aquel cántico especial y siempre nuevo (4), que alegra los cielos...

(1) Cant. III, 6.

(2) Cant. II, 16.

(3) Apoc. XIV, 4.

(4) Apoc. XIV, 3.

Prop.—«*Dejando ahora la tierra, subamos al cielo para ver los bienes que causa y proporciona la virginidad.*»

¡Oh Virginidad! *¿Quibus te laudibus efferam?* ¿Cómo te ponderaré? ¡Ah! Eres una muy hermosa gala; ¿dónde podré colocarte mejor que en un alma que no perdió la inocencia bautismal? Eres una muy preciada joya; ¿dónde mejor engastarte que en un serafín humanado? Presentándote en Teresa de Jesús, creo tributarte el más elocuente elogio.

No perdamos de vista, hermanos míos, que al pretender hablar de la virginidad, a ninguna parte podremos dirigir nuestra mirada en demanda de auxilios que purifiquen mis labios y vuestro corazón, mejor que a la Reina del Carmelo, a la cándida Azucena de los Cielos, cuya nivea blancura debemos cantar, llamándola con el Arcángel «llena de gracia».

AVE MARÍA

I

Muchas y muy hermosas flores, muchos y muy sazonados frutos había dado el árbol de la castidad; empero, hasta María Inmaculada no presentó en el esplendor de sus encantos la flor de la virginidad, flor cuya fragancia engendra vírgenes esposas del Cordero inmaculado, entre ellas, a Teresa de Jesús.

¿Habéis observado cómo la tierna mariposilla, atraída por el aroma de las flores, se posa sobre su cáliz y de su néctar se alimenta? Pues contemplad a Teresa en la tierna edad de los doce años, cuando, llorando todavía la muerte de su madre y atraída por el amor de María, va, cual mística mariposilla a posarse sobre la «Rosa», que

perfuma los jardines de Jericó; sobre la blanca «Azucena», que embalsama las laderas del torrente; sobre el hermoso «Lirio», que aromatiza los valles..., sobre el Corazón de la Santísima Virgen, suplicándole con lágrimas de amor fuese su Madre...

¡Ah hermanos míos! Hacedos, por un momento, sordos a cuantas voces os puedan dar las cosas todas de la tierra, para que podáis percibir acentos angelicales; purificados, por un instante, de los afectos todos del mundo, a fin de que podáis ver la deslumbradora escena que ofrece Teresa a las plantas de la Inmaculada Virgen de Nazaret. ¡Qué corrientes de amor unen aquellos dos corazones!... ¡Allá, allá es donde el hermoso capullito de su alma, adornada con las preseas de la inocencia bautismal, queda transformado en flor, abierta al calor del puro aliento de la Madre de la gracia!... ¡Allá es donde su corazón, hecho por Dios precisamente para amar, y amar a Él, queda convertido en encendida ascua de amor, pero de amor puro, divino!... ¡Allá, su voluntad es inflamada en abrasados afectos de amor para con María!... ¡Allá copia en su alma el más relevante rasgo, que se destaca en la más fiel imagen de la Divinidad, la virginidad, precio con que María compró su Maternidad divina!... ¡Allá, en fin, bebe, hasta saciarse, del embriagador vino que produjo tantas vírgenes (1).

Mas no hay día sin noche; no hay victoria sin batalla; sin violencia no hay virtud. Un alma tan grande, un corazón tan generoso, una tan inestimable prenda, ¿no había de verse por doquier solicitada? Su jovial carácter, su genio abierto, su gracia en el decir, su donaire en el obrar..., su sal en todas sus cosas; su nada común hermosura, su linajuda prosapia, los encantos de su edad... ¡ah!, peligros eran para sus puros deseos; pero peligros

(1) Zach. IX, 17.

que en un alma cual la de Teresa, tan enamorada de la Virgen por excelencia, son espinas; pero espinas que, lejos de lastimar la flor de su castidad, tanto realzan su hermosura, que se atrae la mirada del Esposo de las Vírgenes, arrancando de sus labios esta saeta amorosa: *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias* (1): Lo que es y resalta el lirio entre las espinas, eso es y así resalta la hermosura de mi esposa entre las hijas de los hombres.

Tenía la virginidad que pasar todavía por el crisol de otra muy dura prueba. Una prima suya la pone, por vía de casamiento, en una amistad... Sólo faltaba aquí que el ángel de las tinieblas se transformara en ángel de luz, para mejor lograr su objeto; mas tampoco faltó esto; el confesor con otras personas piadosas le dicen no iba en todo contra Dios, y aquí fué, como ella dice, su mayor tortura y peligro.

Y a la verdad, ¡qué circunstancias tan críticas para una tierna doncella! ¿Qué hacer? ¿Consultar a su corazón?... ¡Pero si su corazón suspiraba y sus suspiros parece que se perdían!... Empero no, no se perdían; a su eco responden los atractivos todos del mundo brindándole con la dorada copa de honestos placeres... ¡Atrás, criaturas todas! Sois vasos muy quebradizos y sólo aptos para contener esencias que perfumen al mundo con sus vanidades; la delicada esencia de la virginidad de Teresa hase de verter por el místico Monte Carmelo, y a su influencia y fecundidad brotarán olorosos lirios y cándidas azucenas, cuya subida y delicada fragancia embalsamará la tierra y perfumará los cielos: su alma es de María; de Jesús, su corazón: éste es un ascua de amor divino; no la apartéis de tal horno, pues, sin daros calor, se apagará: aquélla, su alma, es una flor criada en

(1) Cant. II, 2.

el pensil de la gracia y exornada con las sales de la inocencia...; no la cortéis; se secará sin prestaros su fragancia: es una laboriosa abeja que va en busca de unas flores que vosotros no le podéis ofrecer...; dejadla gustar de sus dulzuras: es un águila, que quiere mirar al sol, no a las tinieblas; es una paloma...; dejadla emprender el raudo vuelo que su alma ansia: es una tortolica, que va en busca de su deseado socio, y que hasta no dar con él no descansará sobre la verde rama de ningún deileite, ni beberá el agua clara y fresca de honra del mundo o consuelo temporal, ni buscará la sombra de favor de criaturas, ni gusta ya de otras aficiones que las de la soledad: es un ciervo herido...; no le impidáis ir en busca de las refrigerantes aguas, que entre vosotras no existen: es la esposa, que va en busca de su amado: es Teresa, en cuyo corazón tan viva arde la llama de amor puro y divino, que, arrostrando las dificultades que se le presentarán, pareceme oírla exclamar en lenguaje de su primogénito hijo y padre mío San Juan de la Cruz (1):

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras

Esto es: «En busca de lo que ansía mi alma iré al claustro, monte de la perfección, no deteniéndome a coger las flores de los bienes del mundo, ni temiendo al demonio y carne, que son las fieras, fuertes y fronteras que se oponen a las ansias de mi corazón y a mi amor a la virginidad.»

Despreciando, en efecto, los placeres del mundo; cerrando los ojos a sus pompas y vanidades; sorda al canto seductor de sus prendas naturales y al concierto con que

(1) Cántico espiritual, canción III.^a



por doquiera es obsequiada, va presurosa al claustro de la Orden Carmelitana, que es para ella inexpugnable fortaleza, donde puede guardar seguro el tesoro de su pureza; es la concha destinada a custodiar la perla de su castidad; es el pensil en que, siempre lozana y fresca, hase de conservar la hermosa flor de su virginidad.

II

Ya, amadísimos hermanos, la mística abejilla, huyendo del erial de este mundo, encontró la hermosa floresta de sus sueños; ya posa sus plantas sobre el cáliz de las flores de las más heroicas virtudes. ¡Qué afanosa escala sus más altos grados! ¡Cuál se sacia de su delicado néctar!... Ya está fabricando el panal de la rica miel con que ha de adobar los trabajos y asperezas entre que tantas almas hánla de seguir por las enriscadas sendas del Carmelo, tierra de promisión, que había de manar leche y miel (1); la leche de la pureza, y la miel de la más subida oración y contemplación y unión con Dios... Ya está el águila de la mística mirando al Sol de la Divinidad.., ya levanta su vuelo..., ya está robando del seno mismo de la Divinidad el secreto de los más augustos misterios y adquiriendo una ciencia divina, que ha de dejar, especialmente a sus hijos, en sus altas virtudes y admirables escritos, alas ambas con que enseña a tantas vírgenes a remontar su vuelo sobre la atmósfera de inmoralidad que en el mundo se respira, y a erigirse hacia el Sol de la Divinidad: *próvocans ad volandum pullos suos* (2)... Ya la cándida paloma anidó en el Pecho de la Divinidad: *nidificans in foraminibus petrae* (3); en el Co-

(1) Exod. III, 8.

(2) Deut. XXXII, 11.

(3) Cant. c. II, 14.

razón de Jesús ha puesto el nido de sus castos amores; allá el palomo celestial la arrulla dulce y castamente, y entre esos arrullos, *Sonet*, le dice, *vox tua in auribus meis; vox enim tua dulcis*: Suene tu voz en mis oídos, pues me es dulce (1); y la pura paloma responde con acentos de tiernos gemidos, que son cánticos de amor, pues esa paloma, gimiendo, canta; y cantando, gime; y así, entre gemido y cánticos de amor, arrullada por el Verbo Divino, hace de su corazón aquel místico y amoroso nido de donde habían de salir volando tantas y tan castas palomas que habían de poblar los palomarcitos de la Virgen, o sea los conventos carmelitanos. Ya dió la tortolita con la alfombrada ribera en que el socio la esperaba. ahora es cuando descansa sobre la verde enramada de los deleites de su Amado; ahora es cuando bebe el agua clara de una muy alta contemplación; ahora, cuando ya se coloca bajo la sombra de su amparo, a gustar de sus delicias y regalos: *Sub umbra illius, quem desideráverum, sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo* (2) .. Ya encontró el ciervo herido las refrigerantes aguas, en que atemperando está el dolor que le causara un dardo de amor divino (3); descubiertos deja a sus hijos los veneros de oración y penitencia, aguas las más eficaces, para apagar el fuego de la concupiscencia y conservar vigorosa la castidad... Ya la esposa, después de recorrer los arrabales y plazas de la ciudad, esto es, por fuera y por dentro de sí misma, y de preguntar por su Amado a los impulsos de su corazón y ser por éstos hacia Aquél encaminada, complacida toda, exclama (4): «Ya le encontré y jamás le dejaré»: *Tenui eum, nec dimittam*.

(1) Cant. c. II, 14.

(2) Cant. c. II, 8.

(3) Ps. XLI, 2.

(4) Cant. c., II, 4.

Ya Teresa ha llegado al logro de sus ansias, al Carmelo, donde, entre los votos que emite, hace el de castidad, en cuyo solemne momento, transportándose en alas de amor, presenta al Cordero sin manchilla su virginidad, diciéndole con la Esposa de los Cantares (1): *Veniat dilectus meus in hortum suum, et cómedat fructum pomorum suorum*: «Venga mi Amado al huerto de mi alma, en que florido está el lirio de mi virginidad, y guste de las primicias de sus frutos.» *Veniat dilectus meus in hortum suum... et lilia cólligat* (2): «Venga mi amado al huerto de mi corazón virginal y coseche sus lirios purísimos»; ¡ah!, los primeros lirios de sus miradas, suspiros, afectos, palabras, pensamientos, obras...: ¡más, más todavía!: los lirios de la pasmosa fecundidad de su virginidad; los lirios de las virginales moradoras de sus «Palomarcitos», donde tantos ángeles humanos anidan, salpicando sus castos lechos de amorosos suspiros y heroicas virtudes, con que, mediante místico desposorio en la cruz de su Reforma, se preparan para el eternal desposorio de la Gloria.

Entre tales acentos sigue constantemente ofreciendo al Cordero los sazonados frutos de su virginidad, y tan de su divino agrado son, que, encendiéndose en divinos celos de que las criaturas le roben ni el más pequeño de sus castos afectos, le pone en entredicho la conversación y trato con los hombres: «Ya no quiero, le dice, que tengas conversación con los hombres, sino con los ángeles (3); que fué decirle: «Tan pura es tu pureza, que para ella es mancha cuanto hay en el mundo: tan virgen tu virginidad, que merece ser escoltada de los ángeles. Y, ansiando el Cordero inmaculado por siempre morar y

(1) Cant. c., V, 1.

(2) Cant. c., VI, 1.

(3) Autobiografía de la Santa, cap. XXIV.

regalarse entre los fragantes lirios, fruto de tal virginidad, conjura a las criaturas de la tierra para que no osen acercarse a ella: *Adjuro vos, filiae Jerusalem, ne susciteiis eam, neque evigilare fasciatis dilectam* (1): que, de haber hablado el lenguaje de los poetas, hubiera escogido aquel que inspirara a mi Extático Padre, San Juan de la Cruz, y dicholes:

A las aves ligeras,
leones, ciervos, gamos saltadores,
montes, valles, riberas,
aguas, aires, ardores.
y miedos de las noches veladores:
por las amenas liras
y cantos de sirenas, os conjuro,
que cesen vuestras iras
y no toquéis al muro,
porque la Esposa duerma más seguro (2).

Y conjuradas así por Dios las criaturas, ved ya a Teresa engolfada en aquel mar de delicias en que la pusiera su virginidad; vedla gozando los más inefables regalos divinos; vedla comenzando a entonar aquel himno que, ya en el cielo, tras el Cordero inmaculado, canta al frente de numeroso coro de virgenes, como Madre y Maestra y Matriarca.

¡Dichosa Virginidad! Y ¡qué tan imponderables bienes atraes sobre el alma que te posee!... ¡Qué tan grato y templado clima es, hermanos míos, el en que nos encontramos! ¡Qué tan deliciosa mansión para mi alma! Verdaderamente que no quedan alientos más que para reproducir las palabras de San Pedro ante la escena del Tabor: *Faciamus hic tria tabernacula* (3): «Levantemos aquí unas tiendas y de ellas no salgamos»...

(1) Cant. VIII, 4.

(2) Cántico espiritual, canciones 20.^a y 21.^a

(3) Marc., IX 4.

Pero, hermanos míos, que el predicar de Cristo tiene que ser como los árboles: que, mirando con sus ramas y flores al Cielo, ha de ofrecer sus frutos a la tierra, al hombre. Miremos, pues, a la tierra, para ver de orientarla al cielo.

Si mi Santa Madre, al verse tan enriquecida de virtudes, fecundadas todas por su virginidad, pudo decir de ésta lo que el Sabio de la Sabiduría: *Venerunt mihi omnia bona páriter cum illa* (1): «Viniéronme con la virginidad todos los bienes»; al contemplar a nuestra sociedad, reducida a la más vergonzosa desnudez en todos los órdenes en que la consideremos...; al ver reducido a un espantoso montón de escombros el templo de la honestidad...; al sorprender las clases sociales todas divorciadas de tan hermosa virtud...; al ver, en fin, al mundo entero presa de la inmoralidad..., ¿no pudiéramos decir que «con la honestidad y pureza de costumbres emigraron las glorias que, en risueño pasado, orlaban las sienes de la sociedad cristiana, y que con las modas deshonestas nos han venido todas las desventuras?» Mirad los órdenes todos que integran la marcha nacional: en el religioso, impera la más lamentable indiferencia; en el moral, la corrupción; el error, en el intelectual; en el político..., a la vista está: concausas todas que tienen que provocar la anarquía social que reina... Hoy la tertulia, el paseo, los espectáculos, anfiteatros en que la decencia se arroja a las fieras de las más voluptuosas costumbres, son plazas, mercado donde se subasta el pudor... ¡Grande mal! ¡Mal lamentable! Pero lo es más todavía la circunstancia de contribuir a ello madres, que se llaman cristianas, pero que son crueles verdugos de sus hijas.

Al festejar a esa gran Santa, figura de las de mayor

(1) Sap. VII. 11.

relieve que se destacan en la vasta galería de las glorias nacionales, sea nuestro homenaje la imitación de su honestidad... ¡Santa bendita y gloriosa compatriota! A ti, cuya alma fué un «huerto cerrado» do se cultivaron las flores de las más elevadas virtudes; huerto regado por las fecundas aguas de la «fuente sellada» de la Virginidad... a ti hoy acudimos para que, así como en tus días contuviste con tu virginidad y castísimos frutos el desenfreno en sus más sacrílegas manifestaciones, así mires ahora compasiva a tu España, y a todas las naciones que hablan tu lengua, despertando en todos, muy más particularmente en las jóvenes, grande estima y amor a la pureza y honestidad, y seamos salvos y dignos de estar contigo en el Cielo.

Así sea.





SANTA TERESA, LA SANTA DEL AGRADECIMIENTO

Sermón predicado en Santiago de Chile por el R. P. Fray
Ernesto de Jesús, C. D.

Finalidad de esta fiesta.—Todas las cosas nos recuerdan el agradecimiento.—I: Solicitud de los Santos para con Dios.—El gran árbol del catolicismo.—La vida de Santa Teresa, vida de holocausto y de agradecimiento.—II: Desengaños de la vida.—Lucha divina.—El amor todo lo puede.—O padecer o morir.—La vida de la Santa es un poema de gratitud.

In omnibus gratias agite,
(Thes. V, 18.)

Dad gracias a Dios en todas las cosas.

La festividad que celebramos es un culto que un caballero rinde a Santa Teresa de Jesús en agradecimiento a los favores que ha recibido de la Gran Santa, y que él guarda encerrados en lo más hondo de su corazón. Nada tan justo como este agradecimiento: nada más cristiano que esa pública manifestación de gratitud, cuya elocuentísima lección nos dan a diario todos los seres del universo. Los astros emiten sus rayos para formar la brillante corona de Aquel que los creó; la tierra ofrece al cielo las riquezas de su seno, elevándose, como por manos invisibles, en mieses, árboles, flores, frutos y exquisitos aromas, para agradecerle las lluvias que deja caer en ella; las fuentes y ríos dejan correr sus frescas y

fecundantes aguas, refrigerando las entrañas de la tierra que los sostiene, y los mares y montañas, los valles y collados cumplen la ley del retorno, cantando como en inmenso y magnífico altar la gloria de su Hacedor (1): *Coeli enarrant gloriam Dei, et o pera manuum ejus annuntiat firmamentum.*

Todos los hombres reciben esta lección; son innumerables los que no la aprenden, apenas hay quien la practique. Son almas grandes y justas que Dios suscita para aliento de nuestra flaqueza y acicate contra nuestra tibieza y continuas ingratitudes. Almas que jamás faltarán en la Iglesia de Jesucristo, porque jamás faltará la gracia divina donde se forman y vacían, y adquieren la bellísima y sobrenatural cualidad de querer dar a Dios todo lo que de Él han recibido.

Entre ese ejército de almas generosas figura en primera línea la ilustre virgen de Avila, Teresa de Jesús, alma agradecida entre las agradecidas; eminente protagonista en esa divina comedia que vienen representando las almas reales y heroicas en el vasto escenario de las virtudes y gratitud cristianas. Dificilmente encontraréis en los anales de la santidad una alma que presente tantos y tan altos bellísimos relieves de gratitud. Detengámonos a estudiarlos:

Prop. — «La vida de Santa Teresa es un poema, un cántico de gratitud.»

Os invito a escucharle, porque estoy persuadido que seréis gratamente sorprendidos y sobremanera edificados, al ver con qué fidelidad cumplió el precepto del Apóstol: «Dad gracias a Dios en todas las cosas», entregándose totalmente a El.

Pero antes, imploremos los auxilios de lo alto, por in-

(1) Ps. XVIII, 1.

tercesión de la Reina Inmaculada del Carmelo, a quien saludamos reverentes con el Angel

AVE MARIA

I

Los santos, mis amadísimos hermanos, esos hombres eminentes que se elevan sobre el nivel de la multitud por el esplendor de sus virtudes y por la fama de sus hechos inmortales, se forman en la escuela de la gratitud. Allí se desligan de todo egoísmo y espíritu rastrero y aprenden a dar a Dios todo lo que de su bondad infinita reciben. ¡Qué afanes los suyos para que la ofrenda sea cada día más rica y bella! ¡Qué divinas solicitudes, porque el holocausto sea en todo agradable al Amado! Sólo así encuentran algún alivio sus ansias. Sus entregas a Dios son como llamaradas del agradecimiento que arde constantemente en su corazón, como respiraciones inefables del alma agradecida, que sólo así puede amar, sin morir.

No extrañaréis que la divina Providencia haya colocado a esos varones y mujeres ilustres, frutos de oro que penden del gran árbol del catolicismo, a guisa de jalones, a la vera del camino que conduce a nuestros supremos e inmortales destinos. Ellos nos alumbran, nos guían, nos alientan, nos acompañan y consuelan. ¿Qué sería de nosotros en el cruce por el abrasado desierto de la vida, infestado de reptiles y sembrado de precipicios, sin esos guías apacibles que conocen nuestras penas, experimentaron nuestros desfallecimientos y fueron envueltos en las sombras de nuestros mismos infortunios y dolores? ¡Ah! Comprendo que el alma cristiana ve en el confín de la vida a un Dios-Hombre que, señalándole

la Cruz, la dice: «Toma tu Cruz y sígueme y tendrás un tesoro en el reino de los cielos.» No necesitamos otra luz; porque ésta es la que ilumina a todo hombre que viene a este mundo: no necesitamos otro esfuerzo, porque Él es el sostén de todos los combatientes; ni otra gracia, porque la suya venció al mundo. Pero la Bondad Divina, que conoce hasta qué punto nos hizo cobardes el pecado, nos presenta el Evangelio palpitante y como esculpido, en esos hombres de carne y hueso como nosotros, para acabar con todas las razones de desaliento o impulsar con ejemplares de nuestra raza devastada, nuestra marcha hacia lo sublime y perfecto, entregándonos del todo a Dios, movidos por sola su bondad infinita, y beldad inenarrable...

¿Y qué ejemplar más acabado que el que nos ofrece Santa Teresa de Jesús? ¿No fué su vida un raudo vuelo hacia Dios? ¿No fué una ascensión maravillosa, una entrega total de sí al Dios amado? Niña delicada, no cuenta aún siete años, y no la asustan la pobreza, ni el sacrificio, ni el martirio, ni la muerte; y a través de todo esto, tan doloroso y repugnante a nuestra naturaleza, enfermiza y maltrecha, proyecta conquistar un trono en el cielo. Que su sangre virginal salte de su cuello al golpe de la cimitarra, para que su alma, vestida de púrpura y oro, haga eterna compañía al Rey de las vírgenes, ofreciéndole en la aurora de la vida el sacrificio cruento de un cuerpo virginal y un alma más pura que la luz... ¿no es tocar en esa edad dichosa las más altas cimas del heroísmo y de la gratitud?

Yo no puedo; yo no quiero en el momento señalar las virtudes que matizan y festonan a lo divino la vida de Teresa de Jesús. Extensas biografías se han escrito de esta mujer incomparable, y apenas han sido esbozadas las maravillas que Dios realizó en su alma purísima. Mas... ¿cómo no parar mientes en aquel espíritu de gra-

titud que la hizo decir con encantador donaire: Por una sardina me dejo sobornar? ¿Cómo pasar por alto aquel agradecimiento que pagaba con oraciones de años los más pequeños favores? ¿Cómo omitir aquel retorno de amores seráficos a Dios por las mercedes con que la regalaba? Honores, placeres, riquezas, juventud, hermosura, encantos de la vida... ¿no hay una ara donde podáis ser sacrificados, quemados, aniquilados para que en el corazón de Teresa no quede otra cosa en pie e hiesta que la cruz de Cristo, como perpetuo martirio y a la vez cielo perpetuo de su corazón amante? ¡Ah! Sí, sí; ahí está el claustro carmelitano... Esa es el ara santa señalada por Dios a Teresa para que se lo inole todo y totalmente; sin reservarse para sí un solo átomo de su ser, en cumplimiento de la ley del retorno.

II

No es muy difícil sepultarse en el claustro, cuando los desengaños de la vida, a modo de saetas, han abierto grandes y hondas heridas en el corazón; y la sangre corre, corre, sin detenerse hasta dejarlo exhausto y seco de ilusión y entusiasmo mundanal. ¡Pobres mariposillas que, encandiladas por la luz de riente pasión, perecen en medio de ella, no viendo en adelante la vida buena, sino para llorar en la soledad el pasado extravío y enmendar el yerro con una penitencia redentora... Pero a la joven Teresa le sonríe todo: fortuna, hermosura, gracias, donaire, atenciones, talento, nobleza, posición social, lisonjas... Es una rosa sin espinas, un corazón sin heridas, sin crueles desgarramientos, pletórico de vida y lozanía, de exquisiteces y encantos. ¡Qué sacrificio tan doloroso para Teresa dejarlo todo!... La misma San-

ta nos lo revela por estas palabras (1): «Acuérdaseme, a todo mi parecer con verdad, que cuando salí de casa de mi padre no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí.» Sin embargo, Teresa lo sacrifica todo en el ara de la vida religiosa, porque allá en lontananza del espíritu, descubre al autor de todas las riquezas que la engrandecen y adornan; y resuelve devolvérselas envueltas en los efluvios de un amor, que envidiarían los serafines, de una gratitud, que enamora a los cielos.

Lucha divina se entabla entre Dios y Teresa. Dios favorece a Teresa con los dones más exquisitos: visiones clarísimas, éxtasis dulcísimos, admirables arrobamientos, coloquios, transverberaciones, entregas espon-salicias, nuevo raudal de favores nunca vistos ni oídos... ¿Y cómo corresponde Teresa? ¿Quién podrá decir hasta qué punto llegaron su amor y gratitud para con Dios? ¿Cómo expresar sus hechos admirables, sus obras maravillosas, las flores y frutos que hizo germinar en su virginal corazón la gratitud para con Jesucristo? Yo pembro en este huerto cerrado, en este jardín plantado y cultivado por la mano de Dios, y descubro en él una fe que pasma, una esperanza que asombra, una caridad que edifica, una humildad que encanta, una pureza que enamora, una prudencia, una fortaleza, una paciencia, una justicia, una templanza, un olvido de sí misma, un amor a Dios, un celo por su gloria, una compasión tan tierna, una gratitud tan intensa, tantas perfecciones, tantas virtudes, tantas bellezas... que si yo no tuviera otros motivos ni otras razones para creer en Jesucristo, para amar a Jesucristo, creería en El con fe inquebrantable, amaríale con amor inextinguible, al contemplar el alma pura de esa mujer, donde el agradecimiento

(1) Autobiografía.

ofrece al divino Esposo, como holocausto, los carismas más delicados de la naturaleza y de la gracia.

La ingratitud, dijo San Bernardo, ata las manos a Dios y seca los canales de la divina misericordia. Por el sentido opuesto a estas palabras, veréis por qué Teresa de Jesús fué tan favorecida de Jesucristo. La vida de Teresa fué un acto de gratitud, un himno vibrante y armonioso del más puro agradecimiento. Jesús la llama al estado religioso y Teresa conquista todas las virtudes que embellecen ese estado en un grado que asombra. Se le aparece Jesús, todo llagado, coronado de espinas, y Teresa, víctima sagrada de una compasión y ternura incomprensibles, hace aquel voto, pasmo de los mismos santos, de obrar en adelante y siempre, lo que juzgare ser más perfecto. Dicele Jesús: Teresa, es tanto lo que te amo, que, si no hubiera creado el cielo, sólo por tu amor le creara. ¿Qué responde Teresa a esta extraordinaria fineza? «Vuestra soy, para Vos nací. Dadme muerte, dadme vida: dad salud o enfermedad, honra o deshonra me dad, dadme guerra o paz cumplida, flaqueza o fuerza a mi vida, que a todo diré que sí. ¿Qué mandáis hacer de mí?»

Nada tan industrioso como el amor; sus intuiciones son infinitas, y sus fuerzas para darles realidad y remate glorioso incomprensibles. ¡Con cuánta verdad se dijo: El amor todo lo puede! Todo lo pudo el amor de Teresa. No hablaré de sus escritos, verdaderas joyas literarias, tenidos en alta estima por los amantes de la belleza; que han merecido un puesto de honor entre lo más rico y afligido de las letras y ciencia española; que han guiado a tantos sabios y directores de almas: donde encuentran orientación, segura y recta, cuantos aspiran a conquistar las divinas alturas de la contemplación y unión divina... escritos concebidos y modelados en las elevaciones de un amor sobreseráfico y que la misma

Santa les dió el calificativo de «Conceptos de amor»...

Dejemos a un lado sus trabajos interiores, sus requiebros divinos, sus ardientes plegarias, sus enfermedades y tribulaciones, sus luchas y vuelos de espíritu, todo ello grande y sublime, como inspirado por aquel fuego sagrado con que abrasó su corazón un ángel con dardo encendido y que tantas veces arrancó de su pecho este sublime grito: «¡O padecer o morir!» No nos detengamos a contemplar ese mundo de belleza y gracias inenarrables, capaces de producir dulcísimo éxtasis a los ángeles... pero sí, considerémosla como Fundadora de una Orden ilustre, madre fecunda de vírgenes, de mártires, de santos, obreros infatigables del progreso y civilización. Aquí es donde esta mujer incomparable, esta heroína de la gratitud, demuestra que no sólo en sí cumplió la ley del retorno, entregándose del todo y en todo a Dios; sino que, en su insaciable amor, aspiró a ofrecerle el mundo entero, purificado y como consagrado por las efusiones de su amor. Veía Teresa los estragos que la herejía luterana hacía, escuchaba, destrozadas sus entrañas de dolor, los ayes de las víctimas, contemplaba tantos templos derribados, tantos altares destruidos, tantos monasterios profanados; la abominación de la desolación triunfante en la casa del Señor!... El dolor de Teresa no tiene límites, su amor y celo son ardentísimos y se levanta cual Debora divina en defensa de su Amado. Sin más fuerza que su debilidad, sin otro apoyo que su flaqueza, levanta templos, construye monasterios, promueve el culto, fomenta la virtud, extirpa los vicios y pone todo empeño en que todas las almas sean, como la suya, para su Amado.

Nada la arredra; dificultades como montañas le obstruyen el paso; viaja trabajosamente sufriendo privaciones y escaseces, los rigores del calor y del frío; martirios del cuerpo, martirios del corazón, martirios del espíritu,

y Teresa no retrocede, porque en lo más recio del dolor y de la tempestad que la envuelve y azota, contempla la faz risueña de su Amado, que recibe complacido el holocausto de sus divinos afanes y generosísimas solicitudes. Su mano levanta treinta y dos monasterios, que llena de almas escogidas y heroicas para que día y noche canten al Héroe Divino, que no tiene rival en la historia el himno eterno del agradecimiento y del amor.

¿No tenemos motivo para decir que la vida de Teresa fué un cántico de gratitud? ¿Un poema del más sublime y generoso amor? ¿No cumplió con una fidelidad que el labio humano no alcanza a expresar, la ley del retorno, devolviendo a Dios cuanto de rico, de grande, de bello y sublime recibió de Él?... ¡Ah! ¡Si fuésemos nosotros agradecidos como Teresa de Jesús! ¡Oh si devolviésemos a Dios los dones y gracias que nos ha hecho como esa virgen admirable! Nos llama el mundo para perdernos con las promesas de una felicidad que es una mentira y luego al punto nos entregamos a su servicio; y nos llama Jesús para hacernos reyes en el tiempo y en la eternidad... y dejamos que su voz se pierda en el vacío, quedando nuestra alma dura como un peñasco, fría como un témpano, ingrata como una arpía..

Bien sé que no todos son así; que hay corazones semejantes al de Teresa, caldeados en el fuego del agradecimiento. Dichosos ellos que saben, como la esclarecida Avilesa, cumplir la ley del retorno. Dios, que no se deja vencer en generosidad, cumplirá en ellos la ley de la justicia, dándoles lo prometido: la gracia en esta vida y la gloria eterna en la otra. Amén.



SANTA TERESA

LA HEROÍNA DEL PUEBLO ESPAÑOL



Panegirico predicado en la iglesia de los Carmelitas de Camagüey (Cuba), por el R. P. Fr. Elías de la Sagrada Familia, C. D.

Himno a España.—Isabel la Católica y Santa Teresa.—I. Ante el trono de Jehová.—Raíces seculares del árbol de la patria.—La obra de la Iglesia.—Luchas de la Santa.—II. Lutero, nuevo Holofernes.—*Plus ultra*.—Tantas batallas contra Satanás, cuántos son los conventos que funda.—El mundo sirviendo de pedestal a Santa Teresa.—La blanca palomica.—La heroína del pueblo español coronada por el mismo Jesucristo.

*Tu gloria Jerusalem,
tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri.*

Tú, gloria de Jerusalén; tú, alegría de Israel; tú, honor de nuestro pueblo.

Judih, XV-X.

¡España! Al pronunciar tu nombre, mi corazón se inflama de amor patrio, mi fantasía se enardece al contemplarte como reina potente y esforzada amazona, logrando encadenar a tu carroza el astro del día, consiguiendo que en tus dominios nunca se pusiese el sol. ¡España! Asombro del mundo y terror de las naciones:

al contacto de tu cetro de oro, al escuchar el rugido de tu león lleno de majestad, se estremecían ambos mundos. ¡España! Sol esplendoroso de la verdad, que recorres el hemisferio, mediante la sabiduría y talento de tus hijos que en tu seno alimentaste, y a tu calor nacieron y crecieron. ¡España! Tierra bendita en la cual nacieron tantos santos, resplandecientes soles de la patria amada. España (para decirlo de una vez), la historia de Europa se encierra en tu historia. En esa historia de España hay un siglo que por su valor y grandeza se llama el siglo de oro; ese siglo fué el siglo XVI.

A esas gloriosas legiones de sabios y artistas, de soldados y conquistadores, de teólogos y santos les animaba un solo objeto, el triunfo de la fe católica y la extirpación de la herejía luterana, por este fin lucharon nuestros valientes en Pavía, en San Quintín y en Lepanto, consiguiendo dar el grito de ¡victoria!; por el mismo se presentaron en Trento los eminentes teólogos Melchor Cano, Soto y Arias Montano y Láinez; a descubrir nuevos horizontes para el Evangelio se lanzaron Vasco de Gama descubriendo el istmo de Panamá; Juan Ponce, las Floridas y Vasco Núñez de Balboa, el Pacífico, y a derrotar a Inglaterra protestante manda Felipe su Invencible...

España dió poetas como Fr. Luis de León y el divino Herrera; escritores místicos como San Juan de la Cruz y Fr. Luis de Granada; filósofos como Luis Vives y el Brocense; historiadores como Ambrosio Morales y Mariana; artistas como Juan Bautista de Toledo y Juan Herrera; capitanes como D. Juan de Austria y el Duque de Alba, y Santos como Ignacio de Loyola, Juan de la Cruz, Juan de Dios y Pedro Alcántara.

¡Ah! ¿quién podrá cantar, patria mía, tu grandeza? En ti todo es grande, grande en tus conquistas, grande en tus poetas, grande en tus místicos, grande en tus humanistas,

grande en tus teólogos, grande en tus juristas, grande en tus historiadores, grande en tus artistas, grande en tus capitanes, grande en tus Santos. En este siglo, en que todo fué grande, pasa por encima de todas esas grandezas la figura majestuosa de la mujer fuerte de los Proverbios, de la enamorada Esposa de los Cantares, de la sabia, de la teóloga, de la poetisa, de la mística, de la capitana, de la historiadora, de la descubridora de nuevos horizontes, de la grande, de la sublime, de la Santa, de la heroína de España, de Teresa de Jesús! Ya lo he dicho. Teresa de Jesús encierra en su pecho la misma idea que animó a los héroes de su siglo: la propagación de la fe y la derrota del luteranismo y así como aquéllos llenaron a España de honor, extendiéndose su fama por todo el mundo, el solo nombre de Teresa llena de gloria a la iglesia española, a nuestra patria, pudiéndole aplicar las palabras de Judit... *tu honorificentia populi nostri*. Para alcanzar esto oró, luchó y murió por su patria; por esta razón ha escrito un eminente literato, que al saludar a Isabel la Católica, saludamos a España hecha Reina; y saludando a Santa Teresa, saludamos a España hecha santa. ¡Ah! Una mujer que aparece por encima de tantos hombres, tiene que ser no mujer, sino varón y muy esforzado; tiene que aparecer como un héroe para dar más gloria a Dios y a su patria que todos sus contemporáneos. Por eso me propongo probar la siguiente

Proposición.—«Santa Teresa de Jesús es la heroína del pueblo español.»

¡Madre mía del Carmelo! Siento caer sobre mi un peso inmenso al pretender poner a la vista de este piadoso auditorio a vuestra hija predilecta como ilustre heroína, pero siento rejuvenecerse mis fuerzas, sabiendo que tú, Madre mía, intercedes por los que poco pueden. Hazlo así, Virgen benditísima, mientras caemos postra-

dos a tus plantas, saludándote con las palabras del ángel.

AVE MARIA

I

El heroísmo, el valor, es, según Van Tricht, una virtud del alma que dispone al hombre para sacrificar por el deber, con la serenidad y tranquilidad que convienen a la razón, dueña de sus actos, todo cuanto tiene, hasta la misma vida. Estudiemos ahora a nuestra heroína, y antes que nada veamos el modo admirable cómo la formó Dios. Para ello dejadme pasar esas finísimas capas de la atmósfera, brillantes como polvo de oro; permitidme que por un momento rasgue esas azuladas gasas que ocultan el trono de Jehová, rodeado de los 24 ancianos, sembrando su estrado de coronas y palmas, y, una vez allí, contemple la formación del alma de la heroína de España.—Venid, paréceme dice el Señor a los ángeles, venid a contemplar una obra maravillosa que voy a hacer.—Al punto veo rodeado el trono de Jehová de los soberanos espíritus; Dios comienza a formar el alma de Teresa preparando un molde nuevo: con sus divinos dedos va depositando en él las gracias, que los teólogos llaman *gratis datas*, y así como un pintor va tomando los colores de su paleta y los va colocando en el lienzo hasta presentarnos esa obra portentosa del arte y de la inspiración, Dios, Artífice supremo, al formar el alma de nuestra Santa va tomando del tesoro de sus gracias los rasgos con que pretende dibujar su alma grande y heroica: en ella deposita ese destello de su sabiduría colocando en ella la gracia de comprender las cosas más

sublimes y de explicarlas con claridad asombrosa en sus escritos, *sermo sapientiae*; una muy eminente certidumbre con la que el hombre se hace idóneo para instruir a los otros, *sermo fidei*; Dios la dió la gracia de comunicar salud y que a su voz la enfermedad dejase al doliente, *gratia sanitatum*; la operación de virtudes y la gracia de obrar prodigios en favor de la Iglesia la fueron dadas, *operatio virtutis*; le comunicó la gracia de ver las cosas futuras como si estuviesen presentes, *gratia prophetiae*. ¡Qué hermosa iba saliendo el alma de nuestra heroína! ¡Qué revelaciones grandiosas del poder de Dios! ¿Creéis que no la comunicó más dones y gracias? Si, le da la gracia de penetrar los corazones humanos y con el escalpelo de la luz mística discierne los espíritus, *discretio spirituum*; con la interpretación de la Sagrada Escritura la embelleció: *interpretatio sermonum*. ¡Oh! ¡qué grande contemplo el alma de Teresa! Los ángeles, llenos de admiración, se preguntan: *Quae est ista?* ¿Para quién será esta alma heroína? Y crece más su admiración al ver a Dios cómo al concluir de formar el molde de Teresa, le rompe como afirmando no saldría ya otra Santa Teresa. Esa alma tan hermosa fué unida al cuerpo que llevaba en su seno D.^a Beatriz de Ahumada, y el 28 de Marzo de 1515 nació Teresa, la grande, la sublime, la incomparable Teresa de Jesús, mi Santa Madre, honor de nuestra España, lustre de los siglos, gloria de la religión, lumbré de la Iglesia, Doctora insigne de Teología Mística, Reformadora incomparable del Carmelo y Santa, la más grande, después de la Virgen María, como han dicho tantos sabios y prelados de la Iglesia.

Hay árboles, dice un elocuente escritor francés, que, según los naturalistas, tardan cien años en dar su flor. En el árbol de la vieja España, cuyas raíces seculares se sumergen en una tierra amasada con los quebrantados huesos de los mártires, de los confesores y de

los santos, con el polvo de los héroes, con las cenizas de las ciudades abrasadas en holocausto voluntario por su fe y por sus libertades, Santa Teresa apareció como la flor en que se había reconcentrado toda la savia, todos los perfumes, todos los rocíos de lágrimas y de sangre que constituyen el esplendor de una raza; así España puede exclamar: *Tu honorificentia populi nostri*. El 4 de Abril fué bautizada; el Espíritu Santo infundió en su alma la gracia santificante y los dones; depositó en ella las virtudes sobrenaturales, abriéndose al influjo de la gracia divina, como se abren las flores al contacto del céfiro matinal. Dios contemplaba a Teresa y decía: *Quam pulchra est amica mea, quam pulchra est*. ¡Oh, qué hermosa es Teresa, qué hermosa es!

Crecía nuestra heroína, y en esos años, dulces como sonrisa de ángeles, que se le pasan al niño casi desapercibidos, ¿en que se ejercitaba Teresa? ¡Ah! En prepararse para luchar, en templar sus armas con la lectura de la vida de los Santos, la eternidad de las penas, el relato de los martirios; de modo que antes de gozar de la vida quería perderla por Cristo, y al ver lo pronto que ceñían los mártires sus sienes con la corona, no podía resistirse al deseo de su corazón. «Concertábamos—dice—irnos a tierra de moros pidiendo por amor de Dios para que allí nos descabezasen.»

Teresa va en busca de la gloria de su Amado, que le ha llagado el corazón con el deseo de ser mártir; desea obtener una palma y ceñir una corona; pero Jesucristo la dice: «Vuélvete, paloma; no, no, aún no es tiempo; tu vida está reservada para otros combates: *Sed te manet suavior mors, pena poscit dulcior*.» Y un tío suyo, encontrándolos en el camino, los volvió a casa de sus padres. Aquí tenéis por dónde empieza su vida Teresa; empieza por donde los héroes del Cristianismo han concluido, y así le viene muy bien a nuestra Santa la definición que

del heroísmo he dado al principio. ¿Qué más podía hacer esta alma por Jesucristo que dar su vida? Este es el heroísmo verdadero, y tú, ¡oh Teresa!, la heroína de nuestro pueblo: *Tu honorificentia populi nostri*.

Vengau aquí los que afirman que la Iglesia católica no prepara ni forma sino almas raquíticas y enfermizas, contemplad esta asombrosa criatura, «formada por las virtudes de la Iglesia—como ha dicho un escritor extranjero—, hasta el punto de que sin la Iglesia no habría sido formada tan admirablemente. Vedla cómo se encuentra personificada en ella la España grande, con su temperamento natural y sus rasgos distintivos, llegados a la belleza perfecta», pudiendo exclamar este pueblo con toda verdad: *Tu honorificentia populi nostri*: tú eres la honra de nuestra nación.

¿Habrán concluido las batallas dadas por Teresa? No: *Plus ultra*: Aún luchará más. No habiendo conseguido el martirio, retirada en casa de sus padres se emplea en hacer ermitas y monasterios con las piedrecitas del jardín, que luego se tornaban a caer, hacían de ermitaños y de monjas las demás niñas; nuestra heroína empieza su devoción a la Virgen, a la oración; su amor a la soledad, colocando en el retiro su nido, como paloma inocente, cantando a su divino Esposo:

En soledad vivía,
Y en soledad ha puesto ya su nido:
Y en soledad la guía
A solas su Querido,
Tambien en soledad de amor herido.

El sol tiene sus eclipses totales y parciales; la luna sus crecientes y menguantes; la tierra sus fríos y calores; la mar sus mareas altas y bajas; los siglos sus épocas de florecimiento y decadencia; las naciones sus conquistas y derrotas; los cuadros su luz y su sombra, y el

hombre su tiempo de fervor y su tiempo de frialdad. El alma de Teresa nunca estuvo en eclipse total, nunca en tinieblas, pero sí un tanto resfriada por lecturas frívolas y unas ciertas parientas menos prudentes y recatadas.

Un nuevo combate se prepara a nuestra heroína. ¿Vencerá, o será la vencida? Teresa siente que la llama su Esposo al retiro; en su corazón empieza la lucha; oídlo, cómo lo refiere la Santa: «En esta batalla estuve tres meses forzándome a mí misma con esta razón, que los trabajos y penas de ser monja no podían ser mayores que los del purgatorio, y que había bien merecido el infierno... Poníame el demonio que no podría sufrir los trabajos de la Religión por ser tan regalada... Era tanto lo que me quería mi padre, que en ninguna manera lo pude acabar con él; ni bastaron ruegos de personas que procuré le hablasen.» Ved a nuestra heroína; en medio de la arena tiene tres gigantes con quienes luchar: el mundo, el demonio y la carne.

Teresa se presenta a su padre manifestándole su vocación religiosa. No en mis días—le contesta éste.—Yo que te he distinguido siempre entre todos tus hermanos, ¿he de dejar que te apartes de mí? Yo, ¿que tengo puesto todo mi amor en ti, mi cariño y esperanza? No puede ser, Teresa; después que yo muera puedes hacer lo que quieras. ¿Qué hará Teresa ante estos dos amores? ¿Retrocederá? No. «Por ninguna manera, dice la Santa, habiéndolo dicho una vez.» Nuestra heroína se abre paso a través del amor, de las lágrimas de su anciano padre, pasa por los placeres, por las riquezas y los honores con que el mundo le brinda; se abre paso a través de los sufrimientos de ella misma, pues sintió tanto al salir de la casa de su padre, que dice la Santa: «No creo será mayor el sentimiento cuando me muera; porque me parece que cada hueso se me apartaba de por sí.» Teresa vence. Las puertas del monasterio de la Encarna-

ción se abrieron y nuestra Santa dió el último adiós al mundo. Recoge otra vez nuestra heroína palmas y coronas, laureles y trofeos de este nuevo combate. ¿Habrá concluido Teresa de esgrimir sus armas? No. *Plus ultra*. Vengan luchas, preséntense nuevas lides. Presentará el demonio, fiero y astuto, nuevas fórmulas, nuevas emboscadas: nuestra heroína se prepara en su retiro para alcanzar de todas ellas nueva corona de gloria.

II

Un nuevo Holofernes aparece en la Europa, Lutero, extendiendo su perversa doctrina como negra nube, ocultando los destellos del sol esplendoroso de la verdad: declara la guerra al Papa, a la doctrina de la Iglesia, a los votos monásticos, no admite las indulgencias, rechaza el culto de María; y, en consecuencia, corrieron ríos de sangre inocente, los tronos volcados, las imágenes profanadas, los altares demolidos al golpe de la piqueta, los templos saqueados y quemados, los sacerdotes desterrados y las vírgenes violadas. ¡Llamas, derrumbamientos, destierros, robos, sacrilegios y charcos de sangre!... Parecía que el ángel exterminador había extendido sus negras alas sobre Inglaterra, Alemania, Suecia, Dinamarca y Francia. No contento con estas hecatombes, seguía su exterminio. Detente... detente... espíritu infernal, no, en España no entrarás... No, no te detengas, ven a nuestro suelo, en él encontrarás una heroína que cortará tu cabeza. Entre las mujeres del pueblo hebreo no hay una, después de María, tan interesante como Judit. Sublime expresión del heroísmo, Judit llena con su majestuosa figura toda una época, que vive en la historia encadenada a su nombre. Judit, corazón de fuego y alma de virgen es un magnífico poe-

ma: más aún, una sublime verdad, un arcángel peregrino, contemplando su patria desde los muros de Betulia. El gran momento de la epopeya era llegado. Judit, que había seguido con los ojos del alma las vicisitudes de la guerra: ella, que esperaba siempre en Dios, que creía siempre en Él, miró indignada la conducta de los betulianos, y elevándose grandiosa en alas de su heroísmo sobre Betulia y sobre el mundo, formó de éste, que la contemplaba con asombro, el pedestal de su grandeza. Judit realizará lo que no hicieron los ancianos de su pueblo, oró, hizo penitencia, lloró, y siguiendo la inspiración del Señor se presenta en el campo enemigo deslumbrándolo con su hermosura: llegando a tanto, que Holofernes la introdujo en su habitación invitándola a su mesa. Y una noche, ¡noche feliz para Israel!, en la que Holofernes había bebido más de lo acostumbrado, se durmió; este era el instante... Judit deja a su criada en la puerta de la tienda, mira alrededor de sí, se encuentra sola; alza sus ojos y ve colgado de un pilar el alfanje de Holofernes: le toma, le desenvaina, ora al Señor y en su nombre levanta el brazo y de dos golpes separa la cabeza del tronco: *percussit bis in cervicem ejus* (1). Judit se presenta a su pueblo, y al verla el Pontífice y los ancianos exclamaron: *Tu gloria Jerusalem, tu letitia Israel, tu honorificentia populi nostri*. Tú, gloria de Jerusalén; tú, alegría de Israel; tú, honor de nuestro pueblo. Esta es una figura acabada de Teresa de Jesús.

Retirada nuestra Santa dentro de los muros de su convento, pedía a Dios en el fervor de su oración suscítase en su pueblo un héroe que declarase la guerra a Lutero, y Dios la designa a ella para ejecutar lo que ni los santos, ni los ancianos de la orden Carmelitana pudieron hacer. Se adorna con las hermosas preseas de las

(1) Judith., XIII, 10.

virtudes, adorna su rostro con resplandores de santidad, pone en su blanco pie sandalias, y toda llena de majestad se presenta delante de Lutero, y tomando la espada del gran celador de la honra de Dios, descarga con ella dos golpes sobre su cuello, *bis*, funda dos congregaciones de hijos y de hijas: cortándole la cabeza con la oración estudio, penitencia y predicación de sus hijos; y con la pureza, mortificación y contemplación de sus hijas: *percussit bis*. ¡Triunfaste, heroína del pueblo español! ¡Tú eres la gloria de la Iglesia, tú la alegría del Carmelo, tú el honor de nuestro pueblo!

¿Ha concluido sus victorias, Teresa? ¡Oh! no, si ahora empieza, *plus ultra*. Avila se levanta contra ella como mar revuelto; braman sus olas, crece su espuma, se levantan montes de agua formando, al deshacerse, remolinos como los forma la boca del abismo: todo es confusión, desorden, calumnias: ve levantarse Teresa contra ella las monjas, sus confesores, el provincial, la ciudad entera; y en medio de este mar tempestuoso oye la voz del Señor mandándole que funde. ¡Ah! El heroísmo, el valor llega a sacrificarlo todo. Teresa todo lo sacrifica antes que dejar de cumplir la palabra de Jesucristo; honra, fama, salud y vida; el héroe llega hasta lo sublime del sacrificio. Seis meses pasaron, y el Señor la manda de nuevo fundar: San José la ayuda; socórrela un hermano; se le hace pequeña la casa; repréndela el Señor diciéndola: «Ya te he dicho que entres como pudieras.» Pide a Roma el Breve por mandato de Jesucristo: empieza de nuevo la lucha; un predicador la reprende desde el púlpito, una tapia del nuevo convento cae sobre su sobrino y lo mata; los demonios rabiosos la derriban la obra. Empiezan a aparecer destellos de luz en medio de tantas tinieblas; viene el Breve de Roma concediendo la fundación. Se le asocian cuatro doncellas pobres, y desde este momento Teresa ya no se llama de

Cepeda y Ahumada, sino de Jesús. El 24 de Agosto de 1562 se puso el Santísimo Sacramento, renunciaron la antigua observancia, abrazándose con todos los rigores de la descalcez. ¡Teresa de Jesús ha triunfado! Al enterarse la ciudad de lo que pasaba, las monjas le mandaron volverse a su convento; los corregidores se reunieron para deshacer el nuevo monasterio, se quitó el Santísimo Sacramento. Avila estaba revuelta, parecía que un ejército de enemigos había tomado por asalto sus plazas. Sólo un Padre de Santo Domingo, dice la Santa, dijo que no era cosa que así se había de deshacer, que se mirase bien; por fin se sosegó la ciudad y la Santa volvió a su nuevo convento con cuatro religiosas más. ¿Se podrá afirmar que nuestra Santa es una heroína? No cabe la menor duda. Pero aquel corazón, abierto por la flecha del ángel, arrojaba fuego por su abertura, y quería que en el mundo prendiese. Así como del Corazón de Jesús salió la Iglesia, así del de Teresa, que ya era toda de Jesús, sale la Reforma Carmelitana.

No le basta tener hijas que oren; quiere tener hijos que luchen con su ciencia y su predicación contra el reinado de Satanás. Y así como aquella gran profetisa Débora dijo al Capitán Barach que juntase ejército contra Sisara, que Dios le entregaría. Respondiendo Barach (1): *Si venis mecum vadam, si nolueris mecum, non pergam*. Yo haré lo que me mandáis con tal que vengáis conmigo. Contestándole Débora: *Ibo quidem tecum, sed hac vice victoria non r. putabitur tibi quia in manu mulieris tradetur Sisara*. Yo iré contigo, pero esta vez no se atribuirá a ti la victoria, porque en manos de una mujer será entregado Sisara. Del mismo modo Teresa dice a San Juan de la Cruz que junte un ejército de religiosos valerosos que defiendan a Jesucristo y a su Iglesia; pero

(1) Judic. IV, 8 y 9.

Juan de la Cruz la dice: *Si venis mecum vadam, si nolueris venire mecum non pergam*. Yo haré lo que me mandáis, con tal que Vos vayáis conmigo. Teresa le dice: Yo iré a fundar contigo, pero esta vez la victoria se atribuirá a una mujer, y ved cómo nuestra heroína funda el primer convento del Carmelo reformado contra las potestades del averno. ¡Triunfó! ¿Teresa de Jesús se había acobardado al experimentar las fatigas, las penas, los disgustos, los trabajos, los sinsabores y las agonías que ha tenido que saborear en estas dos primeras fundaciones? No, no. *Plus ultra, plus ultra*.

Así como Juana de Arco exclama, viendo luchar a las tropas: ¿Dónde están los que han de armarme como guerrera? ¡Que vengan al punto! ¡Corre por el campo la sangre de nuestros valientes!... ¡Mis armas!... ¡vengan!... ¡traedme inmediatamente mis armas!... ¡venga mi caballo!... Y dirigiéndose a su escudero, le dice: ¿Por qué me ocultabas que se estaba derramando sangre francesa? Monta en su caballo sin esperar ni armas ni escudo, y se lanza al combate. Sacando chispas donde el caballo pisa, se pone Juana en un momento en medio del enemigo. El inglés, despavorido, asustado, tiembla, retrocede, y Juana de Arco, aquella humilde pastora, de pie sobre los muros de la Bastilla, planta sobre los mismos la bandera francesa. Tres días después se va ella sola a echar la primer escala; pero herida de una flecha por la espalda, cae en tierra. Levantada, vuelve en sí, y al ver correr la sangre se pone a llorar... Oye a Dunois dar la orden de tocar a retirada, y, «no, no, de ningún modo, exclama. ¡Adelante!... ¡Adelante!» Y arrancándose ella misma la flecha, monta otra vez a caballo, vuelve a coger la bandera, y por segunda vez lleva a Francia a la victoria. Ah, señores, esto es heroísmo.

Pero la figura de Teresa aparece gigantesca sobre la

de Juana de Arco, por la superioridad de sus combates. Nuestra heroína tiene que dar tantas batallas cuantos son los conventos que funda; ella veía los grandes estragos que habían hecho los luteranos, «y díome, nos dice, gran fatiga; y como si yo pudiera algo o fuera algo lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal. Parecíame que mil vidas pusiera yo por remedio de un alma de las muchas que allí se perdían» (1). Y así la llaman a fundar a Medina del Campo: emprende la batalla, ¿dónde están las que han de acompañarme? Vengan, vengan los carros, las monjas, los ornamentos, a fundar iglesias, arrebatemos almas a Satanás. Cae enferma, no importa; adelante, y funda en Medina sin una blanca. Más tarde marcha a fundar en Malagón y Valladolid; ¡adelante, por Cristo y su gloria! Se presenta en Toledo, Pastrana y Salamanca: adelante; adelante en defensa de la Iglesia. Y pasa por Alba, Segovia y Beas fabricando castillos de oración donde ondea la bandera de Jesús; padece la Santa nuevos ataques y enfermedades más graves; no, no me detienen estos dolores, adelante, y se presenta en Sevilla, Caravaca y Villanueva de la Jara enarbolando la bandera de la Orden Carmelitana. Palencia y Soria, Granada y Burgos son testigos del valor intrépido de Teresa: ¡adelante! ¡adelante! ¿A dónde caminas, Teresa? A ganar el mundo entero, propagando la doctrina de Jesucristo y ganando almas. Detente, que esa empresa está reservada a tus hijos e hijas. ¿Quién no se admirara oyendo decir al sabio Palafox que, «si Santa Teresa hubiera sido una reina, fuera otra Isabel la Católica»? y cada una de sus fundaciones, según un literato de la Orden Agustiniense, la proporcionaba el inefable gozo de haber ganado una batalla a Satanás y conquistado para Cristo un lugar

(1) Camino de Perfección, cap. I.

donde algunos corazones generosos pudieran compensarle de las injurias que le inferían sus enemigos. Y de ahí el que se haya escrito «que la historia de la Reforma Carmelitana es por todo eso un verdadero poema épico, en el cual aparecen sus mujeres, sus religiosas a una altura incomparablemente mayor que las mujeres de la Biblia, tan encomiadas en los santos libros»; y un renombrado profesor de Francia no ha vacilado en afirmar que Santa Teresa ha contribuido más que San Ignacio y Felipe II para impedir el desarrollo de la reforma protestante.

¿No será por todo esto Teresa de Jesús la heroína del pueblo español? Indudablemente que sí. Grande se ha presentado a nuestra vista como gigantesca figura sirviéndola de pedestal el mundo, perdiéndose su figura en las alturas del cielo; ¿mas creéis que es sólo esto nuestra heroína? *Plus ultra*. Cuando aparece grande, sublime, es en el momento de la última lucha. Venid conmigo a la celda de Teresa de Jesús: vedla en el lecho de la muerte, sus hijos e hijas rodean su cama, y después de recibir todos los Sacramentos, da algunos consejos para bien de su Reforma. Hay en la historia de los Papas un hecho heroico que me recuerda el ánimo valeroso de nuestra Reformadora en el momento de su muerte. Apoyado secretamente el ejército italiano por Francia, puso sitio a Roma. El Sumo Pontífice ordenó que por vía de protesta se hiciese resistencia a las primeras tentativas del invasor. «Toda mi Compañía, y yo con ella, escribía a su madre un zuavo holandés, hemos comulgado ayer, y os puedo asegurar, madre mía, que en mi vida he experimentado alegría semejante y consuelo tan extraordinario. Tengo un presentimiento... que el primer día estará satisfecho; pero no lloréis, madre, pues que, ¿podría yo, por ventura, morir mejor que defendiendo la fe?» Llegó el día memorable. Oye el fuego de la Puerta

Pía y se va hacia ella con el fusil a la espalda y la cartuchera [bien provista. Trepano logra colocarse en lo alto de la muralla y allí al descubierto: «dejadme, dice a los que le detienen, yo no puedo abandonar tan cobardemente al Papa.» Vuelve otra vez a la batalla y seguían zumbando por sus oídos las balas, hasta que una de ellas le dió en medio de la frente y le hizo caer en tierra... «¡Viva el Papa!», gritó, y en seguida expiró.

Teresa, la gran heroína, también, antes de morir, inflamada en amor seráfico para con su Dios, toma en sus manos el arma que siempre había blandido: el crucifijo; fortalece su alma y su cuerpo con el Santísimo Sacramento, declara la guerra al mundo, al demonio y a la carne; desafía al mismo Lutero, demostrándole su amor a la Iglesia, y como nuestra heroína sintiese el golpe del amor, que cortaba su vida, grita como gritó Alfonso Hauben: ¡Viva el Papa! ¡Viva la Iglesia! «En fin, Señor, soy hija de la Iglesia»... ¡Nuestra heroína ha muerto! Pero ha muerto venciendo. *Exivit vincens, ut vinceret.*

Vedla caminar por senderos de luz en dirección hacia el cielo, cantando:

“La blanca palomica,
Al arca con el ramo se ha tornado,
Y ya la tortolica,
Al socio deseado,
En las riberas verdes ha hallado.”

Una paloma salió de su boca, asomó su pico de oro, después apareció su cuerpo, y extendiendo sus alas de nácar emprendió su raudo vuelo a las moradas eternas.

Ha peleado el buen combate, el gran combate, ha concluído su carrera; razón es que se la corone con corona de justicia y que en la losa de su sepulcro se escriban con caracteres de oro indelebles estas palabras de su vida: «Ganó laureles y palmas, venciendo a fuertes

Y tenaces enemigos. Cada paso que dió fué una victoria ya *non plus ultra*. ¿No alcanzará más victorias? ¿No será más Teresa nuestra heroína? ¿No dará más gloria a España? Pero ¿qué estoy diciendo? *Plus ultra, plus ultra*; más aún, más gloria dará a la Iglesia, al Carmelo y a España, pues el héroe nunca muere, como no ha muerto esa procesión de héroes que han desfilado por la Iberia, formando la aureola de luz de esa gran Nación, levantándose la mujer más grande del siglo XVI sobre los resplandores de todos los Santos, de todos los sabios, de todos los descubridores de nuevos mundos, de todos los artistas, de todos los poetas y de todos los grandes hablistas. Por eso un poeta carmelitano, entusiasmado ante tanta grandeza, arrancó de las cuerdas de su lira estos acordes:

Pueblo español, pueblo mío,
mil veces bendito pueblo...
El de los fértiles campos,
el de fecundos mineros;
el de glorias no manchadas,
el de sagrados recuerdos,
el de sabios sin reproche,
el de invencibles guerreros,
el de mártires gloriosos,
el de santos sin ejemplo...
Si eres grande por tus héroes,
si eres grande por tus genios;
por Isabel y Fernando,
por Colón y por Cisneros,
por Calderón y por Lope,
por Cervantes el egregio,
por Velázquez y Murillo
y otros ciento... y otros ciento...
¿qué serás por tu Teresa,
que es de doncellas espejo,
que es de matronas imagen,
que es de varones modelo,
de religiosos dechado,

de literatos portento,
 y de nobles noble orgullo
 y de Santos santo ejemplo?
 España, aunque tan pequeña
 te juzgan los extranjeros,
 siempre serás por tus glorias
 madre y maestra de imperios.

Nunca, nunca morirá Teresa, porque vive en sus hechos, vive en su historia, vive en su patria y Teresa de Jesús vive en sus hijas, vive en sus hijos, vive en sus fundaciones, vive en sus escritos traducidos en latín, italiano, francés, inglés y alemán, y hasta malabárico y chino; y tan estimados, que ha dicho el eminente literato Menéndez y Pelayo «que por sólo una página de Santa Teresa pueden darse infinitos celebrados libros de nuestra literatura y de las extrañas; y que por la gloria que nuestro país tiene por haberla producido, cambiaría, añade, yo de buen grado, si hubiéramos de perder una de las dos cosas, toda la gloria militar que oprime y fatiga nuestros anales».

Vive la Gran Santa en Alba de Tormes, en su cuerpo y corazón; vive en el mundo por la extensión de su Reforma; vive en el templo más augusto de la cristiandad, dando gloria a España; allí, al par de las efigies de los Santos, levántase la de Teresa, llevando en su pedestal este hermoso título: *Mater spiritualium*. Madre y Maestra cariñosa, y casi divina de los que viven vida espiritual en toda la redondez de la tierra; vive en los corazones de los hombres, y por eso este día todos ellos se conmueven, al sólo nombre de Teresa de Jesús, y como cantó un poeta:

...Hasta el impío, ante su fe se inclina,
 y adora la grandeza soberana
 de la egregia doctora castellana,
 de la santa mujer y la heroína...

A los héroes se les corona como señal de victoria: a la heroína del pueblo español la coronó el mismo Jesucristo cuando alcanzó la victoria empezando la Reforma. Oídsele a la misma Santa: «Estando casi en arrobamiento vi a Cristo que con grande amor me parecía me recibía, y ponía una corona.» La coronó la Iglesia con corona de Santos diciendo por boca del Papa Gregorio XV «que Dios había suscitado en su Iglesia una nueva Débora, por el valor en vencer su carne adornándose de todas las virtudes»: *Suscitavit enim in Ecclesia sua, veluti novam Deborah Theresiam virginem*. Confirmándolo Clemente XIV en carta a una carmelita: «Santa Teresa, vuestra Reformadora, es un Padre de la Iglesia por sus luces y sus escritos y un modelo de penitencia.» Y por fin, su pueblo le dió el título de compatrona y la coronó con corona de Doctora; la han consagrado sus plumas, los Palafox, los Avilas, los Diegos de Cádiz, los Luises de León, los Riberas, los Ripaldas, los Julianes de Avila y los Gracianes. Han vibrado la lira en su honor Cervantes, Bartolomé Leonardo de Argensola y Lope de Vega. En verdad, que podemos decir con un sabio, «que si España no tuviera en toda su historia, en todos los ramos del saber y del arte más nombre que éste, bastaría para llenarla de orgullo, y con su sombra llenaría el mundo entero.» Clame, pues, el cielo: *Tu gloria Jerusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri*.

Jerusalén triunfante; tú, alegría de la Orden Carmelitana; tú, el honor y la heroína del pueblo español.

He concluido: hemos visto cómo Santa Teresa de Jesús es la heroína de España; primero, por la definición del heroísmo; segundo, por el parangón que hemos hecho entre las heroínas del pueblo hebreo y cristiano, deduciendo de todo que nuestra Santa merece este título más. Gloria, pues, a la Jael valerosa, que con su clavo atravesó las sienes del capitán enemigo de Israel, a la

Judit animosa de la Orden Carmelitana que cortó la cabeza a Lutero con la espada de Elías; honor a la Abigail, que con sus razones alcanzó el perdón del Rey, y a la Débora esforzada de la Iglesia Católica. Alabanza a la Juana de Arco de la espiritual Bastilla del siglo XVI; honor, alabanza, prez, honra y gloria a la heroína del pueblo español y a España por habernos dado tal Santa: *Oh charitatis victima*. ¡Oh, víctima de la caridad! *Respice de coelo et vide et visita vineam istam*. Una mirada sobre la Iglesia Católica, sobre el Papa; una bendición sobre este pueblo que te honra y venera. Mira a tu viña, *quam plantavit dextera tua*, una mirada de madre sobre esta Comunidad y sobre todos nosotros, a fin de que un día podamos verte cara a cara en el trono de gloria que ocupas en el Cielo. Así sea.





SANTA TERESA

HIJA PREDILECTA DE MARÍA



**Panegirico de la Gran Santa por el R. P. Fr. Reginaldo María
de San Justo, C. D.**

Lamentable descuido de los biógrafos y panegiristas de Santa Teresa.—Conveniencia y hasta necesidad de llenar estas columnas.—I. Qué sea devoción y de cuantas maneras.—Devoción de Santa Teresa a la persona de la Virgen.—Devoción perfecta y no interrumpida.—II. Devoción de Santa Teresa a la Virgen nutrida y autenticada con milagros.—III. Devoción litúrgica y universal. Consecuencias.—Intercesión de la Virgen.—IV. Devoción práctica. La fe de la Virgen y la de Santa Teresa.—Esperanza, Caridad y otras virtudes.—Teoría de esta imitación.—V. Devoción consumada.—El parecido.—Vida [en Cristo.—Nostalgias.—Corolario.—VI. Devoción real de Santa Teresa a la Madre de Dios.—VII. Orden de la Virgen. VIII.—Lo que por ella trabajó la Santa.—IX. La Vice-María.

Filia matris tuae es tu.

Tú eres la hija (predilecta) de tu Madre...

(Ezech. XVI, 45.)

Una de las virtudes más notables de Santa Teresa de Jesús fué su tierna devoción a la Santísima Virgen, en general, y a la Santísima Virgen, bajo el hermoso título o advocación del Carmen, en particular. Y, sin embargo, se han ocupado muy poco los historiadores, biógrafos y panegiristas de la Santa de este sorprendente aspecto del alma excepcionalmente bella de Teresa de Jesús. En ninguno de los indicados autores hemos podido



hallar ni siquiera un capítulo extenso (1), donde de propósito se ponga de relieve la singularísima devoción de la inclita avileña a la Madre de Dios.

Ahora bien, si los Santos exclaman: *De María nunquam satis*, esto es, que nunca se habla lo suficiente de María, con más razón diremos nosotros que todavía no se ha predicado ni escrito cuanto es menester acerca del lugar preeminente que ocupaba María en el corazón de la excelsa Reformadora del Carmen.

Además, es preciso añadir que la mayor parte de los libros y panegíricos que versan sobre Santa Teresa y hablan de su devoción a los Santos, ponderan tanto (y con mucha razón) el acendrado amor que nuestra gran Doctora profesó al glorioso Patriarca San José, que dejan en el ánimo del oyente, o del lector (tal vez sin pretenderlo sus autores) una vehemente sospecha de que, después del amor a Dios y a Jesús, Hijo de Dios, la devoción al bondadoso Patriarca de Nazaret fué la característica del alma de Santa Teresa (2), y la devoción a la Santísima Virgen queda relegada como a tercer lugar.

Finalmente, se ofrece un tercer motivo, que demuestra también el interés y la urgente necesidad de explicar el tema indicado. En efecto, en estos últimos años y con ocasión de extender y difundir las doctrinas del

(1) El R. P. Ribera (1590) *Vida de Santa Teresa*, lib. 4, cap. 13, dedica un capítulo a la "Devoción que tenía con los Santos"; pero lo referente a la Virgen lo resume en ocho líneas. Mir, *Vida de Santa Teresa* (1912), vol. 2, cap. 32, escribe un capítulo acerca de su "Devoción a los Santos" y dedica una página a la Santísima Virgen. Ribera Pons (1908) ha respetado las ocho líneas de la antigua edición. El P. Avila y Yepes tampoco se ocupan de propósito de ello.

(2) V. g. El P. Pons al reeditar a Ribera ha enriquecido el texto de éste con lo referente a la devoción especial que Teresa profesó a San José.

Beato Luis María Grignón de Montfort, han visto la luz pública varias obras marianas, en las que campea un fervor laudabilísimo, pero cuyo ideario no está a la misma altura, hasta el punto de que algunas proposiciones en ellas expuestas, si se toman al pie de la letra y en todo el rigor teológico, dejan mucho que desear, y pueden inducir fácilmente a que los fieles cristianos se formen un concepto imperfectísimo, y hasta equivocado, de lo que es y debe ser la verdadera y sólida devoción a la Santísima Virgen; y de hecho hemos tenido más de una vez la pena de encontrar almas piadosas, que arrastraban una vida espiritual muy fatigosa a causa de haberse ofuscado su mente con las mencionadas teorías ultramarianas.

Por todo lo cual, resulta de suma importancia el dedicar este humilde discurso al estudio de la verdadera devoción mariana, y a hacer, en consecuencia, las debidas aplicaciones al caso de Santa Teresa.

Os he manifestado, hermanos míos, todo mi plan. Antes de pasar a desarrollarlo, necesito implorar los auxilios de la divina gracia. Ayudadme a conseguirlos, poniendo por medianera a esa misma Señora, honra y decoro del Carmelo, de cuya devoción nos ocupamos, y, al efecto, y para más obligarla, saludémosla reverentes con las palabras del Angel:

AVE MARIA

I

Qué sea la devoción.—Según las admirables enseñanzas de San Antonino (1), Dionisio el Cartujo (2), Hugo de

(1) S. Antoninus. *Summa*. Part. III, tít. XII, cap. X.

(2) Dionys. Carthugo. *Exhortatio ad novitios*, art. V.

San Victor (1), Ludovico Blosio (2) y otros piadosos autores, y, particularmente, del incomparable Doctor de la Iglesia Santo Tomás de Aquino (3), *devoción* es un vocablo de origen latino, que significa en nuestro idioma *entrega voluntaria o espontánea que una persona hace de sí misma o de sus cosas a favor de otra*. Y en consecuencia, *devotos* serán los que voluntariamente ofrecen sus personas, sus fuerzas, sus talentos, sus haciendas o sus intereses a favor de un sér querido. Por eso, todavía en nuestros días los franceses en su idioma llaman *devoué* (devoto) al hombre que es muy servicial y sabe sacrificarse espontáneamente a favor del prójimo.

En el orden religioso, consiguientemente, son *devotos* los que con buena y espontánea voluntad se entregan al servicio de la Religión, esto es, de Dios y de sus Santos; y *devoción* será, como explícitamente afirma el Angélico Preceptor (4): la pronta, sincera y espontánea voluntad y deseo de entregarse, o con que se entrega alguien al servicio y obsequio de Dios y de sus Santos.

Por esto, como hace notar el mismo Santo, en la antigüedad los gentiles llamaban *devotos* a los fanáticos, que se entregaban voluntariamente a la muerte ante sus ídolos o falsos dioses, para que los ejércitos nacionales obtuvieran la victoria contra sus enemigos (5). Y toda

(1) Hugo a S. Vic. *De Arca Noe*, lib. III, cap. V.

(2) Ludov. Blos. *De Instit Spirit.*, cap. VII.

(3) S. Thom. Aquin. "Sum Theol." 2. 2., q. 82. art. 1. corp.

(4) S. Thom. 2. 2. q. 82. art. 1 cit.

(5) S. Thom. ibid: "Respondeo dicendum, quod devotio dicitur a devovendo. Unde devoti dicuntur, qui seipsos quodam modo Deo devovent, ut ei totaliter subdant. Propter quod et olim apud gentiles devoti dicebantur qui seipsos idolis devovebant in mortem pro sui exercitus salute, sicut de duobus Deciis Titus Livius narrat. Unde, devotio nihil aliud esse videtur quám voluntas quaedam prompte tradendi se ad ea quae pertinent ad Dei famulatum."

via nosotros mismos llamamos *exvotos* a las ofrendas religiosas que ofrecemos a Nuestro Señor o a los Santos con agradecido corazón y espontáneamente, en memoria de algún beneficio recibido del Cielo.

El sentir alegría y gusto, señaladamente gusto, en la parte sensitiva y corporal, es un detalle *accidental* de la devoción; es una circunstancia que puede faltar sin que por eso sufra quiebra ni menoscabo la verdadera y sólida devoción, como advierten Santo Tomás (1) y el Ex-tático Doctor (2), Dionisio el Cartujano.

De cuantas maneras sea. — Como se ha indicado, la devoción, ante todo, puede ser profana y religiosa, o, lo que es lo mismo, natural y sobrenatural. Aquélla es, por ejemplo, la que profesan los paganos a los ídolos. La devoción sobrenatural es la que profesan los católicos. Y puede ser viva, o muerta. La devoción sobrenatural *viva* es un estado o modo de ser, y el acto consiguiente, preparado en nuestro espíritu por la gracia santificante y la caridad, y engendrado o producido próxima e inmediatamente por la virtud de la Religión (que nos es infundida con la caridad) y por los auxilios divinos transitorios correspondientes, por el cual acto nos entregamos con buena, sincera y espontánea voluntad y por móviles sobrenaturales, buscados en la santa fe católica, nos entregamos (repito) al servicio de Dios y de sus Santos. En consecuencia, las devociones de los pecadores no entran en este número. Pertenecen al grupo de las devociones sobrenaturales *muertas*. *Muertas*, porque todo lo que

(1) S. Thom. 2. 2. q. 82. a. 4: "Devotio per se, quidem, et principaliter spiritualem lætitiã mentis causat. Ex consequenti, autem, et per accidens, causat tristitiam."

(2) Dion. Carthus: "in *Exhort ad Nov.*, art. V." "Vera devotio nequaquam sine charitate habetur, etiamsi sine fervore, sapore et suavitate habeatur, quæ non semper sunt certa veræ devotionis indicia."

hace un muerto es cosa muerta; y en el orden espiritual; muertos se hallan los que tienen el alma infectada con el pecado mortal. Con todo, si los móviles que les animan a practicar los actos de devoción, proceden, en realidad, de la fe católica, y se han ejecutado con los auxilios sobrenaturales transitorios de Dios, no hay duda de que esas devociones son en verdad sobrenaturales, aunque muertas o no meritorias.

Las devociones sobrenaturales vivas o meritorias se dividen en dos series: devociones cuyo objeto es Dios, el Ser Supremo, ora en su Trinidad adorable, ora en la persona de Jesucristo, y devociones cuyo objeto son los Santos. El glorioso Santo Tomás se fija hasta tal punto en las devociones *divinas*, que no hace expresa mención de las otras (1). Por el contrario, en nuestros días, la palabra *devoción* tiene generalmente un sentido restringido favorable a los Santos. Al fervor en el servicio directo de Dios, tal vez, llamamos con más frecuencia *amor* o *fervor* que no devoción. En realidad, la devoción abraza los dos objetos: Dios y los Santos, Dios como objeto principal y los Santos como objeto secundario. Y la razón es porque, como hemos dicho antes, la devoción sobrenatural viva y meritoria es un acto de la virtud de la Religión. Ahora bien; es notorio que la Religión endereza sus cultos en primer lugar a Dios Nuestro Señor, y en segundo lugar a los Santos.

De esta devoción a los Santos, a saber, de la devoción a Nuestra Señora, tenemos que hablar nosotros, conforme al tema propuesto. Las devociones a los Santos pueden ser inmediatas o mediatas, o lo que es lo

(1) S. Thom. 2. 2. q. 82 a 1. "Devoti dicuntur qui seipsos quodammodo *Deo* devonet... Unde, devotio nihil aliud esse videtur quam voluntas quaeadam prompte tradendi se ad ea quae pertinent ad *Dei* formulatum."

mismo, la devoción a los Santos tiene dos fases. En efecto, en primer lugar, el alma devota se aficiona a la *persona* del Santo y se entrega a su servicio con buena y obsequiosa voluntad. Después se enamora de las *cosas* que por un concepto o por otro pertenecen al Santo o Santa de sus amores. Esta devoción es *mediata* y *real*. La primera es *inmediata* y *personal*. Para medir los grados de intensidad de la devoción *personal*, nada mejor que considerar los grados y quilates de la devoción *real*, porque «obras son amores», y por los frutos se conoce el árbol y por los efectos las causas.

II

Devoción directa de Santa Teresa a la persona de la Virgen.—La devoción de la seráfica Doctora Santa Teresa de Jesús a la persona augustísima de la Madre de Dios, tuvo muchas excelencias, que vamos a resumir brevemente:

Devoción perfecta y no interrumpida en su duración. La primera excelencia de la devoción de Santa Teresa a la Reina de los Angeles fué su *duración* ininterrumpida. Desde sus primeros años la amó y veneró; continuó amándola tiernísimamente durante el curso de su vida, y en su venerable ancianidad resplandece la misma devoción acendrada. La devoción de Santa Teresa para con la Reina del Cielo no fué como la de muchas almas, ni tardía en los comienzos, ni frecuentemente interrumpidas o prematuramente extinguida. Le duró cuanto su vida. De su buena madre la heredó, y a sus Hijos del Carmelo Reformado, a su vez, como cariñosa Madre les dejó por herencia este inapreciable don.

En la niñez. Todos los biógrafos hacen constar explícitamente lo acendrado de la devoción de Teresita de

Ahumada en su infancia a la Madre de Dios. El primer biógrafo, contemporáneo de la Santa, R. P. Ribera, escribe a este propósito: «La devoción que tuvo con Nuestra Señora era particularísima y ternísima. Túvola desde su primera edad, porque cuando se murió su madre, quedando ella niña, se fué a una imagen de Nuestra Señora (que, según la tradición, era la de Nuestra Señora de la Caridad, que entonces se veneraba en la ermita de San Lázaro, junto al Adaja, y hoy en la Catedral), y la suplicó mucho que Ella fuese su madre, y creció siempre la devoción con los años; porque siempre halló en Ella madre verdadera» (1). Casi con las mismas palabras lo repite otro de sus más ilustres biógrafos, el Padre Fr. Diego de Yepes (2): «De Nuestra Señora fué devotísima desde su primera edad..., y creció siempre la devoción con los años»

De esta devoción de cuando niña a la Reina de los Angeles, escribe la Santa: «Mi madre tenía (cuidado) de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora, y de algunos Santos... Acuérdomé, que, cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuíme a una imagen de Nuestra Señora, y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Páreceme que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque, conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a Ella; y, en fin, me ha tornado a Sí... Procuraba soledad (añade) para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el Rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo» (3).

En el colegio. Al entrar de colegiala, a los dieciséis

(1) Ribera. — *Vida de Santa Teresa*, lib. 4, cap. 18.

(2) Yepes. — *Vida de Santa Teresa*, lib. 3, cap. 21.

(3) Santa Teresa. *Autob.*, cap. III.

años, en el convento-colegio de Nuestra Señora de Gracia de monjas agustinas, de Avila, tuvo que conservarse, y aun desarrollarse su devoción a la persona de la Santísima Virgen, ora porque siendo el convento y colegio de la advocación Nuestra Señora, el ambiente del monasterio evidentemente era mariano, ora porque la R. M. María de Briceño y Contreras, su profesora santísima, de la que tantos loores cantan las historias del monasterio, aunque no fuera más que por hacer honor a su nombre, había de inculcar en el espíritu de su predilecta alumna tan laudable y necesaria devoción, y ya, en fin, porque habiendo Teresa recobrado en este internado todo su primitivo fervor, como ella lo confiesa (1), hasta el punto de que «si vía alguna tener lágrimas cuando rezaba, habíala mucha envidia» (2), no cabe duda de la gran devoción que en esta florida juventud profesó a la augusta Madre de Dios.

En la florida juventud. En 1536, a 2 de Diciembre, o sea a los veintiuno de edad, tomó el hábito de carmelita en el convento de Nuestra Señora de la Encarnación de Ávila: «Acuérdaseme (dice) a todo mi parecer y con verdad, que cuando salí de casa de mi padre (para ir al monasterio) no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí» (3). Si las obras son amores, hermanos míos, este heroico comportamiento demuestra que el amor de Teresa a la Virgen Santísima, señaladamente en su hermosa advocación del Carmen, era ya en esta fecha más fuerte que la muerte, puesto que, a trueque de ser monja de María Santísima del Carmen, pasa resignada por agonias semejantes a las de la muerte.

(1) Ibid., cap. IV.

(2) Ibid. cap. XXXVIII.

(3) Santa Teresa, *Autob.*, cap IV.

En la Encarnación. Con ocasión de referirnos una visión admirable nos da la Santa algunos detalles que nos ponen al corriente de su devoción a la Virgen, durante los veinticinco años que estuvo de Carmelita Calzada en la Encarnación: «Estando (escribe) una noche tan mala que quería excusarme de tener oración, tomé un rosario para ocuparme vocalmente... Estuve así bien poco, y vinome un arrobamiento de espíritu con tanto ímpetu, que no hubo poder de resistir. Parecíame estar metida en el Cielo, y las primeras personas que allá vi fué a mi padre y madre, y tan grandes cosas en tan breve espacio, como se podrá decir un Ave María, que yo quedé bien fuera de mí» (1). ¿Qué tal rezaría el Rosario, hermanos míos, la que estando ocupada en rezarle, mereció recibir tan admirable merced? ¿Quién fué el que otorgó a Teresa, ocupada en rezar el Rosario, tan señalado favor sino la Virgen Santísima? Sin embargo, hay otras pruebas todavía más evidentes, de cuanto arraigó y creció en el pecho de Teresa, en los veintiséis años que estuvo de monja en la Encarnación, el amor a Nuestra Señora, particularmente en su milagrosa advocación del Carmen. De parte de Teresa existe la prueba de los hechos: aquí fué, y en estos años precisamente, donde Teresa planeó el asombroso proyecto mariano, el más sobrehumano que jamás en el mundo se haya proyectado: la Reforma del Carmen.

En el Carmelo Reformado. El R. P. Ribera nos da pie para seguir de cerca los progresos de la devoción mariana en el pecho de Santa Teresa en los veinte años que vivió en la Descalcez (2): «En las fiestas de los Santos (dice, hablando de esta época de la vida de nuestra Santa) tenía particular devoción, y celebrábalas con alegría, y

(1) Santa Teresa, *Autob.* cap. IV.

(2) Ribera. — *Vida de Santa Teresa*, lib. 4, cap. 13.

solía algunas veces hacer coplas en loor dellos para que las cantasen las Hermanas, y holgaba que ellas también las hiciesen, aunque ni tenía ni quería que tuviesen mucha cuenta con el rigor de los consonantes, porque aquel cuidado no las estorbaba la devoción».

Si de los Santos, en general, era devotísima, y los festejaba de la manera dicha, ¿qué devoción tendría y qué haría la Santa en las fiestas de Nuestra Señora, y señaladamente el día del Carmen? ¡Dichosas las monjas que lo vieron y lo disfrutaron!

La Virgen y San José. Prosigue Ribera: «En su breviario traía una lista de aquéllos (Santos) a quienes tenía particular devoción» (1). Y después de copiar la lista, que comprende a San José y a otros treinta y dos Santos, añade Ribera: «No se pone en estas listas Nuestra Señora, como ni Cristo Nuestro Señor, porque eso no era menester, por ser cosa tan sabida» (2). Y todavía más expresivamente lo comenta Yepes diciendo: «A Cristo Nuestro Señor y Nuestra Señora no puso la Santa Madre Teresa en esta lista, porque no era necesaria esta memoria en el papel para los que ella traía continuamente estampados en su corazón» (3). Discurremos también nosotros por nuestra cuenta: Según el sentir unánime de los doctores, fué la que más se aventajó a todos los devotos en el amor y culto al glorioso Patriarca de Nazaret, y, con todo, juzgaba posible un olvido involuntario de San José. En cambio, Jesús y María eran en su concepto los únicos a quienes no le era posible olvidar, aunque no los pusiera ante sus ojos en el breviario, como a San José. Huelga toda ponderación.

Ya que hablamos de la devoción que la Reformado-

(1) Ibid.

(2) Ibid.

(3) Yepes.—*Vida de Santa Teresa*, lib. 3, cap. 21.

ra del Carmen profesaba a San José y la comparamos con la que tuvo a la Madre de Dios, cabe añadir que, para Santa Teresa, la devoción al bondadosísimo Esposo de María y Padre legal de Jesús, por grande que se la suponga, debe fundarse en el amor y devoción a Jesús y a María y ser como una derivación de ésta. No es otro el sentido de aquellas hermosas palabras de la Autobiografía (1): «No sé cómo se puede pensar en la Reina de los Angeles en el tiempo que tantos trabajos pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a San José por lo bien que les ayudó en ellos».

Y, por lo mismo, cuando más tarde fué Teresa nombrada Superiora de la Encarnación de Avila, renunció espiritualmente a su cargo a favor de la Virgen Santísima, colocando en la silla prioral una imagen de talla que tenía por título Nuestra Señora de la Clemencia, y puso en sus manos las llaves.

Y refiere en las informaciones de Valladolid una monja que: «cuando le traían las llaves de la portería se las entregaba a la dicha imagen» (2). Veamos ahora lo que hizo con San José (3). Llevó consigo una imagen de este glorioso Patriarca, y apenas entrada en el coro, se puso de rodillas vuelta al Santísimo Sacramento, sin soltar de sus manos la imagen del Santo Patriarca, y luego, habiendo nombrado a la Santísima Virgen por Priora, constituyó de Superior a San José, colocando su santa imagen cerca de la de Nuestra Señora.

El último decenio. Pasemos ya al último decenio de la vida de Santa Teresa: «La víspera de San Sebastián (19

(1) *Autob.*, cap. VI.

(2) La M. María Bautista C. D.—Proceso de Valladolid.—Ofr. V. Lafuente, *Escritos de Santa Teresa*, vol. 2, pág. 413.

(3) Cfr. Mir, loc. cit., Ribera, in h. l. y las Crónicas de los Carmelitas Descalzos, in h. l. y P. Silverio, *Relac.* XXV.

Enero 1572), el primer año que vine a ser Priora en la Encarnación, comenzando la Salve, vi en la silla prioral adonde está puesta [por mí una estatua de] Nuestra Señora, bajar con gran multitud de ángeles la Madre de Dios y ponerse allí. A mi parecer no vi la imagen entonces, sino esta Señora que digo. Parecióme se parecía algo a la imagen que me dió la Condesa, aunque fué de presto el poderla determinar, por suspenderme luego mucho. Parecíame encima de las coronas de las sillas y sobre los antepechos ángeles, aunque no con forma corporal, que era visión intelectual. Estuvo así toda la Salve, y díjome: «Bien acertaste en ponerme aquí; yo estaré presente a las alabanzas que hicieren a mi Hijo y las presentaré.» Después de esto quedéme yo en a oración que trayo de estar el alma con la Santísima Trinidad, y parecíame que la persona de el Padre me llegaba á sí y decía palabras muy agradables. Entre ellas me dijo, mostrándome lo que me quería: (1) «Yo te di a mi Hijo y al Espíritu Santo y a esta Virgen. ¿Qué me puedes tú dar a mí?»

Observemos aquí, fervientes devotos de Santa Teresa; cuán de verdad y de qué manera tan inusitada y extraordinaria comunicó el Eterno Padre a Teresa el Hijo y el Espíritu Santo, y por ahí deduciremos cuán sobrenatural e intensamente la unió con la Virgen Santísima, ya que el Padre compara, asemeja y junta estas tres comunicaciones. Ahora bien, de la comunicación del Espíritu Santo escribe la gran Doctora (2): «Un día, víspera del Espíritu Santo, después de misa, fuíme a una parte bien apartada... Comencé a considerar el lugar que tenía en el infierno merecido por mis pecados. Estando en

(1) Santa Teresa.—Edic. Crit., *Relac.* XXV. En la edic. económica. Rel. X.

(2) *Autob.*, cap 38.

esta consideración, dióme un ímpetu grande, sin entender yo la ocasión. Parecía que el alma se me quería salir del cuerpo, porque no cabía en él, ni se hallaba capaz de esperar tanto bien. Era ímpetu tan excesivo, que no me podía valer, y, a mi parecer, diferente de otras veces; ni entendía qué había el alma, ni qué quería que tan alterada estaba. Arriméme, que aun sentada no podía estar, porque la fuerza natural me faltaba toda. Estando en esto posó sobre mi cabeza una paloma, bien diferente de las de acá, porque no tenía estas plumas, sino las alas de unas conchicas, que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma. Paréceme que oía el ruido que hacía con las alas. Estaría aleando espacio de un Avemaría. Ya el alma estaba de suerte, que, perdiéndose a sí de sí, la perdió de vista. Sosegóse el espíritu con tan buen huésped, que según mi parecer, la merced tan maravillosa le debía de desasosegar y espantar, y como comenzó a gozarla, quitósele el miedo, y comenzó la quietud con el gozo, quedando en arrobamiento. Fué grandísima la gloria de este arrobamiento; quedé lo más de la Pascua tan embobada y tonta, que no sabía qué me hacer, ni cómo cabía en mí tan gran favor y merced. No oía, ni vía, a manera de decir, con gran gozo interior. Desde aquel día entendí quedar con grandísimo aprovechamiento en más subido amor de Dios, y las virtudes muy más fortalecidas. Sea bendito y alabado por siempre. Amén.»

La comunicación y trato familiar con Jesús, Hijo de Dios, con Santa Teresa, es de todos conocida. Basten las siguientes palabras de la Santa (1): «Estando en la En-

(1) *Relac.* XXXV. En la edic. econ. *Rel.* XIV.—Se pueden multiplicar los textos indefinidamente. v. g. *Autob.* cap. 29, n. 7. *Ibid.* cap. 88, 89 y 40 *passim*. Item. *Rel.* XVI al VIII. Item. *Rel.* XXVI. En la edic. econ. *Rel.* 11. Item. *Rel.* XXXVIII. Item. *Rel.* LI.

carnación el segundo año que tenía el priorato, octava de San Martín [o sea a mediados de Noviembre de 1572], estando comulgando, partió la Forma el P. Fray Juan de la Cruz... Dijome Su Majestad: «No hayas miedo, Hija, que nadie sea parte para quitarte de mí.» Dándome a entender que no importaba [que la Hostia fuera pequeña]. Entonces representóseme por visión imaginaria, como otras veces, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y dijome: «Mira este clavo, que es señal que serás mi Esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido. De aquí adelante, no sólo como de Criador, y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera Esposa mía. Mi honra es ya tuya, y la tuya mía»

Pues si el Eterno Padre nos ha indicado que la comunicación y trato de la Santísima Virgen con Teresa fué semejante a la que tuvo con Jesús y con el Espíritu Santo, ¿qué podrá decirse que no sea menos que la realidad en ponderación del amor mutuo y trato familiarísimo entre la Madre de Dios y Teresa de Jesús? En resolución, ¿dónde podremos hallar alma que haya sido ni más amada por María, ni más amante y devota de María?

El canto del cisne. Todo lo hasta ahora referido nos da alguna idea de lo acendrado de la devoción de la seráfica Doctora a la Virgen Santísima durante su edad madura. Digamos dos palabras de la venerable ancianidad y últimos años de Santa Teresa, y veremos que, siempre fiel y siempre semejante a sí misma, quiere terminar su carrera mortal con el rosario de María en las manos, como la comenzó.

En efecto, en el proceso de Beatificación (1) depone bajo juramento una religiosa, que: «Acostumbraba la Santa Madre rezar el rosario a Nuestra Señora desde

(1) La Hermana Teresa de Jesús C. D. en el Proceso de Avila. Ctr. Mir. *Vida...* lib. 2, cap. 32.

que era niña, y lo último de su vida, algunos años antes que Dios la llevase, sabe esta declarante, como testigo de vista, que por enfermedad que tuviese, ni ocupación, que... no dejaba por ninguna cosa de rezarle, y buscaba tiempo para esto, aunque fuese a las doce o a la una de la noche, antes que diese ningún sueño a su santo cuerpo.»

Desde el Cielo. Aún después de la muerte, y ya reinando con su divino Esposo en el Cielo, se ha dignado manifestarnos Teresa con cuánto interés toma todo lo referente a la Santísima Virgen. En una revelación hecha a cierta Priora de uno de sus monasterios, le mandó recorriese las celdas de las Hermanas después que estuvieren acostadas, para vigilar si todas dormían con el Escapulario grande interior, que cubre todo el pecho y la espalda (1). ¡El Escapulario carmelitano, regalo singular de la Madre de Dios a N. P. San Simón Stok, y que forma parte esencialísima del hábito o vestido monacal del Carmen, no merecía menos honores que estos póstumos, otorgados por la gran Hija de María y del Carmelo, Teresa de Jesús!

II

Devoción nutrida y autenticada con milagros. — No cabe duda de que los milagros, como sellos que son de Dios, pueden aducirse a favor de una causa como argumentos irrefutables. Pues bien, la Emperatriz del Cielo y Reina hermosísima del Carmen quiso pagar a Teresa de contado y con estupendos milagros su tierna devo-

(1) Cfr. V. Lafuente *Escritos de Santa Teresa*. Item las *Crónicas de Car. Desc.*

ción, dando fe al mismo tiempo de cuán precioso, puro, santo y ortodoxo era este fervor mariano.

En Santo Tomás de Avila.—El 15 de Agosto de 1561, el último de su estancia en la Encarnación, recibió Teresa la merced, que ella describe en estos términos (1): «Estando en estos mismos días, el de Nuestra Señora de la Asunción, en un monesterio de la Orden del glorioso Santo Domingo (en la Iglesia de Santo Tomás de Avila), considerando los muchos pecados que en tiempos pasados había en aquella casa confesado, y cosas de mi ruin vida, vínome un arrobamiento tan grande, que casi me sacó de mí. Sentéme, y aun paréceme que no pude ver alzar, ni oír misa, que después quedé con escrúpulo de esto. Parecióme, estando así, que me vía vestir una ropa de mucha blancura y claridad, y al principio no vía quien me la vestía. Después vi a Nuestra Señora hacia el lado derecho, y a mi padre San José a el izquierdo, que me vestían aquella ropa. Dióseme a entender que estaba yo limpia de mis pecados. Acabada de vestir, y yo, con grandísimo deleite y gloria, luego me pareció asirme de las manos Nuestra Señora. Dijome que la daba mucho contento en servir al glorioso San José; que creyese que lo que pretendía de el monesterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor, y ellos dos; que no temiese habría quiebra en esto jamás, aunque la obediencia que daba no fuese a mi gusto, porque ellos nos guardarían, y que ya su Hijo nos había prometido andar con nosotras; que para señal que sería esto verdad, me daba aquéllas joyas. Parecíame haberme echado a el cuello un collar de oro, muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor. Este oro y piedras es tan diferente de los de acá, que no alcanza el entendimiento a entender de qué era la ropa, ni cómo imaginar

(1). Santa Teresa.—Vida, cap. XXXIII.

blanco, que Nuestro Señor quiere que se represente, que parece todo lo de acá como un dibujo de tizne, a manera de decir. Era grandísima la hermosura que vi en Nuestra Señora, aunque por figuras no determiné ninguna particular, sino toda junta la hechura del rostro, vestida de blanco, con grandísimo resplandor, no que dislumbraba, sino suave. A el glorioso San José no vi tan claro, aunque bien vi que estaba allí, como las visiones que he dicho que no se ven. Parecíame N.^a Señora muy niña. Estando así conmigo un poco, y yo con grandísima gloria y contento, más a mi parecer que nunca le había tenido, y nunca quisiera quitarme de él, parecióme que los vía subir al Cielo con mucha multitud de ángeles.— Yo quedé con mucha soledad, aunque tan consolada y elevada y recogida en oración y enternecida, que estuve algún espacio, que menearme, ni hablar no podía, sino casi fuera de mí. Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por Dios, y con tales efectos, y todo pasó de suerte que nunca pude dudar, aunque mucho lo procurase, no ser cosa de Dios. Dejome consoladísima y con mucha paz. En lo que dijo la Reina de los Angeles de la obediencia, es que a mí se me hacia de mal no darla a la Orden, y habíame dicho el Señor que no convenia dársela a ellos.

No especifica la Santa que esta maravillosa merced y vista de la Virgen sacratísima aumentó en su alma la devoción que ya desde niña la profesaba; pero es imposible abrigar la menor duda que fué así y que esta incomparable merced y dignación de María Santísima levantó por dos vías en el ánimo de Teresa un incendio grandísimo de amor, ternura y devoción para con Nuestra Señora, cual, tal vez, ningún mortal le ha tenido, lo uno, porque la vista de tan celestial hermosura produce *de por sí, ex opere operato* (a manera de decir), amor vehementísimo y admiración y devoción en-

eumbradísimas. Lo otro, porque Teresa, naturalmente era de corazón agradecido, y en tal grado, que, según ella misma, con gran donaire, cuenta, bastaba una sardina para sobornarla. Por tanto, glosando sus mismas palabras, podemos, sin temor a equivocarnos, decir: «Quedé con un ímpetu grande de deshacerme por María Santísima Madre de Dios».

En San José de Avila.—El 24 de Agosto de 1562, preparando todo para inaugurar la iglesia de San José de Avila, y con ella la Descalcez Carmelitana, dice la tradición que Teresa visitó la Virgen de la Soterraña en la parroquia de San Vicente; descalzóse allí, y descalza fué al monasterio: «Estando haciendo oracion en la iglesia (añade la Santa), antes que entrase en el monesterio, estando casi en arrobamiento vi a Cristo que con grande amor me pareció me recibía y ponía una corona, y agradeciéndome lo que había hecho por su Madre» (1). ¿Quién podrá dudar que también tuvo y recibió en esta solemne ocasión particulares luces y bendiciones de la Santísima Virgen del Carmen, y que no fué Nuestra Señora corta en dar, cuando su Hijo hacía a Teresa tales finezas, porque trabajó por Ella? Sin duda ninguna, la Santísima Virgen se portó con Teresa lo mismo que su divino Hijo; y Teresa, en consecuencia, experimentó un nuevo aumento de fervor y devoción para con tan bondadosa Madre y Reina del Carmelo.

Y prosigue la Santa en el mismo lugar: «Otra vez, estando todas en el coro en oración, después de Completas, vi a Nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco [esto es, con la capa carmelitana] y debajo de él parecía ampararnos a todas» (2). Visión fué ésta que ha dejado gran rastro en pos de sí en el pueblo cristiano,

(1) Santa Teresa, *Autob.* cap: 36.

(2) *Id.*, *ibid.*

como se comprueba con la multitud de cuadros, colocados en gran número de templos, que representan a la Santísima Virgen del Carmen cobijando bajo su capa blanca a los Hijos e Hijas del Carmelo. De donde podemos fácilmente inferir que también haría gran impresión en el ánimo de la visionaria y que levantaría una nueva llamarada de amor y afecto en el agradecido corazón de la gran Santa.

La capa blanca.—Añade la mística Doctora: «Otra vez vi estar a Nuestra Señora poniendo una capa muy blanca a el Presentado de esta misma Orden [Dominicana] de quien he tratado algunas veces [a saber, el P. Fray Pedro Ibáñez]. Dijome [N.^a S.^a] que por el servicio que le había hecho en ayudar a que se hiciese esta casa, le daba aquel manto, en señal de que guardaría su alma en limpieza de ahí adelante, y que no cairía en pecado mortal. Yo tengo por cierto que así fue; porque desde a pocos años murió, y su muerte lo que vivió, fue con tanta penitencia la vida, y la muerte con tanta santidad, que a cuanto se puede entender, no hay que poner duda... Murió con gran gozo y deseo de salir de este destierro. Después me ha aparecido algunas veces con muy gran gloria y díchome algunas cosas. Tenía tanta oración, que cuando murió, que con la gran flaqueza la quisiera excusar, no podía, porque tenía muchos arrobamientos» (1). Si al P. Ibáñez, por haber ayudado a Santa Teresa en fundar el primer monasterio reformado, la Virgen del Carmen le confirmó en gracia y le concedió tan subida oración y muerte y gloria tan envidiables, es de absoluta necesidad el admitir que también en la presente ocasión tuvo que otorgar la Reina del Carmelo una bendición especialísima a la protagonista de la obra y testigo de la visión sobrenatural susodicha; bendición y

(1) Santa Teresa, *Autob.*, cap. 38.

visión celeste que añadió, por fuerza, un carbón más al corazón de Teresa, ya inflamado en amores marianos.

Y es de notar que el P. Ibáñez murió el 2 de Febrero de 1565, y como el favor recibido ocurrió, según la Santa, algunos años antes, resulta que la fecha del favor no puede ser otra que el 1562, en que se fundó la primera Casa reformada, o el 1563. De manera que juntando esta visión mariana extraordinaria a las dos que antes hemos referido, y que pertenecen a la misma época, tendremos una idea aproximada de la frecuencia con que Teresa era visitada por la augusta Madre de Dios y Reina del Carmen, y, al mismo tiempo, podremos conjeturar el volcán encendidísimo de amor y devoción mariana, que ocultaba el pecho de la inclita virgen abulense.

La Virgen de Priora. — Al año 1572 (19 de Enero) pertenece el admirable milagro referido antes, de cuando la Santísima Virgen bajó al coro de la Encarnación de Avila, y se sentó como Priora en la silla presidencial, que le había preparado Santa Teresa, y presidió la Salve con una gran multitud de ángeles, dirigiendo a su Hija predilecta muy regaladas palabras (1). Si antes Teresa de Jesús tenía confianza filial con la Madre de Dios, y sabía rezar sus devociones con el fervor y atención mental que ella nos declara en sus libros (2), muy aprovechada debió quedar su alma en esas virtudes con el milagro suavísimo referido, sobre todo, cuando vuelta al Cielo la Santísima Virgen, el Eterno Padre hizo a Teresa entrega de Ella, según lo refiere (3) en el mismo lugar la seráfica Doctora.

Las imágenes piadosas. — Dentro del mismo año de 1572, y en el mismo monasterio de la Encarnación, re-

(1) *Relac.* XXV. En la edic. econ. *Relac.* X.

(2) *Morad.* 1 cap. 1.

(3) *Relac.* XXV citada.

cibió la Santa otro mensaje sobrenatural por mediación de la Santísima Virgen y de San José: «Había leído en un libro (dice) que era imperfección tener imágenes curiosas, y así quería no tener en la celda una que tenía... Y entendí esto, estando descuidada de ello: «Que no era buena mortificación. Que cuál era lo mejor: la pobreza u la caridad. Que, pues, era lo mejor el amor, que todo lo que me despertase a él no lo dejase, ni lo quitase a mis monjas. Que las muchas molduras y cosas curiosas en las imágenes decía el libro, que no la imagen. Que lo que el demonio hacía en los luteranos, era quitarles todos los medios para más despertar, y así iban perdidos. Mis cristianos, Hija, han de hacer ahora, más que nunca, al contrario de lo que ellos hacen» (1). ¡Qué lección tan admirable! ¿Y quién se la dió? Jesús, pero a ruegos de la Virgen y de San José, como se desprende de lo que sigue (2): «Entendí que tenía mucha obligación de servir a Nuestra Señora y San José: porque, muchas veces, yendo perdida [o equivocada del todo en materias doctrinales] por sus ruegos me tornaba Dios a dar salud [o luz]».

La Virgen Santísima recibe sus votos.—Llena de grandes bendiciones fué para Santa Teresa el año 1572, puesto que, por lo menos dos veces, tuvo la dicha inefable de tratar íntimamente con la Madre de Dios; pero, no sé que el de 1575 fuera menos pródigo en favores marianos.

»El día de Nuestra Señora de la Natividad tengo particular alegría (escribe la Santa). Cuando este día viene, parecíame sería bien renovar los votos, y, queriéndolo hacer, se me representó la Virgen, Señora nuestra, por visión iluminativa, y parecióme los hacía en sus manos,

(1) *Relac.* XXX. En la edic. econ. *Relac.* 13.

(2) *Ibid.*

y que le eran agradables. Quedóme esta visión [de la Virgen] por algunos días, cómo estaba junto conmigo, hacia el lado izquierdo» (1). Donde son de notar cuatro favores especiales: la aparición de Nuestra Señora, el recibir en sus manos los sagrados votos de Teresa, el certificar que le eran agradable su devoción y los votos y el quedarse por algunos días en compañía de la Santa, por todo lo cual bien merece el dictado de Hija predilecta de María.

III

Devoción litúrgica universal. — De devociones a bobas, librenos Dios, solía decir Santa Teresa, y añadía que no le gustaban más que devociones muy autorizadas y aprobadas por la Iglesia. Pues bien, entre otras excelencias de su devoción a la Santísima Virgen, es muy palpable ésta. Santa Teresa venera a la Virgen en los principales misterios en que la Santa Madre Iglesia contempla a Nuestra Señora, y solamente en ellos y no en otros.

Inmaculada Concepción. — Mostró su afectuosa simpatía y devoción al misterio adorable de la Concepción Inmaculada de María en la historia del sacerdote de Becedas (2). Y lo que es más, lo demostró con obras en varias fundaciones. Al cuarto monasterio de monjas descalzas dió por Patrona y Titular en Valladolid la Inmaculada Concepción, aunque la Casa se inauguró a 15 de Agosto (de 1568) (3). Lo mismo hizo con el sexto monasterio en la villa de Pastrana el año siguiente de 1569 (4).

(1) *Relac.* XLVIII. En la edic. econ. *Relac.* XIII.

(2) *Autob.* cap. V.

(3) *Fundac.* cap. X.

(4) *Fundac.* cap. XVII. Cfr. Ribera. *Vida...* lib. 2 cap. 15.

Nacimiento de Nuestra Señora.—Del misterio gozosísimo del nacimiento de N.^a Señora escribe la Santa: «El día de N.^a Señora de la Natividad tengo particular alegría.» (1). Y ya hemos visto poco ha que en este día acostumbraba Santa Teresa a renovar su profesión religiosa, y que, al renovarla en Sevilla el 8 de Septiembre de 1575, tuvo la inmensa e inusitada satisfacción de emitir sus votos en manos de la Santísima Virgen.

Anunciación.—Que Santa Teresa no tenía en olvido el misterio adorable de la Anunciación, se demuestra con sólo recordar que en 1571 al fundar el monasterio de Alba de Tormes, octavo en el orden cronológico y primero en dignidad y estima hoy por el precioso tesoro que guarda, a saber, el cuerpo y corazón transverberado de la Santa, le dió por titular la Anunciación de Nuestra Señora, aunque la fecha de la fundación fué la de 25 de Enero, fiesta de la Conversión de San Pablo, del cual era nuestra Santa devotísima.

Presentación de Nuestra Señora.—De la devoción de Santa Teresa al misterio de la Presentación tenemos noticias muy particulares: «Entendí (escribe la Santa) que había el Padre [Gracián] de establecer (una) fiesta en la visión que vi» (2). La Santa escribió estas líneas en Sevilla a 22 de Noviembre de 1575; de manera que para esta fecha había tenido una visión sobrenatural, en la cual entendió que el P. Jerónimo Gracián, su confesor y Superior, había de establecer en la Descalcez una fiesta en honor de la Santísima Virgen. Como nada recibía del Cielo Santa Teresa en orden a la Descalcez sin tra-

(1) *Relac.* XLVIII.

(2) P. Gracián en la Carta que desde Roma escribió a la Hermana Mariana de Cristo C. D., profesa de Barcelona y hermana de la Duquesa de César.—Cfr. P. Silverio: *Obras de Santa Teresa*, vol. 2, págs. 82-83.

tarlo con el P. Gracián, se saca de ahí que antes del 22 de Noviembre del año 1575, planearon Gracián y Teresa una fiesta nueva a Nuestra Señora, fiesta que resultó ser la del misterio dulcísimo de la Presentación.

En efecto, un suceso grave, y que pudo haber tenido fatales consecuencias, vino a determinarlo así. El Padre Gracián dió comienzo a 21 de Noviembre de 1575 en Sevilla a una comisión que el Papa le había encomendado. Los interesados la tomaron tan mal, como el P. Gracián lo indica en estas palabras: «Ese día (de la Presentación) estuve bien cerca de perder la vida por la Orden; ... me tenían (1) a puerta cerrada cercado cien personas».

«El día que se presentó el Breve (añade la Santa)... me habían venido a decir que N. Padre (Gracián) estaba en gran aprieto, porque no le dejaban salir, y había gran ruido... Era día de la Presentación de N.^a Señora, año de 1575. Propuse en mí, si esta Virgen acababa con su Hijo, que viésemos a N. Padre libre..., de pedirle ordenase que en cada cabo se celebrase con solemnidad esta fiesta en nuestros monasterios de Descalzas» (2). O como se expresa el P. Gracián (3): «Viendo la Madre, Teresa de Jesús, que me tenían a puerta cerrada cercado cien personas, hizo voto que si N.^a Señora me escapaba de aquel trago, celebrar aquella fiesta con mucha solemnidad ella y sus Hijas, y en un tiempo se guardaba esto [y se guarda]».

Belén.—«Todos saben que N. S. M. Teresa de Jesús era devotísima de los misterios de Belén. Todavía se conservan algunos instrumentos músicos de que ella se servía para festejar al Divino Infante por Navidad. De

(1) *Relac.* LX.

(2) *Ib.*

(3) P. Gracián, *loc. cit.*

aquí se podría lógicamente deducir que también recordaba mucho a la Santísima Virgen en ese misterio, ya que ambos personajes el Infante y su Madre están íntima e inseparablemente ligados.

Por fortuna, no faltan tampoco pruebas directas de ello. «En la noche de Navidad, cantando (Santa Teresa) en los Maitines el Evangelio de S. Juan, fué cosa celestial de la manera que sonó, no teniendo ella naturalmente buena voz. En estas fiestas hacía ella muchos regocijos y componía algunas *letras en cantarcicos* a propósito de ello, y nos los hacía hacer y solemnizar con alegría» (1). Pues bien, examinemos uno o dos de estos *cantarcicos* y se verá al punto cómo no se olvidaba de la Madre la que cantaba al Hijo:

“Hoy nos viene a redimir (dice)
 Un Zagal nuestro pariente,
 Gil, que es Dios Omnipotente.

 Mi fe, yo lo vi nacido
 Y una muy linda Zagala,, (2).

En otra poesía canta:

“Mi gállejo, mira quien llame.
 Angeles son, que ya viene el alba.

 Ibame dado un gran zumbido
 Que parecía cantillana,
 Mira, Bras, que ya es de día,
 Vamos a ver la Zagala.

 ¿Es parienta del alcalde,

(1) Ana de Jesús en las Informaciones de Salamanca, año de 1597.—Cfr. P. Silverio: *Obras de Santa Teresa*, vol. VII, Introducción, págs. L-LIII.

(2) Cf. Silverio, *ibid.*, pág. 94.

U quién es esta *Doncella*?
Ella es Hija de Dios Padre,
Relumbra como una estrella, (1).

Circuncisión. — Las monjas que vivieron con Santa Teresa y las poesías que nos ha legado ella (2), dan fe de que profesaba tierna devoción al misterio del Dulce Nombre de Jesús, o de la Circuncisión. A 2 de Enero de 1577 escribía desde Toledo a su hermano D. Lorenzo: «Gran fiesta tuvimos ayer en el nombre de Jesús» (3). No cabe la menor duda de que el devotísimo corazón de Teresa se extendería y correría del Niño a la Madre.

Epifanía. — En la festividad de los Santos Reyes cantaba Santa Teresa:

“Pues que la estrella
 Es ya llegada
 Vaya con los Reyes
 La mi manada.

 Alégrese hoy
 Nuestra gran Zígala,
 Vaya con los Reyes
 La mi manada” (4).

Egipto, Nazaret y Jerusalén. — Existe un parrafito en la Autobiografía de Nuestra Santz Madre Teresa de Jesús, que nos pone de manifiesto cuánto le enternecían los sufrimientos de Jesús y de su Madre santísima. Y se refiere en particular a los experimentados en vida del.

(1) Cfr. Silverio, págs. 96-97.

(2) Cfr. las Poesías XV y XVI. Edic. Crit, Vol. VI, pág. 97-98.

(3) Carta del 2 de Enero de 1597. Cfr. a Lorenzo de Cepeda. Cfr. P. Silverio. Vol. VI. p. LIII.

(4) Cfr. P. Silverio. Vol. VI pág. 99-100.

glorioso Patriarca San José. Como el bondadoso Patriarca intervino directamente en la huida a Egipto, en el regreso a Nazaret, y en la pérdida del Niño Jesús en Jerusalén, a todos estos misterios se refiere la mística Doctora cuando escribe(1): «En especial personas de oración siempre le habían de ser aficionados [a San José]; que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a San José por lo bien que les ayudó en ello».

«*Quinta Angustia*».—Se hallaba en la capital de Andalucía Nuestra Santa Madre por los años de 1575. Son célebres las procesiones que en Sevilla se celebran desde aquella época por Semana Santa, y la devoción entrañable con que todo el pueblo venera los «*Pasos*» dolorosísimos del Redentor y de su afligida Madre. Tal vez, la gran Teresa, todo corazón y sensibilidad, al ponerse al contacto con ese fervor religioso a los divinos misterios de la sagrada Pasión, se sintió conmovido, y el carácter de su enamorado y volcánico pecho se abrió de nuevo lanzando al Cielo inmensas llamaradas. Sea de esto lo que se quiera, lo cierto es que entonces tuvo lugar lo que ella refiere: «Estando la misma noche en Maitines, el mismo Señor, por visión intelectual, tan grande que casi parecía imaginaria, se me puso en los brazos, a manera de como se pinta la «quinta angustia». Hízome temor harto esta visión, porque era muy patente, y tan junta a mí, que me hizo pensar si era ilusión. Díjome [el Señor]: «No te espantes de esto, que con mayor unión, sin comparación, está mi Padre con tu ánima.» Háseme así quedado esta visión hasta ahora representada. Lo que dije de Nuestro Señor [que se me puso en brazos] me duró más que un mes. Ya se me ha quitado».

(1) *Autob.* cap. VI. n. 8.

He aquí un favor sobrenatural extraordinario, que debemos examinar más de cerca, porque es muy de notar.

El R. P. Silverio oportunamente escribe: «Quinta Angustia». Así se llamaba entonces, y se sigue llamando en algunas regiones a la Virgen de los Dolores» (1). La Virgen de los Dolores es venerada en varios misterios dolorosos. Aquí está claramente indicado por la Santa el misterio, que suele denominarse el *Descendimiento* o la *Piedad*. «Se me puso (Cristo) en los brazos a manera de como se pinta la «Quinta Angustia.» No tiene otro sentido que el susodicho, de cuando José de Arimatea y Nicomedes depositaron en los brazos de la más afligida y angustiada de las madres el cadáver del más amado y destrozado de los hijos.

Dejamos ahora a la piedad de los fieles el ponderar qué impresión de amor devoto y compasivo haría en las entrañas de Santa Teresa tan dolorosa visión, realizada en ella por espacio de más de un mes. Notémoslo bien. No se contentó Nuestro Señor con representar a la gran Santa el misterio del Descendimiento o Piedad tal como había acaecido en el Gólgota, sino que lo reprodujo más vivamente, otorgando a Santa Teresa el papel y oficio de la Santísima Virgen. Quiso Dios que Teresa sustituyese a la Virgen de los Dolores, y durante todo un mes, poco a poco, se hiciera cargo de las disposiciones interiores de la Virgen sacratísima en aquellos solemnes momentos en que, de los brazos durísimos de la cruz depositaron en los muy blandos y regalados suyos al Hijo de sus entrañas.

Dudamos mucho que en el Santoral cristiano se registre un favor sobrenatural mariano comparable con el que nos ocupa, y creemos sinceramente que en el curso

(1) R. P. Silverio al margen de la *Relac.* LVIII cit.

del mes que duró la celestial visión, el corazón de Santa Teresa se acabó de identificar con los sentimientos y el corazón de María Santísima, cual nunca jamás corazón humano lo ha sido, fuera del de San José. ¡Por algo Teresa es la Hija predilecta de la Reina de los Angeles!

El «traspasamiento» de María. — Para comprender el misterio que Santa Teresa llama el *traspasamiento* o *traspaso* de María, es necesario volver los ojos primeramente a lo que sucedió en el templo de Jerusalén el día de la Purificación de Nuestra Señora: «Había a la sazón (dice la Biblia) en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre era justo y temeroso de Dios, y esperaba la redención de Israel, y el Espíritu Santo moraba en él.. Y vino, movido por el Espíritu (Santo) al templo. Y trayendo los padres al niño Jesús (al templo) para hacer por él lo que la costumbre legal prescribía, Simeón tomó al Niño en sus brazos, y bendijo a Dios... Y dijo a María, su madre (1): «He aquí que este Niño está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal a la que se hará contradicción. Y una espada traspasará también tu alma».

El pueblo cristiano celebra la fiesta de los «Siete Dolores de la Virgen Santísima» y representa las imágenes de Nuestra Señora de los Dolores en actitud de ser atravesado el corazón de la Virgen con siete espadas de dolor; fiesta que la Iglesia permite y recomienda el Viernes de Pasión, con Oficio y Misa propias. Los devocionarios señalan y determinan cuáles son los siete dolores o espadas de María (2). Parece que también Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús sigue la teoría y creen-

(1) S. Luc. II. 25-35, «Et tuam ipsius animam pertransibit gladius».

(2) Cf., v. g., *Devocionario Carmelitano*, pág. 162 (edic. XIV): 1.º, la profecía de Simeón; 2.º, la huida a Egipto; 3.º, la pérdida en

cia de los siete dolores de la Santísima Virgen; por lo menos habla de la *quinta angustia* o quinto dolor (1), aunque no conviene con los devocionarios modernos en señalar ese quinto dolor. Para Santa Teresa es el Descendimiento o la Piedad, como antes se ha explicado. Los devocionarios modernos más comúnmente señalan en quinto lugar la Crucifixión, y en el sexto, el Descendimiento o la Piedad.

Resulta, en conclusión, que, en rigor, el corazón purísimo de la Virgen fué traspasado de dolor, no una sola vez, sino hasta siete veces. Sin embargo, cabe sostener que no todos los siete traspasamientos fueron igualmente crueles y dolorosos, sino que hay uno o varios que, por antonomasia, merecen llamarse *traspasamiento* o *transverberación*. En efecto, la Iglesia habla en plural al venerar los dolores de la Virgen Santísima; pero se expresa en singular cuando se refiere en concreto al traspasamiento (2), y también Santa Teresa se expresa en singular: «*traspasamiento*» (3). El anciano Simeón también habló en singular.

¿Y cuál es este traspasamiento o transverberación más señalada y que merece por antonomasia tal nombre? No se expresan todos los Santos de la misma manera.

el templo de Jerusalén; 4.º, el encuentro en la calle de la Amargura; 5.º, la crucifixión; 6.º, el descendimiento; 7.º, la sepultura (y soledad) de María.

(1) *Relac.* LVIII. En la edic. econ., *Relac.* XVII.

(2) *Offic.*, fer 6.º post Dom. Pass: «Oremus: Deus... concedere, ut qui *transfixionem* ejus (Mariae) et *passionem* venerando recolimus..., *passionis tuae effectum felicem consequamur*». Y en el *Præfatio*: «Et te in *transfixione*, B. M. V.»

(3) *Oratio Fer.* VI post Dom, Pass.: Deus, in cujus *passione secundum Simeonis prophetiam, dulcissimam animam gloriossae Virginis et Matris Mariae doloris gladius pertransivit...*»

La Iglesia en la oración de la Misa y del Oficio divino dice que fué traspasada durante la Pasión de Jesús (1). Pero esta indicación es muy vaga. En la *Secuencia* se explica más en particular diciendo que fué traspasada de dolor al pie de la cruz, cuando Cristo pendía del sagrado madero (2).

A San Bernardo le parece todavía indeterminada y vaga esta expresión, y señala dos traspasamientos, dos espadas de dolor al pie de la cruz. María, (dice el melifluo Doctor) (3), fué trasverberada al pie de la cruz, primeramente cuando, vivo aún Jesús, dijo a su Madre: «Mujer, he ahí a tu Hijo»; porque, quitarle su Hijo divino y darle en sustitución al hijo del Zebedeo, no pudo hacerse, añade, sin que el corazón de María sufriera enormemente. Además fué María traspasada de dolor (prosigue) cuando un soldado atravesó con una lanza el pecho de Jesús, ya difunto. Esa lanza no hirió, dice, el alma de Jesús, porque ya no estaba allí donde se dió el golpe; pero atravesó el alma de María, que moraba en el pecho de su divino Hijo.

Para Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús, el tras-

(1) In loco citato.

(2) *Sequentia Missae*: "Stabat Mater dolorosa, juxta crucem lacrimosa, dum pendebat Filius. Cujus animam gementem, contristatam et dolentem, pertransiuit gladius".

(3) S. Bern. (Serm de 12 Stellis): An non tibi plusquamgladius fuit sermo ille revera pertransiens animam...: "mulier ecce filius tuus"— O commutationem! Joannes tibi pro Jesu traditur, servus pro Domino, discipulus pro Magistro, filius Zebedaei pro Filio Dei, homo purus pro Deo vero. Quomodo non tuam affectuossimam animam pertransiit et haec auditio, quando et nostra, licet saxea, licet ferrea pectora, sola recordatio scindit?— ...Posteaquam emisit spiritum tuus ille Jesu, ipsius plane non attigit animam crudelis lancea, quae ipsius aperuit latus, sed tuam utique animam pertransiuit. Ipsius, nimirum, animam jam ibi non erat, sed tua plane inaequibat avelli... Tuam, ergo, pertransiuit animam vis doloris..."

pasamiento de María, de que varias veces hace mención muy afectuosamente, debe ser la soledad en que Nuestra Señora quedó a la muerte de Jesús, y señaladamente, después de la sepultura hasta la mañana de la Resurrección. Vengamos si no al examen del texto teresiano: «Todo ayer me hallé con gran *soledad*, que si no fué cuando comulgúe, no hizo en mí ninguna operación ser día de la Resurrección. Anoche, estando todas [en recreación] dijeron un cantarcillo de cómo era recio de sufrir vivir sin Dios. Como estaba ya *con [esta] pena*, fué tanta la operación que me hizo, que se me comenzaron a entomecer las manos, y no bastó resistencia, sino que como salgo de mí por los arrobamientos de contento, de la misma manera se suspende el alma con la *grandísima pena*, que queda enajenada; y hasta hoy no lo he entendido... Que antes no llegaba la pena a salir [a sacarme] de mí, y como es tan intolerable, y yo me estaba en los sentidos, haciame dar gritos grandes, sin poderlo excusar. Ahora, como ha crecido, ha llegado a términos de este *traspasamiento*, y entendiendo [entiendo] más el que N.^a Señora tuvo, que hasta hoy, como digo, no he entendido qué es *traspasamiento*. Quedó tan quebrantado el cuerpo, que aun esto escribo hoy con harta pena, que quedan como descoyuntadas las manos y con dolor. Diráme vuestra merced (P. Confesor) de que me vea, si puede ser este enajenamiento de pena, y si lo siento como es, o me engaño». Y unas líneas más abajo prosigue (1): «Dijome [Su Majestad] que, en resucitando, habíavisto a N.^a Señora, porque estaba ya con gran necesidad, que la pena la tenía tan absorta y traspasada, que aun no tornaba luego en sí para gozar de aquel. Por aquí entendí esotro mi *traspasamiento*, bien diferente, mas, ¡cuái debía ser el de la Virgen, y que había estado

(1) *Relac.* XV.

mucho con ella, porque había sido menester hasta consolarla!».

Juntemos todos los datos, y veremos que Teresa llama traspasamiento al dolor intolerable que la Virgen experimentó desde el Viernes Santo por la noche hasta el día de Pascua; esto es, a la *Soledad* de María, soledad que desde el día de la Ascensión se renovó en su maternal corazón, aunque en un grado más remiso.

En efecto: recordemos que las penas de traspasamiento de que habla Santa Teresa, comparándolas con las de la Virgen, tuvieron lugar precisamente el Sábado Santo: «Todo *ayer* me hallé en gran soledad» escribió el domingo de Resurrección (1). Llama a dichas penas «gran soledad» (ib.), que es el vocablo con que designamos el llanto y aflicción de María después del entierro de Jesús. Dice expresamente (ibid) que la Virgen Santísima se hallaba en dicha pena y traspasamiento al amanecer del día de Resurrección y que «había estado mucho en ella» (ib.) a saber, casi tres días. Finalmente, compara Teresa el traspasamiento de la Santísima Virgen con los que ella experimenta, porque Jesús está ausente, y ha desaparecido de su presencia. Como la Virgen Santísima no podía decir «*Véante mis ojos y muérame yo luego*» el Viernes Santo antes del atardecer, ni tampoco el día de Resurrección, porque sus ojos le veían colgado en la cruz o resucitado, está claro que Santa Teresa llama traspasamiento de la Santísima Virgen a su amarguísima *Soledad*, la cual hermosamente pondera el insigne maestro Fr. Luis de Granada, diciendo: «Bien veo, Señora, que no basta nada para consolaros; porque no se ha quitado, sino trocado vuestro dolor. Acabóse un martirio, y comienza otro. Renuévanse los verdugos de vuestro corazón, e idos unos, suceden otros con nuevos»

(1) *Relac.* XV.

géneros de tormentos, para que con tales mudanzas seaos doble el tormento de la Pasión. Hasta aquí llorábades sus dolores; ahora vuestra *soledad*; hasta aquí sus trabajos, ahora su *ausencia*» (1). Y meditando luego el amanecer del día de la Pascua, escribe: «Estaría la Santa Virgen en aquella hora en su oratorio recogida, esperando esta nueva luz. Clamaba en lo íntimo de su corazón, y como piadosa leona, daba voces al Hijo muerto, diciendo: Levántate, gloria mía, salterio y vihuela; vuelve triunfador al mundo; recoge, buen Pastor, tu ganado; oye, Hijo mío, los clamores de tu afligida madre (2). ¡Oh, con cuánta verdad diría todo esto la Virgen Santísima en su corazón, como luego su hija y devota predilecta Santa Teresa:

Asunción de María. — Pasando ahora a los misterios gloriosos de la Virgen Santísima, al momento veremos qué luces tan sobrenaturales comunicó Nuestro Señor a su regalada Esposa acerca del misterio de la Asunción, y en consecuencia, cuán sublime devoción tuvo Teresa que profesar a tan glorioso misterio mariano. He aquí sus palabras:

«Un día de la Asunción de la Reina de los Angeles, y Señora nuestra, me quiso el Señor hacer esta merced: que en un arrobamiento se me mostró su subida al Cielo, y el alegría y solemidad con que fué recibida, y el lugar adonde está. Fué grandísima la gloria que mi espíritu tuvo de ver tanta gloria. Quedé con grandes efectos y aprovechéme para desear más pasar grandes trabajos (3), y quedóme gran deseo de servir a esta Señora, pues tanto mereció».

También fué el día de la Asunción de Nuestra Señora

(1) P. Granada. *Medit.* del sábado por la mañana.

(2) *Idem* id. del domingo id.

(3) *Autob.* cap. 39.

en 1561 cuando recibió aquella visita extraordinaria de la Virgen y San José en la capilla del Santísimo Cristo de la iglesia de Dominicos de Avila; a saber, cuando la Virgen y San José le vistieron una ropa de mucha blancura y claridad», y le echaron al cuello «un collar de oro muy hermoso, asida una cruz a él de mucho valor» (1). «Era grandísima (añade) la hermosura que vi en Nuestra Señora,... vestida de blanco, con grandísimo resplandor. Estando así conmigo un poco, y con grandísima gloria y contento, y más a mi parecer que nunca le había tenido (2), parecióme que los vía subir al Cielo con mucha multitud de ángeles».

Repitamos: «Quedóme gran deseo de servir a esta Señora (3), y no eran para menos tan soberanas mercedes. Ahora bien, el deseo de servir a Nuestra Señora es la definición misma de la verdadera devoción a la Virgen. Luego, Teresa de Jesús fué devotísima de la Virgen; porque, habiendo contemplado sobrenaturalmente a Nuestra Señora, con la perfección y elevación, que, tal vez, no han sido superadas por ninguna otra mujer, tuvo, en consecuencia, deseos y devoción en la voluntad eficacísimos e inconmensurables; propios de la hija predilecta de María.

Coronación de Nuestra Señora.—Por dar fin a los misterios marianos, venerados con intensísima devoción por N. M. Santa Teresa, digamos algo de la coronación de la Virgen Santísima en el Cielo, pura Reina y Señora de todo lo creado y, en consecuencia, pura Mediana entre Jesús y los hombres y puro canal o acueducto de todas las gracias.

En primer lugar, Santa Teresa fué arrebatada al Cie-

(1) Ibid. cap. 33.

(2) Ibid. cap. 33.

(3) Ibid. cap. 39.

lo, como otro San Pablo, y no una vez, sino muchas: «Estando una noche tan mala, escribe la Santa (1), que quería excusarme de tener oración, tomé un rosario por ocuparme vocalmente... Estuve así bien poco, y vino-me un arrobamiento de espíritu con tanto espíritu, que no hubo poder resistir. Parecíame estar metida en el Cielo, y las primeras personas que allí vi fue a mi padre y madre, y tan *grandes cosas* en tan breve espacio como se podía decir un Ave María, que yo quedé bien fuera de mí, pareciéndome muy demasiada merced... No sabía qué hacer, porque había gran vergüenza de ir al confesor con esto; y no por humilde a mi parecer, sino porque me parecía había de burlar de mí, y decir que iqué San Pablo para ver cosas del Cielo, o San Jerónimo) ... Andando más el tiempo me ha acaecido y acaece esto [de ver el Cielo] algunas veces. Ibane el Señor mostrando más *grandes secretos*... Era tanto, que lo menos bastaba para quedar espantada, y muy aprovechada el alma para estimar y tener en poco todas las cosas de la vida. Había una vez estado así *más de una hora*, mostrándome el Señor *cosas admirables*, que no me parece se quitaba de cabe mí. Dijome: Mira, Hija, qué pierden los que son contra mí, no dejes de decírselo... Me parece me aprovechó mucho [el ver el Cielo] para conocer nuestra verdadera tierra, y ver que somos acá peregrinos, y es gran cosa *ver lo que hay allá* y saber adonde hemos de vivir... Esto es mucha ganancia, porque sólo mirar el Cielo recoge el alma; porque, como ha querido el Señor *mostrar algo de lo que hay allá*, estáse pensando. Y acaéceme algunas veces ser los que me acompañan y con los que me consuelo, los que sé que allá viven, y parecerme aquellos verdaderamente los vivos, y los que acá viven tan muertos, que

(1) *Autob.*, cap. 38.

todo el mundo me parece no me hace compañía, en especial cuando tengo aquellos impetus. Todo me parece sueño lo que veo... con los ojos del cuerpo. Lo que he ya visto con los de el alma, es lo que ella desea, y como se ve lejos, este es el morir... Y si el Señor no primitiese a veces se olvidase [lo que ha contemplado del Cielo]... no sé cómo se podría vivir».

En otro lugar escribe (1): «Lo que parece es que quiere el Señor de todas maneras tenga esta alma alguna noticia de lo que pasa en el Cielo».

Y para que todos observen a vista de ojos que no ha sido capricho de la Santa ni nuestro el comparar las sublimes visiones del Cielo que tuvo, con la que San Pablo cuenta de sí propio, cotejemos las palabras del Apóstol con las de Santa Teresa.

San Pablo escribe en tercera persona (2): «Conozco a un hombre... que catorce años ha fue arrebatado, hasta el tercer Cielo, si fue en el cuerpo, no lo sé, o si fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe.—Y conozco a este tal hombre—si fue en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe—, que fué arrebatado al Paraíso, y oyó palabras secretas, que al hombre no le es lícito hablar».

A su vez, Santa Teresa, hablando de estas visiones del Cielo, escribe (3): «Pues tornando a este apresurado arrebatarse el espíritu, es de tal manera, que verdaderamente parece sale del cuerpo, y por otra parte claro está que no queda esta persona muerta. Al menos ella no puede decir si está en el cuerpo, u si no, por algunos instantes. Parecele que toda junta ha estado en otra región muy diferente de esta que vivimos, adonde se le

(1) *Autob.*, cap. 27, n. 7.

(2) II Cor. XII, 2-4.

(3) *Morad.*, VI, cap. 5.

muestra una luz tan diferente de la de acá, que si toda la vida ella la estuviera fabricando, junto con otras cosas, fuera imposible alcanzarlas. Y acaece que en un instante le enseñan tantas cosas juntas, que en muchos años que trabajara en ordenarlas con su imaginación y pensamiento, no pudiera de mil partes una... Otras veces, junto con las cosas que ve con los ojos del alma por visión intelectual, se le representan otras, en especial, multitud de ángeles con el Señor de ellos, y sin ver nada con los ojos del cuerpo ni del alma, por un conocimiento admirable, que yo no sabré decir, se le representa lo que digo, y otras muchas cosas que no son para decir. Quien pasare por ellas, que tenga más habilidad que yo, las sabrá quizá dar a entender, aunque me parece bien dificultoso. Si esto todo pasa estando en el cuerpo, o no, yo no lo sabré decir; al menos, ni juraría que está en el cuerpo, ni tampoco que está el cuerpo sin alma».

¡Verdaderamente es asombrosa Teresa de Jesús! Aquí la tenemos volando como águila real, nada menos que al Cielo, y con un San Pablo, y tan al vivo le imita y tan junto a él vuela, que apenas cabe distinguirlos, ni ver en qué se diferencian sus respectivas visitas al Cielo.

San Pablo dice que fue *arrebata*do al tercer Cielo, esto es, al verdadero Cielo, y Teresa, repite, sin haber leído a San Pablo, que «se levanta en lo interior un vuelo, que yo no sé otro nombre que le poner» (1), y que es un «apresurado *arrebatar*» (ibid). San Pablo repite dos veces que no sabe si ese vuelo o arrobamiento al Cielo se hace mirando el alma en el cuerpo, o si abandonando por entonces el alma al cuerpo; y la Santa también afirma dos veces que «si esto todo pasa estando en el cuerpo u no, yo no lo sabré decir» (ib.).

(1) *Morad.*, VI, cap. 5.

Escribe San Pablo que no es lícito al hombre explicar lo que en tan alta visión y vuelo descubre Dios al alma, y nuestra gran Doctora repite que «se le representa lo que digo y otras muchas cosas que no son para decir» (ib.).—«Quisiera yo poder dar a entender algo de lo menos que entendía..., y hallo que es imposible» (1).

Finalmente, San Pablo dice que «oyó» las cosas indicadas, esto es, compara su arrobamiento a un coloquio con Dios, en lo cual, generalmente los teólogos advierten que debió llegar a la visión intuitiva de Dios, y que por ser conocimiento tan diferente de los que hasta entonces había tenido, lo llama *audición*. Y la virgen a vilesa que «sus palabras le dan a entender» (ib.). «Y sin ver nada con los ojos del cuerpo ni del alma por un conocimiento admirable, que yo no sabré decir, se le representa lo que digo, y otras muchas cosas». De suerte, que Teresa también lo compara con uná *audición* donde se oye y se habla sus palabras; pero dejada la comparación o lenguaje simbólico, vuelve al lenguaje teológico, y afirma que es *conocimiento* o *visión* admirable, muy diferente de todos los conocimientos sobrenaturales que hasta aquella fecha ella había experimentado (2), lo cual nos lleva como de la mano (y mucho mejor que el texto de San Pablo, que no lo califica más que de *audición*) a sospechar y presumir que se trata del conocimiento intuitivo de Dios, como en el caso del Apóstol.

Consecuencias.—Vengamos ya a los corolarios marianos. Santa Teresa fué favorecida por Dios con visiones admirables del Cielo, visiones que pueden con honor ponerse en parangón con la de San Pablo; visiones en que vió en el Cielo «multitud de ángeles con el Señor de

(1) *Autob.*, cap. 38.

(2) Cr. Isabel de Santo Domingo, Proceso de Zaragoza, P. Felipe Martín, «Santa Teresa y la Ord. de Pred.», págs. 95-96.

ellos» (1) y el Trono de Dios, representado por San Juan en el Apocalipsis (2), la Santísima Trinidad (3), la Humanidad de Cristo (4), otros cuerpos glorificados (5) y «otras muchas cosas» (6). En fin, como ella dice: «Parece que le ha querido el Señor mostrar algo de la tierra adonde ha de ir, como llevaron señas los que enviaron a la tierra de promisión los del pueblo de Israel (*Num. XIII, 18 24*) para que pase los trabajos de este camino tan trabajoso, sabiendo adonde ha de ir a descansar» (7). Juntando todos estos datos, y el tiempo que a veces duraba de una hora (8) y de dos horas (9) la visión del Cielo, cabe afirmar que Santa Teresa vió algunas veces en el Cielo a la Madre de Dios, tal como allí se encuentra, como Reina coronada, Mediadora entre Jesús y los hombres, y Dispensadora de todas las gracias.

Y como esto es lo que designamos por el misterio de la Coronación de Nuestra Señora, se saca de aquí que Teresa tuvo altísimo conocimiento de este misterio mariano, y, por lo mismo, encumbradísima devoción a la Virgen santísima aun bajo este aspecto.

Intercesión de la Virgen.—Puesto que la gran Doctora mística estaba bien persuadida de lo que es y significa el misterio de la Coronación de la Santísima Virgen, no es extraño que recomendara recurramos a la misericordiosa y poderosísima intercesión de Nuestra Señora en

(1) *Morad.* VI, cap 5.

(2) *Autob.* cap. 39 (*Apocal.* IV. 6 8.)

(3) *Relac.* V.—*Autob.* cap. 39 y 40.

(4) *Autob.* cap. 28 y 38.

(5) *Autob.* cap. 28.

(6) *Morad.* VI, cap. 5.

(7) *Morad.* VI, cap. 5.

(8) *Autob.* cap. 38.

(9) *Autob.* cap. 39.

todas nuestras necesidades, por ser Ella nuestro mayor apoyo y amparo, después de Dios Nuestro Señor.

»Fácilmente (dice) estas almas [de las primeras Moradas] son vencidas, aunque anden con deseos de no ofender a Dios, y hagan buenas obras. Las que se vieren en este estado, han menester acudir a menudo, como pudieren, a Su Majestad, tomar a su bendita Madre por intercesora, y a sus Santos» (1). Y ella, la gran Santa, aunque no se encontraba en las primeras Moradas, sino en las más altas, recordando sus pecados pasados e infidelidades presentes, apela a la misericordia de Dios y de la Santísima Virgen, diciendo (2): «Válame la misericordia de Dios, en quien yo he confiado siempre por su Hijo sacratísimo, y la Virgen nuestra Señora, cuyo hábito, por la bondad del Señor, tengo.»

Finalmente, hablando de las almas que han llegado a la oración de unión, asienta como principio general, y como regla para todas las almas, el recurso a la intercesión y mediación omnipotente de María Santísima (3): «¡Oh, Jesús mío! ¡Qué es ver un alma que ha llegado aquí, caída en un pecado, cuando Vos por vuestra misericordia la tornáis a dar la mano, y la levantáis!... Aquí es el no osar alzar los ojos; aquí es el levantarlos para conocer lo que os debe; aquí *se hace devota de la Reina del Cielo*, para que os aplaque; aquí invoca los Santos que cayeron, después de haberlos Vos llamado, para que la ayuden.»

IV

Devoción práctica.—La imitación de las virtudes del Santo, a quien profesamos particular amor, es una de las

(1) *Morad.* I cap. 2. n. 12.

(2) *Fundac.* cap. 28. n. 17.

(3) *Autob.* cap. 19. n. 5.

cualidades más recomendadas por los autores ascéticos, tratándose de piadosas devociones. Veamos, por tanto, este aspecto notabilísimo de la devoción de Santa Teresa a la augusta persona de la Madre de Dios.

Así como el Salvador, ea orden a las virtudes, tenía por costumbre y ley el *practicarlas* Él primeramente, y después enseñarlas (1), la misma ley observó su predilecta Esposa, Teresa, comenzando por imitar prácticamente las virtudes de la Santísima Virgen, y pasando luego a las exhortaciones teóricas y altruistas.

Imitación práctica. — Haría falta un gran volumen para explicar debidamente a cuán alto grado llegó Teresa de Jesús en la imitación de las virtudes de la serenísima Reina de los Ángeles.

De la *fe* de la Santísima Virgen, dijo Santa Isabel: «Bienaventurada tu (María) que has creído» (2). Esta virtud, que es el fundamento de todas, en qué grado la poseyó Teresa de Jesús, no es fácil conocer. Como escribe su primer biógrafo, para formarnos alguna idea elevada de su fe, «bastaría decir que jamás tuvo tentación ninguna contra ella; que así el primer monasterio que fundó, como los demás, los fundó para el aumento de la fe, y para que se hiciesen siempre en ellos oraciones y ayunos y penitencias, por los que pelean contra los herejes, y vuelven por la santa fe católica. Era su fe tan grande que la parecía que contra todos los luteranos se pusiera a hacerles entender que iban errados. Decía que las cosas de la fe, mientras menos las entendía, más las creía y mayor devoción la hacían (3), y que se regalaba mucho en no entenderlas, y esto la recogía más. Era grande el consuelo que su alma sentía cuando

(1) *Act. Ap.* I 1. «Coepit Jesus facere et docere».

(2) S. Luc. I. 45 «Et beata tu quæ credidisti».

(3) Ribera. *Vida.*, lib. 4, cap. 9.

consideraba que era hija de la Iglesia [esto es, que tenía la santa fe católica] como lo mostró bien en el artículo de muerte repitiéndolo muchas veces.»

Con ocasión de la fe escribe ella misma las siguientes festivas palabras: «Iban a mí con mucho miedo a decirme que andaban los tiempos recios, y que podría ser me llevasen a la Santa Inquisición, levantándome algo. A mí me cayó esto en gracia, y me hizo reír, porque en este caso jamás yo temí, que sabía bien de mí, que en cosa de la fe, contra la menor ceremonia de la Iglesia, que alguien viese yo iba contra ella, o por cualquier verdad de la Sagrada Escritura, pasara yo mil muertes.

Práctica de la esperanza.—De la virtud de la esperanza y confianza en Dios que tuvo la Santísima Virgen María, baste recordar cómo en diciéndole el Angel que de sus virginales entrañas nacería el Hijo de Dios, por virtud del Espíritu Santo, la Santísima Virgen se sosegó, sin que tantos imposibles de ser virgen y ser madre, y madre de Dios, turbaran su absoluta confianza en Dios. Y cuando San José andaba turbado, con propósitos de abandonarla, por ignorar el misterio de la Encarnación, la Virgen se fió tanto de Dios, de que si convenía, Dios pondría a José al corriente del extraño y sobrenatural fenómeno, que Ella no le dijo absolutamente nada. Y en la huida a Egipto y en todas sus grandes necesidades, vivía tranquila, apoyada en la confianza. Y en las bodas de Caná, aunque Jesús contestó en sentido negativo, María esperaba obtener el milagro de la conversión del agua en vino, y así sucedió.

Santa Teresa, a su vez, también se aventajó muchísimo en esta virtud. Estaba tan firme en que Dios no podía faltar a quien le sirve, y en que sus promesas jamás faltarán, que no podía temer la pobreza, y se afli-

(1) *Autob.*, cap. 33.

gía mucho cuando le decían que era menester que las monjas llevasen dote, o que los monasterios tuviesen renta. De las ayudas del mundo se reía y desconfiaba, diciendo que eran como unos palillos de romero seco, que en echando algún peso encima, luego se quiebran; sólo se fiaba de Dios y de los amigos de Dios. Cuando comenzó la obra de acomodar la iglesia del primer monasterio, no tenía en su poder más que una blanca, y con todo, fiándose de Dios, la llevó a cabo. Al salir de Avila a la fundación del segundo monasterio, para dejarlas acomodadas de huerta y casa, no dudó en adeudarse (fiada en Dios) en nueve mil reales. Cuando entró en Sevilla a fundar, no llevaba más que una blanca, no conociendo a nadie que la ayudase; pero no por eso desmayó, ni desconfió de Dios. De la posesión del Cielo, en muriendo, estaba tan cierta y segura, que por eso exclamaba:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida *espero*,
Que muero porque no muero.

Caridad.—¿Quién podrá hablar dignamente de la caridad de la Madre de Dios y Madre de los hombres? No hay lengua humana que lo pueda hacer dignamente. Baste recordar que amó tanto a Dios, que por su amor no temió estar al pie de la Cruz, y amó tanto a los hombres, que ofreció y entregó su Hijo a la Justicia divina por la salvación del humano linaje.

También Santa Teresa fué prototipo del amor a Dios y a los hombres. En la vida de Sor Gertrudis María de Angers, alma extraordinaria de nuestros días, se lee que, pidiendo Sor Gertrudis a Nuestro Señor el amor de Dios que tuvo Santa Teresa, Nuestro Señor le enseñó un horno encendidísimo, y la dijo: «Gertrudis, ¿te atravesarías a vivir en ese horno? No, Señor. Pues así era el

amor de Teresa» (1). Tanto amó, que tuvieron que bajar del Cielo los serafines a transverberar su corazón. Del amor y caridad, según Dios, que tuvo para con los hombres, están llenos de ejemplos todas las biografías teresianas. Ella fué la que mandó vender todo, hasta los libros, si era menester, para acudir al socorro y consuelo de los enfermos. Ella fué la que nos enseñó aquella sublime sentencia (2): «La más cierta señal, que a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas (amor de Dios y del prójimo), es guardando bien la del amor del prójimo, porque, si amamos a Dios, no se puede saber; mas el amor del prójimo, sí. No penséis que el aliviar al prójimo de algún trabajo no ha de costar algo... Mirad lo que le costó al Esposo el amor que nos tuvo...»

La Iglesia llama a la Madre de Dios «Virgen prudentísima» (*Virgo prudentissima*), y con razón, porque, como dice San Ambrosio, todo lo hizo María en tiempo y lugar oportuno y en el grado y modo más convenientes.

De Santa Teresa de Jesús también dice la Iglesia en el Introito de la Misa que Dios le concedió una prudencia grande sobremanera (3). Y, en efecto, uno de los milagros morales que más ha llamado la atención de todos los que se han puesto de propósito a estudiar la vida de la inclita Reformadora del Carmen, ha sido su rara y extraordinaria prudencia y tacto en todos los negocios. En alguna manera se oponen la gran ciencia especulativa y el sentido práctico, como lo vemos experimentalmente comprobado en gran número de sabios; pero en Santa Teresa no reñían la más profunda

(1) *Une mystique de nos jours*. Anvers (1919). § 195.

(2) *Morad.*, V, cap. 8.

(3) *Introit.*, Miss, 15 Oct. "Dedit ei Dominus sapientiam prudentiam multam nimis".

ciencia con la prudencia y tacto práctico más exquisito.

Práctica de la justicia.—Jesús dijo a San Juan Bautista: «Conviene que nosotros cumplamos toda justicia» (1). A esta regla se atuvieron Jesús y María, observando, no solamente los preceptos del Decálogo, obligatorios a todos, sino también sujetándose a las prescripciones de la ley mosaica, que solamente se referían a los pecadores, como, por ejemplo, la ley de Circuncisión, la Purificación a los cuarenta días y otras semejantes.

También se pareció en esto a su divina Madre nuestra Doctora mística, porque no contenta con guardar los mandamientos de Dios y de la Iglesia, se obligó a guardar los consejos evangélicos que las Carmelitas Calzadas observaban; y tampoco se satisfizo con esto, y se comprometió a guardar la Regla primitiva del Carmen en todo su rigor, y a esto añadió la guarda de unas Constituciones austerísimas que ella compuso para las Carmelitas Descalzas. Y todas estas observancias las observaba tan puntualmente, que afirma la Santa «que por muy poca imperfección que me dijeran era (lo que hacía) mil monasterios me parece dejara, cuanti más uno» (2).

Y todavía no se contentó con todo esto, y pareciéndole nada todo ello, hizo voto de practicar siempre y en todo lo más perfecto; justicia y perfección es ésta que infunde pavor aun a los colosos en la virtud.

Práctica de la fortaleza.—Ponderan los sagrados expositores aquellas palabras del Evangelista: «Estaba

(1) S. Mat., III, 15: «Sic, enim. decet nos implere omnem justitiam».

(2) *Autob.*, cap. 36.

(3) S. Juan, XIX, 25: «Stabant juxta crucem Jesu mater ejus...»

de pie junto a la Cruz, su madre (María)», y dicen que esa postura firme y erguida, en circunstancias tan terribles, prueban la fortaleza tan inquebrantable de la Virgen Santísima.

Pues bien, la Santa Iglesia reconoce que Dios Nuestro Señor otorgó a Teresa un corazón tan noble, generoso, esforzado y grande, cuan grande y espacioso es el lecho arenoso del mar (1). Se admiraron sus contemporáneos de tanto valor y fortaleza, y hasta ella misma (con ser humildísima) reconoce en sí ánimo más que de mujer, y hoy, contemplando sus proezas, a cuatro siglos de distancia, nos parecen increíbles, por lo grandes e inusitadas.

Práctica de la templanza.—De la Virgen sacratísima, dice San Ambrosio, que su abstinencia y templanza era tal en sueño, comida y demás regalos corporales, que justamente llegaban los alivios corporales a lo preciso para vivir. Si pasamos la consideración a Santa Teresa veremos en ella una copia fiel de la Virgen Santísima. Con estar siempre enferma, eran tan recias sus disciplinas, tan continuados sus ayunos, tan horribles los cilicios, tan corto el sueño, tan largas las vigiliias y tan excesivo el trabajo, que todos cuantos la conocían, lo tenían por cosa de milagro. Y lo asombroso es que, recordando ella las penitencias de la Virgen Catalina de Cardona, de San Pedro de Alcántara y de otros, de tal manera se persuadía de que vivía con regalo y de vicio, que lloraba desconsolada porque no la permitían los confesores hacer más penitencia. Por lo cual, no una, sino varias veces tuvo que consolarla Nuestro Señor Jesucristo (2), llegando hasta darle la colación con sus divinas manos.

(1) *Introit.* Missae 15 Oct: «Dedit ei Dominus... latitudinem: cordis, quasi arena quae est in littere maris».

(2) *Relac.* XXVI (al. XI).

Práctica de la pureza.—Aunque en las siete virtudes precedentes van incluidas todas las teologales y morales suficientemente, en tratándose de la Virgen Santísima y de Santa Teresa es imposible pasar por alto otras dos: la pureza y la humildad.

Es inútil hablar de la pureza de María Santísima. Prefiere la virginal pureza a la Maternidad divina, como se lo manifestó al Ángel. Por eso llama a María la Iglesia: «Madre purísima, Madre castísima, Madre inviolada, Madre incorrupta, etc.

A Santa Teresa llamaron sus contemporáneos «Vaso de pureza» (1), porque, no sólo era ella castísima, sino que comunicaba pureza a cuantos la trataban. Exhalaba un aroma celestial, como si fuera cuerpo glorificado, y por su pureza inefable la corrupción del sepulcro respetó a su inocente cuerpo, porque no convenía que ya muerto se sujetase a las leyes de la materia el que en vida vivió como los espíritus angélicos; y, lo que es más, durante varios siglos, de ese cuerpo muerto ha manado un aceite o bálsamo de tan celestial fragancia, que daba a entender claramente que Teresa de Jesús fué un ángel disfrazado de mujer.

Práctica de la humildad.—La Santísima Virgen dice categóricamente en el «Magnificat» que Dios obró en Ella tan grandes maravillas, como todos sabemos, porque miró su humildad (2). Ciertamente, fué humildísima la que invitada a dar el consentimiento para ser Madre de Dios, respondió al Ángel: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (3).

(1) Cfr. Isabel de Santo Domingo. Informac. de Avila. Cfr. Padre Felipe Martín «Santa Teresa y la Orden de Predic», pág. 94-97.

(2) S. Luc. I. 46. «Magnificat anima mea Dominum... quia respexit humilitatem ancillae suae... fecit mihi magna qui potens est».

(3) S. Luc. I. 38 «Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum».

Pues, una cosa análoga podemos decir de la gloriosa Madre Teresa de Jesús. En todas las virtudes tuvo gran cuidado, pero, en particular en la humildad, porque, como ella escribe: «Mientras estamos en esta tierra, no hay cosa que más nos importe que la humildad» (1). «Todo el cimiento de este edificio espiritual es humildad, y si no hay ésta muy de veras, aun por vuestro bien, no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé con todo en el suelo» (2). De lo mucho que Dios concedió a Teresa, esto es, de la altura de su edificio espiritual, podremos en buena lógica, conforme nos han enseñado la Virgen Santísima y ella, conjeturar lo profundísimo de su humildad. Su Autobiografía no envidia a las Confesiones de San Agustín en esa cualidad. Los libros de Santa Teresa seducen por mil cualidades y excelencias que en ellos campean, pero ante todo, y sobre todo, arrastran y seducen por la suma sencillez y humildad inefable que en ellos se palpa. Teresa fué robadora de corazones, y, ciertamente, tenía muchas dotes para ello; mas, la que primera y más fuertemente cautivaba era su extrema ingenuidad sencillísima y humilde, con humildad no afectada ni estudiada, sino espontánea, suave y perfecta.

Teoría de la imitación. — Después de haber imitado con todas sus fuerzas a la Madre de Dios, se puso Teresa a recomendar esta imitación de las virtudes de Nuestra Señora a todo el mundo, en especial a sus hijos y devotos.

En los Conceptos. — Explicando aquellas palabras del sagrado libro de los Cantares: «Metióme el Rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad», escribe la gran Doctora: ¡Oh secretos de Dios! Aquí no hay más de

(1) *Morad.* I. cap. 2.

(2) *Morad.* VII. cap. 4.

rendir nuestros entendimientos, y pensar que para entender las grandezas de Dios, no valen nada. Aquí viene bien el acordarnos, cómo lo hizo la Virgen Nuestra Señora, con toda la sabiduría que tuvo, y cómo preguntó al Angel: «¿Cómo será esto?» En diciéndole: «El Espíritu Santo sobrevendrá en ti, la virtud del muy Alto te hará sombra», no curó de más disputas; como quien tenía tan gran fe y sabiduría, entendió luego, que, en entreviniendo estas dos cosas [a saber, el Espíritu Santo y la virtud del muy Alto] no había más que saber, ni dudar. No como algunos letrados, que no les lleva el Señor por este modo de oración, ni tienen principio de espíritu, que quieren llevar las cosas por tanta razón y tan medidas por sus entendimientos, que no parece sino que han ellos con sus letras de comprender todas las grandezas de Dios. ¡Si aprendiesen algo de la humildad de la Virgen sacratísima!» (1). De manera que en un solo párrafo pondera nuestra Santa la prudencia, la humildad y la sabiduría de la Virgen Santísima.

En las palabras que dice a continuación aplica a Nuestra Señora todo lo bueno que hay en el libro de los Cantares (2): «¡Oh, Señora mía, cuán al cabal se puede entender por Vos lo que pasa Dios con la Esposa, conforme a lo que dice en los Cánticos! Y así lo podéis ver, Hijas, en el Oficio que rezamos de N.^a Señora cada semana, lo mucho que está dellos en antífonas y lecciones.»

En el Camino de Perfección.—En el *Camino de Perfección* insiste sobre la imitación de las virtudes de la Virgen (3): «Parezcámonos, Hijas mías, en algo (dice) a la gran humildad de la Virgen sacratísima, cuyo hábito

(1) *Concep.* cap. VI.

(2) *Ibid.*

(3) *Cam. de Perf.*, cap. XIII.

traemos, que es confusión nombrarnos monjas suyas, que por mucho que parezca que nos humillamos, quedamos bien cortas para ser Hijas de tal Madre.»

En las Fundaciones.—En las *Fundaciones* vuelve a proponer a la Virgen Santísima como dechado perfecto, al que sus monjas deben imitar (1): «Plega a N.^a Señora, Hermanas, que nosotros hagamos la vida como verdaderas Hijas de la Virgen y guardemos nuestra profesión.»

En las Moradas.—En las *Moradas* las exhorta a lo mismo patéticamente con el ejemplo de David y Salomón (2): «No tenéis para qué os afrentar de que sea yo ruin, pues tenéis tan buena Madre [como es la Virgen]. Imitadla y considerad qué tal debe ser la grandeza desta Señora y el bien de tenerla por Patrona... Mas, una cosa os aviso: que no por ser tal [la Virgen] y tener [nosotras] tal Madre, estéis seguras [si no la imitáis]; que muy santo era David y ya véis lo que fué Salomón.»

V

Devoción consumada.—El parecido.—La imitación es un medio que se emplea para que el imitador venga a ser parecido o semejante al original, esto es, al imitado, que se ha tomado por modelo. Por eso, en las obras de arte, en los pintores, músicos, oradores, poetas, novelistas, etc., suelen fácilmente adivinar los peritos o críticos sagaces a qué escuela pertenece o a qué maestros sigue la persona en cuestión.

Esta ley del parecido o semejanza es muy del agrado de Dios Nuestro Señor. Por eso, al crear al hombre

(1) *Fundac.*, cap. XVI, n. 5.

(2) *Morad.*, III, cap. 1, n. 4.

le hizo a su imagen y semejanza (1); y San Pablo enseña que «a los que (Dios) conoció en su presencia, a estos también predestinó para ser hechos conformes a la imagen de su Hijo» (2). En el orden sobrenatural este parecido o semejanza se obtiene por medio de la gracia de Dios y por nuestra cooperación.

Vengamos, pues, a Teresa de Jesús, y miremos un poco qué parecido tan grande llegó a tener con la Virgen Santísima, parte por haberse empeñado en imitar sus virtudes, parte porque plugo al Cielo concederle graciosamente ciertos rasgos de conformidad con María.

Divinas Personas.—María tuvo especialísimas relaciones con las tres divinas Personas. También las tuvo Santa Teresa. De sus íntimas relaciones con el Hijo y con el Espíritu santo, hemos tratado antes. De cuán especialísima y regalada Hija era del Eterno Padre nos indica ella, cuando escribe: «Quedéme yo en la oración que trayo de estar el alma con la Santísima Trinidad, y parecíame que la Persona de el *Padre* me llegaba a Sí, y decía palabras muy agradables. Entre ellas me dijo (el Padre) mostrándome lo que me quería: Yo te di a mi Hijo y al Espíritu Santo y a esta Virgen» (3). De manera que Santa Teresa tuvo, como la Santísima Virgen estrechas relaciones con la Santísima Trinidad en común, y con cada Persona divina por separado.

San José.—Después de las mencionadas relaciones divinas, la Virgen Santísima las tuvo muy grandes con el glorioso Patriarca San José, por ser su Esposo. También son célebres y del dominio público las que tuvo con él Santa Teresa de Jesús.

(1) Genes., I, 27: "Creavit Deus hominem ad imaginem et similitudinem suam".

(2) Rom., VIII, 29: "Quos praecivít, et praedestinavit conformes fieri imaginis Filii sui".

(3) *Relac.* XXV,

Virgen y Madre.—María Santísima fué Virgen y Madre a la vez. Santa Teresa fué virgen purísima, que hasta naturalmente aborrecía (como ella confiesa), y a la vez, por privilegio especial, ha sido condecorada por la Iglesia (1) con el hermosísimo título de *MATER spiritualium*, MADRE de todas las personas espirituales.

La Virgen Santísima fué «*sedes sapientiae*», trono o asiento de la sabiduría, esto es, *Doctora*. Santa Teresa, por privilegio especial, no concedido a ninguna otra de su sexo, es la Doctora mística por excelencia, afirmando la Iglesia (2) que Dios le concedió sabiduría altísima sobrenatural.

Apostolado.—La Madre de Dios es llamada Reina de los Apóstoles, porque ella los cuidó y animó después de la muerte de su Hijo, y además porque tenía un celo de la gloria de Dios verdaderamente apostólico y más que apostólico. Santa Teresa, a su vez, fué la heredera de aquel Fundador insigne de la Orden Carmelitana, San Elías (3), cuyo celo era tan grande y tan apostólico, que pudo exclamar que el celo de la gloria del Dios de los Ejércitos le consumía (4). Santa Teresa creó la Reforma del Carmen para que sus monjas con incesantes austeridades, oraciones y penitencias sirvan de alivio y apoyo a todos los varones apostólicos, empezando por los de su Orden.

Patriarcas.—La Santísima Virgen es Reina de los

(1) La Inscripción de la estatua de Santa Teresa en la Basílica de San Pedro, en Roma.

(2) *Introit. Missae*: "Dedit ei Dominus sapientiam... multam nimis".

(3) *Fundac.*, cap. XIV.—Poesías, § X.—Ribera, *Vida*, lib. 2, cap. 2.—Praef. B. V. M. de Monte Carmelo (1919), Praef. e. S. P. N. Elcae (1919), etc.

(4) Reg., 19-14: "Zelo Zelatus sum pro Domino Deo exercituum".

Patriarcas, porque engendró con la ayuda del Espíritu Santo hijos e hijas espirituales, habiendo sido Ella el sostén de la Iglesia después de la subida de Cristo al Cielo. Santa Teresa, por privilegio exclusivo en el sexo femenino, fué como Patriarca, mejor dicho, Matriarca insigne de Hijas y de Hijos espirituales, cuales son los frailes y monjas del Carmelo reformado.

Profetas.—A la Madre de Dios proclama la Iglesia Reina de los Profetas. Santa Teresa fue dotada abundantemente del espíritu y luz de profecía, como se puede ver en sus libros que están salpicados de grandes y extraordinarias predicciones, señaladamente sus *Relaciones* y los últimos capítulos de la Autobiografía. A los Carmelitas llaman la Biblia y los Papas *Hijos e Hijas de los Profetas* («filii prophetarum»); pues, ¿cómo llamaremos a Teresa, la más excelsa Carmelita, después de sus Fundadores, los grandes Profetas de Dios, Elías y Eliseo, sino la Reina de las profetisas, después de la Madre de Dios?

Mártires y Confesores.—Proclaman todos a la Virgen Santísima Reina de los Mártires y Confesores; porque tuvo ambas prerrogativas en grado eminentísimo. Fué austerísima y santísima como los *Confesores*, y, a la vez, aunque no derramó de hecho su sangre por la fe de Cristo, como los *Mártires*, estuvo muy dispuesta a ello, y padeció física y moralmente más que todos los mártires. También Santa Teresa fué del grupo de los santos *Confesores* de hecho; pero, de intención y de ánimo fué como los Mártires, como se vió siendo aún niña, que emprendió el viaje a Marruecos «*Christium datura aut sanguinem*», como canta la Iglesia, esto es, para obligar a los moros a que aceptasen la fe de Cristo o sufrir allí martirio y derramar su sangre, si se obstinaban en no creer. Además, buen martirio tuvo que padecer cada vez que el ángel, con dardo de oro, atravesaba y trasver-

beraba física y moralmente su corazón enamorado.

Muerte. — Murió María víctima del amor. También, Teresa, como la Iglesia lo dice en su Oficio, murió más bien por exceso de amor de Dios, que por enfermedad corporal (1).

Incorrupción. — La Santísima Virgen quedó incorrupta en el sepulcro y también el cuerpo virginal y purísimo de la gran Doctora ha merecido los mismos honores.

Cielo. — La Madre de Dios fué trasportada al Cielo en cuerpo y alma, y Teresa fué también arrebatada al Paraíso, como San Pablo, sin poder discernir si fué en cuerpo o con cuerpo.

«*Beatam me dicent*». — Finalmente, la Virgen Santísima profetizó, que, después de su muerte, la proclamarían bienaventurada todas las generaciones (2), como así se ha cumplido; y también Santa Teresa de Jesús es venerada de siglo en siglo por todos los países católicos y hasta por muchos hombres no católicos, y cada día tiene más fervorosos y entusiastas panegiristas y devotos.

Vida en Cristo. — Todavía no hemos dicho lo principal acerca del parecido que tuvo en su vida interior Santa Teresa con la Madre de Dios.

Dos textos sagrados pueden condensar toda la vida interior de la Virgen Santísima. Mientras tuvo presente a su divino Hijo, la Virgen no hacía otra cosa que tener inefables coloquios con Jesús o meditar en silencio las confidencias de Jesús: «*Maria conservabat omnia verba haec, conferens in cordo suo*» (Luc. II. 19). Desde que Cristo murió y subió a los cielos, la Virgen Santísima, la

(1) *Cfr. Brev. Intolerabili igitur divini amoris incendia potius quam vi morbi, Albae, praenuuntiato suae mortis die, sub colum bea specie, purissimam animam Deo reddidit.*

(2) Luc. I. 48. «*Beatam me dicent omnes generationes.*»

divina Raquel, con una nostalgia infinita, lloraba, suspiraba por morir, y muriendo unirse con su divino Hijo, que valía más que todos los hijos de los hombres: «Vox in Roma audita est, ploratus et plulatus multus; Rachel plorans filios suos, et nohuit consolari quia non sunt» (Mat. II. 18. Jerem. XXXI. 15).

Guardada la debida proporción, lo mismo aconteció a N. S. M. Teresa de Jesús. En los días en que Jesús, su divino Esposo, se dejaba sentir en su alma, su *vida*, según frase del Apóstol, se deslizaba tranquila «*escondida con Cristo en Dios*» (1). Como dice un escritor moderno: «El sentimiento y convicción profunda de relación personal e íntima con Cristo dominan como idea principal en la vida y escritos de ésta [gran Doctora]. Tal como ella nos describe su vida activa y contemplativa, aparece cual si fuera un coloquio, o, por lo menos, un monólogo que las más de las veces termina en un diálogo ternísimo con Jesús. Por eso le repugna todo camino que no sea éste, de donde nos viene todo el bien; y aun en las cimas más altas de la contemplación, no se aviene a prescindir de la sagrada Humanidad. (*Autob.* XII, XXII, XXIV). La oración para ella es un trato de amistad con el Señor (esto es, con Jesús), es el agua que riega el jardín del alma, y hace en ella crecer las flores de las virtudes con que Él se regala (*Autob.* XI et passim); es ir pasando de Morada en Morada, y bajo la guía de Jesús, hasta llegar a aquella donde Él habita con toda su majestad y dulzura, y en la cual se comunica a torrentes al alma fiel. Al enseñar todo esto, no hacía más que decirnos lo que ella por experiencia había visto, y mostrarnos ya conseguido el objetivo de toda

(1) Colos. III, 3. «Vita vestra est abscondita cum Christo in Deo».

su vida, que fué *vivir con Jesús*» (1). Esto es: «vivir escondida con Cristo en Dios». (Colos. III, 3).

Todo esto pertenece a la fase gozosa y gloriosa de la Santa, que viene a ser una reproducción fiel de la vida de la Santísima Virgen: *vivir con Jesús*. Pero, tal vez, se parecía más a la Madre de Dios, en las inefabes nostalgias por morir e ir a ver a Nuestro Señor, cuando Este se ausentaba, se escondía o desaparecía de su alma.

Nostalgias teresianas. — Para los literatos, *nostalgia* es la dolencia causada por la ausencia de un sér amado. Según esto, si algún alma ha padecido nostalgias celestiales, después de la Madre de Dios en su viudez, ha sido Santa Teresa.

Esta gran Doctora describe y define las nostalgias por la ausencia de su Dios, de su Jesús, en los siguientes términos: «Es una memoria que viene de presto de que está *ausente* de Dios, de alguna palabra que vaya a esto. Es tan poderosa esta memoria y de tanta fuerza algunas veces, que en un instante parece que desatina, como cuando se da una nueva de presto muy penosa, que no sabía, o un gran sobresalto, que parece quita el discurso a el pensamiento para consolarse, sino que se queda como asorta... Ello es que parece que todo lo que el alma entiende entonces es para más pena, y que no quiere el Señor que todo su ser le aproveche de otra cosa, ni acordarse es su voluntad que viva; sino parécete que está en una tan gran *soledad* y desamparo de todo, que no se puede escribir. Porque, todo el mundo y sus cosas le dan pena, y que ninguna cosa criada le hace compañía, ni quiere el alma sino al Criador, y esto vélo imposible si no muere; y como ella no se ha de matar, muere por morir, de tal manera, que verdaderamente

(1) R. P. Claudio de Jesús Crucificado. C. D. *Monte Carmelo*, 1922, pág. 179.

es peligro de muerte, y vése como colgada entre Cielo y Tierra, que no sabe qué se hacer de sí. Y, de poco en poco, dale Dios una noticia de sí, para que vea lo que pierde, de una manera tan extraña, que no se puede decir; porque ninguna hay en la tierra, a lo menos de cuantas yo he pasado, que le iguale. Baste (decir) que de media hora que dure, deja tan descoyuntado el cuerpo, y tan abiertas las canillas, que aun no quedan las manos para poder escribir, y con grandísimos dolores. De esto ninguna cosa siente hasta que se pasa aquel ímpetu: harto tiene que hacer en sentir lo interior, ni creo sentirán grandes tormentos. Y está con todos sus sentidos, y puede hablar, y aun mirar; andar no, que la derueca el gran golpe de el amor... A ser muy a menudo, poco duraría la vida... Olvideme de decir que casi siempre no se quitan aquellos ímpetus grandes [o sea los traspasamientos dolorosos] si no es con un arrobamiento y regalo grande de el Señor, adonde consueta el alma y la anima para vivir por El» (1). María Santísima, traspasada de dolor en la Pasión, recibió este regalo grande, que la consoló, el día de Pascua, al rayar el alba.»

Véante mis ojos.—Corría el año de 1571, y Santa Teresa se hallaba en Salamanca, convento fundado hacía cosa de un año. Una novicia, la Hermana Isabel de Jesús, acertó a cantar en la recreación de la tarde del día de Pascua de Resurrección los siguientes cantarcillos, compuestos en otra ocasión por la Santa Madre:

Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno,
Véante mis ojos,
Muérame yo luego;
Porque si te viere,

(1) *Relac. V.* (En la edic. econ., *Relac. IV.*)

Veré mil jardines,
 Flor de serafines.
 Jesús Nazareno,
 Véante mis ojos,
 Muérame yo luego.

.....
 Véome cautiva
 Sin tal compañía,
 Muerte es la que vivo,
 Sin vos, vida mía.

.....
 ¿Cuándo será el día
 Que alcéis mi destierro?
 Véante mis ojos,

.....
 Muérame yo luego.
 No quiero contento,
 Mi Jesús ausente,
 Que todo es tormento
 A quien esto siente.
 Sólo me sustente
 Tu amor y deseo,
 Véante mis ojos,
 Muérame yo luego.

«Estando en la recreación (escribe la citada novicia) canté una letra que trataba de lo que siente un alma el ausencia de su Dios, y estándola cantando, se quedó arrobada entre las demás religiosas. Y habiendo esperado un rato, como no volvía en sí, la llevaron tres o cuatro a la su celda en peso; que lo que allá pasó no lo sé; sólo que la vi salir al otro día, después de comer, de su celda, y parece que estaba todavía absorta, y como fuera de sí» (1).

Prosigue el P. Fray Diego de Yepes, jeronimiano, célebre biógrafo de nuestra Santa, el hilo de la histo-

(1) Isabel de Jesús en las *Informac.* para los *Beatif.*, hechas en Salamanca.

ria, diciendo (1): «Estando en la fundación de Salamanca, pasado el primer año de aquella fundación, cantaron una Pascua, un cantar, que dice: «Veánte mis ojos...». Con estas coplas, como la tocaron en lo vivo. porque la tocaron en la muerte que ella tanto deseaba para ver a Dios, quedó tan sin sentido, que la hubieron de llevar como muerta a la celda, y acostarla. El siguiente día andaba también como fuera de sí. Lo que la Santa Madre Teresa sintió entonces, escribió otro día a un confesor suyo... Estando con estos ímpetus, hizo la Santa unas coplas, nacidas de la fuerza del fuego, que en sí tenía, significando su llaga, y su sentimiento, que por ser muy devotas me pareció ponerlas aquí:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

.....
.....
.....

Y copia las trece estrofas siguientes, que todos conocen, y añade: «Eran estos ímpetus y deseos de ver a Dios, y la pena de carecer de él tan grande, que, como ella confiesa, la enajenaba del sentido, porque era una manera de arrobamiento penal, que casi le quitaba todos los pulsos, y la ponía tan a las puertas de la muerte, que, como ella dice, creía que estas ansias de Dios, la habían de quitar la vida. Moría porqué vivía, y no podía valerse con la vida, y a su parecer hacía mucho en sufrirla, y así venía a tener en el mayor deseo la muerte, y en la mayor paciencia la vida. No podía sino pedir a Dios la muerte, porque no hallaba remedio en su vida.» Oid sus mismas palabras, hablando con la

(1) Yepes, *Vida...*, lib. 3, cap. 3.

vida: «Súfrote, porque te sufre Dios; manténgote porque eres suya. Vida, no me seas traidora ni desagradecida.»

¿*María o Teresa?* — En tal grado se parecieron las nostalgias de la Madre de Dios con las de su hija predilecta en días de amarga soledad y viudez mística, esto es, cuando su divino Esposo se ausentaba y escondía, que la mente se queda perpleja sin saber a quien de las dos conviene atribuir la paternidad literaria de las siguientes poesías: si caen mejor en labios y pluma de María, o en pluma y labios de Teresa; si son gemidos de la Madre de Jesús, o son ayes lastimeros de la Esposa de Jesús:

I

«¡Ay, qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!

— ¡Ay, qué vida tan amarga
Do no se goza al Señor!
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga.

— ¡Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero,
Que muero porque no muero!« (1)

.....

II

«Si el amor que me tenéis,
Dios mío, es como el que os tengo,
Decidme, ¿en qué me detengo?,
O Vos ¿en qué os detenéis?« (2)

.....

III

«¡Cuán triste, es, Dios mío,
La vida sin ti,

(1) Santa Teresa. Vol. VI, pág. 77-79. Poesías, § I.

(2) Ibid. pág. 84, § IV.

Ansiosa de verte
 Deseo morir.
 —Carrera muy larga
 Es la de este suelo,
 Morada penosa,
 Muy duro destierro.
 ¡Oh, Dueño adorado!
 Sácame de aquí,
 Ansiosa de verte,
 Deseo morir.
 —Mi alma affigida
 Gime y desfallece.
 ¡Ay! ¿Quién de su Amado
 puede estar ausente?
 —Acabe ya, acabe
 Aqueste sufrir,
 Ansiosa de verte
 Deseo morir“ (1).

Corolario. — En toda buena filosofía la semejanza es señal y efecto del amor. Si una persona se empeña en imitar y hacerse semejante a otra, es señal de que ama, venera, admira y estima mucho a ésta (2). Y pues Teresa de Jesús imitó tan de cerca a la Virgen Santísima, es señal y prueba clara de que profesó una devoción y admiración grandísima a la Reina del Cielo.

A su vez, la semejanza o el parecido motiva y causa estima y amor en el prototipo a favor de su imagen o copia; luego, la Santísima Virgen tuvo que amar mucho a Santa Teresa, ya que ésta llegó a asemejarse y parecerse muchísimo a tan augusta Señora.

(1) Ibid. pág. 86, § VII.

(2) Cfr. San Juan de la Cruz. Poesías. Romance VII:

“Que se haga semejante
 El amante a quien quería,
 Que la mayor semejanza
 Más deleite contenía“, etc.

VI

Devoción «real» de Santa Teresa a la Madre de Dios.— Dijimos que por devoción *real* o mediata a Nuestra Señora, entendíamos la que se muestra con obras, trabajando con denuedo a favor de las que directamente se ordenan al servicio y honra de la Santísima Virgen. Los obreros evangélicos que sudan en la viña del Señor, demuestran con obras, que no dejan lugar a dudas, que aman al Señor de la viña. Cuando Jesús quiso nombrar a San Pedro cabeza y Pastor de toda la Iglesia, preguntóle hasta tres veces, si le amaba, y habiendo respondido Pedro que sí, replicó el Salvador, apacienta mis ovejas y mis corderos, como diciendo: muéstrame con obras ese amor que dices tenerme, ahí tienes a mi Iglesia, que es mi Casa y mi Viña; en lo que por ella hicieres, darás fe de que realmente me amas. Pues bien, la Santísima Virgen tiene también su Casa y su Viña, que es la Orden del Carmen. Trabajar por la Orden, a sabiendas de que es la Orden y Casa y Viña de María Santísima, es la devoción *real* de que ahora tratamos, fruto de la *personal* que antes hemos considerado, y criterio infalible para apreciar el grado exacto de la verdadera devoción que Santa Teresa profesó a la Madre de Dios.

Por esto, el R. P. Ribera, con gran acierto escribe (1): «La devoción de Nuestra Señora... cuán grande haya sido (en Santa Teresa) cuando no hubiera más, se echa de ver en los monasterios que fundó que todos ellos eran del hábito y Orden de Nuestra Señora, y para gloria suya se hacían.»

Con esta sola indicación se abren de nuevo tan amplios horizontes al panegirista de la devoción mariana

(1) Ribera. *Vida de Santa Teresa*, lib. IV, cap. XIII.

de Santa Teresa de Jesús, que bien podemos afirmar que es poco lo de que hasta ahora nos maravillábamos, para lo que nos resta por admirar; porque, todo lo que dijo e hizo Teresa a favor de la Santísima Virgen, y cuanto la Santísima Virgen otorgó a su hija predilecta hasta aquí, comparado con la Reforma que llevó la Santa a cabo en nombre y con asistencia particular de Nuestra Señora es como una gota de agua respecto del mar, o como una cosa pintada respecto de la realidad, en fin, como el amor de palabras y de lengua en comparación del amor real y de obras.

Para declaración de esta segunda parte, debemos considerar tres puntos: que la Orden del Carmen es la Orden y Viña de María Santísima; que Teresa se daba perfecta y actual cuenta de ello; lo que nuestra Santa trabajó con este perfecto y cabal conocimiento a favor de la Orden de María, y por tanto, a favor de la misma Virgen María.

De cómo la Orden del Carmelo es la Viña, Heredad u Orden de María Santísima, augusta Madre de Dios.—En efecto, así lo proclaman solemnemente los Vicarios de Cristo. El Papa Sixto IV escribe (1): «Aquella mujer hermosísima, y adornada con las flores de todas las virtudes; aquella Virgen gloriosísima, que es Madre de Dios, y cuya hermosura excede a la del sol y de la luna, y de cuya intercesión se sirve el pueblo cristiano; aquella, en fin, que, por virtud inefable del Espíritu Santo,

(1) Sixtus IV. 28 Nov. 1476. Bulla "*Dum attenta meditatione*": "Virgo venustissima, et omniam virtutum floribus insignita, Virgo Dei Genitris gloriosissima, cujus pulchritudinem Sol et Luna mirantur cujusque precibus juvatur populus christianus, et quae florem preciosissimum, immarcescibilem et aeternum, Dominum N. Jesum Christum inefabili Spiritus Sancti cooperante virtute genuit: (ipsa) produxit sacrum Ordinem Beatae Mariae de Monte Carmelo".

engendró a la flor preciosísima, inmarcesible y eterna, esto es, a Nuestro Señor Jesucristo, esa misma Señora dió a luz a la sagrada Orden del Carmen.»

Y añade que: «Por eso la Sede Apostólica quiso que la predicha Orden del Carmen fuese condecorada y designada con el título o sobrenombre especial de Orden de la gloriosísima y siempre virgen María Madre de Dios» (1).

Y termina diciendo que publica la Bula presente, y otorga a los Carmelitas los privilegios que allí enumera (2): «para que los fieles veneren más y más a dicha Orden del Carmen en atención a la Santísima Virgen, cuya Orden es,»

El Papa Gregorio XIII repite casi con las mismas palabras lo que acabamos de oír de labios de Sixto IV. En efecto, dice (3): «Para que la lengua humana nunca cese de cantar las alabanzas a la gloriosísima Virgen María, que engendró al Autor de nuestra redención; y, antes bien, para que el santísimo nombre de María sea siempre piadosamente celebrado y venerado, creemos un deber el colmar con especiales gracias a la sagrada

(1) *Ibid.*: «Quem ejusdem gloriosissimae Dei Genitricis, semperque Virginis speciali titulo voluit insigniri».

(2) *Ibid.*: «Ut ob ejusdem Virginis reverentiam Ordo ipse a Christi fidelibus merito per amplius veneraretur..., dignum potius, quinimo et debitum reputamus,... ut quae,.. a quam plurimis Pontificibus Romanis, praedecessoribus nostris... emeruisse noscuntur, in sua firmitate persistent».

(3) Gregor. XIII (18 Sept. 1577). Bulla «*Ut laudes*»: «Ut laudes gloriosissimae Virginis Mariae referre quae salutis nostrae protulit Auctorem, lingua nunquam cesset humana, sed ejus sanctissimum nomem piâ devotioe celebretur, ac veneretur, Sacrum Ordinem sub invocatiene ejusdem Beatae Mariae de Monte Carmelo, quem eadem Virgo venustissima, et omnibus virtutum floribus insignita edidit, propriisque nominis titulo insignivit,... gratiâ nostrâ speciali complectendum esse, censemus».

Orden del Carmen, ya que dicha Orden fué engendrada o dada a luz por la misma susodicha Virgen hermosísima, y porque Ella fué la que dió a dicha Orden su mismo nombre por título o apellido.»

A este tenor pudieran citarse muchísimos Papas, desde León IV, que a mediados del siglo IX otorgó a todos los fieles cristianos que en las fiestas de la Virgen y en otros días del año (que él señala) visitaren las iglesias de la *Bienaventurada Virgen María* del Monte Carmelo, siete años y siete cuarentenas de perdón (1), hasta Pío XI. Pero no hay ninguna necesidad de ello, porque la Iglesia, Nuestra Madre, en el Oficio del día del Carmen declara: que desde los primeros días de Pentecostés los Carmelitas abrazaron el Cristianismo, veneraron a la Virgen con un afecto especial y edificaron una capilla en el Monte Carmelo a la Madre de Dios, y que desde entonces todos llaman a la Orden del Carmen la Orden de María, y a los Carmelitas, los Hermanos de la Bienaventurada Virgen María, y que los Romanos Pontífices, no sólo han confirmado este título y abolengo, sino que añadieron indulgencias a favor de aquellos que llaman a la susodicha Orden la Orden de María, a sus religiosos los Hermanos (o Hijos) de la Santísima Virgen (2). Y en la oración de ese día añade la Iglesia «que

(1) León IV, Papa (847-855) omnibus christifidelibus, qui ecclesias Beatae Mariae de Monte Carmelo hujusmodi in festis; a, Nativitatis Dominicae, Paschae, Apostolorum Petri et Pauli, Pentecostes: b, *Assumptionis, Nativitatis, Anunciationis Purificationis ejusdem Beatae Dei Genitricis Mariae...* et per octavas praedictorum festivitatum... devote vesitarent, septem annos et totidem quadragenas.

(2) Off. B. V. M. de Monte Carmelo: "Cum sacra Pentecostes die Apostoli... mira multa patrarent, viri plurimi, ut fertur, qui vestigiis sanctorum, Prophetarum Eliae et Elisei institerant., evangelicam fidem confestim amplexati sunt, ac peculiari quodam af-

Dios ha condecorado a la Orden del Carmelo con el título singular de Orden de la Beatísima y siempre Virgen y madre de Dios María» (1), de donde resulta que todos los testimonios conspiran a poner en evidencia el hermoso privilegio de la Orden Carmelitana, sin más diferencias que las siguientes: El Papa Sixto IV nos dijo que ese precioso título nos lo dió *la Iglesia*, en atención a que, según lo proclama la historia, la Orden del Carmen debe su origen y su existencia a María. Gregorio XIII nos ha dicho que fué la Virgen Santísima, Ella misma, la que nos engendró y dió el sobrenombre de Orden de la Virgen María, Madre de Dios. A la Iglesia (en el oficio explicado) hemos oído aclamar y rezar que fué Dios mismo el que otorgó al Carmelo el favor tan señalado de ser y llamarse la Orden de María por *antonomasia* («singulari título»).

La verdad es que de Dios procede todo bien y todo don, como de fuente primordial, según dice el Apóstol Santiago (2) y por lo mismo el hermosísimo privilegio

fectu Beatissimam Virginem... adeo venerari coeperunt, ut primi omnium... eidem purissimae Virgini sacellum construxerint (Lec. IV). Quamobrem Fratres Beatae Mariae de Monte Carmelo passim ab omnibus appellari coeperunt. Eumque titulum Summi Pontifices non modo confirmarunt, sed indulgentias peculiare iis qui eo titulo vel Ordinem vel Fratres singulos nuncuparent, concessere". (Lec. V).

(1) Off. 16 Jul, Oratio: "Deus qui Beatissimae semper Virginis et Genitris tuae Mariae singulari titulo Carmeli ordinem decorasti". Y es de notar que este Oficio, aprobado en 1609, pasó por las manos y por la censura del eminentísimo Cardenal Belarmino, que honró cual ninguno a la sagrada púrpura y a la Compañía de Jesús, a la que pertenecía. Por donde este Oficio tiene doble mérito: uno puramente humano y otro eclesiástico, donde entra la especial providencia que Dios tiene con su Iglesia y con su culto sacrosanto.

(2) Jacobo, 1.º-17; "Omne datum optimum et omne donum perfectum desursum est, descendens a Patre luminum."

del Carmelo procede del Señor en primer término. Mas la Santísima Virgen, dispensadora de todas las gracias, fué la que en segundo término intervino en la colación de tan señalado favor, y no sólo a título de dispensadora *general*, sino también porque toca al autor de una institución el ponerle el nombre conveniente y adecuado. Finalmente, Nuestra Santa Madre la Iglesia, fiel intérprete de Dios y de la Virgen, ha confirmado con su autoridad soberana en la tierra lo que Dios Nuestro Señor y la Santísima Virgen decretaron en el Cielo.

De este modo han recibido sanción definitiva aquellos dos proverbios antiquísimos: «Ordo Carmeli, Ordo Mariae, Ordo Carmeli, totus Marianus: la Orden del Carmen es enteramente mariana, toda de María. Por lo cual no es de extrañar que los que más conocieron a Santa Teresa y a su Orden sean los que con más empeño y más frecuentemente insisten sobre este carácter esencialmente mariano de la Orden del Carmen. Así, por ejemplo, el R. P. Ribera, de la Compañía de Jesús, célebre por su *Vida de Santa Teresa*, y contemporáneo de la inclita Reformadora, escribe: «Nuestra Señora la Virgen María es la Madre de estos monasterios, y el bienaventurado San José... es el Padre de ellos, y la Santa Madre Teresa de Jesús... es la fundadora [o Reformadora]» (1). Y un poco más abajo añade: «que en estos monasterios reformados se «haría mucho servicio a N.^a Señora, cuya es esta Religión» (2). En el mismo sentido escribe casi a cada página el Ilmo. Sr. D. Juan Palafox en sus memorables notas al Epistolario teresiano (3). Y lo que es más, Cristo Nuestro Señor y la San-

(1) Ribera, *Vida de Santa Teresa*, lib. II, cap. 1.

(2) *Ibid.*, cap. II.

(3) Palafox, *Cartas de Santa Teresa*, passim, v. gr., Carta 1, not. 20-21.

tísima Virgen muchas veces han venido a declarar lo mismo. Así, hablando, por ejemplo, Nuestro Señor Jesucristo a Santa Teresa en el monasterio de Sevilla, a 9 de Agosto de 1575, sobre el P. Gracián, primer Provincial del Carmelo Reformado, le dijo: «Este mereció estar entre vosotras, y toda esta fiesta que ves habrá [en el Cielo] el día que estableciere [definitivamente la Reforma del Carmen] en *alabanza de mi Madre*» (1). De manera que en expresión de Jesucristo, la Reforma del Carmen, la Orden Carmelitana es la Orden de su divina Madre.

Todavía más solemnemente certificó Cristo esta verdad el año 1562, el día de San Bartolomé. Al ingresar Teresa en el primer monasterio del Carmelo Reformado, Nuestro Señor le puso una corona y le agradeció: «lo que (ella) había hecho por su Madre» (2), esto es, por la Orden Carmelitana, y de rechazo, por la Virgen cuya es la Orden del Carmen.

VII

Santa Teresa se dió perfectamente cuenta de que la Orden Carmelitana es la Orden de la Virgen. — Señores y hermanos míos muy amados: Apenas hay un capítulo en las obras admirables que escribió la gran Doctora Mística, en que directa o indirectamente no se dé cuenta y publique abiertamente que la Orden del Carmen y su Reforma son de María; que el Hábito que llevan es el hábito de la Madre de Dios; que la Regla que observan los Carmelitas es la de Nuestra Señora;

(1) Santa Teresa, *Relac.* XLIV.

(2) *Autob.*, cap. 36.

que tal o cual milagro o favor extraordinario le otorgó Dios en atención a que la Orden, por cuya reformatión trabajaba, era de la Virgen Santísima; que la Priora y Prelada de los monasterios Carmelitanos es la Serenísima Reina del Cielo, y otras muchas afirmaciones del mismo género.

El manto blanco. — Estando (cierto día) todas en el coro de San José de Avila, en oración, después de Completas, vi a nuestra Señora con grandísima gloria, con manto blanco, y debajo de él parecía ampararnos a todas. Entendí cuán alto grado de gloria daría el Señor a las de esta casa. Plega al Señor sea todo para gloria y alabanza suya, y de la gloriosa Virgen María cuyo hábito traemos (1). Donde es de notar, que, ni la Santísima Virgen pudo indicar mejor que es carmelita de corazón, que apareciendo revestida con la capa del Carmen, o sea, con el manto blanco, ni la Santa pudo con palabras más categóricas dar fe de ese patronato especialísimo de María a favor de la Orden Carmelitana.

El primer Capítulo. — A 6 de Octubre de 1571 tomó Santa Teresa posesión del priorato del monasterio de la Encarnación de Avila. Al ir a celebrar el primer Capítulo, puso en la silla prioral, que era donde ella se había de sentar a presidir el Capítulo, una muy hermosa imagen de Nuestra Señora hecha de talla y las llaves del convento en sus manos, y ella se asentó a sus pies para hacer desde allí el Capítulo. Dando a entender, escribe Yepes, como ella no era nada, y que la Virgen Santísima, cuya era esta Religión y Casa, era la verdadera Priora que las había de gobernar (2). De manera que para Santa Teresa es la Virgen Santísima, Reina y Priora de toda la Orden del Carmen, no sólo de las Descal-

(1) Vida cp. 36... n. 14.

(2) Yepes. Vida de Santa Teresa, lib. 2.º cp. 25.

zas sino también de las no reformadas o Calzadas, puesto que la Encarnación era monasterio de Carmelitas Calzadas de la antigua Observancia.

A los tres messs. — Y la Virgen santísima a los tres meses confirmó con un grande milagro y visión esta opinión de Santa Teresa. La víspera de San Sebastian (escribe la Santa Madre), el primer año que vine a ser Priora en la Encarnación (o sea el 19 de Enero de 1572), comenzando la Salve (que se canta en el coro) vi en la silla prioral (adonde está puesta Nuestra Señora como se ha dicho) bajar con gran multitud de ángeles la Madre de Dios y púsose allí. A mi parecer no vi la imagen entonces, sino esta Señora que digo... Parecíame encima de las comas de las sillas y sobre los antepechos, ángeles, aunque no con forma corporal, que era visión intelectual. Estuvo así toda la Salve, y díjome: Bien acertaste en ponerme aquí; yo estaré presente a las alabanzas que hicieren a mi Hijo, y se las presentaré. Después de esto, quedéme yo en la oración que trayo de estar el alma con la Santísima Trinidad, y parecíame que la persona del Padre me llegaba a Sí, y decía palabras muy agradables. Entre ellas me dijo mostrándome lo que me quería: Yo te di a mi Hijo y al Espíritu Santo y a esta Virgen. ¿Qué me puedes tú dar a Mí? (1). Si Teresa sabía ya de antiguo que la Orden Carmelitana es la Orden de María, de la cual es Priora efectiva, con el señalado testimonio de aprobación que ahora le otorga tanto la misma Reina del Cielo, asentándose en la silla prioral, como Nuestro Señor, entregando la Virgen a la Santa, hubo de confirmarse más y más en su idea. Por eso, con ser para Santa Teresa el glorioso San José un abogado y protector estimadísimo, y del cual recibió inmensos favores, en llegando a comparar a la Virgen con San

(1) Relación XXV, pág. 56. En la Edic. económ. Relac. X.

José, decididamente escribe desde el convento de San José de Avila, que el glorioso Patriarca es el *Patrón* (o titular) del convento; pero la Virgen es *Nuestra Patrona y Fundadora* (1) de la Orden.

A Felipe II.—Llegaron las grandes agitaciones que precedieron a la implantación de Provincia Descalza aparte, y la Santa acude en busca de amparo al Rey Felipe II. ¿Qué dirá la gran Doctora a tan gran Rey para moverle a tomar en sus reales manos los asuntos del Carmen? Sencillamente que la Orden que pide amparo es la Orden de la Virgen Santísima, y que conseguir Provincia aparte redundaría todo en mayor servicio de Dios, y que la Virgen ha escogido a él para amparo de su Orden (2): «La gracia del Espíritu Santo sea siempre con Vuestra Majestad (le dice la Santa). Estando con harta pena encomendando a Nuestro Señor las cosas de esta Sagrada *Orden de Nuestra Señora...*, se me ofreció que el medio mejor para nuestro remedio es que Vuestra Majestad entienda en lo que consiste estar ya del todo asentado este edificio... Como... yo creo que la *Virgen Nuestra Señora*, le ha querido tomar por amparo para el remedio de *su Orden*, hème atrevido a hacer esto para suplicar a Vuestra Majestad por amor de Nuestro Señor y de *su gloriosa Madre*, Vuestra Majestad mande se haga.»

A otros. — Y lo mismo que escribía al Rey, decía la Santa a cualquiera. Escribiendo a Diego Ortiz, vecino de Toledo, le dice: «El P. Doctor Paulo Hernández me ha escrito la merced y limosna que vuestra Merced me hace en querer hacer Casa de esta Sagrada Orden (del Carmen en Toledo). Por cierto yo creo que¹Nuestro Se-

(1) Carta del 23 de Junio de 1568 a doña Luisa de la Cerda. En la Edic. econ. n.º 8.

(2) Carta XXI en la Edic. econ. (19 de Julio 1575).

ñor y su *gloriosa Madre, Patrona y Señora mía*, han movido el corazón a vuestra merced para tan santa obra» (1). Y a doña Isabel de Jimena, vecina de Segovia, aquella fervorosa joven que ya en el convento se llamó Isabel de Jesús que hizo caer en éxtasis en Salamanca a la Gran Doctora con el célebre cantarillo: «Véante mis ojos», escribiéndola, repito, en vísperas de entrar en el Carmelo, le dice (2): «Vuestra merced... es muy buena y capaz para Hija de Nuestra Señora, entrando en esta sagrada Orden suya.

R. P. Rubeo.—Y si de reyes, caballeros y señoras, pasamos a grandes e insignes Prelados, veremos que la Santa emplea siempre el mismo estribillo: la Orden del Carmen es la Orden de la Santísima Virgen. En efecto, en carta al reverendísimo P. Fr. Juan Bautista Rubeo de Ravena, General de la Orden del Carmen, o sea de los Padres Calzados, suplicándole que admita conventos de Descalzos, le dice: «Encomiéndelo V. S. a Su Majestad, y como verdadero padre, olvide lo pasado. Y mire V. S. que *es siervo de la Virgen* [por cuanto es Carmelita] y que *Ella* se enojará de que V. S. desampare a los que, con su sudor, quieren aumentar *su Orden* (3). De esta Carta advierten los comentaristas que es una de las más notables de Santa Teresa. Pues bien: en tan grave documento afirma la insigne Doctora, sin titubear, con la más ardiente y firme convicción, que todos los Carmelitas, aún los Calzados, son *siervos de la Virgen*, porque la Orden Carmelitana es *su Orden*, y que por lo mismo, *Ella* (la Madre de Dios) se enoja contra los que persiguen al Carmelo.

El P. Gracián. — Una de las almas con quien más

(1) Carta VII en la Edic. econ. (9 de Enero 1569).

(2) Carta XII en la Edic. econ. (Comienzos de 1571).

(3) Carta XX en la Edic. econ. (18 de Junio de 1575).

intimamente trató la Santa, fué el P. Fr. Jerónimo Gracián. No será demás que oigamos a la excelsa Doctora, al hablar de su estimadísimo P. Gracián (1). «*Nuestra Señora* escogió al P. Jerónimo Gracián para bien de esta Orden primitiva. La Virgen Nuestra Señora, cuyo devoto es en gran extremo, le quiso pagar con darle *su hábito*. Y así pienso que fué *la medianera* para que Dios le hiciese esta merced, y aún la causa de tomarle él, y haberse aficionado tanto a la Orden, era esta *gloriosa Virgen*.

¿*Madre ruin?* — Terminemos este punto con el más regalado, tierno y sentido párrafo teresiano (1): «Por cierto, hijas mías, que estoy con tanto temor escribiendo esta (la 3.^a morada) que no sé cómo lo escribo, ni cómo vivo, cuando se me acuerda (mi mala vida) que es muy muchas veces. Pedidle, Hijas mías, que viva Su Majestad en mí siempre; porque, si no es así, ¿qué seguridad puede tener una vida tan mal gastada como la mía? Y no os pese de entender esto es así, como algunas veces he visto en vosotras, cuando os lo digo, y procede de que quisierades que hubiera sido muy santa, y tenéis razón. También lo quisiera yo. ¡Mas qué tengo yo de hacer si lo perdí por sola mi culpa!... Ya que no puedo dejar de ser lo que he sido, no tengo otro remedio, sino llegarme a ella (a la misericordia divina) y confiar en los méritos de su Hijo, y de *la Virgen, Madre suya, cuyo hábito indinamente trayo, y traéis vosotras*. Alabadle, Hijas mías, *que los sois de esta Señora (Hijas) verdaderamente.*» Y así no tenéis para qué os afrentar de que sea yo ruin, *pues tenéis tan buena Madre*. Imitadla y considerad qué tal debe ser la grandeza de esta Señora;

(1) Fundac. XXIII, 3. Cont. item Vida, cap. 32, n. 11, item cap. 36, n. 6, 24 y 25. Item. Modo de visitar los conventos, n. 6.

(2) Morad. III, cap. 1, n. 3.

y el bien de tenerla por *Patrona*, pues no han bastado mis pecados, y ser lo que soy, para dislustrar en nada esta Sagrada Orden.»

Conclusión.—Canten todas las Ordenes sus grandezas propias, y ninguno sea tan osado que quiera dislustrar las ajenas, aunque no sea más que intentando aplicar a su Orden lo que es peculiar y característica de otra, porque linaje de hurto muy sacrilego parece, quitar con la universalización del mérito el privilegio de una Orden, ya que sea imposible el pretender negárselo absolutamente.

El tosco sayal de los Capuchinos es el hábito de San Francisco, y la sotana de los Jesuitas es el vestido de San Ignacio. El hábito carmelitano es el hábito de María, lo mismo que las Reglas, las Constituciones, el Ceremonial y hasta las más menudas prácticas.

Desde la media noche en que el hermano velador despierta a la Comunidad diciendo: «Alabado sea Jesucristo y la Virgen su Madre, a Maitines, Hermanos, a alabar al Señor», hasta el anochecer del día siguiente, en que se recogen a dormir los Hermanos todos, besando de rodillas el santo escapulario de María que ofrece el Superior, en el Carmelo todo se hace por María, por que es la Orden de María. Y por eso, al emitir los sagrados votos, que forman la esencia de la vida religiosa, y al renovarlos, el Carmelita dice (1): «Yo H.º N. N. hago mi profesión y prometo obediencia, castidad y pobreza a Dios y a la Santísima Virgen María del Monte Carmelo»

Y así con un milagro estupendo quiso la Santísima Virgen certificar que realmente a Ella hacen los votos

(1) Formula professionis: "Ego frater N. N. facio meam professionem et promitto obedientiam, castitatem et paupertatem Deo ac beatissimae Virgini Mariae de Monte Carmelo.

religiosos los Carmelitas y que Ella los recibe en sus augustas manos. Digamos con la gran Reformadora del Carmen: «El día de N.^a Señora de la Natividad tengo particular alegría. Cuando este día viene, parecíame sería bien renovar los votos, y queriéndolo hacer se me representó la Virgen N.^a Señora por visión imaginativa y parecióme los hacía en sus manos, y que le eran agradables. Quedóme esta visión por algunos días, como estaba junto conmigo hacia el lado izquierdo. (Relac. XLVIII, Sevilla. 8 Sep. 1575.)

Con razón escribió el Ilmo. Palafox, obispo de Osma: «En cuyas palabras (de Santa Teresa) se note: que «*siempre*» la Santa llama a la Orden del Carmen Orden de la Virgen» (1). Pero no es menos exacto que Teresa estaba en lo cierto, porque también los Papas y la misma Madre de Dios la llaman siempre así, como se ha visto en el proceso de este discurso.

VIII

Cuánto trabajó Teresa por la Orden de María.—Es evidente, Hermanos míos, que así como trabaja por Dios el que se sacrifica por su Religión, así trabaja por María el que de corazón se sacrifica por su Religión u Orden, que es el Carmelo, particularmente si lo hace con plena advertencia de que, en efecto, dicha Orden es la Religión de María.

Por otra parte, hemos demostrado que la devoción verdadera no es otra cosa que la abnegación, la entrega, la voluntariedad y el desinterés con que una perso-

(1) Palafox, Cartas de Santa Teresa, nota 4.^a a la Carta IV.

na se sacrifica y trabaja a favor de Dios y sus Santos, o las obras de Dios y de sus Santos.

En consecuencia, una vez que hemos probado hasta la saciedad que la Orden Carmelitana es la Orden de María y que Santa Teresa vivía muy compenetrada de esta verdad, réstanos ver cuánto trabajó la inclita Virgen avilesa a favor del Carmelo para medir exactamente los grados de su devoción mariana.

En general.—¿Pero quién será capaz de bosquejar cómo se entregó Teresa al Carmelo y cuánto trabajó por su reformatión y esplendor? No hay lengua humana que lo pueda declarar: ¡17 conventos de monjas y 15 de frailes! El P. Fr. Luis de León declara que esto llegó a milagro.

Nuestro Señor llamó a las fundaciones reformadas «grandes cosas: *«Espera un poco, Hija, y verás grandes cosas»* (1). Verdaderamente, una empresa en que habían fracasado tantos Prelados, y hasta Generales, una Reforma que comprendía a varones y mujeres, cosa que desde que el mundo es mundo a ninguna mujer ha sido concedido realizar, una empresa llevada a cabo sin menoscabo de la más austera observancia religiosa, con poca salud y muchos achaques, con grandes contradicciones y poquisimos recursos, una Reforma llevada a cabo por una triste mujer en la época más varonil, en el siglo más caballeresco de los anales de la historia española, una Reforma llevada a buen término por una persona sin letras en el siglo de las lumbreras teológicas y literarias; finalmente, una Reforma llevada a cabo por una mujer que se declara y confiesa inútil y pecadora, en el siglo de la farsa Reforma protestante, y de la verdadera y oficial Reforma del Concilio Tridentino, y en el siglo de los grandes santos varones, es una

(1) *Fund.*, cap. 1.

hazaña tan inusitada y singular, que bien puede ser calificada de milagrosa.

En particular.—Y si dicho así esto en común, descendiéramos a puntualizar los más culminantes episodios de la titánica lucha que hubo de sostener la heroína avilesa, todavía subiría de punto nuestra admiración; pero sería necesario recorrer por entero los últimos capítulos de su Autobiografía, y el libro íntegro de las Fundaciones, y todo su voluminoso Epistolario, mas el libro de las Constituciones y el Directorio para las visitas canónicas de los monasterios, porque toda esta literatura teresiana es la historia de los inauditos esfuerzos de Santa Teresa a favor de la Reforma Carmelitana, ora sea en sus comienzos, ora estando ya asentados los conventos en la observancia regular. Fué tan sobrehumana, tan acertada, tan fructuosa la actividad desplegada por la inclita castellana en esta empresa, que la mereció el dictado augusto de la *Santa Madre*.

La Santa Madre.—*Madre*, en efecto, de una raza gloriosa, que de siglo en siglo dará vivo testimonio del genio creador y organizador de aquella mujer, cual no ha habido otra después de la Madre de Dios. Y puesto que fué *Madre*, no sólo de monjas, sino de monjas y de frailes, merece también con justicia el nombre de *Patriarca* o *Matriarca*, jamás otorgado al sexo femenino, porque, en el orden espiritual que estudiamos, ninguna *«genuit filios et filias»* (1), ninguna engendró hijos, sino sólo hijas, y la Biblia indica que para el incomparable rango de Patriarca o Matriarca hay que engendrar en Dios y para Dios *«filios et filias»*.

El Calvario.—¡Oh, y con cuánto dolor, a costa de cuántos sacrificios engendró hijos e hijas para la Santísima Virgen nuestra incomparable Santa Teresa] Aquí

(1) *Gensis*, cap. 5 et seq.

fué calumniada hasta en la más delicada de las virtudes, allí despreciada. Aquí padeció hambre, allí calor asfixiante, y con mucha frecuencia, calenturas y dolores intensos. En una parte el concejo, la autoridad civil se levantaba contra ella, en otra la autoridad eclesiástica, y más de una vez temió no habría de haber quien la quisiera confesar. Los malos y enemigos afilaron sus dientes contra ella, y no pocas veces los amigos la olvidaron. Y para que nada falte en este dolorosísimo Calvario, los demonios físicamente la atormentaron, y Dios, Dios mismo a ratos la abandonó, como a Cristo en la Cruz.

La primitiva Iglesia.—Yo no encuentro obra de re-formación que más se parezca a la de los Apóstoles en el mundo, que la llevada a cabo por nuestra heroína. Claro es que aquélla, como absolutamente divina, está a la cabeza de todas; pero, en lo que cabe, la reforma teresiana se parece a la apostólica en sus principios u origen, en sus medios o instrumentos y en sus fines o frutos. En su origen, porque ambas procedieron por inmediata inspiración y revelación de Dios. En sus medios o instrumentos, porque allí escogió Dios a 12 pobres e ignorantes pescadores, y aquí, lo que todavía es menos, a una mujer encerrada y sin letras. Allí los medios fueron la pobreza y la humildad; aquí también campeó la más rigurosa pobreza, que cuando había dos palitos para asar o calentar una sardina, se tenían por dichosas la Fundadora y sus Hijas; de esa pobreza dijo la Santa que habían de ser, como quería Santa Clara, los muros de sus monasterios, y todo tan humilde y tosco, cuanto no perjudicase a la salud, y de suerte que en el día del Juicio los monasterios reformados no metan ruido al caer.

Añadamos que allí los medios empleados fueron la paciencia en los trabajos y la fortaleza en los peligros.

Peligros y trabajos que enumera San Pablo diciendo: «Cinco veces fui flagelado por los judíos y tres apaleado (por los gentiles). Una vez apedreado. Tres veces naufragué: estuve una noche y un día como hundido en alta mar. Me he hallado en muchos viajes penosos, en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en poblado, peligros en despoblado, peligros en la mar, peligros entre falsos hermanos. He padecido toda suerte de trabajos y miserias; muchas vigiliias y desvelos, hambre y sed, muchos ayunos, frío y desnudez. Fuera de estos males exteriores carga sobre mí el peso y el cuidado de todas las Iglesias. ¿Quién enferma que no enferme yo con él? ¿Quién cae en pecado, que yo no me abraze de pena?» (1). Hasta aquí San Pablo, mucho de lo cual puede subscribir Santa Teresa de Jesús, por lo cual cabe afirmar que en los medios e instrumentos empleados imita la Reformadora del Carmen a los reformadores del mundo.

Finalmente, también se parecen en los frutos de bendición ambas Reformas, porque los Apóstoles conquistaron al mundo para Cristo, y Teresa con su Reforma impuso al Luteranismo un dique poderosísimo, igual o mayor que San Ignacio con su Compañía, y llenó de blancos palomarcitos las Españas, embalsamando la tierra con virtudes del Cielo, y envía apóstoles a Francia y Bélgica, al Congo, a Méjico, a Persia, a Siria, a Mesopotamia y a la India.

Finalmente, el Cristianismo propagado por los Apóstoles recogió en su seno cuanto de bueno tenía la Religión natural, la escrita de Moisés y la oral del Divino Redentor. De semejante manera, la Reforma establecida por Santa Teresa contiene cuanto de bueno y exce-

(1) 2 Cor. XI, 24-29.



lente han producido las Ordenes religiosas. De su Padre San Elías, Fundador del Estado religioso en el mundo, recibió en herencia obligada su doble espíritu de celo por la gloria de Dios y por el honor y culto de la Virgen. De los Dominicos bebió a raudales la ciencia teológica, San Pedro de Alcántara le cedió y pegó el heroico espíritu de pobreza franciscana, a los Hijos de San Ignacio imitó en la vida activa, en el don de gentes y despacho de asuntos. Los Cartujos la fortalecieron en la vida contemplativa. San Agustín la enseñó a ser humilde, sincera y amorosa. Como abeja diligente, de todas las flores, de todos los Institutos religiosos, libó lo mejor y más excelente de su espíritu para reformar la Orden de María.

Por todo lo cual Nuestro Divino Redentor estuvo en lo cierto, como siempre, al predecir a Teresa, sin asomo de hipérbole: «*Espera un poco y verás grandes cosas.*» Estas grandes cosas son las dos Congregaciones reformadas por la Esposa predilecta de Jesús, la Congregación o Instituto de Religiosas Carmelitas Descalzas, y la otra, que, como la Santa advierte, todavía es mayor, la Congregación o Instituto de Frailes Carmelitas Descalzos.

Fr. Luis de León.—Ni exageró un punto el inmortal Mtro. Fr. Luis de León al escribir que la Reforma Teresiana es un nuevo milagro que se parece al sobredicho de la fundación de la Iglesia (1): «Si es milagro, dice, lo que aviene fuera de lo que por orden natural acontece, hay en este hecho tantas cosas extraordinarias y nuevas, que llamarle milagro es poco, porque es un ayuntamiento de muchos milagros. Que un milagro es que una mujer, y sola, haya reducido a perfección

(1) Fr. Luis de León en su famosa Carta a las MM. Carmelitas de Madrid.

una Orden en mujeres y en hombres: y otro, la grande perfección a que los redujo; y otro, y tercero el grandísimo crecimiento a que ha venido en tan pocos años y de tan pequeños principios, que cada una por sí son cosas muy dignas de considerar. Porque no siendo de las mujeres el enseñar, sino el ser enseñadas, como lo escribe San Pablo, luego se ve que es maravilla nueva que una flaca mujer tan animosa emprendiese una cosa tan grande, y tan sabia y eficaz que saliese con ella, y robase los corazones que trataba, para hacerlos de Dios y llevase las gentes en pos de sí a todo lo que aborrece el sentido. En que, a lo que yo puedo juzgar, quiso Dios en este tiempo, cuando parece triunfa el demonio en la muchedumbre de los infieles que le siguen y en la porfía de tantos pueblos de herejes, que hacen sus partes, y en los muchos vicios de los fieles que son de su bando, para envilecerle y para hacer burla de él, ponerle delante, no un hombre valiente, rodeado de letras, sino una pobre mujer que le desafiase y levantase bandera contra él e hiciese públicamente gente que le venza y huelle y acocee: y quiso, sin duda, para demostración de lo mucho que puede en esta edad, adonde tantos millares de hombres, unos con sus errados ingenios, y otros con sus perdidas costumbres, aportillan su reino, que una mujer alumbrase los entendimientos, y ordenase las costumbres de muchos, que cada día crecen para reparar estas quiebras. Y en esta vejez de la Iglesia tuvo por bien de mostrarnos que no envejece su gracia, ni es ahora menor la virtud de su espíritu, que fue en los primeros y felices tiempos de ella, pues con medios más flacos en linaje, hace lo mismo o casi lo mismo que entonces hizo, a saber por medio de los Apóstoles que predicaron el Evangelio».

Testimonio autorizado.—Para terminar esta importantísima materia, vamos a transcribir un testimonio

autorizado de un ilustre Hijo de Santo Domingo: «El timbre de gloria (dice) que con ninguna mujer comparte (Teresa de Jesús) es el de Reformadora, y Reformadora de una Orden religiosa, la más antigua de todas, pues su origen se remonta a los antiguos profetas, a Elías (1) y a Eliseo (2), moradores del Carmelo (3), de quien tomaron el nombre de Carmelitas, cuyo venerando nombre ha sido canonizado por la Iglesia y la tradición de todo el pueblo cristiano. Bajo este aspecto de Reformadora es singular e individual esta celeberrima Virgen, sin que se registre en los anales de la Iglesia que una mujer haya reformado una Orden y haya dado constituciones y leyes, disponiendo el modo de vivir en el estado religioso, no sólo a hombres, sino a mujeres. Tal y tan extraordinario acontecimiento fué sin duda prefigurado en el Testamento Antiguo, cuando, como nos refieren las sagradas páginas, apareció la gran Débora,

(1) "Por eso nos dice (añade el Padre) en el capítulo XXVII de sus *Fundaciones*: "Y tantos males juntos, que me pareció, mirando lo que tenía por andar, y viéndome así, acordarme de nuestro Padre Elías, cuando iba huyendo de Jezabel, y decir: Señor, ¿cómo tengo yo de poder sufrir esto? Miradlo Vos." Y en el cap. XXVIII, hablando de la fundación en Villanueva de la Jara, escribe así (la Santa): "Entrando en la Iglesia con un *Te Deum*, y o voces muy mortificadas. La entrada de ella es debajo de tierra, como por una cueva, que representaba la de nuestro Padre Elías" Cfr. item, *Fundación*, cap. XIV.

(2) El Padre copia aquí el siguiente texto de la Santa: "Tenía aquella señora aderezada una sala muy grande, y muy bien, adonde se había de decir la Misa, porque se había de hacer pasadizo para la que nos daba el Obispo, y luego, otro día, que era nuestro Padre San Eliseo se dijo." Cap. XXX, en la *Fundación de Soria*.

(3) *Morad.*, V, cap. 1: "Este fué nuestro principio, de esta carta venimos, de aquellos Santos Padres nuestros del Monte Carmelo."

quien obró en el pueblo de Israel las más inauditas proezas, dirigiendo y acaudillando a las huestes de los hijos de aquel pueblo, que peleaba por su Dios. Débora fué la figura más acabada y perfecta de Teresa de Jesús. Teresa es la verdadera Débora del Nuevo Testamento, y se puede decir de ella lo que el Espíritu Santo nos dijo de la antigua: «Muchos hombres ha habido antes de ti que han sido jueces en Israel; pero no ha habido antes de ti mujer alguna que lo haya sido». Y, en verdad, los Antonios, los Benitos, los Domingos, los Franciscos, fueron fundadores de Ordenes religiosas en la Iglesia; pero, ninguna mujer ha sido antes de ti fundadora, y menos reformadora (1) de ningún Instituto religioso, de ninguna Orden que abrace por igual a los dos sexos (2). Esta es gloria singular (3) de Teresa de Jesús.»

(1) Véase (dice) a Palafox, Carta 1.^a de Santa Teresa al rey Felipe II, nota 5.^a, edición de 1793, donde entre otras cosas dice: «Más fácil es fundar tres Religiones, que reformar una».

(2) «Discerim te (escribe con Gonet) *Deboram eapientia, et imperio in viros judicandi potestate percelebrem, quae viros hortata, erectoque vexillo, virilis adimi dignissimae fortitudinis exempla demonstravit. Nunquam magis in oraculi molum, quam de te (Theresia) dici illud potuit: "Multi antea iudices in Israel, sed nulla ante te iudex femina". Quid memorem heroas Ecclesiae, divos Basilium, Augustinum, Benedictum, Dominicum, Franciscum, qui primi arenas ingressi; incertum an milites, an duces, plus fortitudine quam prudentia valuerint? Multi, equidem, iudices in Israel, sed nulla ante te, o diva virgo, iudex femina, quae viris exemplum fortitudinis esse potuerit, quoe belli suscipiendi in castris Domini, prima vexillum tulerit, docueritque viros arma tractare. Nihil est quod Synagogae Ecclesia invidet: Teresiam vidit, altiori spiritu, melioribus fortis, et in graviore certamine, hortari viros, et in hostes accendere. Putares, revocatis temporum vicibus:*

... ut Debora quomdam

Duceret instructas post fortia classica turmas,
Et mulier sumpto praecederet agmina signo,
Mirantes hortata viros, quos ipsa ferocem,
Exemplos verboque monens, accendit in hostem."

Gonet. *Clyp. Theol.* en la dedicatoria de la obra.

(3) Hasta aquí el R. P. Felipe Martín O. P. en su obra «Santa Teresa de Jesús y la Orden de Predicadores». Cap. prelim.

IX

La Vice-Maria. — La raíz de todas las grandezas de Santa Teresa de Jesús, y la última explicación de por qué y cómo ha sido la virgen avilesa la Hija más predilecta de María, su devota más ardiente y fiel, es que Santa Teresa fué la substituta oficial, divinamente predestinada para todas las grandes empresas marianas. He aquí el secreto de todas sus grandezas y maravillosas prerrogativas; he aquí por qué y cómo fué la más grande mujer después de la Madre de Dios.

Predestinación. — Esa predestinación inefable para substituta y lugarteniente de María Santísima en el mundo, se descubre principalmente en tres cosas.

En primer lugar, en la Reforma del Carmelo. Es ley teológica, admitida por todos los sabios al tratar del misterio de la Reparación o reformation del mundo caído, que a aquel toca y atañe el reformar y reparar, a quien le cupo el crear y fundar. Ahora bien, según la Iglesia nos ha dicho en los testimonios arriba citados, la Orden del Carmen fué creada o fundada por la Virgen Santísima, valiéndose del más estupendo de los Profetas, San Elías, aquel varón insigne que aún vive después de veintinueve siglos, y que es el destinado por Dios para combatir al Antecristo en las postrimerías del mundo. Por tanto, a María perteneció el reformar su Viña, su Heredad, su Orden, y así lo hizo, valiéndose de la mujer más insigne que el mundo jamás ha contemplado: Teresa de Jesús. Por eso la llamamos a boca llena: la Substituta y Lugarteniente de la Virgen.

En segundo lugar, la Santísima Virgen tomó posesión de España, valiéndose del incomparable Apóstol Santiago, y así se nombró Ella misma Patrona de la Raza hispana, en el Pilar de Zaragoza, en la persona de San-

tiago cuando esta Raza comenzaba a cristianizarse. Mas, cuando esta Raza terminó de consolidarse, cuando llegó a la cumbre de su gloria y de su personalidad, cuando bajo su cetro gobernaba dos mundos, era conveniente que esta Raza, que como tal Raza perfectamente formada y caracterizada entonces comenzaba a dar sus más ópimos frutos, era conveniente que esta Raza reválidase y renovase el Patronato de María, y así lo hicieron las Cortes españolas proclamando a María del Pilar en la persona de Teresa de Jesús, Compatrona de las Españas. La elección no pudo ser ni más providencial, ni más acertada: Teresa, la Substituta celestial de María, tenía que ser la elegida, a nombre de su Señora, la Santísima Virgen.

¡Oh, contrastes divinos! ¡Cuánto gustáis a Dios, como se ve por todo el curso de la historia sagrada y profana! ¡Su fin, principio general, es formulado por San Pablo (1)! ¿Qué mayor contraste que a la Raza de los valientes, a la Raza varonil por excelencia, a la Raza que lleva en sus escudos nacionales el león, conceda Dios por Patrona allá en los orígenes de la Raza a una mujer, a la Mujer por antonomasia, María, y después al llegar la Raza a la cumbre de sus destinos a otra mujer, Substituta y Delegada de la primera, a Teresa de Jesús? Esta mujer, por fuerza habrá heredado todas las virtudes de María y de España: de aquella porque es su Lugarteniente, porque es la Vice-María; y todas las buenas cualidades del alma española, porque, de lo contrario, no desempeñaría dignamente su destino providencial de ser Compatrona de las Españas.

La tercera prueba de que Santa Teresa es la Vice-María en el mundo católico, se basa en otra regla histórico-teológica, nunca desmentida, y que la Iglesia for-

(1) San Pablo, 1 Corinth. I, 25 seq.

mula en estos o parecidos términos: «María es la debedora de todas las herejías (1): »Cunctas haereses sola interemisti in universo mundo».

Ahora bien, en el siglo xvj nació la hidra de siete cabezas, el Luteranismo, el Protestantismo, de donde, por línea recta, se derivan todas las herejías modernas; herejía la más formidable que jamás haya suscitado Satanás, porque nació cuando ya los Estados europeos estaban formados y muy adelantados, y la imprenta descubierta; herejía que logró organizarse y que todavía después de cuatro siglos subsiste con millones de adeptos en todas las partes del orbe.

¿Quién, conocedor de la acción de la Providencia en el mundo, dudará de que la Virgen Santísima por cumplir con decoro su oficio de combatir las herejías, tuvo que hacer algo para oponerse a la falsa Reforma? Sí, combatió a la falsa Reforma, con la verdadera Reforma del Carmen, que fué la restauración de la vida contemplativa, de la vida de oración y penitencia, a favor y para sostén, y como alma de la vida de acción, representada por San Ignacio de Loyola y su Compañía. Luego, Teresa, la Reformadora *visible* del Carmelo, no hizo en este negocio otra cosa que substituir a la Virgen Santísima, y ser la Vice María. La Santísima Virgen, al reformar el Carmelo tuvo por fin principal oponer un dique a la herejía protestante; y Teresa, al coadyuvar a María Santísima en la reforma de su Orden, tampoco tuvo otro fin principal sino éste (2). Y de hecho, como dice un ilustre profesor (3), «Santa Teresa [esto es, por

(1) In Off. B. V. Mariae.

(2) «El fin que ella se propuso al implantar su Reforma no fue otro sino deshacer las huestes infernales de Lutero». R. P. Felipe Martín: «Santa Teresa y la Orden de Predic.», cap. preliminar, pág. 3.

(3) Plasse «Souvenirs du S.^{te} Therese», cit. por el P. Felipe, pág. 4-5.

medio de la Orden de María] contribuyó más que San Ignacio y que el gran Rey Felipe II a detener el movimiento de la Reforma protestante, e impedir que se propagase por la Europa latina. De esta suerte se cumplió una vez más el oráculo de la Iglesia «Cunctas haereses sola (o María) interemisti in universo mundo».

Corolarios.—De todo lo dicho se desprende que Santa Teresa fué la Hija predilecta de María Santísima en el doble sentido, activo y pasivo, que puede tener esta frase. Teresa fué la Hija predilecta de María en sentido *pasivo*, porque la Virgen de Nazaret se dignó escoger a la virgen de Avila, para Substituta, Delegada y Lugarteniente suya; predestinación y elección que valieron a Santa Teresa los dones más estupendos de naturaleza y gracia, los regalos más inefables del Cielo, y el hacerla, sin género de duda, la mujer más grande y más parecida a la Santísima Madre de Dios, que haya pisado nuestro planeta.

Prevenida Teresa con dones tan peregrinos y gracias tan abundantes, le fué fácil, relativamente, ser en sentido *activo* la Hija más amante y más devota de María Santísima, como lo demostró teórica y prácticamente, según lo hemos declarado y demostrado en cuanto llevamos dicho.

De aquí deben sacar los devotos de la Santísima Virgen una gran consecuencia, ya apuntada en la introducción: que para aprender en qué consiste la verdadera devoción a María, es preciso leer y meditar la vida y obras de Santa Teresa, la devota *auténtica* de María, la *Vice-María* en el mundo católico.

Y bien, para Santa Teresa la verdadera devoción a la Santísima Virgen no consiste en renunciar al trato directo de Jesús, y vivir únicamente, principalmente o directamente para María, por María, en María, con María y según María, como algunos han escrito y predica-

do en estos últimos años, sino que la verdadera y sólida devoción a María consiste, según Santa Teresa, en vivir (apoyados en María) *como vivió María* y vivió ella (Teresa); a saber, en Jesús, para Jesús, por Jesús, con Jesús y según Jesús. No vivió María en Ella, ni por Ella, ni para Ella, ni según Ella.

Pues bien, la devoción mariana, que enseña a llevar una vida diametralmente opuesta a la vida que llevó María y la Vice-María, ella misma se delata y no merece los honores de una seria refutación.

La vida carmelitana es la vida mariana y la devoción mariana por excelencia, por ser la Orden y el Jardín de María. ¿Y la vida y devoción carmelitana no son otra cosa que servirse como de «medio» de María, de su Rosario, de su Escapulario, de su vida penitente y contemplativa para procurar y obtener un «fin» inmediato: la vida escondida con Cristo en Dios, como diría San Pablo; vida escondida en Cristo Jesús, que conduce, porque El es el Camino, al término deseado; y porque El es la Verdad, aparta y libra de todo error; y porque El es la Vida, da aquí la vida de la gracia, y allá arriba la vida de la gloria. ¡Oh, inclita Teresa, oh Vice-María, que contigo la gocemos por eternidad de eternidades! Así sea.





SANTA TERESA

TRANSVERBERADA



Panegirico predicado en las Carmelitas Descalzas de Santa Teresa, de Madrid, por el P. Fr. Gabriel de Jesús, C. D.

El corazón del hombre, centro de todas las pasiones. — Varias clases de corazones según San Buenaventura. — I. Cualidades de que estuvo dotado el Corazón de Santa Teresa. — Bordeando peligros. — Si Satanás no duerme, Jesús tampoco. — II. Teresa en el claustro — San Juan de la Cruz. — III. El capítulo XXIII de la inmortal Autobiografía teresiana. — La herida del dardo y sus divinos efectos. — Epílogo.

Ascensiones in corde suo dispossuit.

Dispuso en su corazón subir por grados a la perfección más alta.

(Ps. LXXXIII, 6.)

EL corazón del hombre es el centro de todas las pasiones y él fuerte donde se atrincheran todos los vicios *Mala autem in cordibus eorum* (1). Desde el instante mismo en que brotan sus primeros afectos, empieza la época de sus primeros extravíos *sensus enim et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua* (2), y el engaño y la injusticia son sus ulteriores consecuencias (3); *cor eorum plenum est dolo et falacia*.

(1) Ps., XXVII, 8.

(2) Génes, VIII, 21.

(3) Eccl., I, 40.

Por lo tanto, un corazón, exento de estas flaquezas, sería uno de aquellos prodigios que raras veces se deja ver en las esferas de lo humano. Más todavía; si alguno llegara a evitar la multitud de peligros y alcanzar infinidad de victorias sobre los enemigos que rodean su inocencia, sería un héroe singular que con admiración extraña subiría por grados a la perfección primitiva; pero estos grados, tan raros y desconocidos en la providencia común y ordinaria, se han visto muchas veces en la particular y extraordinaria. Para prueba de ello me basta recordaros el día 27 de Agosto de 1559 (fecha, a lo que se cree, de la estupenda Transverberación) en que la ilustre heroína que tenemos a la vista subió a ella, después de una vida virtuosa de treinta y ocho años; o el mismo día 27 de Agosto de 1726, en que el Papa Benedicto XIII lo autentizó con la Bula de concesión del rezo y solemnidad de la Transverberación del corazón de Santa Teresa.

Sí, mis amadísimos hermanos, Jesucristo, que se complace en adornar a su esposa la Iglesia con almas privilegiadas, guardadas en los tesoros de su inagotable Providencia, llenó a esta rara y admirable criatura de tal abundancia de gracias que, acometiendo, triunfando y aniquilando en su corazón las flaquezas de la naturaleza pecadora, la hizo subir grado por grado la escala de la perfección más eminente. *Ascensiones in corde suo disposuit.*

Dejad que la familiaridad con ciertas personas de su clase, la lectura de algunos libros novelescos y profanos, el trato e intimidad con una parienta menos recatada entibien la sangre que antes hervía en deseos de martirio, y la aficionen a las vanidades de su sexo a las lijerezas de edad juvenil y de los años sin experiencia; total, indiscretas aficiones, que, aunque a la verdad, no eran indicio de un corazón corrompido, no dejaron de fo-

mentar el amor del mundo y de sí propia. Pero es de saber que estos frutos de la raíz, originalmente infecta y que por *nueve años* batieron la superficie de su corazón, ocasionó a la Providencia solícita del Señor motivos para prepararla, ejercitarla y purificarla por espacio de *veintidós*, a fin de vaciarlo, que diría San Buenaventura, de toda criatura, *cor vacuum*; para enardecerlo después, acalorarlo y abrasarlo en su amor por otros *tres*, *cor ardens*; y para herirlo, en fin, transverberarlo y consagrarlo por espacio de *veintiuno* que la duró la vida, *cor consecratum*. Tal fué el orden de grados y ascensiones con que el corazón magnánimo de esta esposa regalada subió a unión eterna de su Esposo Jesucristo. *Ascensiones in corde suo dispossuit*.

Prop.—«Tratemos, pues, en esta mañana de la preparación y purificación del corazón seráfico de Santa Teresa y de la consagración y total entrega del mismo a Jesucristo.»

Pero antes imploremos los auxilios de la gracia por medio de esa Virgen, llamada, y con razón, hermosura del Carmelo, a quien saludamos reverentes diciendo:

AVE MARIA

I

Predestinada nuestra excelsa y gloriosa Madre Santa Teresa con singular predilección de Jesucristo para Esposa suya, la previno con aquel conjunto de circunstancias que forman el particular carácter de una alma escogida. Al efecto, la dotó de un corazón generoso capaz de amar mucho y bien, un espíritu inalterable superior a la común capacidad de su sexo, una índole

y genialidad dulce y amorosa (pero nada pegajosa) que fueron presagios de su futura ascensión al heroísmo más alto y más completo. Además, la enriqueció desde la cuna con tantas gracias y mercedes tan grandes, que sólo pudo conservarlas su adorable y misteriosa Providencia.

A tan feliz y afortunado exordio añadió su mano omnipotente el nacimiento en el seno de una familia noble y cristiana, colmada de honores y de virtudes, donde halló todos los recursos que podrían facilitarle la subida al ápice de la más sublime perfección. A estas tan cumplidas proporciones de la naturaleza adelantó el Señor los dones de la gracia, inspirándole, desde los albores de la infancia, amor a la soledad, a lo bueno, a lo justo, a la honra, al agradecimiento y a todas las prácticas de virtud, inspirándole fuertes inclinaciones al pudor y honestidad, y una extrema antipatía a todo lo que podía empañar su alma. La enriqueció, además, con una voluntad y deseo tan grandes y fervorosos de ser fiel a Dios en todas sus acciones, y de llenar la medida de todos sus deberes, que, andando el tiempo, se obligó con voto a esta fidelidad.

Ay, y qué feliz hubiera sido nuestra heroína, si el espíritu de distracción y el sutil veneno de la vanidad no hubiera penetrado en el santuario de su corazón. El demonio, este astuto y venenoso espíritu se empeñó en arrebatarse al Esposo divino la víctima que parecía haber ya consagrado con sus manos. En las mismas bellas cualidades de Teresa buscó los instrumentos de su perdición. Se valió de su corazón franco, interesante y agradecido, de su genio festivo, dócil y oportuno, de su porte hermoso, elegante y bello, y le sugirió deseos vagos de agradar y agradarse, de ver y ser vista. Al punto surgieron innumerables complacencias de sí misma; a esto siguió el aseo y excesivo cuidado de manos

y olores, vestidos y adornos, episodios y conversaciones que la comenzaron a resfriar el corazón y el espíritu en la piedad y en los rezos que solía hacer. Jóvenes de uno y otro sexo, escarmentad en Teresa y aprended a no dejaros prender en redes tan sutiles y peligrosas.

Y qué ¿permitirá el Esposo celestial, sufrirá un amante tan celoso el que le sea arrebatado el objeto de sus más tiernas caricias? No por cierto. Así vemos que Jesucristo la ilumina en los ratos de oración y soledad que todavía solía hacer, y Teresa ve desde lejos el despeñadero a donde iba aproximándose, y al verle se asusta y detiene. Su católico padre D. Alonso de Cepeda, que algo de esto llegó a barruntar, la pone de educanda en un convento de Agustinas a usanza de aquellos tiempos, y con esto se conjuró por entonces y casi del todo la tempestad, pues como afirma la Santa (1): «Los primeros ocho días sentí mucho, y más la sospecha que tuve si se había entendido la vanidad mía, que no de estar allí. Estaba más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia de dar contento a donde quiera que estuviese, y así era muy querida... Aun con todo esto no me dejaba el demonio de tentar, y buscar los de fuera cómo me desasosegar con recaudos.» Por estas palabras se ve que aun en el retiro de San Agustín continuaba la antigua serpiente los silbos de seducción con que antes la persiguiera, y de los que la Santa se defendía mediante la oración y amor y devoción a Nuestra Señora.

Más tarde, se entabla en el alma de Teresa lucha tremenda entre el mundo y el claustro, y luchas y congojas entre la vida cómoda de los mundanos y la auste-

(1) Autobiografía, cap. II.

ra de los conventos. Por un lado ponderaba la Santa las ventajas y «gran merced que hace Dios a quien pone en compañía de buenos», y por otro el sacrificio que supone el encerramiento perpetuo, y aunque se veía morir con la persistencia y continuidad de este terrible batallar, triunfó la gracia, venció el llamamiento de Dios, y eso que era tan fuerte la resistencia por parte de la Santa, que cuando salía para el convento de casa de su padre se creía morir. He aquí las palabras de nuestra gran Santa (1): «Acuérdaseme a todo mi parecer, y con verdad, que cuando salí de en casa de mi padre, no creo será más el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí... En tomando el hábito, luego me dió el Señor a entender cómo favorece a los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entenia en mí, sino grandísima voluntad.»

II

Ya está Teresa en el claustro carmelitano, pero aun en la morada de los profetas se presentó Satanás transformándola en campo de batalla. La reciprocación que a Teresa impone su genialidad nativa, la correspondencia que le exige su corazón agradecido, la delicadeza a que es impulsada por su fina educación, ofrecen por parte de Teresa, al enemigo infernal motivos y disculpas, a sus continuas infidelidades en el convento de la Encarnación. Es verdad, amados hermanos míos, que en los nueve años de distracción que Teresa contaba a los veintitrés o veinticuatro años de edad, la divina mano oculta que dirigió siempre su corazón le había preservado de todo pecado mortal, que así lo estampó

(1) Ibidem, cap. IV.

el testimonio de su conciencia en el libro inmortal de su Autobiografía, así lo atestiguaron después sus doctos y santos confesores, así el Tribunal de la Sagrada Rota lo publicó de oficio, y así, finalmente, el Papa Gregorio XV lo insertó en la Bula de su solemne, y por todo el orbe católico deseada, canonización.

Volviendo a la mano oculta y divina que la gobernaba, ¡qué golpe tan certero descarga esta mano directora sobre sus imperfecciones! Golpe y pruebas terribles sobre sus pequeñas infidelidades, que son no tanto satisfactorias y vindicativas, cuanto purificativas y medicinales. Prueba de lo que voy diciendo son la mirada seria y reprobatoria que el divino Esposo la echó desde aquella imagen suya llevada al convento para cierta fiesta; también las palabras que en esta ocasión le dirigió llenas de gravedad e imperio al decir a la Santa (1): «Ya no quiero que hables con hombres, sino con ángeles»; y también la postración a sus pies (2) y la amorosa confianza con que le pidió serle fiel y constante en lo sucesivo, «y que no se levantaría de allí hasta que hiciese lo que le suplicaba.»

Sin duda alguna que esta fué la época terminativa de sus tibiezas e infidelidades y la comenzada de sus purificaciones y aproximaciones al amor. En efecto, caen sobre ella dolores inaguantables, enfermedades imposibles, mal de corazón, contracción de nervios, calentura continua, vómitos diarios, etc., etc., y todos estos tormentos sobre su virginal cuerpo duran por espacio de veintidós años. Durante otros tantos, arma la Santa su brazo varonil, y con cilicios, rollos, azotes, hortigas y manojos de llaves, castiga su carne y las sensaciones y placeres que, aunque no criminales, fueron contra la de-

(1) Autobiografía.

(2) Ibidem, cap. IX.

licadeza de su dueño y Esposo. El corazón con este duro ejercicio tan prolongado se limpia y purifica del amor imperfecto y desarreglado que por *nueve* años había tenido a su cuerpo a sus buenas cualidades y dotes y a sus amigos.

Añadid a esta noche oscura y purgación del sentido, que diría el Príncipe de la mística, San Juan de la Cruz, la de su entendimiento y voluntad, o sea la purgación y noche del espíritu. Para ella, según el mismo autor, necesita el alma recorrer y experimentar los desvíos del celestial Esposo, las sequedades en su amor, los desamparos y desolaciones de su cariño. Pues compadeced a Teresa envuelta en las purificaciones de esta noche mística por espacio de unos veintidós años. Su hermosa alma, a la manera del mundo antes de la creación de la luz, toda era un caos, una confusión, escrúpulos, miedos, temores, desolación y grandes sequedades de espíritu; un estado, en fin, tan angustioso del alma, que ésta se parecía a aquéllos soldados a quienes el Profeta Eliseo llenó de tinieblas y caminaban a tientas y a ciegas, sin conocer al Profeta ni la ciudad y sitio a donde se dirige (1), ni siquiera el objeto y legación a que se le destina. Desvíos de Dios, estado en que su alma ama a Dios sin saber que le ama, corre tras Jesús sin lograr alcanzarle, le llama a grandes voces y no oye una sola respuesta. ¡Qué pruebas tan amargas y qué examen tan riguroso! El amor divino es su tirano y esta dicho todo. El gran teólogo de esta ciencia, mi Padre San Juan de la Cruz, compara esta noche a las agonías de la muerte, a los sufrimientos del Purgatorio, y a los dolores del infierno.

Y no extrañéis este modo de hablar tratándose de la gran Santa; porque si esta noche oscura del espíritu,

(1) IV Reg, cap. VI.

este vacío y purgación de todas las imperfecciones naturales, morales y espirituales de la memoria, entendimiento y voluntad del hombre crece y se aumenta a proporción que su alma ha de subir y unirse con Jesucristo, que tenía determinado que el corazón de su Esposa predilecta Teresa ascendiera hasta el punto de hacerse uno con el suyo, ¿os parecerá, en vista de esto, excesiva la duración de esta prueba y su increíble intensidad por espacio de veintidós años? Es que se trataba de vaciar su corazón de todo lo que no era Dios. *Cor vacuum.* ¡Oh, Teresa, oh alma fiel, levántate de tu abatimiento, tú que por tanto tiempo has bebido el cáliz de las pruebas y amarguras de tu Esposo. *Consurge Jerusalem, elevare, quæ bibisti de manu Domini calicem iræ ejus* (1). Deja los vestidos de luto y prepara tu corazón con los fervores y entusiasmos de un amor puro y encendido. *Cor ardens.*

III

¡Qué ascensiones, qué manera de subir tan rápida la de esta Esposa, escogida entre millares! Satisfecho Jesús del vacío y pureza de sentido y potencias de su Teresa, éntrala en el grado de amor fervoroso y encendido que corresponde a las almas así purificadas, o sea a la Quinta Morada. Esta tan gloriosa y dichosa ascensión, este tránsito del alma a las altas regiones de la mística, señálalo con piedra blanca la misma Santa, al decirnos en el capítulo XXIII de su Autobiografía, que «es otro libro nuevo de aquí adelante, digo, otra vida. Es que vive Dios en mí. La de hasta aquí era mía.» Según este cómputo teresiano, los cuarenta y cinco años que

(1) Isai, LI, 17.

llevaba vividos, eran suyos: los veintitrés que la restan vivir, los vivirá Jesús en ella, Es decir, que fué, como escribe uno de sus más autorizados biógrafos, tal y tan grande el poder de la gracia en el corazón vacío y purificado de Santa Teresa, que en lo sucesivo obrará en él sin él, esto es, sin esperar de él previas diligencias, y con tal sutil y delicado modo, que si la gracia no lo hiciera todo en Teresa, Teresa nada haría.

Y este es, hijas de la Santa e imitadoras suyas, el último modo de regar el huerto del alma o grado de oración de los cuatro aquellos que tan magistralmente trata desde el capítulo XI de su Vida, hasta el XXIII exclusive. Pero ¿qué rasgos podrá trasladar mi ineptitud de este nuevo y divino libro? ¿Qué acciones podré yo referir de esta vida del todo celestial? Ni ¿qué riegos e influencias podrá mi impura y balbuciente lengua pronunciar sobre este corazón privilegiado, incorrupto y casi vivo? Ah, yo no soy digno de pronunciar y repetir frases de tan sagrada familiaridad. Solo podré daros alguna leve idea de los frutos que este amor ardiente produce en su corazón por aquellos éxtasis, enajenaciones, raptos y arrobamientos que la sacan fuera de sí, que la elevan hasta la Jerusalén Santa donde ve secretos que no es lícito hablar de ellos al hombre mortal; secretos que la obligan a clamar, desfallecer y perder los sentidos en los castos brazos de su divino Dueño. Toda transformada en El, y sin que en ella quede más de mujer que unos labios moribundos y unos ojos del todo eclipsados, ni más aliento y vitalidad que para pronunciar el *muelo porque no muero y vivo sin vivir en mí*, ella vive una vida enteramente nueva y obra por un nuevo orden de operaciones. Nada, por decirlo así, hace con sus sentidos y potencias. Jesucristo es el principio de sus acciones, de sus afectos, de sus movimientos; y sin que permita a su corazón otra cosa para des-

ahogar sus ardores que gritar (1): «Basta ya, Señor, basta ya. O ensanchad mi bajeza y mi corazón o poned término a vuestros favores, que no hay corazón que lo sufra, siendo lo que soy y mirando mi ruindad.» ¡Oh corazón volcanizado por el fuego del divino amor, tu primera súplica va a ser atendida! Fijate, fijate, Santa benditísima, en ese Mensajero que tienes a tu lado, «pequeño y hermoso mucho, y con el rostro encendido, que parece de los ángeles muy subidos que todos se abrasan (2), fijate y verasle en las manos un dardo de oro largo, en cuya punta de hierro hay fuego abrasador, y entrándotelo por el corazón te llegará a lo íntimo de las entrañas, y al sacarlo, te dejará toda abrasada en grande amor de Dios.»

En efecto, entregada nuestra esposa mística por tres años continuos a las mayores y más ardientes comunicaciones del amor, tocó en el último y más elevado grado, que fué la consagración, dedicación y total entrega de su corazón al Amado de su alma. *Cor consecratum*. Y en el momento en que Dios ve esta última y perfectísima disposición, del alto cielo baja el Serafín y traspasa de parte a parte su corazón virginal y purísimo, cuya sangrienta herida está a la vista después de tres siglos y medio. Ahora bien, como véis, mi oficio de panegirista no debe de parar en el hecho solamente, sino que al ver que repugna con sus principios una vida sin corazón, o un corazón vivo, pero mortalmente herido, se hace preciso recurrir a la Omnipotencia para persuadirse que esta víctima pudiera sobrevivir 23 años de este modo. Si, a tí acudo, oh poder infinito de mi Dios, para alabarte, para confesarte y engrandecerte, pero haciendo todo esto aquí en presencia de tu Teresa,

(1) Relaciones.

(2) Autobiografía, cap. XXIX.

en presencia de esta Santa Madre, rodeada de sus hijas e hijos y devotos, que no acertamos a separarnos de ella al contemplar tan asombroso prodigio.

Este dardo, abrasando como aquel fuego que descendió de lo alto e instruyó en la ley al Profeta, lo veo caer, en fuerza de un deliquio, sobre el corazón de Teresa para enseñarla lo más recóndito del amor. *De excelso misit ignem in ossibus meis et erudivit me* (1). Aun cuando la misma Santa Madre no nos asegurase que al introducir y sacar el Serafin aquel dardo sintió en el corazón un incendio de abrasadoras llamaradas que inundaron de luces su entendimiento portentoso, bastaría la simple lectura de sus celestiales escritos, correspondientes a los 23 años que vivió después, para convencernos que desde aquel momento experimentó sucesivamente aquellas nociones celestiales, aquellas inexplicables noticias y aquellas verdades elevadísimas que trae consigo el rostro del divino esposo. Con toda propiedad y verdad pudo decir en aquel feliz instante de la Transverberación esta verdadera esposa mística lo que la del Cantar de los Cantares (2): «Mi Amado me ha introducido en lo más interior y reservado de su pecho para manifestarme sus secretos inefables.» *Introduxit me in cellam vinariam.*

A la verdad, meditando la vida archiadmirable de esta divina y excelsa Matriarca, se convence uno de que el Señor en sus bondades infinitas y admirables compartió con ella cuanto constituye la felicidad de los bienaventurados en cuanto se sufre y es permitido con su estado de viadora. Hay que oírle hablar de la unidad y trinidad de Dios, de la inmensidad y simplicidad de su ser, y de la generación eterna de su Verbo. Ah, ¿y juzgáis

(1) Thren. I, 13.

(2) Cant. II, 4.

vosotros, señores y hermanos míos, que no pasó del entendimiento de Teresa el rico patrimonio de grandes ideas y concepciones con que la enriqueció y adornó su Esposo? No creais tal cosa, ya que las ilustraciones y noticias que acabáis de oirme no fueron más que una pequeña parte de las arras con que Jesús de Teresa perfeccionó y coronó la consagración y total entrega de la voluntad y corazón de Teresa de Jesús. Y es que la largueza soberana de Jesús se empeñó en regalarla con cariños y señales de amor tan grandes, que inflamasen y absorbiesen del todo su magnánima y determinada voluntad.

«Teresa, dícele Jesús un día, yo te amo tanto, tanto, que si no hubiera criado el Cielo, por tí sola lo creara. No hayas miedo, hija, dícele en otra ocasión, que nada ni nadie será parte para apartarte de mí. Mira este clavo que ahora te doy, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habías merecido. De aquí adelante, no sólo como de Creador y de Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía. Mi honra es tuya y la tuya mía» (1). ¡Oh, dulcísimo Redentor, con qué abundancia os derramáis sobre el alma que a Nos se dedica y consagra! ¡Con qué profusión premiais aún en este mundo a los que eleváis y ensalzáis al honor de uniformar su espíritu con el vuestro!

Y concluyo, amadas hermanas mías; porque, ¿a qué pretender yo encerrar la inmensidad del océano en un vaso de cristal? Además, que ya dijo alguno que cuanto más sube el amor, menos pasos puede dar la retórica para seguirle. Sus escritos y lo dicho por sus historiadores me ha conducido hasta aquí para ver purificados y

(1) Relaciones.

limpios los nueve años de sus distracciones y pequeñas infidelidades, con veintidós de trabajos, sequedades y enfermedades. *Cor vacuum*. También la he podido seguir los tres de sus fervorosos aumentos en el amor de su Esposo Jesús. *Cor ardens*. Y siéndome imposible seguirla los veintitrés de su consagración y entrega, *cor consecratum*, lo mejor será conjurar e imponer silencio al discurso, a la palabra y a la pluma para no despertar a la Esposa mística del Carmelo y dejarla dormir y descansar entre los brazos del Esposo todo el tiempo que ella quiera.

Sí, descansa para siempre y para *in æternum*, alma hermosa, alma real y extraordinaria entre los esplendores de la gloria de tu Dios, por cuya honra tanto hiciste y sufriste tanto en este mundo.

Recibid, Santísima Matriarca, los corazones y afectos de todos estos vuestros hijos e hijas; recibid los testimonios de amor y veneración y admiración de todo el mundo católico y en especial de estos tus devotos que hoy han venido a honrarte y a invocarte en sus penas y necesidades. Oh grande, oh Santa, oh divina Teresa; desde la inaccesible altura en que vivís y estais eternamente unida con vuestro celestial Esposo, echad una mirada propicia sobre la Iglesia universal y sobre esta nuestra Patria española para que, gozando los frutos de la paz, podamos vivir y morir en gracia de Dios y en su santo amor, y gozar eternamente su gloria, que a todos os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.





SANTA TERESA

FINA AMANTE DE JESÚS



Panegirico predicado en Valencia por el R. P. Fr. Plácido del Pilar, C. D.

La Iglesia Católica, vergel de flores de encumbrada Santidad.—Santa Teresa, flor bellísima.—Los admiradores de esta flor —I. Característica de cada santo.—La de la Santa es la caridad.—La carrera del amor la emprendió como un gigante.—Esfuerzos de la naturaleza y auxilios de la gracia.—La Santa empezó por donde los otros Santos concluyen. II.—Paréntesis en la vida de Santa Teresa.—*Surgam*.—A ganar bienes eternos.—El prodigio de Alba de Tormes.—El niño Juan Bautista, el Precursor y la niña Teresa.

Signum magnum apparuit in coelo.

(Apocalíp., 12·1).

ENTRE la hermosa variedad de Santos que como vistosas y perfumadas flores de un vergel, nos ofrece la Iglesia Católica para nuestro consuelo e imitación, se destaca el tipo de una mujer, la figura de una heroína, el ideal más acabado de la perfección y santidad que cual celeste aparición adornada de todas las gracias, ostentando la rica variedad de todas las virtudes y llena de méritos, es el encanto y admiración de todos los hombres, la que se ha conquistado el amor y cariño de todas las naciones, y la que ha visto postrados a sus pies,

unidos en un mismo modo de pensar, a toda clase de personas sin distinción de edad, sexo, ni condición, lo mismo al sabio que al ignorante, al militar como al artesano, al hombre como a la mujer. Y hasta aquellos mismos a quienes separa de nosotros un abismo, el de las creencias católicas, humillan su altiva frente ante la imagen de esa Santa, y dejando su corazón libre, siquiera sea por un momento, de las preocupaciones que les embargan y detienen para que haga una espontánea confesión de lo que siente ante ese prodigio que admira, exclaman con ingenuidad: «Dichosa tú, que supiste conquistar la admiración de todas las naciones y un nombre sin segundo; gloria a tí, que eres el más preciado ornamento de nuestra nación.»

Teresa de Jesús es el nombre que, cual dulce bálsamo, destila por los labios de todos los mortales y se oye con placer en todos los puntos de la tierra, despertando en los corazones los más vivos sentimientos de entusiasmo, amor y veneración, porque en ella se admira un alma, la más privilegiada, un corazón grande y dilatado como las arenas del mar, en sentir de la Iglesia, una mujer, la más sublime, y una heroína sin igual. Por eso es que ha tenido mil panegiristas que han empleado sus más brillantes talentos en cantar sus glorias, sirviéndose de sus plumas de oro para tributarle los más justos elogios, porque todos han visto en ella un astro de primera magnitud que ha aparecido en el hermoso cielo de la Iglesia Católica.

A ella se han dirigido las más elevadas inteligencias atraídas siempre por todo lo grande y sublime para contemplar ese portento de la naturaleza y de la gracia, desde el Pontífice Gregorio XV, que en la Bula de Canonización la llama nueva Débora, por quien obró Dios un gran prodigio en la Iglesia, hasta Clemente XIV, que decía que «Santa Teresa de Jesús es una de las almas

más grandes que Dios ha resucitado para bien del Cristianismo», desde el más eminente de los metafísicos, Leibnitz, que decía haber tomado de ella los principios de la más sublime filosofía, hasta los sabios de nuestros días, que la colocan sobre todas las mujeres después de la Madre de Dios, desde el militar que admira en ella un corazón valeroso, grande y magnánimo, que es encarnación viva del carácter español de aquella época, hasta el artesano que sin comprender bien lo que ve, admira esa figura colosal como el más grandioso monumento que los últimos siglos han levantado a la mujer educada en la escuela del catolicismo. Todos, en fin, admiran a la gran Santa, porque la han estudiado por todos sus lados y en todas las manifestaciones de su vida, ya como escritora fecunda, ya como hablista, quién como fundadora, quién como discreta, unos como mártir del amor, otros como víctima de la penitencia, y todos como la mujer más grande y la Santa más admirable que han producido los siglos, si se exceptúa a la Madre de Dios, y como el mayor y más provechoso beneficio que últimamente ha hecho Dios a la humanidad.

Pero, como es imposible reducir a los estrechos límites de un panegírico las grandezas de esa Santa, que llenarían más volúmenes que caben en una biblioteca, me limitaré a hablar del amor de caridad que tuvo Nuestro Señor Jesucristo, para haceros ver cuán grande fué entre los Santos.

Prop.—«Santa Teresa, fina y generosa amante de Jesús.»

Santa bendita, Madre adorada, abrid mis labios y purificad mi corazón para que cante vuestras grandezas a la faz de todo el mundo, a fin de que todos alaben a Dios y glorifiquen su santo nombre por las misericordias que hizo en vos. Interesaos con vuestro Esposo, el Rey de la Gloria, que yo también pondré por intercesora a

nuestra Santísima Madre la Reina del Carmelo, para alcanzar los auxilios que necesita, diciéndole con el Angel:

AVE MARÍA

I

La caridad es el vínculo de la perfección, ha dicho el Apóstol, porque ella es la que une y da vida a todas las virtudes con las que el hombre se hace perfecto, y es la que une al hombre con su último fin, que es Dios, en lo cual consiste su entera perfección. Por eso es que ella se encuentra en todos los Santos como absolutamente necesaria y sin la cual no hay perfección.

Sin embargo, aunque sea la caridad la que da vida, a todas las virtudes, y por lo mismo se la considera indispensable para la santidad, aunque sea ella el alma de todas las acciones del que busca esta santidad, no siempre es ella la que forma el carácter distintivo de los Santos, antes al contrario, siempre se ve en ellos alguna virtud que sobresale entre las demás, para manifestarnos el espíritu y carácter de cada uno. Así, vemos al Santo Job caracterizado por la paciencia; a mi gran Padre San Elías, como el más acérrimo celador de la honra de Dios; al Bautista, como el modelo de la penitencia; en San Pablo, el tipo de la fortaleza; en San Francisco, la humildad; en San Luis, la pureza; en San Juan de la Cruz, la abnegación y en Santa Teresa... ¡Ah! Esa gran Santa, que nació para cosas sublimes, no podía ser caracterizada sino por la más sublime de las virtudes, que es la caridad.

En efecto. Registrad todas sus obras, examinad todas sus acciones, atended a todos los momentos de su

vida, y siempre la veréis respirando el amor de Dios, siempre veréis relucir aquella llama del divino amor. que parece se adelantó a su razón, como si una mano secreta la hubiera encendido en su pecho, como si una chispa del Cielo hubiera levantado aquel volcán después de las aguas del Bautismo.

Cuando leemos las vidas de los Santos, nos admiramos ver el camino que van siguiendo de la perfección, cómo van adelantando en las virtudes, cómo se encienden poco a poco en el amor de Dios, porque aunque en el sean predestinados y den señales nada equívocas de la sublime santidad que han de alcanzar, siempre se ve la imperfección, o mejor dicho, la no perfección de los principios; como una lámpara que a medida que va tomando cuerpo la llama sube más y se extienden sus rayos, así parece que comienza la perfección y sobre todo la caridad en los Santos. Ellos sienten que se enciende la divina llama en su corazón y le dan pábulo para que vaya alimentándose y subiendo más; y con los años y a medida que adelantan en la práctica de todas las virtudes, sube más la llama hasta que llega a declararse tal incendio de caridad que mayor no puede darse, según nos advierte Jesucristo, que es dar la vida por sus semejantes, ceñirse con la gloriosa aureola del martirio. Esta parece que es la progresión ascendente que se ve en todos los Santos. Pero aquella que fué portento de su sexo, milagro de la gracia y excepción desde todos los puntos de vista, no podía sujetarse a esta gradación común a todos los Santos, y empieza como un gigante que sale a la carrera. Vedla; niña aún y cuando las facultades no están todavía con atención para pensar en cosas grandes e imposibilitadas ordinariamente para lo sublime; en aquella edad en que un flujo y reflujo de puerilidades hechizan el corazón, y en que apenas conociéndose el hombre a sí mismo está natu-

ralmente [reñido con las resoluciones atrevidas en que consiste la virtud más sublime, entonces, embriagada como la mujer del Apocalipsis con la sangre de los mártires cuyas vidas leía, forma el propósito de derramar la suya por Jesucristo. Qué pensamiento tan sublime para una niña! Entre las acciones de los Santos no hay ninguna más digna de nuestro elogio que el martirio, porque es la prueba más fuerte del valor y el más grande esfuerzo del amor, es la última y más infalible señal de la gratitud a Jesucristo, es, en fin, según el lenguaje de San León, la consumación de la caridad.

Y no es un espectáculo digno de Dios, de los ángeles y de los hombres, que una niña de siete años, superior a la flaqueza de su edad y sexo, comience su vida por donde acabaron aquellos Santos tan grandes que el catolicismo honra como á columnas de la Iglesia?

Y no creáis que sea este un pensamiento volátil y pasajero como los inconstantes deseos de los niños; no, aquella idea del martirio se ha grabado fuertemente en su imaginación despertándole mil encantos y como trasladándola a una vida feliz. Dar la vida, derramar la sangre por su Dios, lo mira ella como la idea más sublime, como el más justo deseo de su inflamado corazón. Al efecto sale de la casa paterna después de haber tomado bien todas las medidas para no ser impedida, y con la resolución de un hombre a quien urge un negocio de gran trascendencia se encamina a tierra de moros para ser decapitada por Jesucristo. ¡Gran Dios, qué heroísmo! No dudo que los cielos se pasmarían al ver tal determinación en una niña de siete años. No es verdad que parece más una fábula que un hecho, un sueño de un poeta que la acción de una niña? Y si procuráis disuadirla con razones, ella os responderá: «*Charitas Christi urget nos*», la caridad, el amor de Jesucristo me impulsa. Decidle que es el camino largo, la

tierra desconocida, el lugar incierto, y ella os contestará, el amor de Dios que arde en mi pecho me alentará e iluminará. Dónde están, pregunto yo ahora, dónde están los primeros ensayos de la caridad de esta niña? Cuáles son sus principios? He aquí cómo comienza este gigante, el primer acto con que ella manifiesta su caridad hacia Dios, es como el último y supremo de los otros héroes. Y si ella no puede conseguir entonces aquel deseo de su corazón, aquel impulso de la caridad tan ardiente de su pecho, es porque Dios, que la quiere hacer admirable en todas las cosas, no permite que sufra el martirio como los demás Santos, sino que la guarda para otro martirio, que es martirio de amor. Qué admirable, qué extraordinaria, qué grande se nos presenta esta Santa en el primer periodo de su vida! Solo este rasgo de heroísmo basta para caracterizar a Teresa como Serafín en el amor.

II

Es cierto que este incendio de caridad ocultó sus llamas durante un breve espacio de tiempo en que la Santa dejó los libros de los santos por los de caballería, que aunque no eran malos, no ofrecían al incendio de su corazón el pábulo que necesitaba para mantenerse y esto fué lo que la resfrió algún tanto; ejemplo bellissimo que Dios permitió para lección de los jóvenes de nuestros días que creyéndose con suficientes conocimientos para discernir lo bueno de lo malo, y con bastante fuerza de voluntad para deshacerse del lazo en que puedan caer, se dan con espíritu febril a toda clase de lecturas, no ya de libros de caballería sino de novelas libres, con esa libertad que da el mismo derecho a la verdad que al error, que mezcla los sentimientos de

piedad y religión con los que pueden excitar las más violentas pasiones y que son una escuela de inmoralidad que lleva a los corazones no abiertos aún a la malicia del mundo, o refrenados por la virtud, el germen de todos los vicios que más tarde le han de dominar. Y si Santa Teresa, con ser de un corazón tan grande, de una inteligencia tan privilegiada y de temple varonil, sintió luego los efectos de aquellas lecturas que no eran malas, que como lluvia de verano vino a refrescar el calor de su corazón, qué se prometen los jóvenes de nuestros días de espíritu superficial, llevados, combatidos como el pintado esquife entre las olas, por todo viento de doctrina, de novedad, de lujo, de corriente de siglo? Podrán conservar así el calor que necesita un corazón para que se desarrollen aquellos gérmenes de virtud que han de hacer de la mujer un ángel y de la criatura más débil una fortaleza como granítica mole que resista sin cansarse venciendo las más fuertes tempestades? Dios permitió que Teresa se resfriara para manifestar la condición de un sexo débil y para que sirva de lección a los demás a fin de que nadie presuma.

Sin embargo esto duró poco, y como un herido en el campo de batalla que se levanta y asesta con nuevo valor y brío el hierro a su adversario hasta derribarlo a sus pies, de la misma manera la Santa, despertando de aquella especie de letargo con que el enemigo preparaba sus caminos, comienza con nuevo espíritu su campaña, entra en la Encarnación de Avila, principia la carrera religiosa y entregada ya toda a su amado escogido entre millares, no entiende, no busca, no piensa sino en amar y amar a su Jesús, porque sabe que es esta la Vida de su corazón y el único lenguaje que entiende su amado, y entonces se abre de nuevo aquel cráter divino de su corazón y comienza a despedir llamaradas en todas direcciones que inflaman las almas en el más

puro y santo amor. Ella nos pinta, con la humildad profunda que la distingue, aquel período de su vida en que estuvo sin fervor y sin devoción como ella dice, pero nos confiesa ella también con la mayor ingenuidad que era aficionada a cosas de religión, que estaba tan puesta en ganar bienes eternos, que con el embebecimiento de Dios que traía lo que más gusto le daba era tratar cosas de El, y que se sentía con ánimo para decir las palabras de San Pablo, que no vivía ella sino que el Señor su Creador vivía en ella? No fueron ya muchas las visiones con que la regaló el Señor, como cuando se le apareció Cristo, que nos dice ella que lo vió con los ojos del alma más claramente que si fuera con los del cuerpo? y cuando por espacio de muchos años veía casi continuamente a su lado la humanidad de Nuestro Señor, y que desclavando Cristo su diestra se la dió diciéndola: En adelante como mi verdadera esposa celarás mi honor, yo soy todo tuyo y tú toda mía? Qué indica todo esto sino que aquel pecho ardía fuertemente en el amor de Dios, que la llama de su caridad iba subiendo hasta que el fuego del divino amor llegó a tener en ella una fuerza intolerable a la pobre naturaleza humana que hubiera sucumbido víctima de aquel voraz elemento si aquel Dios de infinita bondad, mirando por la vida de su amante esposa no le enviara un mensajero celestial para que la sanase de la dolencia de amor? ¿Pero qué sucede? Vedla, vedla desfallecida, apenas se puede sostener, caída en brazos de su amado. ¡Ah! Mi espíritu, que es todo amor, se ha mirado desde lo más alto de los cielos en el cristal del corazón de esta virgen, y al ver en él su imagen, desciende con más velocidad que el rayo, y penetrando en el interior de su corazón, hace de su corazón de carne el corazón de un serafín. ¡Cielos, qué portentoso! ¿Cuándo se ha visto un prodigio igual? ¿En qué historia se lee un hecho semejante?

Es que Dios quería hacer a esta Santa grande y extraordinaria en todas las cosas y por eso obró en ella misericordias que jamás con nadie obró. Aquí quisiera yo los hombres de vuestro siglo, que se ríen del orden sobrenatural ante esta mujer, que con el corazón atravesado lleva veinte años de una vida activa como de un apóstol y sin descanso, como de una fundadora; ante el hecho de este corazón abierto, examinado, varias veces por los médicos, y a la vista de todos los que visitan Alba de Tormes, quisiera ver yo a los prohombres del siglo, que se ríen al oír el nombre de milagros y que se creen con fuerzas suficientes para explicarlos todos con su débil razón. Juntad toda la filosofía que queráis, nunca daréis una explicación satisfactoria y la ciencia misma será la que os condenará. Vuestro orgullo será humillado como aquel de que nos habla el Profeta, cuando dice: «Pasé y vi al impío levantado como un cedro del Líbano; volví y ya no era», porque al quereros levantar hasta el Cielo para atar las manos de Dios y echarle un mentís en la cara, caís en el abismo de la insensatez y desprecio al negar los hechos milagrosos, tan antiguos como la misma humanidad y que nos confirman las historias todas y la tradición de todos los pueblos. Pero dejemos a estos y admiremos una vez más la colosal figura de nuestra Santa en este segundo período de su vida.

Cuando en la montaña de Judea se supo el nacimiento del Bautista con los milagros que le acompañaron, llenos de admiración se preguntaban unos a otros: «¿Qué pensáis llegará a ser este niño?» Y estas mismas palabras podemos repetir nosotros en esta ocasión: «¿Qué pensáis llegará a ser esta virgen?» Si niña aún, hemos visto aquella caridad supereminente que ardía en su pecho, y poco después con las proporciones que tomó la llama hemos visto su corazón transformado en el corazón de un Serafín, ¿a dónde llegará si así continúa? ¿Po-

drá permanecer por más tiempo en este destierro separada de su amado? ¡Bah! Bien quisiera ella verse libre de las cadenas del cuerpo para engolfarse en el divino amor, en la unión de su Amado. Pero Jesús quiere aún ser glorificado por Teresa y después ofrecerle el martirio de amor; quiere que aquel incendio de caridad que se ha reconcentrado en su pecho salga para encender las almas y producir obras de la mayor gloria de Dios. ¿Y qué obras salieron del pecho de Teresa? Mirad. Así como del Corazón de Jesús de Teresa, abierto con la lanza, salieron los Sacramentos, por los cuales somos regenerados a la vida de la gracia, así del corazón de Teresa de Jesús, abierto por el dardo de un Serafín, salió la reforma del Carmelo, que ayudó a reformar las costumbres y santificar tantas almas dentro y fuera del claustro.

¿No fué obra del fuego de caridad que ardía en su pecho la renovación del espíritu de esta Orden del Carmen que tanta gloria ha dado a Dios? ¿Quién daba fuerzas a esa mujer para emprender y llevar a feliz término una obra tan colosal, sino la caridad de su corazón? ¿Quién sino el fuego del amor que ardía en su pecho, daba fuerzas a esa monja enfermiza siempre y sujeta a toda clase de penitencias para emprender continuos viajes en los más fuertes calores de Andalucía y en los fríos más rigurosos de Castilla para hacer las fundaciones, de Avila a Medina, de Medina a Malagón, de Malagón a Valladolid, de aquí a Toledo y a Pastrana y a otros puntos? ¿De dónde salieron aquellos libros de doctrina celestial, de tanto provecho para la Iglesia, y que tanto bien han hecho y harán a las almas, sino de la llaga de un costado abierto por la fuerza del amor? ¿Qué son aquellas que llaman poesías de la Santa, sino llamaradas que se escapaban del volcán de su pecho? ¿Y quién le inspiró aquel acto, el más sublime que se lee en

las historias de los Santos, aquel voto que hasta entonces nadie jamás conoció, de hacer siempre y en todas las cosas lo más perfecto, aquello que comprendía ser de mayor gloria de Dios? ¡Oh, caridad inmensa! ¡Oh milagro, el más estupendo de amor! Ciertamente que si la humanidad tuviera que presentar una víctima de amor a Jesucristo, no podía escoger criatura más adecuada, ni la imaginación más inspirada en el arte podía idear una forma tan bella para representar la caridad de los hombres a Dios, como la de Santa Teresa de Jesús.

Mirad qué lamentos deja sentir su corazón, qué arrobos sufre su espíritu, qué elevaciones tiene su cuerpo, ensayos del amor inmenso de un corazón que no pudiendo arder aquí con toda libertad quiere llevarla al lugar que ha merecido, al coro de Serafines. ¿Y quién podrá detenerla? ¡Bah! Que el amor es fuerte como la muerte y así como a la muerte nada resiste, de la misma manera, el amor grandísimo de esa Santa queriéndose imponer a todo y vencerlo todo, se hace insoportable a la naturaleza, debilita todas sus fuerzas, la postra, y al repetir ella con nuevo ardor aquel «que muero porque no muero», deja aquí los restos de su mortalidad y escápase su alma a recibir el beso de su Amado en la gloria de los Santos.

Ved qué grandeza la de esta mujer, la de esta Santa, y qué extraordinaria se nos presenta aun entre los Santos en el amor de caridad hacia Jesús. Por eso decía una Venerable: «Después de la Madre de Dios, a Teresa de Jesús amo con especialidad, porque de nadie se me dan a entender las grandezas que de ella.»

En todas las épocas ha desempeñado la mujer un papel importantísimo y de gran trascendencia, para detener los estragos del error, conservar pura e intacta la fé, reformar las costumbres y restaurar la verdadera piedad, porque ella es el Sacerdote de la familia, como

bellamente ha dicho un escritor. Ya lo indicó también esa Santa admirable cuando dijo: «Las mujeres hemos de ser predicadoras de obras». Trabajad, pues, por la gloria de Jesús como hijas de su Esposa tan amada; predicad con las obras, y ella, que está encargada de celar la honra de su Esposo Jesús, os ayudará para que consigáis abundantes frutos.

Gloriosa Santa y Madre querida: grandes cosas se han dicho de tí, el Señor extendió su brazo para enriquecerte sin medida, para colmarte de las más grandes misericordias; tú eres la mujer fuerte que buscaba Salomón en los más remotos confines de la tierra; en tí se han mirado los Serafines, reconociendo un espíritu de su misma condición; a tí te aclaman los hijos de Dios; las almas cristianas, como la gloria, la alegría y el honor del pueblo cristiano. Haz, pues, Madre querida, que inflamado nuestro pecho en la llama del divino amor, y siguiendo el camino que tú, como hábil maestra nos has trazado, consigamos aquella vida de arriba, a la que aspira continuamente nuestra alma, para ser coronados con Vos en la Patria de los Santos, en la gloria eterna que a todos os deseo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.





SANTA TERESA Y EL DARDO DE ORO



Panegirico predicado en la parroquia de Santa Bárbara de Madrid a la Asociación Teresiana, el mismo día de la Santa, por el P. Fr. Gabriel de Jesús, C. D.

España en la muerte de Santa Teresa.—Incorrupción de su cuerpo virginal.—Extracción de su transverberado corazón.—Palabras de la Santa.—I. Rico y abundante joyero.—Virtud heroica y sus condiciones.—Virtudes de la Santa.—II. La Santa del amor.—Qué es el amor.—Las pasiones manejadas por el amor, San Agustín.—III. Alturas de la santidad de la Santa.—Textos teresianos.—La Santa recorriendo las Moradas 5.^{as}.—El Dardo de oro y fuego.—Cómo se realizó la transverberación.—Qué sea estigmatización.—IV. El haber sido transverberada no es el mayor favor que la Santa recibió de Dios.—Qué sean desposorios espirituales.—Visión sublime de Santa Teresa.—Humildad igualmente sublime de nuestra gran Santa.—Peroración.

*Sagitta ejus quasi viri fortis
interfactoris.*

Su dardo y flecha como la de
un valiente que tira a matar.

Jerem. L, 9.

LA muerte de nuestra santa y gloriosísima madre, Teresa de Jesús, ocurrida en Alba de Tormes el 15 de Octubre de 1582, acompañada y seguida de tan asombrosos y sobrenaturales prodigios, fué un acto de resonancia inusitada, fué un verdadero acontecimiento en

toda España, y no solamente en España, en cuyos dominios jamás entonces se ponía el sol, sino en todo el orbe cristiano y mundo conocido hubiera sido igual el asombro, a contar en aquellos tiempos con el cable, con el telégrafo y con la telefonía sin hilos.

Porque es de saber, que a todo hombre sensato dejaba parado y atónito lo que ocurría en Alba de Tormes, donde cada vez que se levantaba la losa del sepulcro en que fuera colocado el cuerpo virginal de Santa Teresa, aparecía éste incorrupto, tratable, oloroso, y con olor tan subido y celestial, que las gentes sencillas del pueblo al besar sus pies y tocar sus vestiduras, exclamaban como fuera de sí y sin poderse contener: «Bendito sea Dios, pero si esta Santa huele a zamboas, a limones, a cidras, a naranjas, a jazmines, a cielo y a gloria».

Se abrió el sepulcro de la Santa a los dos años después de enterrada, se abrió a los tres, a los seis, a los once, (1) a los treinta y cuatro, a los ciento sesenta y ocho, a las ciento setenta y ocho, y... siempre moviendo a devoción el cuerpo de la gran Santa, siempre el cuerpo tan flexible, tan tratable, tan oloroso, con todas las señales de la incorrupción; más aún, con las de la inmortalidad, propias de los cuerpos glorificados, pues vez hubo que en su rostro se notaron resplandores, y, puesto de pie el cadáver, con solo un dedo se le sostenía, y con haber conservado el mismo volumen que cuando le enterraron, no pesaba más de lo que ordinariamente pesa una niña de ocho años, como deponen testigos jurados. Añádase a esto la fragancia, siempre en aumento, pues así que se comenzaba a remover la

(1) En esta ocasión se hallaba presente el insigne biógrafo de la Santa, P. Rivera S. J., quien afirma que aún se le notaban a Santa Teresa en los tres lunares los pelillos rizados.

tierra del sepulcro en que primero se enterró, o a andar con el santo cuerpo, se sentía en la iglesia y en el convento y en las inmediaciones toda la fuerza de tan celeste y perfumada suavidad.

En vista de este prodigio, lo mismo la Orden Carmelitana que el entonces Obispo de Salamanca, ilustrísimo Sr. D. Jerónimo Manrique, pusieron en juego toda su actividad e influencia, sin temor a gastos, a fin de hacer venir a Alba de Tormes a los más afamados médicos y hombres de ciencia que entonces tenía España. Estos, en presencia del santo cuerpo, el cual con todo respeto y reverencia vieron y examinaron a su gusto, atestiguaron ser milagroso cuanto veían y tocaban. Además, para dejar bien cerrada la puerta a la crítica impía y mordaz de los tiempos que estaban por venir, determinaron, en vista de tan extraordinario y suave olor, abrir por un lado el cuerpo de la Virgen Fundadora «para hacer experiencia de si el dicho santo cuerpo (1) estaba embalsamado, y hallaron estaba entero e incorrupto y sin preservativo ninguno, y entonces es cuando al dicho santo cuerpo le sacaron el corazón».

¿Cuál no sería el asombro y admiración de todos al ver con sus propios ojos, no sólo que el corazón estaba incorrupto y oloroso como lo restante del cuerpo, y, si cabe, más, sino que en él se notaba la profunda brecha que, de parte a parte, le abrió el Serafín con largo y afilado dardo de oro? ¿Qué decir de aquellas miradas que de unos a otros se cruzaron al verse en presencia de este prodigio que del todo concordaba con lo que la endiosada Fundadora nos cuenta en el capítulo XXIX de su prodigiosa Autobiografía?

(1) Son palabras de la R. M. Catalina de S. Angelo, Priora de Alba en la declaración jurada para el proceso de Beatificación de la Santa, instruido en Salamanca, año 1591.

Escuchad, prestad oídos a lo que con tan regaladas palabras nos dice la Santa en este capítulo XXIX: «Quería el Señor que viese aquí algunas veces esta visión: Veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada que dije primero. En esta visión que digo quiso el Señor que la viese así: No era grande (el ángel) sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan. Deben ser los que llaman serafines, que los nombres no me los dicen... Veíale en las manos un dardo de oro largo, y el fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar grandes quejidos; y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay que desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun harto. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento.»

Este prodigio que nos acaba de describir la Santa de los endiosamientos, es el que con el nombre de fiesta del Dardo o fiesta de la Transverberación hoy celebra la Iglesia con oficio propio, concedido por Benedicto XIII en 29 de Mayo de 1726 a los Carmelitas, y que en 11 de Diciembre de 1733 a petición del Rey de España lo extendió a todos sus reinos el Papa Clemente XII.

Prop.—Vamos en esta mañana a contemplar ese Corazón de Serafín, y en ese Corazón el hecho prodigioso de la Transverberación, considerándolo, no como fin y

remate de los grandes favores de Santa Teresa, sino como principio y medio para otros inmensamente mayores.

Ayudadme a implorar los auxilios de la poderosa y divina gracia del Espíritu Santo, poniendo por intercesora a la paloma blanca del Carmelo, a la Reina Inmaculada, saludándola con las palabras del ángel Gabriel:

AVE MARIA

II

Acontece con Santa Teresa al querer enarrar sus virtudes y grandezas, lo que ocurriría a cada uno de nosotros que, en presencia de un rico y abundante joyero, se propusiera examinar todas y cada una de sus joyas, pues de seguro no sabría por dónde empezar. Por eso, yo en esta mañana, sin descender a este minucioso examen, me habré de contentar con afirmar de todas las virtudes de la Santa, que todas ellas forman un marco tan excelso, tan sublime en su alma querúbica y endiosada, que bien pudo el Altísimo colocar en medio de él su divino retrato, como de hecho y en verdad lo hizo.

Son las virtudes, y no las virtudes comunes y ordinarias, sino las heroicas, las que constituyen y forman el brillante séquito y cortejo a los grandes y extraordinarios favores que Dios obra en las almas. Por eso Santa Teresa, la gran favorecida de Dios, hubo de tener y de hecho tuvo, las virtudes todas en grado heroico.

¿Y qué es el heroísmo? ¿Qué condiciones ha de reunir la virtud para ser heroica? Cuatro le asignan los teólogos: 1.^a, que sea ardua la materia, y que la práctica de esta virtud suponga, por razón de las circunstancias, una energía del todo superior a las fuerzas humanas;

2.^a, que los actos de dicha virtud se hagan con prontitud y sin cobardía; 3.^a, que se hagan con gusto y alegría; y 4.^a, que el practicar dichos actos, no sea tan sólo alguna vez que otra, sino ordinariamente y cada vez que se presente ocasión. Este fervor y grande facilidad en las obras arduas y heroicas lo atribuyen dichos teólogos, y entre ellos el sabio Benedicto XIV, a la dulce eficacia, a la compenetrante y divina acción del Espíritu Santo, quien por medio de sus dones pone en movimiento rapidísimo y seguro a las virtudes que anidan en el alma.

Apliquemos ahora esta doctrina a Santa Teresa. Mirad su fe arraigada y firmísima en la palabra de su Amado, que varias y repetidas veces le ha asegurado, después de recibirle en la Comunión, que es su voluntad divina que reformase la Orden de su Madre la Santísima Virgen del Carmen. Teresa acomete la gigantesca empresa que varones muy sabios y santos no habían podido llevar a cabo. El mundo se le viene encima con sus contradicciones y persecuciones, con sus letrados y juristas y hasta con la ojeriza y oposición de los buenos. Teresa triunfa y se burla del mundo. Este viéndose burlado se asocia al mismo infierno, quien por obra de los espíritus infernales echa por tierra en una hora las paredes del nuevo convento de San José de Avila, perdiendo la vida entre sus ruinas el sobrino de la misma Santa. En vista de esto, ¿titubeará la virtud de Santa Teresa?. Eso, jamás. Vedla ponerse en frente y dar la cara a todas las acometidas del mundo y del infierno juntos, recoger impávida y serena el cadáver de su sobrino Gonzalo y volverle a la vida. Así obra la fe heroica de Santa Teresa de Jesús, pero regida, gobernada y fortalecida por los dones de entendimiento y de fortaleza del Espíritu Santo.

¿Su esperanza? A la misma incomparable altura de

su fe. Cuando en medio de tanta borrasca y tormenta, como el proyecto de fundación iba levantando, que hasta el Provincial de los Calzados que antes le había dado licencia para la fundación, se la retira, diciéndola que no admite tal fundación; cuando en vista de esta resolución del Provincial, mándala el confesor «no entendiéndose más en ello, y sabe el Señor, dice la Santa, los grandes trabajos y aficciones que hasta traerlo a aquel estado me había costado»; cuando en toda la ciudad, añade la Santa «confirmóse más ser todo disparate de mujer, y a crecer la murmuración sobre mí»; cuando, en fin, se vió tan sola, que hasta del entonces confesor se vió abandonada y repudiada, pues escribe la Santa «que lo que mucho la fatigó fué el que una vez el confesor, como si ella hubiera ido contra su voluntad, le escribió diciendo que ya vería lo que había sucedido, que era todo sueño, que se enmendara de allí adelante, pues veía el escándalo que había ocurrido, y otras cosas todas para darle pena»; cuando, en fin, vencidas todas estas dificultades con la gracia de Dios, se empiezan las fundaciones y con ellas la nueva lucha, y de nuevo sobrevienen otras dificultades mayores, en tanto grado, que hasta los más valientes de entre los nuevos hijos de Santa Teresa temen que desaparezca toda la Reforma, pues tienen en su contra a todos, incluso al Nuncio del Papa y al poderosísimo Rey Felipe II, entonces dice el ilustre Fr. Diego de Yepes, confesor de la Santa y luego Obispo de Tarazona, entonces fué, cuando la Santa Madre dió ejemplo de su fortísima esperanza, pues al relatarla los hijos, los nuevos Carmelitas, la contradicción universal que sobre la Reforma llovía y como en vista de ella todo era acabado, la Santa, dicen testigos de vista, cerró los ojos como los cierran las tímidas palomas; todos los allí presentes callaron, entendiendo que la Santa Madre en el camarín de su alma trataba y ne-

gociaba con Dios y le exponía su poquedad y humildad para tal empresa, pero que ella lo fiaba todo del poder de su divino brazo, y al volver en sí, dijo con todo aplomo: «No hayan miedo. La Reforma es obra de Dios y de su Madre, y como obra de Dios y de su Madre se hará, pese al infierno.» Aquí tenéis funcionando la esperanza heroica de Santa Teresa por estar movida por el don del Espíritu Santo.

II

Pero donde más sobresalió Santa Teresa fué en el amor, que por eso se la llama la Santa de los divinos y encendidos amores. Pero yo pregunto: ¿qué es el amor? Ah, el amor es esa complacencia, esa dulce inclinación que sentimos por todo aquello que es noble, generoso, grande y bello, es decir, por todo aquello que nos puede de alguna manera ser provechoso, útil y deleitable. Ahora bien; siendo nosotros finitos, y encontrándose la perfección diseminada por todas las partes del universo, en todas las criaturas podemos encontrar algo que nos perfeccione; por eso el amor tiende a la unión con todo lo existente. El amor, dice San Buenaventura, es el vínculo por el que todas las cosas se unen en inefable e indisoluble abrazo. *Amor est conexio et vinculum quo omnium rerum universitas inefabili amicitia copulatur.* En este sentido, podemos decir que las flores con sus aromas respiran amor; que la cascada, el arroyo, la fuente y los mares me ofrecen amor; que las estrellas con sus destellos, y las selvas con sus árboles, y las aves con sus cantos, y la aurora con su luz, y el sol con sus ardores; y el crepúsculo con su suave melancolía, y las plantas con sus frutos, la naturaleza entera con sus galas y primores, continuamente nos están brindando y ofreciendo amor, que todo lo crió Dios para nosotros, y todo lo ansia

nuestra alma para ensanchar la esfera de su acción y para conseguir su perfección.

Pero esto no basta. Penetremos más en el examen del amor. Hemos visto que el amor tiene por objeto lo útil, lo agradable, lo que perfecciona, es decir, lo bueno. Ahora bien; a la verdad responde por parte del hombre una potencia, que sin descanso la busca, y que sólo es feliz cuando la posee: es el entendimiento. También la bondad cuenta en nosotros con una facultad, que a ella se inclina constantemente: es la voluntad. Esa inclinación de la voluntad a lo bueno, ese acto de la voluntad con que se apetece la bondad, eso es lo que llamamos amor.

Tened en cuenta ahora la fuerza de esta facultad que apetece y ama. Ella es la reina que impera a todas las potencias; el entendimiento ve la verdad, la contempla, se extasia ante su hermosura; mas nada se mueve en el hombre; esa contemplación es especulativa, en cierto modo estéril; se contenta el entendimiento con su *verbum mentis*, con pintar dentro de sí la imagen del objeto. No así la voluntad; una vez que se le presenta lo bueno, lo ama: ese amor es fecundo, no se contenta con la imagen, quiere unirse con su amado. Que por eso dice Santo Tomás; *Amor est unio amantis ad amatum*: El amor es la unión del amante con el amado.

Para conseguir esto, la voluntad se levanta enérgica y poderosa. Poco importa que haya dificultades, que se interpongan obstáculos: dadme una voluntad que ame de verdad, y yo os diré que para ella no hay dificultades, no existen obstáculos posibles. ¿Es necesario trabajar? Pues trabajará, y dando la voz de mando al acto elicito de querer, se seguirán los actos imperados, y los sentidos externos, la imaginación, la memoria, el entendimiento mismo, se moverán, porque la voluntad lo manda, y el hombre estudiará, meditará, andará,

correrá, se moverá de mil modos para conseguir lo que la voluntad apetece. Ved al hombre juguete de su amor. Meditaba antes y no se movía; empezó a amar y en seguida se puso en movimiento.

Mas compuesto el hombre de alma y cuerpo, es necesario que entre el acto de su voluntad y el acto externo haya un medio adecuado; este medio son las pasiones, que son esas energías con las que nos ponemos en movimiento. Todas esas pasiones radican en el amor, como nos enseña Santo Tomás; el amor las maneja, las enciende, las apaga, las inquieta y las apacigua.

Mirad el fuego juguete del aire; sopla éste, y el fuego, sin resistirle, toma todas las formas que él le da, por caprichosas que sean: sube, baja, se irrita, crece, se amengua, se ceba en este combustible o en el otro, se extiende hacia aquí o hacia allí, según el impulso del aire que le anima. Ese fuego son nuestras pasiones; el aire que las maneja es el amor. Y soplará el amor en sentido contrario a un objeto, y el fuego de la pasión se apartará de él y le odiará; y si ve que se le acerca, huye despavorido; pero el aura del amor será favorable a un sér, y veréis que a él se inclina la pasión; y si está ausente, lo deseará; y si presente, lo acaricia, lo abraza y goza en su posesión; y si se aparta el sér querido, languidece, y siente y llora. Todo esto suele hacer el odio, el deseo, la fuga, el gozo y la tristeza. ¿Quién levantó esas llamas? El sopro poderoso del amor.

Pero muchas veces la consecución del objeto amado se presenta llena de dificultades: ¿se apagará el fuego de la pasión? Oh, no; para eso el aire del amor se convertirá en torbellino furioso, que, desplegando todas sus alas, da nuevas formas al fuego. Que es muy difícil conseguir el bien, no importa, el amor enciende con su sopro la llama de la esperanza: pondré los medios, esperaré y lo conseguiré; que no, que es imposible, el fuego no se

apaga, el amor sopla en sentido contrario y toma la llama otra forma: la desesperación. Que lo que me priva del amado se avecina, lucharé contra el enemigo, que para eso el amor dispone de la audacia; que no me creo con fuerza para resistir al empuje de mi enemigo, el fuego se baja, pero no se apaga; sigue ardiendo bajo las cenizas del temor; que triunfa por fin el enemigo, y me arranca lo que amo, lo que quiero: ¡oh! el amor se irrita; brama el aire, el fuego se convierte en llamaradas, siniestras, que talan, consumen y suben hasta el cielo en son de venganza; el amor despechado quema y asola todo lo que encuentra a su paso, porque está ardiendo con la fuerza de la ira. La esperanza, la desesperación, la audacia, el temor, la ira, todo el apetito irascible, todo, todo, manejado por el soplo del amor.

¡Ah! No lo dudéis; siempre que el sér racional obra, es en virtud del amor. El amor a su patria engendra en Anibal el odio al Romano; niño aún, jura vengarse de la rival de Cartago, y un día, sin miedo, valiente, traspasa los Alpes y llega a las puertas de Roma ¿Quién lo lleva? El amor. Y el amor es el que hace que César pase el Rubicón, que Mucio Escévola abraza su mano, que Horacio se arroje a las profundidades del Tiber, que Escipión salte al Africa, que Hernán Cortés abarrene sus naves; el amor bendito a la patria el que hace que un día Guzmán el Bueno se asome a las murallas de Tarifa y arranque del cinto el sable, que arroja al fementido infante, para que éste lo clave en el corazón de su hijo, antes que él renegar del amor que tiene a su Dios, a su patria y a su rey. ¡Ah! El amor todo lo explica, todo lo hace; y según sea nuestro amor, así será nuestro movimiento. Por eso dijo San Agustín: *Amor meus pondus meum, eo feror, quocumque feror.*

Pues si esto es así: ¿qué será del hombre cuando no sabe enderezar su amor, cuando no lo regula con las le-

yes de la moralidad? Si la voluntad humana llega a poner su amor en el pecado, en el crimen, en la maldad: el pecado, el crimen, la maldad, serán el norte de todas sus acciones. Poco importa que la virtud con sus encantos, el vicio con sus fealdades, el cielo con su dicha y el castigo con sus penas infinitas se le pongan delante: el amor es ciego, y nada de esto le detendrá; cual caballo desbocado, que sin parar en peligros corre hasta dar consigo en el precipicio, así el amor correrá por los senderos del crimen, del infortunio y del infierno.

Y abandonando ahora esta digresión un tanto filosófica, no puedo menos de exclamar: ¡Dichosa Santa Teresa, que tan bien y tan según Dios supo ordenar y dirigir su amor! Por eso llegó a ser tan gran Santa, por eso el amor divino en ella fué tan grande, por eso su caridad llegó a ser caridad sin límites conocidos. Baste decir que es la Santa de la caridad y del amor divino. Baste decir que debido a esta perfectísima caridad, en ella fueron, no frecuentes, sino continuos los impetus de amor divino y los éxtasis y los arrobamientos; baste decir que debido a esta fortísima caridad fueron en Santa Teresa grandiosas las obras emprendidas para la gloria de Dios y salvación de las almas e incontables los trabajos y sufrimientos tolerados para llevarlos a cabo. Testigo de estos arrestos el voto heroico de hacer en todo lo más grande, lo más extraordinario, lo más perfecto. Testigos de su inflamación seráfica y amor divino la pena dulce y al mismo tiempo acerba con que siempre vivió por hallarse tan lejos del Amado, pena que acabó por quitarle la vida, como atestigua la Iglesia, Madre infalible de la verdad. Acabáis de ver la caridad de Santa Teresa, pero acuciada, fogueada por la lumbre y por los incendios del Espíritu Santo, mediante el don de Sabiduría.

¿Y qué decir de sus virtudes cardinales, en particular de su fortaleza y prudencia, impulsadas por los do-

nes de fortaleza y consejo? Ejemplos de la primera, muchísimos, en especial cuando allá en Burgos nadie sino ella se atrevió a penetrar con el carro en un mar de agua, diciendo: «Yo entraré sola, hijas mías. Si veis que me ahogo, no paséis adelante; si veis que nada malo me sucede, seguidme.» Ejemplos de su prudencia, bástenos el juicio de los sabios postuladores en la causa de su beatificación, cuando afirman «que Santa Teresa dió pruebas de una prudencia muy superior a la común y conocida, aun tratándose de la verdaderamente heroica. Esta prudencia, añaden, se notó en las obras difíciles que emprendió, pues supo llevar a buen término sus fundaciones en medio de obstáculos los más a propósito para desbaratarlos. ¿Cómo? Previendo las oposiciones, burlando las astucias del demonio, superando todas las dificultades y dando a sus religiosos y religiosas reglas en que admirablemente se juntan la austeridad y la suavidad, y gobernando todos sus monasterios con la más consumada y exquisita prudencia.»

III

Si desde estas alturas heroicas de Santa Teresa echamos una mirada a nuestra vida de perfección ordinaria, no podremos menos de admirarnos, en vista de nuestros pobres esfuerzos, de los que habrá tenido que hacer la Santa de nuestros amores para llegar a las cumbres altísimas del heroísmo. Sí, es cierto; ¡cuántas obras de piedad hay que hacer antes de llegar a ser piadosos! ¡Cuántos esfuerzos y tiempo para llegar desde la piedad ordinaria al estado de perfección! Por aquí podemos adivinar los rudos trabajos, los generosos y costosísimos sacrificios y pruebas verdaderamente espantables por las que habrá tenido que pasar Santa Teresa para lle-

gar a tantos heroísmos de que ahora la vemos coronada,

Es que la Santa estaba unida a Dios y vivía la vida de Dios, *vivo ego jam non ego, vivit vero in me Christus* (1), y he aquí el atajo para en breve llegar a donde llegó, y poder beber hasta las heces el cáliz amarguísimo que el Señor la deparó. Y como el que se une a Dios se hace un espíritu con él, *qui adheret Deo unus Spiritus est cum eo* (2), de ahí que Santa Teresa sepa tanto y ame tanto y pueda sufrir tanto. En virtud de esta unión, «Dios, a manera de nube de gran majestad, levanta el alma de la tierra, llévasela consigo al cielo, y comiéndola a mostrar cosas del reino que le tiene aparejado. No sé si la comparación cuadra; mas en hecho de verdad ello pasa así» (3). Pasados que son los momentos dichosos de esta unión con Dios, queda del todo admirada el alma y «no sabe de dónde pudo merecer tanto bien, esto es, de dónde le pudo venir, que bien sabía que no lo merece. Véase con un deseo de alabar al Señor, que se quería deshacer, y de morir por El mil muertes: Luego le comienza a tener de padecer grandes trabajos, sin poder hacer otra cosa. Los deseos de penitencia grandísimos, el de soledad, el de que todos conociesen a Dios, y de aquí le viene una pena grande de ver que es ofendido... No tiene en mucho lo que pasaron los Santos, entendiendo ya por experiencia cómo ayuda el Señor y transforma un alma, que no parece ella ni su figura» (4). Estas palabras de la Seráfica Doctora, de que el alma *no parece ella ni su figura*, en las cuales tan al vivo nos pinta los efectos admirables de la unión del alma con Dios, son tan verdaderas y de un realismo tan sor-

(1) Galat.; II, 20.

(2) I Cor., VI, 17.

(3) Autobiografía, cap. XX.

(4) Moradas 5.^{as}

prendente, que de ello quiso Dios darnos una idea con lo ocurrido en cierta ocasión a Santa Catalina de Ricci. Os referiré el caso brevemente:

En el convento donde vivía Santa Catalina de Ricci había una religiosa que no creía en los éxtasis de dicha Santa, y el Señor, siempre misericordioso, aún para los que menos merecemos sus misericordias, quiso cierto día, por medio de un prodigio, hacer sensible, en presencia de la monja incrédula, su unión con el alma con quien se desposa, haciendo ver hasta qué punto la vuelve semejante a sí mismo. Es el caso que, entrando en el coro la religiosa que no creía en los éxtasis de Santa Catalina, encontró a ésta en uno de los más subidos y extraordinarios. Como no hubiera nadie en el coro, arrojóse a los pies de la Santa, suplicando ardientemente al Señor que se apiadase de ella y le arrancase del corazón su incredulidad y obstinación en no dar crédito a los arrobamientos de su santa esposa. No bien había hecho esta oración, cuando ¡oh prodigio! alza los ojos hacia el rostro de Catalina, y se encontró con el rostro de Jesucristo con sus largos cabellos y barba. ¡Qué susto! Presa del terror, al ver esta mudanza, quiso huir. Pero la Santa, sin salir de su éxtasis, deteniéndola por los hombros con ambas manos y mirándola a la cara, le dijo: «¿Quién piensas que soy, Jesús o Catalina?» La pobre religiosa, más espantada todavía, dió un grito tan fuerte, que acudieron al punto las demás religiosas a ver qué pasaba. La Santa hizo por tres veces la misma pregunta a la religiosa, pero sin soltarla: «¿Quién piensas que soy, Jesús o Catalina?» La religiosa respondía siempre: «Sois Jesús.» Pasado esto, dicha religiosa contaba a sus compañeras lo que *sólo ella* había visto, o sea el rostro de Jesús, que había ocupado el lugar del de Catalina, y afirmaba que jamás había pensado ver cosa tan bella y de tan rara hermosura.

Años enteros pasó Santa Teresa en esta sabrosa y celestial unión con Dios cuando conversaba con El en la oración. Unión sabrosa, unión que «es sobre todos los gozos de la tierra y sobre todos los deleites, y sobre todos los contentos; unión que es deleite y satisfacción del alma, y paz y gozo» (1). A esta unión cooperaba la Santa por medio de afectuosas aspiraciones, por medio de esfuerzos y sacrificios siempre crecientes, y sobre todo por una muy continua y exquisita vigilancia sobre sí misma. El Espíritu Santo respondía a esta generosa cooperación con purificaciones y pruebas extraordinarias y con luces aún más extraordinarias. Estas luces alumbraban su hermosa alma con resplandores cada vez más vivos, moviéndola a hacer actos de amor más intensos y frecuentes; y aquellas purificaciones, efectuándose en las potencias más nobles del alma, purificaban y divinizaban con su contacto lo que en ellas había de más íntimo y espiritual. Ah, ¿qué decir de Santa Teresa en este alto estado místico? Si un alma en los comienzos de esta unión es un cielo, ¿cómo no afirmar que Santa Teresa es un emperio y una gloria consumada? Y si de cierta alma que comenzaba a participar de esta unión, o sea que comenzó a entrar en las 5.^{as} Moradas, reveló Jesucristo que podía alcanzar perdón a mil pecadores, ¿qué decir, qué predicar, qué atestiguar de mi Santa Madre Teresa de Jesús, que recorrió las 5.^{as} y 6.^{as} Moradas, habitando sucesivamente todos y cada uno de sus luminosos pabellones, y morando, por fin, y muy de asiento, años y años, *usque ad mortem*, hasta la muerte, en la 7.^a?

¡Ah! Merced a esta unión y trato íntimo que con Dios tenía la Santa, recibía a diario regalos como estos: «Hija mía, dícele el Señor, en adelante no quiero que»

(1) Moradas 5.^{as}

tengas trato ni conversación con hombres sino con ángeles. Mira, Teresa, dícele en otra ocasión, si no hubiera creado el cielo, por ti sola le creara.» Estando una vez la Santa rezando el Rosario, la cruz de éste, compuesta de cinco cuentas, se la cogió el Señor, y cuando se la devolvió era de cinco piedras preciosas, que representaban las cinco llagas. «Sola yo, y nadie más, las veía, dice la Santa.»

Entre estas mercedes regaladísimas merece especial mención la del Dardo de oro y fuego con que fué transverberado el Corazón de Santa Teresa. Antes de hablaros de este extraordinario favor, he de advertiros: 1.º Que lo mismo tratándose de simplemente unión con Dios, que de unión perfectísima, o sea matrimonio espiritual; se dan grados en estas dos uniones; y 2.º Que ciertas mercedes que el Señor da a algunas almas tan sólo cuando han llegado a dicha perfectísima unión o matrimonio espiritual, y que son como el fin y remate de las mercedes de toda su vida, en Santa Teresa se da el caso inaudito de que dichas grandes mercedes, al recibirlas la Santa, no fueron en ella fin y remate, sino medio para otras mayores, y estas para otras mucho mayores, y estas para las muy altas, y estas, en fin, para las altísimas y supremas, como ocurrió con la herida del Serafín. Así vemos que aún no se había celebrado entre Cristo y Santa Teresa la unión llamada por los místicos matrimonio espiritual, en su más alto grado, y ya el Serafín había atravesado el corazón de la Santa con Dardo divino, causándole llaga incurable, como son todas las del amor de Dios.

Para que tengamos idea clara y exacta de la grandeza de esta merced de la llaga o herida causada por la Transverberación, os diré con los teólogos místicos, al frente de los cuales figura San Juan de la Cruz, que «esta llaga de amor es una llaga que el mismo Dios for-

ma en el espíritu, con un toque frecuentemente reiterado de su Divinidad, sin el concurso de la fantasía ni intervención de ninguna imagen ni forma ni representación de objeto alguno». Es del todo admirable el efecto que esta herida causa en el alma, pues en vez de hacerla enfermar como acontece con las llagas físicas y ordinarias del cuerpo, más bien aumenta y acrece su salud. A veces estas heridas pasan del alma al cuerpo en el que abren profunda llaga, y esto es ya otro favor y otra merced. Mas es de saber que Dios ninguna merced hace al cuerpo que primeramente no la haga al alma. Este favor extraordinario de que participan a un tiempo alma y cuerpo se llama en teología mística estigmatización. La impresión interior en el alma es la gracia principal y más preciosa; la impresión exterior en el cuerpo es el efecto y manifestación prodigiosa de aquélla. La impresión interior no siempre pasa al exterior o sea al cuerpo, y cuando pasa, por así ordenarlo Dios, esto se hace por virtud del mismo Dios, o por ministerio de ángeles, a fin de que se produzca el efecto visible que quería el Señor manifestar a los hombres. Así cuando la estigmatización de San Francisco de Asís, puesto que para bien del mundo quería el Señor que éste viera en el Santo un hombre pobre y crucificado y cosido con Cristo y con su Cruz, el Serafín se apareció crucificado y formando con las seis alas una cruz. Pero en Santa Teresa, a quien Dios quería presentar ante las generaciones como víctima abrasada y consumida en ardiente caridad hacia Dios y hacia los pecadores, herejes y perseguidores de la Iglesia, el Serafín se presentó con largo Dardo de oro y fuego para patentizar al mundo corrompido y corruptor aquella alma purísima y casi divina, aquel Corazón caritativo y perdonador, aquella nueva arca de salvación. Esa Santa Teresa, flor delicada de perfumado aroma, rosa fragan-

tísima de encendida caridad y nitida y blanca azucena en cuyos pétalos jamás se posó el venenoso insecto del pecado mortal, como atestiguan sus confesores y el Papa Gregorio XV en su Bula de Canonización.

Largo era el Dardo, porque se trataba de abrir con él nada menos que un volcán, y tomó sus precauciones el ángel a fin de que los incendios de la lava divina no le derritiesen las alas. Era *de oro* para significar que de oro fino y puro y de muchos quilates y sin mezcla alguna de caridad falseada o filantropía, era el amor de Dios y del prójimo que atesoraba aquel real pecho de mi Santa Madre. Fuego encendidísimo tenía en su punta el Dardo, y éste tomado de la herida del Corazón de Cristo, que no con otra llave se pudiera abrir el de Santa Teresa.

Y dice más la Santa, dice que al ser transverberada y herida por el Serafín, «era grande el dolor y también grande el amor de Dios y excesiva la suavidad». ¡Amor y tormento; gozo y pesadumbre; alegría y pena a un mismo tiempo y en un mismo sujeto! Qué filosofía ni qué filosofos nos explicarán este fenómeno? No por cierto la filosofía humana ni sus filósofos cuyo vuelo jamás por mucho que se eleve pasa de las tejas del tejado. Otro filósofo del todo celestial será quien nos lo explique. San Juan de la Cruz, príncipe y rey de todos los teólogos místicos, explicando esta simultaneidad de amor y dolor en el alma, dice que «cuanto mayor es el deleite y fuerza de amor que causa la llaga de dentro en el alma, tanto mayor es el dolor de la llaga de fuera en el cuerpo; y creciendo lo uno, crece lo otro. Lo cual acaece así, que por estar estas almas purgadas y fuertes en Dios, es el deleite en el espíritu fuerte y sano lo fuerte y dulce de Dios, que a su flaca y corruptible carne causa dolor y tormento. Y así es cosa maravillosa sentir crecer el dolor con el amor; porque maravilla

grande es, añade el Aguila de la Teología Mística, y cosa digna de la suavidad y dulzura que tiene Dios escondida para los que le temen, hacer tanto más sabor y deleite cuanto más dolor y tormento se siente». Recogidos y abismados ante este raro prodigio, bien podemos exclamar con el mismo iluminado y querúbico hijo de Santa Teresa:

“Oh cauterio suave!
Oh regalada llaga!

Oh amor divino que con ser fuego tan vehemente y consumidor, que con mayor facilidad consumiría mil mundos que el fuego este terreno consume una paja, no consume y acaba los espíritus en que arde, sino que a la medida de su fuerza y ardor los deleita y endiosa!»

Y es de saber que fueron varias las veces que el Serafín prodigioso tornó a entrar por la herida el áureo y fulgurante dardo, siempre como quien tira a matar. *Sagitta ejus quari viri fortis interfectoris*. Ni podía hacer otra cosa un ser tan celoso de la gloria de Dios como lo es un Serafín. Temería sin duda que el tiempo cicatrizase la herida, y él se encargaba de abrirla y más abrirla de nuevo, como diciendo lo que San Bernardo a la llaga del Costado de Cristo: *Dilatare, aperire, tamquam rosa fragrans mire*: Corazón endiosado de la primera esposa de Cristo, ábrete, dilátate, suspira, clama, pide por esa llaga cuanto quieras a la Trinidad Augusta en bien del mundo, que todo se te concederá. *Dilatare, aperire*; ábrete, no te cierras, porque si te cierras se asfixiará el mundo, se debilitará la fe en España.

IV

Después de haberse hablado de las ascensiones y vuelos que para ir a Dios realizó en su corazón Santa

Teresa, me resta probaros y haceros ver que la merced prodigiosa de su Transverberación, con ser favor tan grande, no es el último ni el mayor, sino que es preparación y medio para otro más colosal e inconmensurable, que la Santa de todo nuestro corazón nos refiere con el candor de un niño, por estas palabras (1): «Estando yo en el convento de la Encarnación de Avila, el segundo año que tenía el priorato, octava de San Martín, estando comulgando (decía la misa San Juan de la Cruz) partió la forma el P. Fr. Juan de la Cruz (que me daba el Santísimo Sacramento) para otra Hermana. Yo pensé que no era falta forma, sino que me quería mortificar, porque yo le había dicho que gustaba mucho cuando eran grandes las formas; no porque no entendía no importaba para dejar de estar allá el Señor, aunque fuese muy pequeño pedacito. Dijome su Majestad: *No hayas miedo, hija, que nadie sea parte para quitarte de mí. Dando a entender que no importaba.*»

«Entonces representóseme por visión imaginaria como otras veces, muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome: *Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta ahora no lo habéis merecido. De aquí adelante no sólo como de Creador, y como de Rey, y tu Dios, mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía. Mi honra es tuya y la tuya mía.*»

Ya lo habéis oído. Antes de elevar Dios el espíritu de Santa Teresa a esa transformativa unión con El, lo último y más alto a que puede llegar el alma dentro de esa unión participada en el grado más sublime, y con modo creado de nuevo para la Santa, el Señor le dice: «Hasta ahora no lo habéis merecido.» La Santa de las grandes enfermedades y de los grandes trabajos sufridos por Dios; la Santa de los palomarcitos de la Virgen del Carmen, de

(1) Relaciones.

las gloriosas Fundaciones, verdaderos castillos de piedra roqueña para defender la gloria de su Amado; la Santa del voto seráfico de hacer en todo lo más perfecto, por nadie hecho en el mundo hasta entonces; la Santa, en fin, del Corazón transverberado con dardo de oro, y decirle Jesús de Teresa «que hasta ahora no había merecido ser su Esposa, que de hoy en adelante sí», ¿qué es esto, hermanos míos? ¿Será que Jesucristo, amor de los amores de Teresa, tendría en poco los sacrificios de nuestra Santa? Dios, por quien es, nos libre de pensar nunca así. Sino que es tan grande y tan raro y tan excelso el puesto que le señala, en las cumbres del Empíreo, y tales y de tal transcendencia los asuntos que encomienda a su celo y cuidado, que para merecer ese puesto y alcanzar esa cumbre se hubieron menester todos esos sacrificios y prolongadas y costosas preparaciones.

Para otras almas, esta unión, llamada matrimonio espiritual, no entraña las obligaciones que quiso Dios que tuviera el celebrado con Santa Teresa, como son el trabajar con modo extraordinario y nuevo por los intereses de Dios en cuanto tal, en cuanto Creador, en cuanto Rey y en cuanto Esposo. Con *modo nuevo*, digo, pues a la Santa se le encomiendan empresas y asuntos propios de hombres como es la Reforma hecha no sólo entre los de su sexo, sino también entre los mismos varones doctos y graves de su Orden. Con *modo nuevo*, ya que entre Jesús de Teresa y Teresa de Jesús se verifica un cambio y fusión, no ya sólo de negocios e intereses, sino lo que es más de admirar—por no haberse oído jamás cosa igual en el mundo—fusión y cambio de cosa tan propia y personal como la misma honra divina. «En adelante—dice Jesús a su Teresa—mi honra es tu honra y la tuya mía.» ¡Oh palabras, nunca oídas por nadie aquí en la tierra, que sepamos, hasta que las oyó Santa Teresa!

A San Pedro entregó Cristo la Iglesia; a San Juan

Evangelista su propia Madre. Pero a Santa Teresa la misma honra. ¿Es que pretendo yo colocar a Santa Teresa sobre los Apóstoles? De ninguna manera. Sólo quiero y deseo que os fijéis en la extraordinaria colosal figura de esa divina mujer que por su grandeza toca en los abismos y por su excelsitud tocan sus aureolas con el mismo trono de la Divinidad. ¿Qué extraño en vista de esto que cuando se trata de honrarla y de festejarla con un Centenario teresiano se conmueva el orbe?

Veamos ahora cómo definen este grado altísimo y último de unión y contemplación o matrimonio espiritual todos los teólogos místicos siguiendo a la Seráfica Doctora: «Es, dicen, una unión estable del alma con el Verbo Eterno, unión preparada de antemano con la presencia personal de la adorable Trinidad en el centro mismo del alma, donde tiene lugar la unión.»

Es decir, que esta unión «estable e indisoluble», no significa que de tal manera lo sea, que no pueda absolutamente romperse. Se dice y llama estable esta unión del matrimonio espiritual, porque Dios prepara al alma una serie de gracias tan fuertes y tan eficaces, que es moralmente imposible que ella le ofenda jamás con propósito deliberado. Se trata, pues, de una estabilidad e impecabilidad moral e hipotética, no absoluta y total como la de los dichosos moradores del Cielo. «Es Unión con el Verbo Eterno», pues como dice San Pablo (1), nada tan unido como la cabeza con el cuerpo, y Cristo es cabeza del cuerpo [místico de su Iglesia con cuyos miembros o almas se une íntimamente; unión que San Bernardo (2), San Lorenzo Justiniano (3), y la misma

(1) Ephs., V, 28.

(2) In cant. serm., 88.

(3) De Spiritual. et cast. connubio.

Santa Teresa (1), siguiendo esta misma analogía, llaman bodas y místico matrimonio.

En confirmación de esta doctrina está lo ocurrido a Santa Teresa con Santo Domingo de Guzmán, quien solía aparecerse a la Santa, y siempre al lado izquierdo. Como la Santa Madre mostrase extrañeza de esto, dijola Santo Domingo: «Es que a tu derecha existe el Verbo Encarnado, Nuestro Señor Jesucristo.»

Es unión preparada de antemano por la presencia personal de la Santísima Trinidad. El Catecismo dice que Dios Trino y Uno está en todas partes, pues todo lo llena con su inmensidad, pero en el Cielo está como Rey en su Trono, porque allá dá señales especiales de su presencia. Dios está también y reside en nuestras almas y potencias. Pero es de saber que en el alma hay una estancia o gabinete espiritual reservado para El solo, y en el cual a nadie le es dado penetrar, sino a Dios. A este retiro descienden con anticipación las tres divinas Personas, obrando en él las obras más admirables de su gracia y mostrándose al alma por medio de visión intelectual muy sublime, con lo cual es dicha alma preparada al espiritual y místico matrimonio; pues el alma por sí sola jamás podría hacer esto, por tratarse de una gracia y favor del todo sobrenatural.

Al pie de la letra experimentó en sí misma Santa Teresa esta preparación, y lo refiere por estas palabras (2): «La víspera de San Sebastián del primer año que vine a ser Priora, comenzando la Salve, ví en la silla prioral, adonde está puesta Nuestra Señora, bajar con gran multitud de ángeles, a la Madre de Dios, y ponerse allí... Parecíame ver encima de las coronas de las sillas y sobre los antepechos muchos ángeles, aunque no

(1) Moradas 6.^{as} y 7.^{as}

(2) Relaciones.

con forma corporal, que era visión intelectual. Estuve así toda la Salve, y díjome Nuestra Señora: *Bien acertaste en ponerme aquí. Yo estaré presente a las alabanzas que hicieren a mi Hijo, y se las presentaré.* Después de esto, quedéme yo en la oración que traigo, y parecíame que la persona del Padre me llegaba así, y me decía palabras muy agradables. Entre ellas me dijo mostrándome lo que me quería: *Yo te di a mi Hijo y al Espíritu Santo y a esta Virgen. ¿Qué me puedes tú dar a mí?* «Quédome, dice la Santa (1) imprimido un acatamiento, que no sabré yo decir cómo, mas es muy diferente de lo que acá podemos adquirir. Hace un espanto al alma grande de ver cómo osó, ni puede nadie osar, ofender una Majestad tan grandísima. Por cierta representación de la verdad, dice en otro lugar Santa Teresa (2), se le muestra la Santísima Trinidad al alma por visión intelectual cuando su Majestad es servido de prepararla para la merced dicha de este divino matrimonio. Se le muestra la Santísima Trinidad, todas tres personas con una inflamación que primero viene a su espíritu a manera de una nube de grandísima claridad, y estas Personas distintas, y por una noticia admirable que se da al alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios. De manera que lo que tenemos por fé, allí lo entiende el alma, podemos decir, por vista, aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas tres Personas, y la hablan y la dan a entender aquellas palabras que dice el Evangelio que dijo el Señor que venía El y el Padre y el Espíritu Santo a morar con el alma

(1) Autobiografía.

(2) Moradas.

que le ama y guarda sus mandamientos. ¡Oh, váleme Dios, cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas a entender por esta manera, cuán verdaderas son!»

Es de saber que esta visión de las divinas Personas de que habla la Santa, aunque verdadera y clara y distinta, no es, sin embargo, como enseñan los teólogos, intuitiva, o sea la que gozan los bienaventurados en el Cielo, sino inmediata, debido a una fé elevadísima e iluminadísima. En efecto, el alma penetra alta y distintamente aquellas mismas verdades que antes creía por fé, debido a una especie, no imaginaria, sino intelectual, que Dios infunde en dicha alma.

«En el centro mismo del alma, donde tiene lugar la unión». Por temor de alargarme más, no digo dos palabras acerca de esta última parte de la definición, que serían de grande consuelo para vosotras, asociadas dignísimas de Santa Teresa, y para estas personas espirituales y devotas que aquí están, el ver y considerar la capacidad de un alma, lo que vale, lo que puede, lo que la quiere Dios, y la dignidad a que la levanta y enaltece, no oponiéndose ella ni contradiciendo con su floja y tibia vida los designios del Altísimo.

Pero basta ya. Quede, por lo tanto, grabado muy en vuestra memoria el cuadro de virtudes sublimes de la gran Santa, todas ellas heroicas, todas ellas simpáticas y capaces de enamorar y mover a la imitación, por lo suave de su abrillantado y por la manera atrayente con que las dió a conocer al mundo. Que quede para siempre en vuestra memoria el hecho prodigioso y sublime de la Transverberación, que tan al vivo representa esa bellísima escultura que preside esta fiesta, con ese serafín por los aires, como invitándonos a todos a fijar nuestra vista en la Santa de los divinos amores. Sí, a fijarnos en ella, a contemplar su hermosura, a decirle con todo amor y reverencia:

¡Oh, mi Santa, oh, mi embeleso y mi encanto! ¿A quién no embelesará y pasmará oírte decir (después que nos cuentas tales grandezas, que el Señor hizo contigo), que aún te callas otras grandezas más grandes, grandezas que al oírlas se tendrían por increíbles y que de contarlas todas sería «cansarte y cansarnos»? ¿A quién no embelesará y pasmará oírte afirmar que es tal y tan levantado el tono de estas misericordias del Señor en tí, que te faltan vocablos, que te falta ropaje literario con qué vestir tan altísimas ideas, y que por eso acudes por fuerza a estas comparaciones de esponsales y de matrimonio espiritual y místico, por no ser en tu mano otra manera de expresarte?

¿A ti faltarte términos y felices comparaciones con que darte a entender en esta clase de comunicaciones del alma con Dios? ¿A ti, sabia Doctora, a ti, Maestra de literatos y del buen decir, a ti, luminosa escritora clásica, a ti, cuyo decir peregrino se confunde con el de los ángeles, si los ángeles hablasen el castellano, a ti faltarte términos propios y adecuados para hablar de Dios y de sus grandezas? ¿Pues qué será a nosotros?

¡Oh Santa en todo singular! Te aclamamos, te veneramos una y mil veces por esa tu humildad, tan grande y portentosa como tu sabiduría. Y para las alturas de la gloria nos reservamos el placer de comprenderte y extasiados contemplarte en toda tu deslumbrante y arrebatadora grandeza, en la que veremos todo lo que tú ahora tratas de ocultarnos.

Entretanto, y hasta que esta hora llegue, dignate echar sobre tu España una mirada de tierna compasión. ¿Qué te negará en este día la Trinidad adorable? Pide al Padre, pide al Hijo, pide al Espíritu Santo el triunfo de nuestras armas en Africa, esa misma Africa, a donde de niña querías ir a derramar tu inocente sangre por Cristo y porque los moros se civilizasen y se hiciesen

cristianos. Ruega por tantas madres que han perdido a sus hijos en la flor de su edad. Levanta el espíritu generoso y tradicional de España, tú que eres el honor y la gloria más preciada de nuestro pueblo. Una oración en este día por el Padre Santo de Roma, para que acierte a dirigir con buen éxito la barquilla de San Pedro, la Iglesia Católica. Una súplica por la Orden Carmelitana y para esta fervorosa y digna Asociación de tus Hijas que fervorosas te invocan en este día, y sobre todo una bendición para nuestros Reyes y Príncipes, que con tanta benevolencia han tomado parte en esta fiesta solemnísimas, a fin de que todos sirviendo a tu Esposo Jesús acá en la tierra merezcamos contigo cantar las misericordias ¡del Señor allá en la gloria, que a todos os deseo. Amén.





SANTA TERESA

LA SANTA CASTELLANA


Sermón predicado por el P. Fr. Eusebio del Niño Jesús, C. D., en Camagüey, ciudad importante de Cuba, el día de Santa Teresa de Jesús, á la Colonia Castellana, en la iglesia de la Merced.

Santa Teresa, perla de Castilla.— Rasgos históricos de la historia de España.— Fe intrépida y bravura indomable de los hijos de Castilla.— I. Derroteros de la humanidad.— Sócrates y Atenas.— Lo transcendente.— El ideal de la Santa.— Falsos sabios y filósofos averiados.— Santa Teresa, verdadera filósofa y teóloga.— Su conocimiento altísimo de las perfecciones de Dios y del plan divino.— II. Certeza y seguridad con que de Dios habla la Santa.— La andariega celestial.— Toledo, Covadonga y el Cerro de los Angeles.— Sembrando heroísmos.— Doctrina de la Santa.— Alimentaos de ella. nobles castellanos.

*Audivi quoniam scientia,
intelligentiaque ac sapientia
ampliores inventæ sunt in te.*

Dan. v, 14.

EXCMO. E ILMO. SEÑOR ⁽¹⁾. NOBLES CASTELLANOS:

 RLARA sus vestidos, orla mayestática, ciñera sus sienes corona de reina y fuera esta la Santa de la que un sabio nos ha dicho: «Si la consideramos como mu-

(1) Monseñor Fr. Valentín, Obispo Carmelita de la Diócesis.

jer, encanta; si como amiga, instruye; si como reina, arrebatada y merece todas las bendiciones»; fuera la que entre las perlas engarzadas en su cetro recoge la herencia de aquel insigne Pelayo, merced a cuya bizarría la Europa se libra de la barbarie musulímica, ayudada por los Alfonsos, vencedores de la morisma salvaje en los campos de Calatañazor, en las murallas de Toledo, en las almenas de Calatrava, en las Navas de Tolosa, en las orillas del Salado; ayudada también por los Fernandos, el tercero de cuyo nombre, conquista la risueña Betis y la renombrada Córdoba, suelo bendito que engendró a los invictos caudillos del catolicismo Osio, Eulogio, el Abad Sansón y Spera in Deo; fuera la reina que en su corona ostenta las glorias castellanas, cuyos esplendores han iluminado al mundo, y cuando digo castellanas, digo españolas, «porque castilla, como acertadamente ha escrito un Obispo cubano, «es la cuna de la historia española; es la historia viviente de España. Y si no ¿qué pensamiento español no ha pasado por castilla? ¿Qué pensamiento español no ha tocado en el corazón castellano? ¿Qué obra española no ha sido concebida por la inteligencia castellana o con ella pensada y estudiada y animada y vivificada en el horno encendido del corazón castellano?» Fuera la gran Isabel de Castilla que con valientes como el marqués de Cádiz, el duque de Medina Sidonia, el conde de Tendilla, D. Juan de Vera y Hernán Pérez del Pulgar, el invicto héroe de la pluma y de la espada, hizo ondear el estandarte de la Cruz en las torres de la Alhambra; reconquista a Granada, último baluarte de los secuaces de Mahoma en tierra ibera y descendiendo por su alfombrada vega, al contemplarse en las aguas del mar, entre el murmullo de sus ondas percibe el eco de los que allende el Pacífico, sumidos en las sombras de la muerte funden sus preces al fetiche; impulsa las caravelas de Colón, para que surcando abis-

mos desconocidos lleguen a ignotas cuanto bellas regiones, y conquisten para su Dios y su corona las dilatadas tierras de las Américas y Nueva España, y después, junto con el imperio más dilatado del mundo, nos legue por herencia estadistas como Cisneros; políticos como Fernando de Mendoza; guerreros como Gonzalo de Córdoba y Hernán Cortés, emperadores como Carlos V y Felipe II, y lo que más orgullo ha de llevar a vuestros corazones, nobles castellanos, es saber que juntamente con la unidad de España nos legó la unidad religiosa que el gran Recaredo profesó en el Tercer Concilio de Toledo y que tantos días de gloria ha dado a nuestra inclita Iberia.

Fe divina de nuestros padres, ¡bendita seas! Tú fuiste la que iniciaste la gran Cruzada de occidente; la que hiciste descender a Pelayo de la cueva de Auseva; a Fortun García de la Borunda y de San Juan de la Peña. Tú acompañaste a Alfonso III hasta las riberas del Miño; a Ramiro II a las del Duero; a Alfonso VI a las del Tajo; al Batallador hasta las del Ebro; a Alfonso Enríquez hasta las llanuras del Alentejo. Tú guiaste a los que, cruzando el paso de Muradal, habían de escalar las colinas de las Navas y descender con el Rey Santo hasta el Guadalquivir y cruzar más tarde la Vega de Granada, e internándote en el portal de la Rábida, protegida por el sayal de humildes frailes, conducir las naos del intrépido marino a través del océano desconocido. ¡Fé divina de nuestros padres, bendita seas! ¡Bendita patria querida, suelo de castilla, egregia reina, nobles castellanos de hidalgos próceres descendientes!

Pues si hubiera de hablaros de la gran Reina, de vuestra castilla, de España, mi espíritu no experimentara tan honda conmoción como al tener que hablaros de mi Madre la sin par Teresa de Jesús. Y es que es Teresa el

genio más completo de castilla, el tipo más acabado de España: sus grandezas exceden a las de la misma España, superan a las de castilla, y son en nada inferiores a las de Isabel la Católica. ¿Cuántos, excepción hecha de los hombres de estudio, conocen a la que, en sentir de un sabio escritor es «la más noble figura de nuestra historia nacional?» ¿Y a castilla, aquella ilustre matrona, bajo cuyo manto se cobijaron inúmeros hijos, en cuyo regazo se mecieron multitud de naciones infantiles, de cuyos pechos recibieron el néctar divino? Y ahora, en la soledad de su viudez, unos la desprecian, otros la odian, muchos la abandonan y casi todos la desconocen. ¿Y a España, figura acabada del corpulento y frondoso árbol que en sueños vió el gran Nabuco, tronchadas sus ramas y caído en el suelo?

Mas las grandezas de Teresa, hoy como ayer, como siempre, no sufren eclipse: son celebradas por españoles y extranjeros, por los hombres del viejo y nuevo mundo, y la ensalzan los santos, y los sabios admirados de su preclara figura, sienten el escalofrío de lo grande y sublime y maravilloso y a Teresa la sabia, la doctora la literata, tejen guirnaldas que ofrendan a sus plantas, recitan baladas, entonan himnos y predicán las grandezas y sublimidades de su doctrina, que se refleja en su rico lenguaje y admirable estilo que «con ser a los ojos desapasionados de la crítica más fría, un milagro perpetuo y ascendente que llega a su colmo en su último libro de las Moradas, no valdría nada sino fuera el reflejo de los pensamientos elevados y profundos que son la base de la ciencia fundamental y trascendente» y tan elevados, que ellos son los que, cual refulgente sol entre las estrellas, la hacen brillar en el firmamento de la ciencia y a su luz palidecen y pierden su esplendor los astros que el mundo sabio integran y como otro rey persa ante la sabiduría de Daniel, el observador se ve pre-

cisado a exclamar: *Audivi quoniam scientia, intelligentia-que ac sapientia ampliores inventae sunt in te.*

Es Teresa la sabia entre los sabios que ostenta títulos más nobiliarios, porque es la Doctora de Avila la que cerniéndose en las alturas y como robando sus riquezas al cielo, las reparte pródigamente a todos los corazones; porque ella es la que enseña cual ninguno la ciencia sublime que, limpiando al mortal de la herrumbre del vicio, le viste de cielo y le hace participar de la gloria divina; porque ella es maestra consumada; la que sin reducir sus doctrinas a cuerpo didáctico, habla con tal precisión y presenta con claridad tan meridiana el camino más adecuado para llegar a la posesión de la ciencia trascendente y divina, convertida por ley de la naturaleza en fundamental, que no hay docto que se le pueda comparar. Habiendo yo de hablaros en la presente mañana de las glorias de la Santa, de mi patria y vuestra patria, y estimularos a que seais los continuadores de las pretéritas grandezas, nada estimo más conveniente que presentaros a la Doctora entre los doctores, a Teresa de Jesús sentada en trono de vaporosas nubes sombreado con el divino dosel, hablando de la ciencia mística y de los caminos que a ella conducen. Y así como los méritos de la patria son los de Teresa, cantando los de ésta cantaré los de aquélla y cantaré los vuestros.

Benevolencia y piedad siempre ha distinguido al castellano, una y otra impetro de vosotros, nunca más necesitado que al presente, aquélla para que disimuléis las sombras y ésta para que la gracia de lo alto me preste su auxilio. Pidámosla todos de rodillas por mediación de la que es gloria del Carmelo y hechizo de los corazones hispanos, y a la que llena de gracia, pura e inmaculada, saludaremos con el Angel diciendo:

AVE MARIA

I

Desaparecido ha la misteriosa figura de Dios, que airado se cernía sobre la pecadora humanidad con su flagelo en la diestra castigando la culpa. Dios ha humillado la soberbia y ha confundido la falsa ciencia. Dios no obra al acaso. Cual certero sagitario dispara su saeta: ¿Continuará la humanidad marchando por los mismos derroteros?

Estimo que ha llegado el momento de cambiar de rumbo: el instante de adoptar nuevas y muy importantes orientaciones por la ciencia, que hace hipótesis constantemente; inquieta mariposa que se agita por acercarse a la lámpara encendida, sólo ha obtenido el triunfo del fracaso pereciendo víctima de locas aspiraciones, por el hombre de negocios, para quien el metal mezquino constituía la pesadilla de su ajetreada vida; por el sacerdote, a quien en más de una ocasión se le podían aplicar las palabras del Profeta: por todos los pueblos que, evolucionando en el ambiente dominante de tan largo período histórico, habían de llegar a sentir el agotamiento de su organismo, la atrofia de su corazón, y caer muertos, no por el plomo de las balas ni de la metralla de los cañones, sino por asfixia, por falta de energía, de principios vitales.

Vida y ciencia en conformidad con su naturaleza es lo que necesita. Sócrates escuchando el ritmo periódico de la charlatanería sofística, llegó a experimentar nostalgias de muerte, y el pueblo heleno murió por la droga que sus pasteleros le proporcionaron. Ciencia y ciencia de lo trascendente, que por reversibilidad se convierte en fundamental, es lo que reclamaba el filósofo de Atenas para su corazón y para el de su patria, que cuanto más acicalada se presentaba más próxima se ha-

llaba a sucumbir. Lo trascendente, es decir, lo que en sí mismo contemplado encierra la perfección del ser, existir, vivir y entender en el grado de más eminente perfectibilidad; lo trascendente, cuya virtualidad lo mismo dice relación al átomo imperceptible que a las gigantescas montañas; a los peces que nadan en las aguas, que a las aves que los aires hienden; a las latitudes del Océano, que a las latitudes del espacio; a la flora que engalana a la naturaleza, que a la fauna de quien recibe animación y vida; al hombre en su niñez, que en su robusta virilidad; al hombre rudo e ignorante, que al letrado y sabio, cuya inteligencia se explaya por los espacios infinitos; al hombre en su aspecto individual, social y político y religioso; al hombre en las distintas sociedades de más o menos intensa civilización que la historia de los tiempos ha ido reflejando; lo trascendente y fundamental, por quien el mundo existe, vejeta la planta, siente el bruto y entiende el racional; lo trascendente, lo que siempre es de idéntica manera con relación a sí mismo y con relación a los demás, es decir, lo absoluto. Dios subsistente de quien procede todo ser y toda virtualidad; Dios, que abate al soberbio y al humilde ensalza; que otorga el cetro a los reyes; derrumba las monarquías; engrandece a los pueblos y hace que sucumban las sociedades. Llegar al más claro conocimiento y a la más perfecta posesión de Dios es adquirir la más consumada ciencia. Por ella suspiraba el filósofo del *nosce te ipsum*, y en su dirección han de orientarse los pueblos que han nacido en los dolores agónicos de la encarnizada guerra, si las sociedades no quieren ser nuevamente pasto de las voraces llamas.

Mi Madre Santa Teresa, alma dotada cual muy pocas de subidos quilates, apenas contaba siete abrils, cuando ya su corazón ansiaba «ir a gozar de Dios por los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntába-

me, nos dice su candor infantil, con este mi hermano a tratar qué medio habría para esto».

Muy tardo e inseguro, lleno de incertidumbres y tenebrosidades parecería el método analítico de las criaturas; su ardor no sufría tardanza tanta y juzgaba más rápido y certero el sintético. «Concertábamnos a tierra de moros para que allí nos descabezasen». Suprimidos los discursos y ratiocinios quería completar el absoluto cara a cara penetrando sus arcanos insondables. Privada de esta gracia vereisla inquieta todos los días de su vida. ¿Qué busca? ¿Qué anhela? Preguntádsele cuando perdida a la autora de sus días, de quien recibió las primeras nociones de tan alta sabiduría, se halla postrada a los pies de la Virgen; cuando se retira a la soledad de la Encarnación y ora y habla a sus hijas y *Femina andariega* cruza el frío suelo de Castilla y las cálidas tierras de la Mancha y de la Bética y toma su pluma y cual cascada de perlas que cayendo en límpido cauce refleja los rayos del sol, las palabras de Teresa reflejan el papel los fulgores de gloria divina que recibe su alma en los endiosamientos contemplativos maravillosamente expuestos en sus divinas Moradas, «en las que veo y columbro, dice un publicista español, la más penetrante intuición de la ciencia fundamental y trascendente y que la Santa, por el conocimiento propio, ha llegado a la cumbre de la metafísica y tiene la visión intelectual y pura de lo absoluto». En ellas, con mano maestra y como guiada por el Supremo Arquitecto, nos deja trazado el diseño, establecidos los principios y el método más obvio para llegar al conocimiento cuasi intuitivo, a la posesión más completa de lo Absoluto, objeto de la ciencia trascendental; método que apreció muy escasamente Rauselot cuando le compara con el de Descartes, que es compararle con el de casi toda la filosofía moderna. El de la Doctora carmelitana supera, no

sólo por la riqueza de la fantasía, elegancia de estilo y claridad de la frase, sino principalmente por la verdad realista que en sí mismo presenta para alcanzar el alma ciencia de lo trascendente.

El filósofo de Haya de Turena queriendo fijar las bases de nueva y trascendental filosofía, prescinde de lo que pudiéramos llamar vías inductivas y deductivas, llega a dudar de todo, hasta de las demostraciones matemáticas y de sus principios, se encierra dentro de sí mismo y reflexiona a sí mismo. ¿Cuáles son los frutos que obtiene? Engendra el *Cogito ergo sum*, y ve la luz con menos robustez y menos afortunada suerte que el gran Padre de la Iglesia San Agustín; engendra la duda hipotética de cuanto no se refleja en el nítido espejo de la idea clara y transparente y envuelto en oscuridad todos los instantes, se hunde en la duda hasta del mismo *yo pensante*; más aun, con el procedimiento argüitivo inicia el racionalismo y el escepticismo, como antes lo había iniciado Bacon y Hobes, para quien el bien y el mal no tenían más extensión que el placer y el dolor; como después que él lo engendró el sensista Locke con sus fuentes cognoscitivas de sensación y reflexión, y lo afirmó Berkeley en virtud de sus principios, y lo predicó sin ambages ni circunloquios Hume, que no admite más que las impresiones subjetivas de la materia, Condillac y Conte, quienes presentan como única fuente de cognición la experiencia externa del sujeto que obra.

Pretende el filósofo Keenisberg reducir al silencio estas teorías excépticas, y sobre nuevos y más sólidos fundamentos elevar el edificio científico de lo trascendente; priva de todo valor objetivo a lo existente, reduce a nóúmenos, fenómenos, ideas y categorías, y puesto en el plano inclinado de las negaciones llega a la negación de la virtualidad potencial; se encierra en sí mismo y... el caos de la nebulosa de Laplace, no tiene

semejanza con la del filósofo regiomontano fuente de donde se originan todas las negaciones futuras. Y Fichte, que en parte corrige a su maestro, también se repliega en sí mismo y... el monstruo inconcebible del *Ego et Non-Nego Non-Ego*, tesis, antítesis y síntesis en un solo principio amalgamados, es el parto de su reflexión extravagante, y Schelling y Hegel penetran a su vez en la cámara oscura y nos presentan el fotografiado de la *Identidad Absoluta y Universal*, el *Concepto lógico* que encierra la virtud mágica de ser lo real e ideal simultáneamente; y entra Krause, quien, como sus predecesores, si bien empleando distintos procedimientos llega al mismo término, a engendrar la confusión de relaciones y de existencias, al panteísmo; y al panteísmo llegan también los que, como Schopenhauer y Hartman, establecen por único pedestal de la ciencia trascendente, el voluntarismo ciego e inconsciente, desdoblándose a sí mismo. Y vienen últimamente los llamados modernistas, guiados por su campeón Spencer, y estableciendo como principios inconcusos las leyes de incognoscibilidad e inmanencia, descienden más, mucho más que los empiristas e idealistas, más que Renán en su lirismo y Vacherot en su abstracción, penetran hasta los pliegues más recónditos de la subconciencia, fontanal abundoso y cristalino, do pretenden encontrar el principio de la corriente vivifica hacia lo trascendental y absoluto y llegan a la negación de cuanto se relaciona con el objeto de la ciencia fundamental, al escepticismo más crudo y radical. Nada saben con certeza, todo lo ponen en tela de juicio y dudan hasta de sí mismo. Cuán distante se encuentran con este procedimiento, de lo trascendente. ¡Pobre filosofía; desgraciada humanidad! Después de lucubraciones tantas, se ven obligados a exclamar con el poeta español:

Por mi estudio y por mi ingenio
Fuí asombro de las escuelas;
Fuí de las ciencias portento.
Lo que de ti
Fué una duda, no saliendo
Jamás de una duda sola,
Confuso mi entendimiento.

Muy distinto es el lenguaje y muy otras las consecuencias de la nunca bien ensalzada Virgen de Avila. También ella, si es verdad que las realidades extrínsecas la hablaban de algo que en ellas los sentidos no percibían, y que la presencia de una flor la arrobaba hasta ponerla en contacto con su principio, hace abstracción de los métodos inductivos y deductivos, y se recoge en su interior y estudia y analiza sus facultades con tan aguda perspicacia que no hay psicólogo escocés que la venza y supere y en ese análisis psicológico que pasma al más sutil escolástico distinguiendo sus potencias intelectivas y aquilatando grados y matices; mira su espíritu y le contempla tan ideal y sublime que «no hallo yo, escribe la Reformadora del Carmelo, cosa con que comparar la gran hermosura de un alma y su gran capacidad. Y, verdaderamente, apenas deben llegar nuestros entendimientos, por agudos que fuesen, a comprenderla.» Y se abisma más y más, y ve que es su alma a manera «de un diamante o muy claro cristal», pero cuya claridad no tiene principio ni es nacida en sí misma; sino que a modo en que apacible lago, en serena noche invernal, refleja la plateada luna y las brillantes estrellas, de cuyo esplendor se inunda y en él parece convertirse; el muy claro cristal recoge los dorados haces luminicos que en él se proyectan, y es entonces cuando el alma de Teresa, inundada toda de esplendores divinales, siente, mejor que el filósofo de Turena y de Koenisberg, que va perdiendo el contacto con las criaturas

que la circundan, y siente que su espíritu es levantado de la base piramidal, do terminan las esplendentes aristas hasta el vértice de donde emanan, y engolfado en aquel foco de luz en el que parece transformarlo, exclama con el cisne de Fontiveros:

Estaba tan embebido,
 Tan absorto y ajenado,
 Que se quedó mi sentido
 De todo sentir privado,
 Y el espíritu dotado
 De un entender no entendiendo
 Toda ciencia trascendiendo.
 Y es de tan alta excelencia
 Aqueste sumo saber,
 Que no hay facultad ni ciencia
 Que le puedan emprender.
 Y su alma en aquel subido entender
 De la divinal esencia,

en que consiste esta suma ciencia, ve cómo nacen de aquel centro de luz infinidad de radios que se extienden por la latitud de los espacios y abarcan la inmensidad de los tiempos, y en breve síntesis, ve cuánto es objeto de la ciencia trascendente; ve cómo surgen las criaturas de la nada por la potencialidad del Creador, cómo ha sido plasmado el hombre y hecho a su imagen y semejanza, la evolución de la naturaleza y de la humanidad, al sucederse de los pueblos y generaciones. y cómo los unos caen y los otros se levantan; por qué estos progresan y aquellos quedan sumidos en la barbarie; vé cómo los primeros y los segundos marchan por la ruta que la Providencia les traza, y cómo no hay un sólo átomo que viva, exista y se mueva fuera de esa Providencia, y cómo Dios está en todos ellos por esencia, presencia y potencialidad; las relaciones psíquicas y corporales para con lo absoluto y el homenaje y pleitesia

que le deben, las relaciones de las sociedades y la dependencia que de él tienen; las relaciones de los gobernantes, y cómo en tanto disfrutan de autoridad en cuanto emana del fontanal divino; y ve más, ve, aunque no *facie ad faciem*, las relaciones internas del mismo Dios y contempla el misterio de la Augustísima Trinidad, y cómo asumió la humana naturaleza y se revistió de nuestra carne la segunda de las Personas divinas; y con ella, por ella y en ella todos los dogmas que constituyen el orden sobrenatural; ve la misión del Espíritu Santo: la institución de nuestra Santa Iglesia Católica, su veracidad e indefectibilidad hasta la consumación de los siglos, y cómo las sociedades, los pueblos y gobiernos a ella han de acogerse y dispensarla su protección; ve cómo siendo aquel foco a manera de espejo limpidísimo en que se representan todos los movimientos del tiempo y del espacio, no hay acción física o moral que en él no se proyecte; y cómo cuando haya de dar fin la vida del hombre, será juzgado por sus mismas acciones, y cómo por una sola desviación lineal en este mundo, merece ser apartado de la felicidad eterna y sufrir los suplicios del infierno. ¡Cuánto tiempo necesitaría, si hubiera de referir lo que Teresa vé en aquellos transportes de su espíritu y contacto con la divinal Esencia, y cómo en un instante desaparecen [allí los errores y las dudas de los filósofos que, mirándose a sí mismos, no supieron elevarse hasta lo trascendental y fundamental y engendraron el monismo, panteísmo y demás errores que tan fatales consecuencias traen para la humanidad!

II

Y lo ve con tanta claridad y evidencia y certidumbre, que no cabe duda ser verdad, como ella misma escribe en sus Moradas: «Yo os digo de verdad que la mes-

ma alma no se conoce; cuando de feo gusano sale una mariposita blanca, y fija Dios a sí mismo en el interior de aquel alma, de manera que cuando torna en sí, en ninguna manera puede dudar que estuvo en Dios y Dios en ella. Con tanta firmeza le queda esta verdad, que aunque pasen años sin tornarle Dios a hacer aquella merced, ni se le olvida ni puede olvidar que estuvo.» No; no es lirismo ni exaltación histérica el de la preclara Doctora Abulense, es plena convicción; reforzada por su fe viva y robusta.

Y cuando ella, con candor infantil, nos presenta en sus escritos su alma más hermosa que el arrebol de la mañana y más límpida y trasparente que las puras y cristalinas aguas por la luna plateada, atisba la nuestra lo que allá en el fondo reflejado, es como el vértice del cono infinito, cuyos radios expandiéndose allá en las alturas, forma base inmensa, trascendente, y «hundiéndose más y más en los abismos de esa alma, nos arrebatada en pos de sí», y luego se eleva y eleva, cual otro carro ígneo de Elías, hasta perderse en el piélago de bondad y hermosura divinas, «y ya no es su alma lo que vemos sin dejar de ver su alma, sino algo más inmenso que el éter infinito y más rico que el universo y más luminoso que un mar de soles, y la mente se pierde y parece confundirse con lo divino». Tan íntimamente lo participa y tan sin nubes ve entonces su existencia, que no duda, y como es el objeto propio de las facultades psíquicas, y allí ama con querúbicos amores, y en aquel entender no entendiendo, toda ciencia trascendiendo, sin ejercicio activo de potencias, «como engolfado el intelecto, recibe la visión de lo divino y luego, como que resurge del sueño celestial y vuelve al mundo pequeño y grosero en que vive, con el cuerpo corroborado, cual otro Moisés al descender del Sinaí, por aquel baño celestial, y capacitada y pronta para la acción, para el bien

y para las luchas y victorias que debe empeñar y ganar «en esta existencia terrena».

Entonces la «blanca mariposita», desasosegada, tanto, que no sabe a donde posar y hacer su asiento; que cómo le ha tenido tal, todo lo que ve en la tierra le descontenta; que vive sin vivir y que muere porque no muere; pues vida que no es para predicar la divina y alabar a Dios, para qué la quiere... toma la pluma, y en estilo inimitable, como de ángel, pues «si los ángeles hablaran no hablarían de otra manera», traza aquel soberbio Castillo, tan sobre los moldes humanos, que ocupara el Divino Salomón, quien nimbado de gloria, se ostenta en la interior morada, rey de reyes y Señor de los corazones. Y cruza luego el nevado suelo de Castilla y marcha por las cálidas tierras de la Mancha y de la Bética, y penetra en los palacios y habla a los reyes y potentados, y penetra en las posadas y conversa con los mesoneros como en plática familiar de vieja castellana junto al fuego, y por doquier difunde tal sabor a lo divino, que roba los corazones, y movidos por la evidencia, los lleva a confesar la existencia de la Divinidad, como en las historias sevillanas se cuenta. Es que Teresa, Serafín abrasado de amores divinos, nacida para revelar al mundo los más recónditos misterios del erotismo sagrado, nos enseña el de la sublime ciencia de lo trascendente y fundamental, y expone el método más rápido y certero para adquirirlo.

Ciencia, nobles castellanos, que ha sido siempre el distintivo histórico del hispano pueblo, desde la fecha memorable, cuatro de Mayo de quinientos ochenta y nueve, en la que, reunidos en magna Asamblea toledana los Obispos Católicos y los arrianos que habían de convertirse al cristianismo, el Rey firmó el *Ego Recaredus Rex* de su credo católico; herencia gloriosa que recogieron para conservarla y acrecentarla sus dignos

sucesores los Sisebutos, Wambas y Sisenandos, y que si por exigencias de históricas leyes, en el último de los Visigodos se halla a punto de anegarse en el Guadalete, un noble goda, el infante Rey, se apresura a salvarla: y desde el inmortal Pelayo hasta el último de los monarcas de la Reconquista, todos fueron acrecentando y añadiendo nuevos títulos a la rica herencia; y desde entonces, ¡ah!, si yo hubiera de hacer desfilar las figuras de los Carlos y Felipes y los heroísmos por ellos realizados para sublimar las glorias que lo eran de sus tronos y de sus vasallos... Y es el postrero de nuestros soberanos quien, teniendo por trono el Cerro de los Angeles y el azulado cielo por dosel, en presencia de su pueblo que en arrobo sublime contempla la mayestática figura, que entre las multitudes humildemente postradas se destaca y en presencia de la Iglesia Santa por sus ministros representada y rodeado de sus nobles y pecheros a la usanza española: «Sintiendo, dice, la tradición católica en la realeza española y continuando gozosos la historia de fe y devoción a vuestra Santa Ley, reconocemos que tenéis el blasón de vuestra divinidad. Y desde estas alturas que para Vos hemos escogido como símbolo, deseo presidáis todas nuestras empresas. España, pueblo de tu herencia es, oh Corazón de Jesús Sacramentado».

¿Que es lo que reunió a nuestros ejércitos en las montañas astures, en Clavijo y Alentejo; en las aguas equimadas, cuyas ondas enrojecidas por la sangre, evocan la ofrenda de holocausto expiatorio? ¿Qué y quién impulsó a los héroes de la Rábida a abandonar los iberos acantilados, y en su «Pinta» y «Santa María» dominar el indómito Occéano, nunca hasta entonces dominado, arribar a tierras ignotas e internarse en salvajes espesuras por tribus salvajes habitadas, y allí convivir y allí compartir su pan y derramar los sudores de su frente, la ciencia de su inteligencia, la virtud de su alma, y con-

sagrar toda su vida a desbrozar la barbarie de los caribes, sembrar la civilización y elevar hasta el cielo sus almas caídas, como lo hicieron los santos y sabios religiosos? Preguntádselo a los nombres de San Salvador y Santa Cruz, a los de las Villas, Trinidad, Santi-Spiritus y Veracruz; a los templos de San Cristóbal y Santa María.

¿Quién impulsó a aquel aventurero Vasco Núñez de Balboa que con un puñado de españoles, dominando tribus, atraviesa ríos que se desbordan, pantanos que tienen la muerte en la superficie y bosques incultos jamás cruzados, montañas inaccesibles, y ve tenderse ante sus ojos el dilatado Pacífico como un espejo que quiere reflejar tanto heroísmo? Que hablen aquellas playas tremebundas al sentir el peso del que cayó de rodillas al lado de su capellán Andrés de Vera, y entona himno sublime a Aquel que tiene la llave de los continentes y de los mundos, y con ellos le entonará toda nuestra raza acompañada por el murmullo de las olas. ¿Por qué fueron a sembrar heroísmos de caballeros y de mártires, los Tercios aguerridos en las orillas del Albis, en las Dumas de Flandes, en las aguas del Elba y en el mar de Inglaterra? ¿Por qué fueron testigos de tanto heroísmo las murallas de Zaragoza y Gerona, más sagradas que las de Numancia, las asperezas de Bruch, los campos de Bailén, las cimas de los Arapiles, el suelo de toda la Iberia? Interrogad; y os darán testimonio los Padres Rico, en Valencia; Gil, en Sevilla, y el Obispo Menéndez Luarca, en Santander. Interrogad, y responderos han aquellos antepasados bizarros, que al reconquistar una plaza al musulín, antes de erizar al viento los pliegues de la bandera real, ondeaban el estandarte y el símbolo de nuestra Redención, se desplegaba la bandera de Santiago, el Patrón caballeresco de España, los arrogantes leones humillaban su cerviz, y a coro ento-

naban el *Te Deum Laudamus*, que las hondas bélicas participes del triunfo iban repitiendo a través de los espacios. Interrogad a los Caballeros de las Ordenes Militares Alcántara, Santiago, Montesa y Calatrava, y el hábito coral y el breviario suplantando al traje guerrero y a la flamígera espada, serán el testimonio fehaciente de sus ideales.

Por los fueros de esa conciencia propugnaron siempre teólogos y canonistas, tan eminentes como el celebrísimo Osío en el primer concilio de Nicea, autor del Símbolo, que lleva este nombre; Juan Torquemada, en el turbulento de Basilea; el audaz Arzobispo de Granada, Pedro Guerrero; Antonio Agustín, Obispo de Sevilla, y más tarde Arzobispo de Tarragona, Príncipe de los Canonistas, enmendador del Decreto de Graciano, corrector de las Pandectas, filólogo eruditísimo, editor de Festo y Varrón, redactor del Decreto Disciplinar del Concilio, con el no menos célebre Diego Cobarrubias, Obispo de Segovia, y el cardenal de Jaén, en el magno Concilio de Trento; Payá y Rico, Obispo de Cuenca, demolidor del Galicanismo, y campeón invencible de la infalibilidad pontificia, con el sabio Monescillo, Obispo de Jaén en aquel entonces, y más tarde gloria del Primado de España, en el último Concilio de la Iglesia. ¿Y por qué misioneros como las Casas, el Padre Olmedo, Francisco Javier y Pedro Claver, abandonan su Patria, y con el bordón en la mano y la caridad en el alma recorren países ignorados y se condenan a vivir entre fieras y morir entre gentes desconocidas?

Y es la pintura la que en matices casi divinos nos presenta más patéticamente los coloridos del sentimiento nacional en los sublimes rostros del Salvador de «Luis Morales el Divino», en las Concepciones de Murillo que más que por buril humano parecerán por pinceles de ángeles trazadas; en los cuadros de Rivera el España-

leto que la penitencia y austeridad del anacoreta Behetlemita retratan; en los devotos y compasivos Crucifijos de Alonso Cano y del Montañés, y en la conmovedora «Oración del Huerto», del inspirado Francisco Salcillo, donde la perversidad del hombre y la bondad divina se revelan en el lívido rostro del Salvador. Y es la escultura con los grandiosos retablos de Huesca y Zaragoza, de Damián Forment, y la orfebrería con las admirables custodias de Juan de Arce, cuyos radios similan a los que del Trono divino irradian; y la arquitectura con obras tan portentosas como El Escorial, donde parece que lo contingente se une con lo absoluto, lo transitorio con lo eterno; y es la música con tan arrobadoras composiciones como las de Morales y Victoria, que elevan las almas a aquellas regiones de lo eterno y absoluto y las bañan en mar de conceptos angelicales y divinas armonías. Es la vida de la nación española en todos sus aspectos, filosófico, teológico, literario y artístico, en su política y gloriosa historia, la que presenta orgullosa el distintivo del hispano pueblo. Orientarse siempre hasta lo trascendente y fundamental, hacia lo divino, divisa de los iberos.

Nobles castellanos, hidalgos descendientes de los Fernán González y Téllez Girón, de los García Sánchez y Pimentel, de los Guzmanes y Polcellos, recoged los títulos nobiliarios de tan rica y preciada herencia, emulad sus glorias, la mayor de las cuales era humillar la cerviz de su adversario e inclinar la suya ante el Dios, soberano Señor, teniendo por lema aquellas palabras que el Arzobispo D. Rodrigo dirigiera al VIII de los Alfonsos después de la batalla de las Navas. «Acordaos que el favor de Dios ha suplido a vuestras flaquezas». Dios era el principio impulsor de sus hazañas gloriosas, reveladoras de las del mismo Dios. Por eso fueron los héroes más grandes que ha admirado la historia,

inmortales sus obras, ante las que se postran las generaciones.

Sólo Dios no se muda, siempre el mismo, trascendente, absoluto; conocerle, amarle y poseerle, es la sublime ciencia; aspirad a ella, nobles castellanos. Y para alcanzarla, seguid el método rápido y certero, que nuestra insigne castellana y Madre mía, Doctora Santa Teresa de Jesús nos enseña en las divinas Moradas. Entrad dentro de vuestra alma, que si la parodia de ciencia del raquítrico, mezquino, sensualista, degradante y maldito egolatroismo predomina en la sociedad y ha suplantado a la divina, es porque, como elegantemente dice la gran Santa: «No procuramos saber qué cosa somos, sino que nos detenemos en estos cuerpos, y así a bulto, porque lo hemos oído y porque nos lo dice la fe, sabemos que tenemos alma. Mas, qué bienes pueda haber en esta alma u quién está dentro de esta alma u el gran valor de ella, pocas veces lo consideramos, y así se tiene en tan poco procurar con todo cuidado conservar su hermosura. Todo se nos va en la grosería del engaste u cerca de este castillo, que son estos cuerpos.»

Mirad, pues, ese castillo, todo de muy puro diamante y muy claro cristal y no os detengáis en su ronda, penetrad con Teresa de Jesús hasta el último de sus aposentos, contemplad su hermosura, y con ella arrobados en la visión divina, desaparecerán todas las dudas exépticas de vuestro espíritu y luego descenderéis fortalecidos como ella por el baño celestial, y como ella, en vuestros negocios, en vuestras industrias, obraréis y viviréis sólo con la confianza de alcanzar vuestra única esperanza.

Sea así, nobles y férvidos castellanos, y cuando esta visión arrobadora no lleve vuestros corazones, tal vez contagiados por la epidemia que estragos tantos está causando en mi adorada patria, y el ánimo desfallezca,

mirad ese pendón que portáis en vuestras manos; mirad a vuestra alma, a la de vuestros hidalgos progenitores; a la de Castilla, a la de España; miradle: en él veréis escrita la admirable patología de vuestra vida española, todas las glorias que renombre tan excelso le han dado; mirad ese emblema, símbolo de las bizarrías y heroísmos; de las sublimes grandezas; es el Aguila real, que hasta los cielos se remonta y allí, vivificada por la irradiación solar y las célicas brisas se conforta, y con vertiginosa rapidez se precipita luego sobre la presa que en vano se defiende y huye; y nuevamente asciende a las alturas, y en las alturas se cierne, y en la cima de las altas e incommovibles montañas, pone su nido, y en las alturas se ostenta invencible, mayestática reina de las aves, cual valiente castellano que, inclinando su cerviz hasta el polvo, ora y eleva su espíritu hasta el trono del Altísimo y anegado en la divinal esencia, vivifica su alma con las divinas perfecciones y revestido de sobrehumana fortaleza y por la cota de la fe. mejor que por la coraza del acero protegido, cae sobre su adversario, que casi siempre lo es de la Religión, quien en vano huye y se defiende, y sin fijar su mirada en la ondonada de los valles, se remonta de nuevo y allá en las alturas, ostenta en sus sienes imperial corona, y entona cantos de gloria al Dios de las victorias y escucha los himnos de las generaciones que, reverentes, desfilan ante su imagen mayestática; mirad ese campo sobre el que se destaca, es el valor, el sacrificio, la sangre coagulada de los leones, que, apuestos, en las almenas de los castillos guerrean con tal bravura y defienden con tal valentía la herencia confiada, que podrán ser muertos; pero vencidos... jamás.

Si carecéis de alientos, de valor, si por vuestra sangre no circula ya la fortaleza, ¡ah!, entonces, apartad la mirada de ese campo y de esos emblemas, dejad ese

pendón, renegad de vuestra historia, de vuestras glorias, de vuestra Patria, la más grande del mundo, de vuestros progenitores, renegad de vosotros mismos. Pero no, no, antes de cometer tan villana felonía, acordaos de aquel Sancho Fernández de Cañamero, abanderado de Madrid en la batalla de Las Navas, que en vergonzosa fuga huyó en presencia del enemigo; pero luego recobró el honor de su bandera y de su Patria. Continúad la historia española en tierras por fé y caridad española fecundadas.

A mada Madre mia, inclita Teresa de Jesús, la más hidalga, la más noble, la más española y la más santa: a tus pies postrados los que latir sentimos en nuestros pechos emulantes glorias, *respice* desde el cielo, proyecta rayos de fortaleza, brisas de gloria y luz divina para que por ella corroborados en la tierra, cantemos, como cantaron nuestros padres, las glorias de Dios; y muertos, pero vencidos nunca, también las cantemos un día en el Cielo. Así sea.





SANTA TERESA

GLORIOSA




**Sermón predicado en Santa Sofía de Santiago de Chile, por
el P. Fr. Ernesto de Jesús, C. D.**

Gemidos y exclamaciones de Santa Teresa.—Su corazón como que se asfixiaba en este mundo.—I. El fondo del alma humana.—La ciencia beatífica y los tibios fulgores de la ciencia humana.—El ideal de los Santos.—Ansias de Santa Teresa por conseguirlo.—El entendimiento de la Santa ante la Divinidad.—Ardores divinos que después siente en su corazón.—II. Diversidad de grados de gloria allá en el Cielo.—Santa Teresa entre Serafines.—La Santa descuella como luna trémulas estrellas.—La Iglesia en el Prefacio del día de la Santa.

Sublimem cælestis gloria gradum conscendit.

(Pref. de la Misa de Santa Teresa).

 **H** vida larga! ¡Oh, vida que no se vive! ¡Oh, qué sola soledad! ¡Oh, deleite mío, Señor de todo lo criado y Dios mío! ¿Hasta cuándo esperaré vuestra presencia? ¡Gemidos profundos! ¡Suspiros divinos son éstos, mis amantísimos hermanos, que se escapan del pecho de la divina amante Teresa de Jesús! Al verse ausente de

la verdadera vida, al contemplar desde esta región de sombras la patria de la luz y del amor indeficientes, eternos...

¡No sin razón quejábase aquel humanado Serafín! Porque sólo allí es donde se vive, sólo allí donde se goza, sólo allí donde se ama, sólo allí donde el alma, ser de una raza divina, comunica de un modo inefable, inmediato, glorioso, eterno, con el que es la misma vida, la sabiduría, el amor, sintiéndose sumergida en las frescas y abismales corrientes de ese amor, de esa sabiduría y vida dulcísima, gloriosa...

¡Ah! ¡Gemir...! ¡Suspirar...! ¡Llorar con la ternura de los ángeles! ¡Dulce Teresa! ¡Ese es tu oficio... ¡Los que vadeáis trabajosamente el torrentoso río de la vida, os explicaréis sin esfuerzo aquellos gemidos que salen de su virgíneo pecho, que los ángeles recogen con inenarrable delicia, y no os extrañará verla cruzar la oscura noche de esta mortalidad como peregrino en tierras extrañas, como extraviado en inmensas soledades, como cautivo en tiránicas prisiones... no, no os extrañará. Rayo de luz desprendido, diríase, del foco de la luz eterna, ha caído en su alma, bañándola en suavísimos resplandores.

Ella ve la inestabilidad de las glorias del mundo, ella contempla lo efímero y deleznable de los bienes presentes, ella penetra lo que son las felicidades terrenas, y su corazón, más grande que todos los mundos, siente en cada momento la nostalgia del infinito.

En el mundo interior del alma, tan explorado y conocido por Teresa, todo le habla de Dios, todo le dice que no fué criada para la tierra, que su hogar, su patria, están en el Cielo. ¿Qué extraño es que aquel corazón tan grande sienta como asfixiarse en este mundo tan pequeño? ¡Ah, amantísimos hermanos! La Creación entera con todos sus encantos y deslumbradoras belle-

zas no bastan para llenar los abismales senos de su alma. Teresa necesita algo más, mucho más, necesita espaciarse en la inmensidad para vivir, como el pez en el agua, en el centro de todos sus amores. Toda la ternura de los ángeles vierte en aquellas poesías verdaderas joyas literarias, donde se queja de la muerte porque no rompe ya la tela de este dulce encuentro, al decir de otro místico igualmente sublime, Juan de la Cruz.

Oidlas, que cierto no podréis menos de enamoraros de Dios:

Vida no me seas molesta,
Mira que sólo te resta,
Para ganarte, perderte.
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

En otra:

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida,
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte;
Mira que muero por verte
Y vivir sin tí no puedo,
Que muero porque no muero.

Estas ansias hacen de Teresa un ser extraño en el mundo, o, más bien, un ángel desterrado. Si peregrina por los desolados desiertos del tiempo, es sin perder de vista los esplendores de la eternidad; si fija su mirada de ángel en las criaturas, es para que le den noticias de su Dios, por eso, sin estorbos y más veloz que el águila cuando se remonta sobre las nubes, emprende Teresa el vuelo por las fúlgidas esferas de las virtudes hasta unirse con su centro con unión indisoluble, eterna, gloriosa. Sea, pues, el asunto de esta mañana el desarrollo de la siguiente

Prop.—La gloria de Teresa de Jesús en el Cielo. Teresa goza en él la gloria de los más encumbrados espíritus.»

Pidamos las luces de lo alto por la poderosa intercesión de la Reina del Carmelo, a quien saludaremos con el Angel diciendo

AVE MARÍA

I

En lo más hondo del alma humana existe y se desarrolla una aspiración de grandeza y gloria que en vano pretende el mortal satisfacer entre las tormentas de la presente vida. Conocíala muy a fondo San Agustín cuando exclamó: «¡Señor, nos hicistes para Tí, por eso nuestro corazón estará agitado hasta que descanse en Tí!» Es un fuego que arde en nuestro corazón, sin que se extinga jamás, ni siquiera al atravesar los hielos de la tumba.

Su primer grito dejó oírse en el Paraíso: pero las armonías de aquel jardín de suavísimos placeres, quedaron perturbadas y confusas para siempre, porque sonó a destiempo y fueron a chocar contra el precepto del Señor. ¡Pobre Adán! ¡Quisiste igualarte a Dios en su gloria y fuiste cubierto de oprobio! El «seréis como Dioses» te fascinó. Pero, ¿cómo ponderar la gloria que conquista el alma cuando esa aspiración nobilísima es, diríase, como absorbida por la gracia e impulsada por el carril trazado en el maravilloso plan de la Providencia? Hazañas gigantescas, hechos imponderables, virtudes eminentes, heroísmos sin cuento, mundos célicos y cielos de incomprensibles maravillas: frutos son de esa aspiración dirigida y apoyada por la fuerza incontrastable de

la gracia. Aunque no hubiera esos ejércitos de hombres y mujeres ilustres, de Santos egregios que abrillantan el nimbo de las glorias humanas y brillan como soles divinos en perpetuas eternidades, bastaría la insigne castellana Teresa de Jesús, para quedar admirados, hasta el pasmo y el éxtasis, al ver las sublimes alturas a que llega esa aspiración orientada y divinizada por el ilapso de la gracia.

Teresa de Jesús en todo es grande: grande en la niñez, grande en la juventud, grande en la vida, más grande en la muerte, grandísima en la tierra e inconmensurable en el cielo. Desde muy niña proyecta conquistar el Tabor de la gloria.

Siéntese a los seis años llena de lo eterno, invadida de Dios y el ilapso divino de tal manera subyuga suave pero fuertemente las facultades y energías de su alma que le hace traspasar las fronteras de lo natural y terreno. Y, siendo su vida un conjunto de maravillosas elevaciones o de ascensiones admirables de su alma a Dios, ¿cuánta será su gloria, como término inefable de aquellas aspiraciones gigantes, y de aquellas ansias abrasadoras, y de aquella sed insaciable de padecer y morir por la gloria de su Amado? Abríos puertas de Sión y dejadnos contemplar a la sin par Teresa de Jesús en el foco de su gloria. La lumbre divina que, cual invasor torrente celestial, se desborda suavísima sobre las tropas glorificadas fijando entre ellas los grados de gloria, se revierte en cascadas de caudal casi infinito en los anchurosos senos del entendimiento de Teresa, elevándola a contemplar entre trasportes sobre seráficos el mar sin fondo y sin orillas de la belleza increada, viniendo a ser aquella alma pura y hermosa más que la mirada del Angel, como límpido espejo de claridad infinita, que reproduce, diríase, en sí con divinos primores todas las bellezas de la esencia divina.

Videntes Deum intra Deum existentes... Ve a Dios existiendo en el mismo Dios... ¡Oh teología sublime! Ya desaparecieron los cendales de la fe, que si eran el fundamento necesario de la santidad, impedían no obstante al alma el que penetrase en el fondo de la misma esencia divina para surmergirse en aquellos abismos insondables de luz y de amor. Todo lo ve Teresa. Ya contempla de hito en hito el rostro adorable de Dios y todos los recónditos senos de la vida divina, no son para ella misterios que cree y adora entre inefables sombras, sino realidades gloriosísimas que se ofrecen a su vida más diáfanas y esplendentes que el brillo de todos los soles creados. ¿Qué es el brillo de todas las ciencias humanas, desde la Ontología, en cuyo inconmensurable seno tienen eterno e incommovible asiento todas las demás, hasta la Química, cuyos resultados individuales están sometidos al empirismo de los sentidos: desde las Matemáticas hasta la razón última, o el inmediato ¿por qué? de las armonías de Palestrina y de Bethoven? ¿Qué es toda la ciencia de los Angeles con sus bellezas inenarrables? ¡Ah, mis amados, tibios fulgores como de astros que se extinguen y apagan si lo comparamos con la gloria de la ciencia beatífica que aniega y absorbe en resplandores divinos el alma de Teresa de Jesús.

No faltará, señores, en el fondo de la creación alguna vislumbre de aquella irradiación gloriosa de la sabiduría eterna en la sin par Teresa de Jesús que la envuelve en un nimbo de esplendores inextinguibles. Porque como la luz natural irradia, esclarece y transforma en sí, comunicándola toda su belleza, la potencia visiva, así irradiando su luz purísima de claridades infinitas, la Sabiduría divina en Teresa la esclarece, la sumerge en un piélago de esplendores divinos, la transforma en sí comunicándola con plenitud casi infinita su eterna e incommutable belleza, las glorias de su infinita hermosura.

No os asustéis si os digo ahora que engolfado el entendimiento de Teresa en aquel eterno manantial de luz que es la misma esencia divina, ha tocado su más alta cima de gloria, llegando a la identificación más suprema con la esencia divina; identificación obrada, no ciertamente en la naturaleza de modo que Teresa haya venido a convertirse en la naturaleza divina, que esto sería error panteístico, sino en la operación intelectual, siendo realzada la humana a la intelectualidad divina. ¡Oh misterios de indecibles bellezas! ¡Oh vida de luz, de amor y placeres gloriosísimos! ¡Oh Teresa inmortal! Ya está saciada aquella sed abrasadora que te obligaba a exclamar con suavidades y cadencias de serafín: *Sácame de aquesta muerte, mi Dios, y dame la vida...* Ya estás bebiendo de las frescas corrientes de aquel río caudaloso que riega y alegra toda la Ciudad de Dios, y ante tu vista desfilan transparentes como atmósfera bañada en luz las bellezas de la flora, la gentileza de la fauna, la anchura de los mares, la pompa de los mundos, las armonías de los globos, el curso de los astros, el movimiento de los planetas, la magnificencia de los cielos, la majestad del firmamento, los misterios de la luz, los arcanos de la vida, los secretos de la muerte, las leyes de los seres, las razones íntimas de todas las cosas, cuanto tiene vida, respiración y movimiento, todo lo ve Teresa como en espejo de irradiación y claridad infinitas en el Verbo divino, en quien están todas las cosas y estuvieron antes de empezar a correr los siglos y estarán después que éstos hayan expirado como su prototipo eterno y en eterno ejemplar de todas ellas.

Ved, señeres, cómo se inflaman los incendios al soplo de los aquilones: ved cómo se hinchan las olas al contacto del huracán... ¡tenue sombra, señeres, del incendio divino que produce en el corazón de Teresa el soplo suavísimo de la visión beatificadora! Y olas tras olas,

amontonándose todas hasta formar un océano que llenase los espacios inconmensurables, menos serian gotica de agua perdida en el seno del mar, comparadas con la ola de amor y de felicidad suavísima que se levanta en el alma de Teresa al contacto inmediato, ilapso suavísimo de la divina esencia.

Ríos caudalosos, torrentes desbordados, soberbias montañas que rasgáis el seno de las nubes, campos que almacenáis todas las bellezas de la creación, astros que como riquísimos brillantes, desprendidos de la corona de Dios, hermooséais todos los espacios, pasaréis; sí, pasaréis, pero la gloria de Teresa, llenando espacios más dilatados que los que vosotros ocupáis, no, no pasará.

II

Diréisme que esta gloria es común a los bienaventurados, porque todos están abismados en la luz y amor beatíficos que a modo de océano sin fondo ni riberas, los rodea, baña y penetra más que las intuiciones engélicas. Tenéis razón, y ella constituye un consuelo inefable; él alivia nuestras penas y transforma en éxtasis de suavidad indecible los más agudos sufrimientos. Alegraos todos los que con tanta fatiga vadeáis el turbulento río de la vida. ¡Veréis a Dios, viviréis en Dios, gozaréis eternamente de Dios!

Pero si el firmamento está esmaltado de astros en número incalculable y en magnitud y claridad tan diversa, ¿por qué no ha de estar hermoosado el firmamento de la gloria sin fin con santos y santos en profusión y diversidad imponderables, que como soles encendidos por la santidad de Dios estén desparramados, diríase, acá y acullá por aquella bóveda inmensa del Empíreo? San Pablo lo dice, adoremos tan embelesadores miste-

rios de unidad dentro de la más incomprensible diversidad, si bien séanos lícito señalar un rayo de luz, aunque tenue, que nos sirva como de heraldo de aquellas gloriosísimas realidades.

En aquel gran Santuario de luz indeficiente y eterna, solo penetra el entendimiento creado, robustecido y transformado por la lumbre de gloria que recibe en mayor o menor intensidad, según la pureza y trasparencia del alma adquirida a través de los tiempos por la gracia santificante; luego la visión beatificadora será más intensa y de mayor claridad y perfección cuanto mayor sea la infusión de la lumbre de gloria en el entendimiento bienaventurado. *Et perfectius Deum videbit*, digamos con el príncipe de los teólogos, Santo Tomás: «Verá a Dios más perfectamente, que es lo que constituye aquella maravillosa diversidad de los grados de gloria.

¡Teresa de Jesús! Yo te contemplo a través del prisma de estas verdades que la fé y la teología nos enseñan, descollando en medio de aquellas innumerables cohortes de ángeles y santos como descuella el rey de los astros en el firmamento, como descuella la plácida luna entre las trémulas estrellas.

¿Qué? ¿Sería aventurado decir que Teresa de Jesús ocupa uno de los altísimos tronos en que tienen eterno asiento y gloria sin fin los serafines y querubines? La Iglesia parece autorizar estas suposiciones al decir en el Prefacio de la Misa de esta incomparable mujer, que su espíritu, a modo de candidísima paloma, se elevó a un grado sublime de gloria, Spiritus... ¿Y qué fué toda su vida sino una como preparación inefable, no vista en todo su maravilloso conjunto en los anales de la santidad de aquella ascensión de su espíritu a los supremos grados de la gloria?

¿Quién podrá expresar los misterios de pureza, de unión, de transformación divina que el amor realizó en

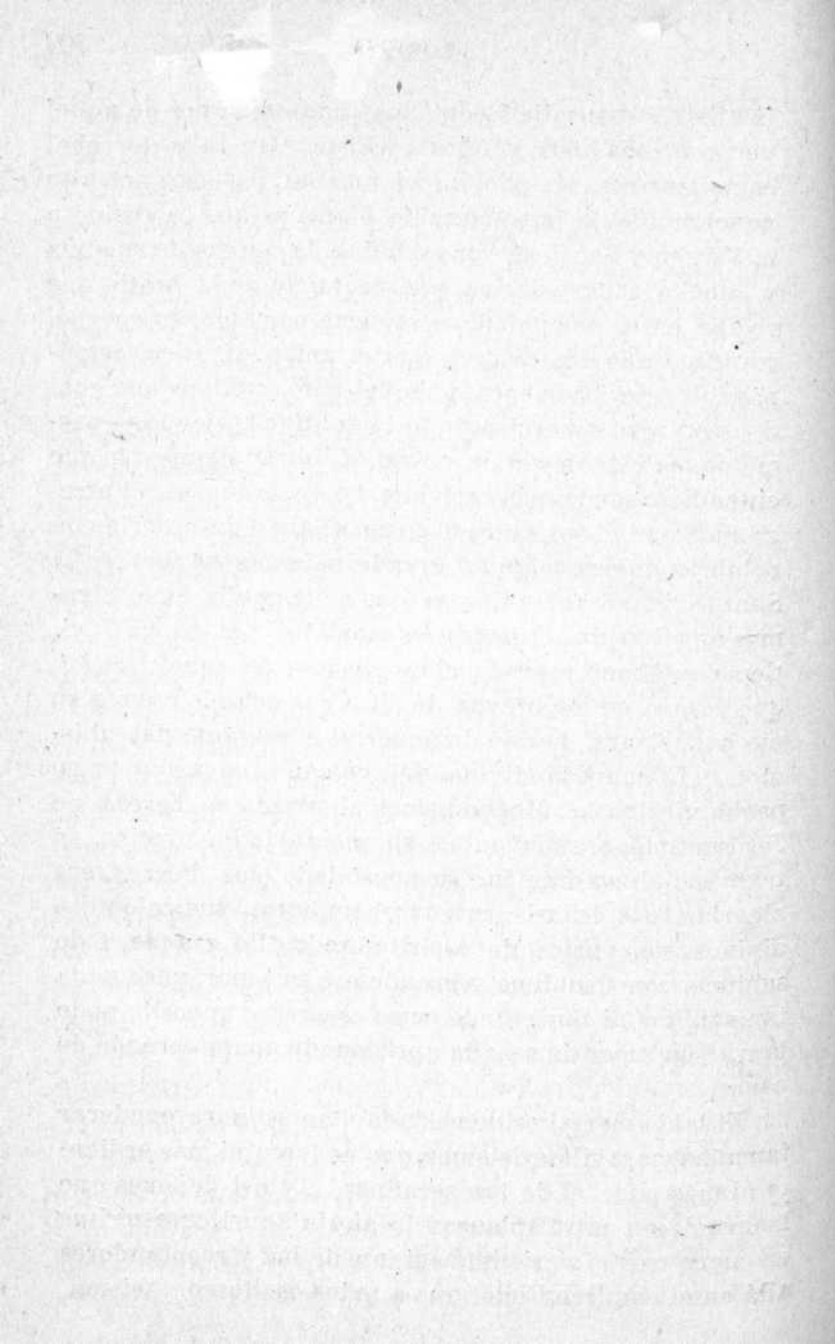
aquella alma pura y hermosa como el aspirar de los ángeles? Algúien creyó ver a ese amor envolviendo en su manto de esplendores celestiales a la niña Teresa en el seno mismo maternal... ¡Ah! No vayamos tan lejos, no queramos sondear los misterios del amor de Dios... que esa y otras maravillas más asombrosas ha realizado en favor de sus escogidos.

Pero es lo cierto que desde que el amor la inflama en descos del martirio hasta que murió más por la violencia de su intolerable incendio, como asegura la Iglesia, que por enfermedad, su inteligencia es un océano de luz, un abismo de sabiduría tan alta, tan trascendental, tan radiosa, que asombra por su luminosidad, abisma por su elevación, y cautiva, enamora y abrasa con sus irradiaciones divinas. Abrid esos libros, que han merecido un puesto de honor entre la filigrana de los más esclarecidos ingenios, y veréis descritos con chispas de inspiración divina los arcanos más profundos, las evoluciones más ocultas y elevadas de la gracia en las almas, viniendo a ser esos escritos en que palpitan los derroches del arte, de la naturaleza y de la gracia, fuentes sagradas donde han bebido, y beben, inspiración y célicas riquezas todas las almas que desean elevarse a otras esferas que las que habitamos y en donde sufrimos los infelices mortales. ¿Esas intuiciones querúbicas, esas cascadas abundantísimas de luz que se revierten o desprenden de todos sus escritos, no son una manifestación heráldica de su elevación suprema mas allá de los siglos, entre las glorificadas cohortes querúbicas? La que fué llamada por un gran Pontífice «Maestra de los serafines», ¿no habitará la esplendorosísima y abrasada morada de esos sublimes espíritus?

No hablaré del amor de Teresa porque sólo que un ángel me enseñase su idioma hallaría palabras para expresarle. Corramos un velo sobre aquel trato continuo,

familiar, esponsalicio con Dios; nada digamos de aquel ver continuo años y años a Cristo a su lado derecho, como amante al lado de su amada: pasemos por alto aquel manto de imponderable blancura que le vistieron la Virgen y San José como señal de la pureza de su alma y aquella sangre divina que, brotando de la hostia que recibe en la comunión, se revierte por todo su cuerpo, transfigurado ya, diríase, por el amor extático, empáñándole gloriosamente, y aquel voto sublime que condensa todos los heroísmos de la santidad, siendo el pasmo de los gigantes en la virtud, de obrar siempre lo que entendiese ser lo más perfecto; no recordemos la entrega de aquel clavo sagrado como señal de desposorio con palabras que revelan la grandeza incomparable de la Santa y la colosal empresa que se le confía; pero oigamos aquel grito: *¡O padecer o morir!* ¡Grito admirable, ¡lema sublime! reproducción gloriosa de aquel: *¡Sitió!*, que resonó en los brazos de la Cruz cuando cayó a su pie sangriento, herido de muerte, el gigante del abismo!... ¡Llamarada divina del volcán que ardía en su pecho virginal!... Mucho hemos admirado en Teresa de Jesús su niñez, su juventud, su ancianidad, su retiro, su trato social, su oración, su apostolado, sus dolores, sus alegrías, sus éxtasis, sus arrobamientos, sus coloquios divinos, sus vuelos de espíritu, todo ello grande, todo sublime, como sublime y grande era su amor; pero nada tan sublime ni tan grande como ese grito que sólo pudo lanzar un amor de serafín aprisionado en un corazón de carne...

El labio mortal es demasiado impuro para ponderar tamañas maravillas de amor, que no fuera ni más ardiente ni más puro el de los serafines..., y así dejemos que las ponderen entre aplausos de gloria aquellos espíritus en cuyos tronos se sienta radiante de luz y resplandores allá en el empíreo Cielo, que a todos os deseo. Así sea.





INDICE

	<u>Páginas.</u>
Santa Teresa, Cantora de las Misericordias divinas , por Monseñor Ruiz y Rodríguez, Obispo de Pinar del Río.	1
Santa Teresa y el mundo sobrenatural , por el Padre Fr. Marcelo del Niño Jesús, C. D..	33
Santa Teresa, la Gran Amadora de Dios , por el P. Fr. José Vicente de Santa Teresa, C. D.	47
Santa Teresa, la Gran Emprendedora , por el Padre Fr. Samuel de Santa Teresa, C. D.	73
Santa Teresa, Virgen singular , por el P. Fr. Gracián de la Madre de Dios, C. D.	87
Santa Teresa, la Santa del Agradecimiento , por el P. Fr. Ernesto de Jesús, C. D..	101
Santa Teresa, la Heroína del Pueblo Español , por el P. Fr. Elías de la Sagrada Familia, C. D.	111
Santa Teresa, Hija Predilecta de María , por el P. Fr. Reginaldo María de San Justo, C. D.	131
Santa Teresa, Transverberada , por el P. Fr. Gabriel de Jesús, C. D.	221

Santa Teresa, Fina amante de Jesús, por el Padre Fr. Plácido del Pilar, C. D.	235
Santa Teresa y el Dardo de Oro, por el P. Fr. Ga- briel de Jesús, C. D.	249
Santa Teresa, la Santa Castellana, por el P. Fray Eusebio del Niño Jesús, C. D.	277
Santa Teresa Gloriosa, por el P. Fr. Ernesto de Jesús, C. D.	299









G 168805

